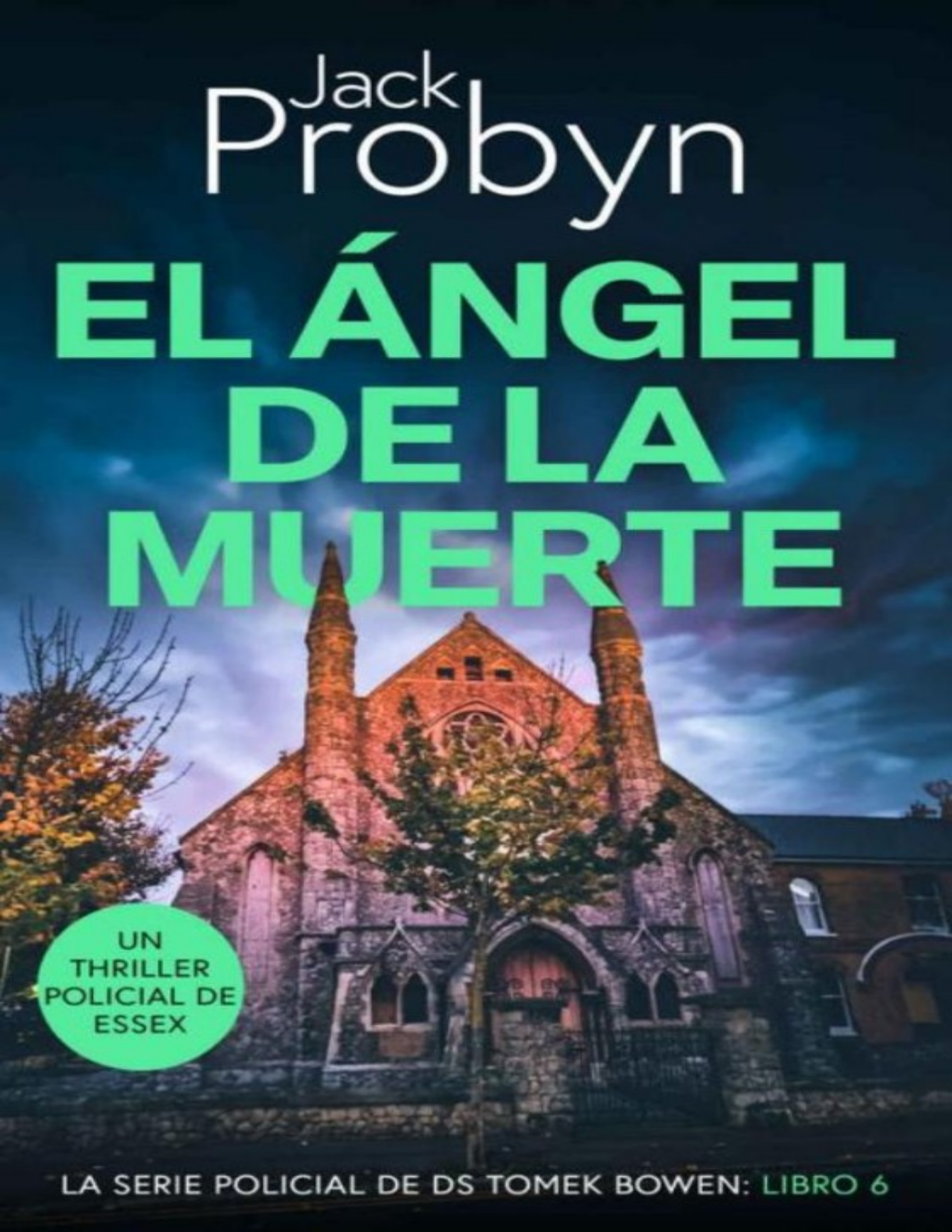
Jack Probyn

EL ÁNGEL DE LA MUERTE



UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX

LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 6

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 6

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-164-9

ISBN: 978-1-80520-165-6

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

SOBRE EL LIBRO

Cada ángel merece sus alas...

Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera.

Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Pero a medida que avanza la investigación, y mientras Tomek profundiza en la vida de la víctima, se hace evidente que no hay escasez de sospechosos, y todos guardan sus secretos, algunos más que otros...

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Sobre El Autor

CAPÍTULO
UNO

Su cuerpo ondulaba y se mecía al ritmo de la música, sus caderas rotaban con elegancia, los hombros fluían libremente, la cabeza bamboleándose mientras las sustancias químicas se filtraban por su torrente sanguíneo. Tenía los ojos cerrados para perderse por completo, para fundirse con las ondas sonoras. Pasó los dedos de una mano por su pelo mientras el grave bajo atravesaba su centro con cada golpe.

A su alrededor, con los ojos aún cerrados, podía oír el ruido de la gente, docenas, cientos de ellos, gritando, vociferando en la cara de los demás en un intento de conversar, flirtear y, con suerte, al final de la noche, si les sonreía la fortuna, follar.

Ya se le habían acercado algunos, borrachos, con alcohol emanando de su aliento, el olor de sus aftershaves excesivamente aplicados alojándose en su garganta, todos esperando probar suerte. Y había habido unos pocos que habían despertado su interés, con los que había hablado durante más de treinta segundos antes de inevitablemente darles la espalda y seguir bailando. Para esos pocos elegidos, la suerte había estado de su lado. Media suerte, eso sí, ya que ella solo había llegado a darles su número. Si querían el pack completo, tendrían que esforzarse más. Tenían que ganárselo.

Continuó bailando, meciéndose, su cuerpo y músculos relajándose, sucumbiendo al trance que la música le había provocado. Todo esto era un deporte aprendido, un arte. En los

últimos meses había aprendido a soltarse de verdad, a liberarse de las limitaciones y ansiedades que se imponía, a entrar en un estado diferente, uno que era etéreo y casi extracorporal.

De repente, en medio de la pista de baile, tomó conciencia de la necesidad de beber, de reponer parte del líquido que constantemente eliminaba al orinar y sudar, y con su vaso firmemente en la mano, todavía con los ojos cerrados, levantó el brazo hacia su boca. Se sentía como una extensión de su cuerpo, como si alguien estuviera haciendo el movimiento por ella, y durante unos instantes, sus labios buscaron la pajita, con la lengua asomando como la cabeza de una tortuga emergiendo de su caparazón. Un segundo después, sintió cómo la pajita se introducía en su boca. Abrió los ojos y vio a un hombre de pie justo frente a ella, guiando la pajita con sus dedos, una cálida sonrisa en su rostro. Lo reconoció a medias. ¿James? ¿Ashton? ¿Percy? ¿O algún otro nombre raro? Era uno de ellos. Volviendo para la segunda ronda. Esforzándose de verdad, realmente intentando salir del club con algo más que su número de móvil que automáticamente bloquearía cualquier número o llamada hecha a él doce horas después.

El hombre se inclinó más cerca de ella, colocando una mano en su cintura. Al hacerlo, captó una bocanada de aftershave recién aplicado, denso, nauseabundo, aunque uno de los más agradables, tolerables. Quizás se lo había aplicado en el baño y el encargado de los servicios le había cobrado una fortuna por él. Se preguntó por cuál habría optado: ¿Armani, Yves Saint Laurent, Dolce & Gabbana, Boss? Estaba familiarizada con todos ellos, pero este no lo identificaba, aunque el reconocimiento de la fragancia permanecía en el fondo de su mente.

—¿Puedo comprarte otra copa? —gritó él, sus palabras apenas audibles.

Antes de que pudiera responder, sintió otra mano sobre ella. Esta vez de su amiga, Elodie, agarrándola del brazo y tirando de ella. Un momento después se reunió con su trío de amigas.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, sorprendida al oír lo arrastradas que sonaban sus palabras.

—Estaba intentando echar algo en tu bebida antes —respondió Elodie, inclinándose hacia su oído—. Le mandé a la mierda cuando te compró la primera. Le dije al personal de la barra que la sustituyeran.

Miró su vaso, preguntándose si vería algún indicio de que había sido adulterado, pero entonces recordó lo que Elodie acababa de decirle, que estaba mirando el vaso equivocado.

—Te lo he dicho, tienes que tener más cuidado —la reprendió Elodie mientras colocaba una mano en su cadera—. Tienes que estar más alerta, chica.

Apartó con desdén la mano de su amiga y luego volvió su atención al hombre, que había estado merodeando tímidamente en las afueras del grupo, bailando, arrastrando los pies fuera de tempo con la música, fingiendo no escuchar nada de su conversación aunque su lenguaje corporal sugería que lo había escuchado todo. Entonces se acercó a él, sus piernas y rodillas flaqueando. Había estado demasiado tiempo de pie con tacones. O quizás era el alcohol corriendo por sus venas. No sabía cuánto había bebido, pero tenía suficiente experiencia para saber que aún controlaba su cuerpo, que aún controlaba sus facultades. Y mientras se acercaba al hombre, le pasó su bebida para que la sujetara un momento, y luego se bajó la falda por los muslos hasta un nivel respetable. Una vez satisfecha, cogió la bebida, le dio la espalda y comenzó a bailar contra él, contoneándose, sus cuerpos separados por menos de un centímetro, acercándose cada vez más, hasta que sintió su entrepierna contra su trasero. Podía sentir el calor y el hedor de su aliento en la nuca. También percibió duda, una breve pausa mientras él esperaba para poner sus manos sobre su cuerpo. Primero, una en su cintura, luego la otra rodeando su pecho, como si fuera su posesión, su trofeo para la noche. Él la había reclamado, y ella estaba feliz de dejarle pensar que lo había conseguido.

Que creyera que la suerte estaba de su lado.

Mientras bailaban, comenzó a sentir cómo su pene semierecto la presionaba con más fuerza, empujándola como un niño intentando despertar a un perro dormido. Podía empujar y pinchar todo lo que

quisiera, pero ella había decidido que este perro permanecería dormido.

Hizo contacto visual con sus amigas, disfrutando de la comodidad y seguridad de su nuevo acompañante. Ocasionalmente, él intentaba besarle el cuello, e incluso probar suerte con sus labios, pero cada vez ella se apartaba, continuando con su juego de provocación. Venganza por intentar drogar su bebida. Sabía lo que sus amigas estarían pensando ahora: que era estúpida, imprudente, que no tenía control y no sabía en qué peligro se estaba metiendo. Pero vaya si lo sabía. Había experimentado cosas mucho peores que esta. En la balanza de las cosas, bailar con un hombre en una discoteca era algo inofensivo comparado con lo que había visto, pasado, experimentado. Sus amigas no estaban preparadas para oír hablar de eso.

Quizás algún día. Pero no ahora, no cuando su amiga más cercana vigilaba cada uno de sus movimientos, intentando reunir el valor para intervenir.

Ella y su nuevo acompañante permanecieron así durante los siguientes diez minutos, sus cuerpos entrelazados, cada uno disfrutando del momento por razones muy diferentes. Hasta que, finalmente, después de ver suficiente, Elodie le dijo que era hora de irse. Tenían un Uber esperando fuera y no querían perderlo.

Mientras era arrastrada, el hombre, que ahora estaba más hambriento que nunca, la persiguió, la siguió como un niño, agarrándole la mano hacia la salida.

—¡Déjala en paz! —gritó Elodie en la cara del hombre, tratando de separarlos.

—¿Puedo ir con vosotras? —preguntó él.

El tono de su voz iba más allá de la esperanza, casi al punto de suplicar.

—Que te jodan —respondió Elodie.

—¿Y si tú vienes conmigo?

La desesperación impregnaba sus palabras. Su último intento de tener suerte.

Ella decidió ponerle la zanahoria delante.

—Tienes mi número —dijo, mientras era arrastrada fuera del club —. Mándame un mensaje.

Cuando la puerta del taxi se cerró tras ella, vio al hombre hurgar en sus bolsillos y sacar su teléfono.

CAPÍTULO
DOS

Incluso dormida profundamente, se ve hermosa. Delicada, elegante, angelical. Sus párpados revolotean suavemente mientras sus ojos se mueven bajo ellos, el único signo de vida en su cuerpo por lo demás inerte. Incluso los movimientos de su pecho apenas son perceptibles bajo su ceñido vestido negro.

Me agacho junto a ella apoyándome sobre mis rodillas, con los pies planos contra la superficie, de modo que mis rodillas quedan en un ángulo de cuarenta y cinco grados, metiendo los codos hacia mis caderas, inclinándome hacia delante, suspendiendo mi oreja sobre su boca y nariz, escuchando los débiles susurros de su aliento mientras acarician mi mejilla. Luego paso la yema de mi dedo índice por su cuello, moviéndome desde el lado opuesto hasta llegar hacia mí, sintiendo cómo el cartílago y los huesos se mueven debajo. Me detengo cuando siento el pulso, lo único que la mantiene viva, moviendo la sangre de una parte de su cuerpo a la siguiente. Débil, pero constante, rítmico. En el silencio, se amplifica, ahogando el sonido de mi respiración, el sonido de la calle abajo.

Pum-pum.

Pum-pum.

Pum-pum.

Bastaría con un pequeño corte de la hoja, una laceración profunda en la vena, en el túnel de la vida, para que toda esa sangre hermosa y perfecta se derramara de su cuerpo.

Pero aún no. Hay cosas que debo hacer primero. Cosas que debo experimentar. Antes de avanzar a la siguiente etapa en nuestro tiempo juntos, quiero grabarme una última imagen mental de ella en este estado. Sucia, asquerosa, impura... como una fulana. Todo eso tendrá que cambiar. Debo devolverla a su estado angelical.

Me separo de su cuerpo y la volteo boca abajo. La parte trasera de su vestido está sujeta con una cremallera, el dobladillo hundiéndose en su carne. Pero apenas tiene grasa corporal, así que no sobresale por los lados. Lentamente, bajo el vestido hasta la parte baja de su espalda hasta que queda lo suficientemente flojo para liberarla. Se requieren movimientos delicados y suaves. Nada demasiado brusco, demasiado drástico. El tiempo, más que nada, es lo más importante. Quiero disfrutar esto, deleitarme, recordarlo por el resto de mi vida.

Una vez que he quitado cuidadosamente el vestido de su cuerpo, doblándolo pulcramente en un pequeño cuadrado y colocándolo junto a sus zapatos de tacón, observo su figura. Esta noche ha elegido no llevar sujetador y lo ha dejado todo al aire. Pero me complace ver que aún lleva ropa interior —fina, de encaje, casi nada — que ha conservado algo *de dignidad al menos. Retiro lo que queda de su ropa y lo coloco junto al vestido. Ahora está completamente desnuda, resplandeciente bajo las luces. Me baño en la visión de su figura menuda, completamente formada y proporcionada en todos los lugares correctos. Sus pechos se inclinan hacia un lado y ahora puedo ver el subir y bajar de su pecho. Todo en ella es perfecto. Sus uñas de los pies, sus pies, sus finas pantorrillas, sus delgados muslos, su vulva, los dos polos de los huesos de su cadera sobresaliendo, su pequeño y pulcro ombligo, hasta su caja torácica visible y sus clavículas. Todo está a la vista. Y todo es para mí.*

Pero no es perfecto*-perfecto.*

Hay algunas molestias, algunos pequeños defectos. Como la barba de dos días en sus piernas y axilas. Como el pequeño parche de vello en su hueso púbico. El grueso pelo negro en sus antebrazos del que siempre ha sido consciente. Hasta los finos pelos blancos que se han formado en su cuello y labio superior. El esmalte

desportillado de las uñas de los dedos de las manos y los pies que necesita desesperadamente ser reemplazado. La máscara de pestañas aplicada perezosamente que necesita ser eliminada. Todos estos son simples imperfecciones e irritantes que disminuyen su belleza.

Todavía queda mucho trabajo por hacer hasta que pueda convertirse en el ángel que siempre estaba destinada a ser.

Afortunadamente, hay tiempo de sobra.

CAPÍTULO
TRES

Tomek disfrutaba de su segunda pinta de la noche, abriendo y cerrando la boca para saborear el gusto. Esta noche estaba probando una cerveza nueva. Una IPA hipster con sabores afrutados, una de esas mierdas elaboradas con amor y una filosofía empresarial admirable pero ingenua que plantaba un árbol con cada pedido. Pero a pesar de su actitud esnob hacia cualquier cosa que no fuera una pinta de Heineken o Guinness, descubrió que le gustaba bastante. Había ampliado ligeramente sus horizontes y lo estaba disfrutando. Aunque no quería precipitarse y probar todo lo del menú; solo había probado la cerveza salvadora del planeta porque Abigail se la había recomendado. Esta noche era su noche especial, y no quería disgustarla. Tanto que había reservado el local que ella había pedido, bebido la cerveza que le había recomendado y llevaba la ropa que ella había elegido para él. Su plan original consistía en una elegante camisa a rayas azules y rosas con unos pantalones chinos color crema, a lo que ella respondió: —No vas a salir vestido así ni de coña—. Para su desgracia, no es que no hubiera comprado el conjunto especialmente para la ocasión, que no hubiera pensado en ello. Había media hora en M&S que jamás recuperaría.

Al final, ella le había elegido una camiseta blanca lisa debajo de un jersey de cuello alto. Era horroroso y le picaba, y se sentía como un gilipollas —un gilipollas de campeonato— sentado allí en medio

del restaurante, como si viniera directamente de los años ochenta. Pero era su noche especial, y él no quería decir nada.

Mientras dejaba la cerveza sobre la mesa, se frotó el picor del cuello con el dedo y dirigió su atención a Kasia. Esta noche se había puesto sus mejores vaqueros y una pequeña blusa de satén, acompañada de una capa completa de maquillaje. Estaba en medio de un mensaje de texto con alguien, presumiblemente una amiga, y llevaba los últimos diez minutos absorta en el dispositivo.

—¿Qué tal el instituto hoy, Kash? —preguntó él.

—Bien.

Como siempre. O eso, o era "vale". El lenguaje de una adolescente atravesando un período turbulento y tumultuoso. Tomek pensó que probablemente él había sido igual de hermético a su edad.

—¿Qué clases has tenido?

—Las de siempre.

—Genial. ¿Cuáles?

Terminó de enviar el mensaje de texto —o Snapchat, o Facebook, o Instagram, o TikTok; lo que fuera que estuviera usando— antes de prestarle toda su atención.

—Mmm... mates, química, biología, física y educación física.

—Vaya. Eso es un día intenso. Especialmente con todas esas asignaturas aburridas.

Ahora entendía por qué no estaba de humor para hablar de ello.

—Sí.

Tomek intuyó que no iba a sacarle nada más por mucho que lo intentara, así que lo dejó estar. Abigail, su novia desde hacía cuatro semanas, decidió que era momento de intervenir.

—Tu padre me cuenta que te gustaría tener una cafetería algún día.

Kasia volvió su atención al móvil.

—Sí. Algún día. Quizá.

—Bueno, creo que es una idea estupenda. Pero es mucho trabajo. ¿Crees que estarás a la altura del desafío?

Más respuestas monosilábicas. Más miradas a su teléfono.

—Creo que tienes capacidad para ello —continuó Abigail, sosteniendo el tallo de su copa de vino con los dedos, haciendo girar la base con la otra mano—. ¡Si alguna vez necesitas a alguien que te ayude a escribir un plan de negocio, aquí me tienes!

Kasia levantó lentamente la cabeza. Tomek podía ver en su rostro lo que estaba pensando: "Puede que tú ya no estés cuando yo llegue a ese punto de mi vida", pero afortunadamente no lo dijo. En su lugar, respondió con una escueta respuesta:

—Sí. Vale. Quizá —y volvió a centrar su atención en el espejo negro que tenía en la mano.

Antes de que Tomek pudiera intervenir, llegó la comida. Jarrete de cordero con salsa de ciruela, patatas salteadas y verduras fritas para él. Wellington de ternera servido con cebolla y trufa en un jugo de vino tinto para Abigail. Y una hamburguesa de pollo con patatas para Kasia. Lo básico para cualquier adolescente que estuviera pasando por su etapa de exigencia alimentaria. Tomek no recordaba haber pasado por la suya, pero había oído historias de Nick sobre sus tres hijos pasando por fases similares. Negándose a comer porque no tenían hambre, detestando la vista, el olor y el sabor de cualquier cosa saludable, optando siempre por lo más grasiento y calórico del menú, recurriendo a nuggets congelados y patatas fritas en cada comida de la semana. Sin embargo, a esa edad, como era el caso de Kasia, no les afectaba; gracias a sus metabolismos hipersónicos y al constante movimiento en el instituto y las actividades extraescolares, estaban constantemente moviéndose, haciendo algo, quemando la grasa. Aun así, Tomek había decidido vigilarlo discretamente. La preocupación con ella era que pudiera desarrollar un trastorno alimentario, un complejo. Había pasado por tanto en los últimos meses que estaría mintiendo si dijera que no le preocupaban las presiones sociales a las que estaba sometida en el instituto. Y como ella no se abría a él sobre el tema, lo único que podía hacer era dejar que sus pensamientos corrieran libremente entre sí.

Pero esto no era sobre Kasia. Era sobre Abigail, sobre su gran noche, su motivo de celebración.

A su lado, Kasia cogió el cuchillo y el tenedor, sin mostrar ningún respeto por la etiqueta. Tomek la detuvo. Levantó su copa, luego esperó a que las chicas hicieran lo mismo.

—Por Abigail —dijo, elevándola un poco más—, la nueva editora del *Southend Echo*. Por Abigail.

—Por Abigail... —dijo Kasia sin entusiasmo.

—Por mí —añadió Abigail con la presunción de alguien cuyo ego estaba actualmente tan alto como la luna.

Normalmente ese tipo de comportamiento habría irritado a Tomek. Pero no esta noche. Era su noche especial, y se lo merecía. Había trabajado tanto durante los últimos meses que era bueno ver que finalmente daba sus frutos. Hacía varias semanas, el editor fundador del *Southend Echo*, uno de los periódicos más grandes y populares de Essex, había sido arrestado por tráfico sexual. Él, junto con un puñado de otros miembros de la élite política de Southend, se habían encontrado en el lado equivocado de una investigación criminal que había afectado a docenas de vidas. Como resultado, el puesto de editor había quedado disponible. Al principio, era un puesto que nadie quería, como si estuviera manchado por el comportamiento del antiguo editor, su olor incrustado en la tela de su asiento, sus huellas por todo el mobiliario, una mancha indeleble. Pero entonces Abigail había tenido la brillante idea, y el valor de seguirla, de solicitar el puesto. Una noche se había sentado con Tomek y le había explicado por qué era adecuada para el trabajo. Una mini entrevista. Al final, él le había aconsejado que lo intentara, que no tenía nada que perder. En su mente, ella era la persona ideal para el trabajo, aunque él no era a quien necesitaba convencer. Esa carga recaía en la junta directiva del periódico, y así comenzó un largo proceso de elaboración de un plan de tres, seis, nueve y doce meses sobre cómo iba a incentivar los ingresos y aumentar la reputación del negocio. Si las empresas locales no querían anunciarse con ellos, entonces no entraría dinero. Si no había dinero, no había trabajos, ni colegas. Al final, a la junta directiva le había gustado su plan y le habían ofrecido el puesto.

—¿Cuál es la primera cosa en tu lista de tareas como nueva editora jefe? —preguntó Tomek mientras empezaba a atacar su

comida.

—Tengo que despedir a Sami y Khalid.

—Ouch.

—Sí. Realmente me están tirando al agua.

No tan al agua como ellos *cuando descubran que no pueden pagar su alquiler el mes que viene.*

—Mejor tú que yo —dijo él.

—Pero mira el lado positivo, tú y yo vamos a trabajar mucho más cerca. Vamos a rascarnos mutuamente la espalda con más frecuencia...

—¡Puaj! —Kasia dejó caer el cuchillo y el tenedor sobre la mesa —. ¡Otra vez no! ¡Estoy harta de que habléis como si estuvierais en una peli porno!

—¿Y tú cómo sabes lo que es el porno? —preguntó Tomek, mirándola con suspicacia.

—¡Ya hemos hablado de esto! ¡Sé de estas cosas! ¡Y no quiero hablar más del tema! —Sacó la servilleta de su regazo y la tiró sobre la mesa, luego se levantó de la silla, haciendo que el sonido de la madera arrastrándose sobre la cerámica resonara por todo el restaurante.

—¿Adónde vas?

—Al baño, si te parece *bien*.

Tomek la dejó ir sin responder. El restaurante donde estaban era demasiado elegante como para montar una escena. De alta gama, lujoso y con una cuenta cara a juego. Cuando ella estuvo fuera del alcance del oído, volvió su atención a la comida.

—Quizá deberíamos abandonar ese tema de conversación —dijo Abigail.

—¿Por qué?

—Porque no vale la pena. Es terreno conocido. Ya lo hemos tratado antes. Déjalo estar.

Tomek miró hacia la puerta del baño, asegurándose de que no volviera pronto.

—¿A qué te referías con lo de frotarnos el uno contra el otro?

—Nunca dije nada sobre frotarnos el uno contra el otro —respondió Abigail—. Has sacado mis palabras de contexto, y no me

gusta eso. Hablaba de nosotros, tú y yo, el periódico y la policía.

Vale. Por supuesto que sí. Influencia, eso era todo. Ella querría usar su poder como editora del periódico para sacarle información sobre el último caso. Aunque admitía que había ocurrido en el pasado, se había hecho sin que la dinámica de poder cambiara entre ellos. Antes, habían estado en igualdad de condiciones. Ambos lo habían hecho para impulsar sus respectivas carreras. Ahora, con la diferencia entre ellos, eso cambiaría sin duda. Era imposible que no fuera así.

Tomek volvió a mirar hacia la puerta del baño. Se había abierto, y Kasia regresaba tranquilamente hacia ellos, tomándose su tiempo.

Antes de que llegara a la mesa, Abigail se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Aunque si quisieras frotarte contra mí esta noche, no me opondría a la idea.

Era su noche especial, después de todo.

CAPÍTULO
CUATRO

La lluvia azota mi cara con tanta fuerza que se mete en mis ojos y me obliga a parpadear. Intento apartarla, pero es inútil. Tengo el pelo empapado, los pantalones pegados a los muslos y los calcetines se están mojando rápidamente a pesar de que mis zapatos del colegio supuestamente son impermeables. Pero lo ignoro y continúo. La adrenalina corre por mis venas como una droga potente y violenta.

Adrenalina y miedo.

Con un toque de ansiedad.

Llego tarde. Y Michał me está esperando. Mi hermano Michał. Mi hermano mayor, más grande, más fuerte, que siempre me gana en un pulso o en una pelea de verdad.

Acabo de cruzar la calle. En el otro lado, a unos cien metros, puedo ver a los chavales fuera del estanco. Están allí como siempre, merodeando, colgados de los manillares de sus bicis, abriendo sus bebidas energéticas y revistas guarras. Creo que uno de ellos incluso está sacando un cigarrillo del paquete, el muy imbécil. Probablemente piensa que es el chaval más duro que jamás ha pisado el planeta. Poco sabe que es un auténtico gilipollas.

Ignorándolos, vuelvo a centrar mi atención en el parque. A unos cientos de metros por la carretera, en el lado derecho. La misma entrada por la que he pasado docenas, cientos de veces antes y después del colegio, y miles de veces desde entonces. Fuera de la entrada hay una única y solitaria farola, de color gris metálico y

oxidada, cubierta de meadas de perros, cuya tenue luz de sodio se derrama sobre el suelo. Pero nada de esa luz es lo suficientemente intensa como para iluminar el parque. Está envuelto en oscuridad. Una oscuridad espesa, pegajosa y ominosa que me recuerda a las noches en Polonia, durante los apagones.

Me detengo rápidamente fuera del parque. En el suelo se ha formado un pequeño charco de barro. De más de un metro de ancho y un metro de largo. En el centro hay una puerta metálica, cubierta de óxido, con la pintura desprendiéndose. Me agarro a ella con las manos y, usando los dedos de los pies, me impulso en el aire y salto por encima del charco. Por poco evito el desastre, pero mis esfuerzos son en vano. Todo el lugar está jodidamente sucio y cubierto de barro por todas partes. Podría haberme revolcado en él antes de entrar; no habría supuesto ninguna diferencia.

Estoy mirando mis zapatos cuando lo oigo. El sonido, que viene de mi derecha. Los gimoteos, los quejidos, las risitas. Miro, pero no puedo ver nada, solo el contorno del patio de juegos. Los columpios, el tobogán, el balancín y el tiovivo. Y las figuras que están ahí paradas.

Entonces empiezo a enfocar, a concentrarme. El sonido de los neumáticos rodando por el asfalto comienza a disminuir gradualmente, y el ruido de la lluvia golpeando el barro empieza a desvanecerse, hasta que todo lo que puedo oír es el sonido de mi respiración. Agitada por la carrera que acabo de hacer.

Lentamente, percibiendo lo que hay delante de mí, bajo la mirada una fracción y veo el cuerpo tirado entre los escombros, arrugado como un montón. Mi hermano. Michał. Luego levanto la mirada, y en la oscuridad puedo ver a su asesino, sus ojos, amarillos y penetrantes como los de un gato. Nathan Burrows, de pie sobre Michał.

Pero hay un problema.

Solo es él.

Solo.

Nadie más.

Solo Nathan y Michał. Un asesino, una víctima.

Intento moverme, pero estoy clavado en el sitio. Hay algo que me retiene. Como si alguien hubiera envuelto sus brazos sobre mis hombros y me mantuviera ahí, como aquella vez que papá me abrazó con fuerza para evitar que persiguiera a Dawid en el jardín. Aunque era más pequeño que él, solo por unos centímetros, estaba preparado para darle tan bueno como él me daba.

Igual que ahora.

Estoy encendido. Necesito saber qué le ha pasado a Michał. Necesito saber por qué no se mueve.

Finalmente, después de diez, veinte segundos, siento que las restricciones empiezan a liberarse, que su agarre se afloja. Y doy un paso adelante. Me acerco.

Un paso se convierte en dos.

Dos se convierten en tres.

Y antes de darme cuenta, estoy corriendo, esprintando, cargando hacia Nathan Burrows. Tan pronto como el muy cabrón me ve venir, se gira y sale corriendo. Pero esta vez lo persigo. Lo sigo hasta la parte trasera del patio, a través de un pequeño callejón bordeado de arbustos. Ladrillos y escombros de las obras de construcción que han estado realizando cerca cubren el suelo. Bóvedas de zarzas y enredaderas cuelgan desde arriba. El sonido de sus pasos, seguido de cerca por los míos, hace eco por el camino. Al final hay un resplandor de sodio suave, apagado y patético. Por lo demás, estamos cubiertos por la oscuridad, confiando en las habilidades de nuestros ojos para ver a través de todo, para distinguir la borrosidad y las formas.

Pero Nathan es más rápido que yo. Se está alejando. No tengo ninguna posibilidad. Cinco, seis años me lleva.

Al final del callejón, gira a la izquierda. Antes de que yo llegue, tropiezo, mi pie se engancha en una losa levantada o en un trozo de piedra, mi cuerpo dando vueltas, destrozando mi fiambrera y mi botella de agua en el proceso. Pero no me importa nada de eso. Necesito seguirlo. Necesito perseguirlo.

Después de ponerme de pie, me tambaleo hasta el final del callejón, sintiendo cómo el dolor se hincha en mi rodilla y mis manos. No es nada comparado con el dolor que sintió Michał, me

digo a mí mismo. Pero cuando llego a la farola, Nathan Burrows se ha ido, ha desaparecido, se ha esfumado en la penumbra de la calle.

No tardo mucho en pensar en Michał, así que me doy la vuelta y me dirijo hacia él. Por un momento, desearía no haberlo hecho. Desearía haberme quedado donde estaba. Desearía no haber salido siquiera del colegio.

Desearía no haber llegado tarde en primer lugar.

Está tirado allí en el suelo, sin abrigo, sin zapatos, con los pantalones bajados hasta las rodillas, la mochila arrojada a un lado, su contenido volcado y esparcido por el asfalto. Mis ojos se mueven desde la parte superior de su cuerpo, hacia abajo. Faltan grandes trozos de su cráneo, y su espeso pelo rubio se ha apelmazado con el color carmesí, los blancos trozos de su cerebro expuesto y materia ósea brillan húmedamente bajo la escasa luz. Sus ojos —sus jodidos ojos— han sido golpeados con ladrillos y les han vertido ácido de batería. La evidencia de ello está ahí, en su cara y en el pliegue de su barbilla. Dos de ellos, abollados por donde habían sido abiertos por una roca o un ladrillo.

La mitad superior de su cuerpo ha quedado intacta. No es hasta que llego a su parte inferior cuando quiero vomitar. Su pene —algo que nunca había visto antes, excepto cuando compartíamos la bañera de pequeños— ha sido cortado, mutilado con un cuchillo. La sangre continúa goteando de él como si fuera la última parte de él que está viva.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos mientras miro a mi hermano muerto, las imágenes de su cuerpo grabándose lentamente en mi mente, abiertas a treinta años de tormento e interpretación. Quiero apartar la mirada. Sé que debería hacerlo, pero no puedo. Algo, como los brazos de mi padre alrededor de mí en el jardín, me obliga a quedarme, a mirar. A empaparme de la deuda que tengo con él. A absorber las pesadillas y la culpa que sé que me atormentarán durante el resto de mi vida.

Llegué demasiado tarde.

Podría haberlo salvado.

Debería haberlo salvado.

CAPÍTULO
CINCO

Tomek apartó las sábanas de su cuerpo y sacó las piernas por un lado de la cama. En la mesita de noche junto a su cabeza estaba su móvil, enchufado y cargándose. Lo tocó con el dedo, vio que eran poco antes de las cuatro de la madrugada, y lo desenchufó. Adormilado, bostezando y rascándose la axila, se dirigió hacia su armario al otro lado de la habitación. Abigail dormía profundamente, con los suaves sonidos de su respiración (nunca se podría llamar ronquidos, *jamás*; ella se negaba a creer que lo hacía y así había sido toda su vida) expulsados por sus fosas nasales. Se veía tan tranquila cuando dormía, pero él sabía que podría despertarse en cualquier momento. Era una de las personas con el sueño más ligero que conocía. Los movimientos sutiles eran importantes.

Plantando firmemente ambos pies en la alfombra, en los espacios que no contenían ninguna tabla que crujiera, Tomek pellizcó el tirador con los dedos y lo acarició suavemente para abrirlo. De vez en cuando —a los veinte grados, cuarenta, ochenta— las bisagras le gritaban. Cada vez, miraba hacia atrás a Abigail, pero ella seguía dormida, sin verse perturbada por los sonidos. El armario de IKEA era un desastre: al menos una docena de pares de zapatos tirados en el fondo jugando su propio juego de Jenga; calzoncillos y calcetines metidos desordenadamente en un pequeño hueco; demasiadas perchas y ropa para el riel que recorría la parte superior. Pero lo que buscaba estaba en el compartimento superior, firmemente empujado hacia el fondo. Lo había puesto allí para

mayor seguridad. Lejos de las miradas indiscretas de Abigail y Kasia. Hurgó dentro del hueco y sacó el objeto. Luego lo llevó a la sala de estar, teniendo cuidado de no pisar ninguna de las tablas del suelo. En la mesa del comedor, sacó una silla y se sentó, colocando el objeto sobre la superficie.

Era un sobre delgado: una carta de HMP Wakefield, una carta de Nathan Burrows. Había llegado esa mañana, durante su día libre, mientras Kasia estaba en el colegio. La había sostenido durante diez minutos, mirándola fijamente, decidiendo si abrirla, con las palabras de la primera carta que había recibido resonando en su mente. Al final, la había dejado. No valía la pena arruinar la gran noche de Abigail. No había querido estar distraído. Pero después de la pesadilla que acababa de tener...

Estaba seguro de que había una conexión: el segundo asesino, el que había estado encerrado en el cerebro de Tomek desde aquella tarde hace treinta años, había desaparecido de su pesadilla. Tal como Nathan había dicho que pasaría.

No había nadie más allí, Tomek. Lo maté yo solo. Te lo has estado imaginando todo este tiempo.

Tomek inhaló profundamente antes de dar la vuelta a la carta y abrirla con el pulgar. Tan pronto como la sacó del sobre, contuvo la respiración y no perdió tiempo en leerla:

Queridisimo Tomek,

Por fabor acepta mis disculpas por el retraso. He estado ocupao aquí en Wakefield. Han abierto un nuevo curso de desarollo de negocios y he ido a algunos para intentar aprender sobre negocios. Pero estoy teniendo dificultades con los materiales de lectura. Estoy aprendiendo lentamente, y espero que puedas perdonarme. Por fabor ten paciencia. Tengo a mi compañero de celda que me ayuda, pero a veces él es igual de malo.

En fin, ¿cómo estás? ¿Cómo está Kasia? ¿Cómo está Abigail? Vi en las noticias lo de su ascenso. Por fabor dile que

le doy la enorabuena. Seguro que está muy contenta y orgullosa. Tú también deberías estarlo.

La última vez, se me olbidó preguntar cómo están tus padres. ¿Cómo han estado? Si quisieran venir a visitarme, son más que vienbenidos. ¡No voy a ir a ninguna parte! Quizás podríais hacer de ello un bonito día de familia. No te olvides de invitar también a Dawid. ¿Dawid te contó alguna vez que vino a visitarme una vez? Fue hace muchos años. Hablamos, discutimos. Había cosas que quería saber, así que se las conté. No te preocupes, le dije lo mismo que te dije a ti. Que lamento decir que maté a Michał yo solo. No había nadie más conmigo. A veces pienso que sería mejor si lo hubiera habido, ¿sabes? Así podría compartir parte de la culpa que siento por lo que le hice a tu hermano con ellos, pero nunca tendré ese lujo. Siento que hayas pensado esto durante tanto tiempo. Debe haber sido muy doloroso para ti todo este tiempo. Quiero compensarte. Por eso quería abrir el diálogo. Por fabor responde. Espero que puedas encontrar el tiempo. Sé que eres un hombre ocupao pero sería agradable hablar contigo otra vez. Si alguna vez quisieras hablar por teléfono, ya que puede ser mucho más fácil, acabo de conseguir un nuevo número —¡no se lo digas a los guardias! ¡Ja ja! Lo he puesto al dorso de esta carta para ti. Por fabor no lo pierdas. Echo de menos tu voz y me gustaría oírla otra vez.

Pensando en ti.

NB

Debajo de las iniciales de Nathan había una firma y, efectivamente, en el reverso había un número de móvil. Once dígitos, escritos con la caligrafía más pulcra posible para que no hubiera confusión, ninguna posibilidad de que Tomek introdujera el número incorrecto en su teléfono.

Cabrón.

Cabroncabroncabroncabroncabrón.

Tantos pensamientos, tantas emociones agitándose dentro de su cabeza. De repente se sintió enfermo, un profundo nudo apretándose en su estómago (y no era la comida). Luego la

sensación pasó casi tan rápido como había empezado, y fue recibido por un viejo amigo: la rabia. La misma emoción que había tenido cuando leyó la primera carta. Había querido saltar al documento y estrangular a Nathan mientras lo escribía. Había querido arrancarle los globos oculares y echarles ácido de batería. Quería obtener retribución por las atrocidades que le había hecho a su hermano.

Eso le recordó.

El otro.

Dawid.

Ese pequeño cabrón, visitando a Nathan sin decírselo a nadie. ¿De qué habían hablado? ¿Qué le había preguntado Dawid a Nathan? ¿Y por qué se lo había ocultado a todos durante todos estos años? ¿Esperaba que nadie se enterara nunca?

Tomek tuvo el repentino impulso de coger el teléfono y preguntarle, de averiguar las respuestas a esas preguntas y más. Pero era demasiado temprano, todavía estaba oscuro fuera. Tendría que esperar, una conversación para otro día.

Miró la carta de nuevo, leyéndola una vez más. Le preocupaban tres cosas: uno) la reunión secreta de Dawid con Nathan Burrows, dos) cómo Nathan se había enterado del ascenso de Abigail cuando la noticia solo se había conocido la semana anterior, y tres) que estaba empezando a creer a Nathan. Estaba considerando seriamente la posibilidad de que no hubiera habido otro asesino, que se lo hubiera imaginado aquella tarde y en los treinta años transcurridos desde entonces.

Cerró los ojos y retrocedió mentalmente a la pesadilla que acababa de tener; había sido tan vívida, tan visceral. Había sido una de las pesadillas más claras que podía recordar. Y sin embargo, ¿algo de ello había sido cierto? ¿Cuánto había sido realidad, cuánto una ficción creada por su cerebro y subconsciente? Todo este tiempo había imaginado a un segundo asesino allí. Pero quizás había una razón por la que nunca había podido ver la cara con claridad. Quizás había una razón por la que la policía nunca había encontrado a un segundo asesino o cualquier evidencia que sugiriera que alguien más había estado presente. ¿Y si la mente fracturada y frágil de Tomek lo había conjurado, un literal producto de su imaginación, una forma

inocua y genérica que su cerebro había deformado y manipulado en una figura? Era una pregunta con la que había luchado innumerables veces a lo largo de los años, y ahora su última y más clara pesadilla hasta la fecha lo estaba empujando en la otra dirección. Alejándolo de su identidad.

Y el nombre, Charlie, el nombre que había escuchado durante una pesadilla una vez y que había despertado una esperanza renovada, ¿y si eso también estaba mal? Más recientemente, esa era una pregunta con la que había intentado lidiar, una en la que tenía un poco menos de fe, solo porque era el mismo nombre que alguien que había estado involucrado en una investigación de asesinato en ese momento, y se había convencido de que había sido su subconsciente llamándolo. ¿Por qué, después de treinta años, un nombre le vendría de repente? No tenía sentido. Sabía que el cerebro trabajaba de maneras misteriosas, pero no eran tan misteriosas. Normalmente había algo detrás de lo que sucedía.

Estaba empezando a pensar que nada de ello había sido real.

Cuando estaba a punto de romper el papel por la mitad, oyó un sonido; la puerta de la sala crujiendo al abrirse, seguido por el sonido de uñas rascando la madera. Tomek giró sobre sus pies tan rápido que sintió que su columna vertebral se doblaba bajo la presión.

—¿Qué... qué haces despierta? —le preguntó a Abigail, mientras su cabeza se asomaba por el hueco de la puerta.

—Tenía frío. No podía sentirte a mi lado.

—¿Así que te despertaste?

—No tenía a mi compañero de mimos.

Tomek hizo una mueca. —Volveré enseguida. Dame un minuto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Escribiendo en mi diario.

No era una mentira completa. Pero tampoco era exactamente toda la verdad. Ahora mismo, no quería que ella lo supiera. No porque no confiara en ella con la información, sino porque no quería que se asustara por el hecho de que Nathan Burrows, un asesino cumpliendo cadena perpetua, conociera detalles íntimos sobre ella.

—¿Has tenido otra pesadilla? —Se acercó con cautela y colocó una mano reconfortante en su espalda.

—Sí.

—¿Una mala?

—No —mintió—. Pero fue más confusa que las otras.

—Puedes contármela más tarde. Por ahora, necesitas volver a la cama. Tienes que madrugar mañana.

CAPÍTULO
SEIS

Tomek no logró contener el bostezo al salir de la sala del tribunal. El sueño fragmentado y desconectado de la noche le había dejado cansado y aturdido, como si fuera un adolescente de nuevo, queriendo quedarse en la cama hasta la hora de comer. Era su tercera visita al Tribunal de la Corona de Southend en los últimos tres días. Había estado asistiendo como testigo en relación con el asesinato de un hombre en Two Tree Island, una pequeña marisma salada situada en Leigh-on-Sea. La víctima, Reece Cartwright, había sido golpeada en la parte posterior de la cabeza y dejada por muerta por el mismo testigo ocular que afirmaba haberle encontrado. Según su confesión, que había llegado poco después de que el equipo encontrara el arma homicida desechada en la maleza cercana, la víctima había detenido al asesino en medio del camino y había comenzado a acosarle, borracho y bajo la influencia de alguna otra sustancia. Cuando los avances de la víctima no disminuyeron, el ciclista le había golpeado en la cabeza en un intento de disuadirle, pero de hecho le había matado. Un simple acto de defensa propia se había convertido ahora en una investigación por asesinato y en lo que pronto sería encarcelamiento. La cuestión a la que se enfrentaba ahora el jurado, sin embargo, era si se trataba de asesinato u homicidio involuntario. Tomek, con todos sus años de experiencia, presentía que el hombre sería condenado por homicidio involuntario. No solo no había evidencia que sugiriera que los dos hubieran tenido contacto alguno antes de ese fatídico momento, sino

que la naturaleza del asesinato sugería que había sido un accidente de alguna manera, un golpe que salió mal. Era un final desafortunado para un hombre que, según sus amigos y familiares, estaba pasando por algunos de los momentos más bajos de su vida.

Lo hermoso de asistir al tribunal era que estaba a solo treinta segundos de la oficina, así que en medio minuto, estaba de vuelta en la sede de la Brigada Criminal, dirigiéndose a la sala de incidencias. Cuando llegó, se dirigió directamente a la cocina y comenzó a prepararse un café. El DCI Cleaves, el jefe del equipo, había conseguido recientemente encontrar suficiente dinero en el presupuesto para comprar una cafetera automática de gama alta —equipada con interfaz digital, capacidad para veinte litros de granos de café y acabados elegantes— que requería que un técnico de la empresa a la que se la habían comprado la limpiara y revisara quincenalmente. Era, en resumen, una de las mejores cosas que Tomek había visto jamás, a un paso de las lujosas y extravagantes cafeteras que se veían en lugares como Starbucks y Caffè Nero. Aunque mejor. No había necesidad de espumar la leche o limpiar los chorros de agua después de cada uso: la máquina lo hacía todo por ti. Poco después de su llegada, se había producido un clamor, una excitación febril, y se habían formado colas de sus colegas, cada uno esperando impacientemente para usar la máquina. En un par de ocasiones, Tomek se había visto obligado a intervenir y separar a algunos de ellos, interponiéndose entre ellos para poder detener un altercado antes de que se volviera feo, y luego al final, saltarse la cola. A pesar de tener dos semanas de antigüedad, la fascinación del equipo por la cafetera no había disminuido, y todavía había una cola delante de él cuando regresó. La agente Nadia Chakrabarti, la encargada de introducir y gestionar datos en HOLMES del equipo, responsable de administrar las tareas de todos durante las diversas investigaciones que tenían en marcha en cualquier momento, estaba en medio de colocar la taza bajo la boquilla, cuando Tomek preguntó: —¿Necesitas ayuda con eso, Nads?

—Estoy embarazada —espetó ella—. No soy una jodida inválida.

Ocho meses, para ser exactos. A punto de estallar. Muy pasada ya su baja por maternidad. Varios miembros del equipo, incluido

Recursos Humanos, le habían sugerido que aprovechara el tiempo antes de que llegara el bebé, para relajarse, para instalarse un poco, pero ella había dicho que no quería aburrirse, que no quería quedarse en casa sin hacer nada todo el día excepto esperar a que llegara el momento, no cuando todavía había una montaña de trabajo que había que hacer. Una montaña de trabajo que, a pesar de su inteligencia, ahora incluía aprender a usar la cafetera correctamente; Tomek la observó luchar durante unos momentos mientras colocaba una mano sobre su vientre mientras la otra buscaba el botón correcto para presionar.

—¿Seguro que no te vendría bien una mano? ¿Cerebro de embarazada otra vez?

Ella resopló, miró hacia atrás y le fulminó con la mirada.

—Si mencionas lo del cerebro de embarazada una vez más, te partiré la cabeza para que *tú* tengas cerebro de bebé.

—Ya voy por la mitad, colega. Creo que mis padres y hermanos ya hicieron la mayor parte del trabajo por ti.

Otro resoplido, otra mirada fulminante. Tomek le prestó poca atención, luego se deslizó pasando junto a tres miembros del personal de apoyo civil, disculpándose con un susurro educado como hacían los británicos, y se detuvo junto a Nadia. Gritos y abucheos vinieron desde atrás.

—¡Está embarazada! Solo estoy ayudando a alguien que lo necesita.

—Tú serás el que necesite ayuda si sigues así —dijo ella, y luego volvió a mirar los botones.

—Decisión difícil —dijo él—, escoger el mismo que tomas siempre.

La expresión en su rostro sugería que quería golpearle, pero no tenía la energía. En cambio, dejó escapar un largo suspiro y alivió la tensión en su cuerpo. —Vale. Hazlo tú. Chocolate caliente, por favor.

—¡Un chocolate caliente y un café con leche en camino! —dijo él ante otro coro de gemidos y gritos. Se volvió para enfrentarse a la multitud—. ¡Eh! Ninguno de vosotros estaba dispuesto a ayudar a esta mujer *embarazada*. Es justo que reciba mi merecida recompensa.

—Eres todo un mártir, Tomek —se burló Nadia—. Es un milagro que no te hayan dado un título de caballero o un CBE, o alguna de esas condecoraciones.

Señalando a la multitud detrás de él, dijo: —Lo hago por mis fans. No lo hago por mí mismo.

—¡Bah! Y yo tengo el cuerpo de Kim Kardashian.

En unos momentos, el chocolate caliente de Nadia estaba listo, y cuando estaba a punto de entregárselo, colocó su taza debajo de la boquilla y presionó el botón para su propia bebida. Al volverse hacia Nadia, la encontró mirándole, desconcertada, con los ojos tan abiertos como el borde de su taza. Y entonces miró al suelo. Ella había dejado caer la bebida al suelo, derramando el contenido sobre las baldosas, rompiendo la taza.

Pero ese no era el único líquido que vio. Sus pantalones, sus muslos, estaban oscurecidos.

—¿Nads...?

—Creo que acabo de romper aguas.

CAPÍTULO
SIETE

Tomek había sido menos que inútil, agitándose como una paloma con sobredosis de cocaína, apartando a miembros del equipo y provocando accidentes mientras chocaban contra los armarios y se golpeaban las muñecas con los tiradores de los cajones. Pero lo peor había sido cuando empezó a gritar. Sus órdenes —al menos eso eran para él— no eran más que aullidos incoherentes, del tipo que podrías oír de una foca varada intentando pedir ayuda. Era una pesadilla, y en un momento dado Nadia se detuvo en medio de la oficina, lo agarró por los hombros, le dio una bofetada en la mejilla y luego le dijo con calma y coherencia que «se sentara, cerrara la puta boca y respirara». Ella era quien debería estar enloqueciendo, perdiendo la cabeza, no Tomek. Para él había sido una experiencia aterradora. Dale un asesino en serie o una persecución a alta velocidad —ya sea en coche o a pie— cualquier día de la semana y estaría tan tranquilo como puedas imaginar, pero esto... esto había sido como conocer a una chica por primera vez; no podía hablar correctamente, no podía dejar de sudar, y estaba seguro de que también había habido un poco de pipí.

Había sido entonces una sorpresa enorme cuando Nadia le concedió permiso para llevarla al hospital en coche. En una situación como esta, había dicho ella, donde necesitaba llegar allí lo más rápido posible, era el *único* momento en que confiaba en él para hacer algo relacionado con su embarazo (aunque técnicamente sería lo último que podría hacer, aparte de asistir el parto; decidió no

mencionarlo). En cambio, Tomek había asentido distraídamente, inseguro, con una docena de pensamientos, imágenes y escenarios corriendo por su cabeza mientras estaba sentado allí en la oficina, escuchando su voz y siguiendo sus ejercicios de respiración. Pero toda esa ansiedad y duda desaparecieron tan pronto como sintió los rígidos asientos de cuero del coche de la comisaría abrazando su cuerpo.

Después de encender el motor, se volvió para mirarla y dijo:

—Nadia, es un honor conducirte en tu hora de necesidad.

Jadeando, con la cara contraída por el dolor, ella se volvió hacia él, mostró los dientes y le gritó a la cara:

—¡Conduce! ¡O lo hago yo misma, joder!

Para Tomek eso no era una opción, así que se precipitó a través del tráfico, se saltó un par de semáforos en rojo (le pasaría las multas al marido más tarde) y derrapó hasta detenerse en la puerta de urgencias del Hospital de Southend. Allí, requisó una silla de ruedas de un pasillo y, sintiéndose como Jack Reacher arrasando una ciudad sin dejar prisioneros, Tomek cargó por los pasillos y consiguió que la atendieran lo más rápido posible.

El marido de Nadia, Sharif, llegó media hora después. Para entonces, el bebé ya estaba en camino, y Nadia había sido enviada a una de las habitaciones a lo largo de uno de los muchos pasillos. El hombre estaba nervioso y exasperado, y Tomek había hecho todo lo posible por disipar sus temores y calmarlo, pero como él mismo no había sido precisamente un ejemplo de relajación, no había convicción en lo que le había dicho a Sharif que hiciera. Lo último que había visto del hombre, antes de que entrara corriendo a la sala de partos, fue una expresión de conmoción y miedo en su rostro, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que estaba a punto de suceder en los próximos treinta minutos —y los próximos treinta años de su vida—.

Tomek había decidido quedarse. No porque quisiera ver al bebé, sino porque había estado tan abrumado con todo aquello que la repentina oleada de emociones que había sentido en la oficina había regresado, dejándolo clavado en el sitio. Por alguna razón inexplicable, se sentía impactado por el nacimiento del bebé, y

mientras esperaba, decidió que esa era una línea de pensamiento por la que no quería aventurarse todavía. O quizás nunca.

Con una ya tenía suficiente, gracias.

Poco más de una hora después, Sharif regresó a la sala de espera, irrumpiendo por las puertas. En cuanto vio a Tomek, se detuvo.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó Sharif antes de dirigirse a su propia familia, que había ido llegando a la sala de espera durante el parto.

Tomek se levantó de su asiento y juntó las manos.

—¿Cómo está ella? ¿Cómo está el bebé?

—Bien. Ambos están bien. Tanto la madre como el hijo están sanos y felices.

La noticia fue recibida con un coro de vítores por parte de las familias de Nadia y Sharif. Se estrecharon manos, se abrazaron cuerpos. Fue una experiencia agradable y maravillosa, y una vista para contemplar que trajo una sonrisa al rostro de Tomek. Entonces se dio cuenta de que él era el que estaba fuera de lugar y no tenía ninguna razón para estar allí.

—Transmitiré la noticia al equipo —le dijo a Sharif en voz baja mientras se disponía a marcharse.

Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, Sharif lo llamó y le preguntó si le gustaría ver al bebé antes de irse. Sí, respondió Tomek sin pensarlo. Pero mientras deambulaba por el pasillo, acercándose cada vez más al recién nacido, Tomek comenzó a entender cómo se había sentido Sharif. Un nudo se había formado en su estómago, un bulto en su garganta. Las luces de los pasillos parecían atenuarse, y las paredes parecían cerrarse sobre él, como si estuviera en una película de terror. Pero tan pronto como Sharif le abrió la puerta, todo eso desapareció, y la habitación se llenó de un brillo magnífico que acentuaba incluso los colores más sombríos.

Tomek no había estado presente en el nacimiento de Kasia. Principalmente porque no había sabido nada al respecto. No la había visto nacer. No la había sostenido en sus brazos por primera vez. No había experimentado nada de eso. Lo mismo se aplicaba a los

primeros trece años de su vida. Pero aquí, ahora, ahora lo estaba experimentando por poder.

Nadia, vestida con una bata de hospital, estaba sentada en la cama, acunando al bebé.

—Tomek —dijo, mirando entre Sharif y él—, ¿sigues aquí?

—Yo... lo siento. No podía obligarme a volver. No hasta saber cómo estaba todo. ¿Cómo está él?

—Como un tesoro. Adorable. Sin problemas en absoluto.

Tomek se acercó con cautela, para que ningún movimiento brusco perturbara al bebé que descansaba pacíficamente. Cuando llegó junto a la cama de Nadia, se inclinó para examinar al bebé. El pequeño estaba acurrucado en una manta, salvo por su cara, coronada con una fina cabellera y algunos fluidos corporales que aún se estaban secando en su frente. Sus ojos estaban arrugados y sus pequeños labios se movían rápidamente.

—Este va a ser un hablador —dijo Tomek—. Te lo garantizo. ¿Tenéis nombre?

—Todavía no.

—¿Qué tal «Tomek»?

—¿Por qué haríamos eso?

—Porque sin mí no le habrías dado a luz, al menos no aquí.

Sharif y Nadia intercambiaron una mirada.

—¿Estás de broma?

Tomek era incapaz de apartar la mirada del bebé.

—Siento como si hubiera sido parte de su nacimiento. Siento como si hubiera tenido *algo* que ver con ello.

Ellos compartieron otra mirada.

—Sí —dijo ella—. Tienes razón. Ha sido un cincuenta por ciento yo. Cuarenta y nueve por ciento Sharif. Y un uno por ciento tú por ayudarme a cruzar las puertas. Realmente no podríamos haber hecho esto sin ti. Entre los tres, hemos tenido un bebé. Enhorabuena.

Tomek estaba tan abrumado de alegría que no prestó atención a la pulla de Nadia.

—Pero no creo que vayamos a llamar a nuestro bebé Tomek —dijo ella, más severa esta vez.

—¿Por qué no?

—Porque si *tú* eres un ejemplo... Simplemente no quiero ese fastidio.

Tomek entendió eso, y apreció su franqueza.

—¿Cuánto pesa?

—Cuatro kilos y trescientos cincuenta gramos —respondió Sharif.

—Joder, Nads. ¿Qué le has estado dando de comer?

—Una dieta estricta de ancas de rana, caviar y setas. ¿Tú qué crees?

Fue entonces cuando Tomek vio a Nadia en su belleza más cruda y vulnerable. Su pelo y su cara estaban cubiertos de sudor, y las bolsas bajo sus ojos parecían listas para facturarse en un vuelo de primera clase hacia el otro lado del mundo. Sin embargo, de alguna manera lucía radiante, como si contuviera toda la alegría del mundo, capturada en su expresión y sonrisa. Tomek no sabía qué estaba pasando en su mente —¿era esto lo que se sentía al tener instinto paternal?— pero no le gustaba.

—Él será quien te empuje por las puertas del hospital la próxima vez —dijo—. Pero en ese momento, estarás enferma y achacosa.

El resplandor en su rostro disminuyó ligeramente.

—Puede que esté con muchos medicamentos y analgésicos ahora mismo, Tomek, pero te *estrangularé* si dices una cosa más que pueda molestarme. Y no creas que no lo haré solo porque eres mi superior...

Tomek levantó una mano a la cabeza en un saludo burlón.

—Sí, Capitana. Entendido, Capitana. Y con eso, os dejo tranquilos.

No hubo objeciones ni de Sharif ni de Nadia. Y no podía culparlos. Ya se había quedado más tiempo del debido, y lo último que querían mientras compartían este precioso momento el uno con el otro era tenerlo merodeando, recordándoles su contribución del uno por ciento al día más feliz de sus vidas. Un uno por ciento del que intentaría no presumir demasiado en los próximos días.

Antes de irse, besó a Nadia en la mejilla, acarició la frente del pequeño y luego estrechó la mano de Sharif.

Cuando llegó a la puerta, Nadia lo llamó.

—¿Tomek?

—¿Sí...?

—Si le cuentas a alguien de la comisaría lo mal que me veo, prenderé fuego a todo lo que amas.

CAPÍTULO
OCHO

Tomek no había podido tomar aire en casi veinte minutos. Tan pronto como había cruzado las puertas de la sala de incidentes importantes, se había visto rodeado por sus compañeros, acosándole y bombardeándole con una docena de preguntas por segundo. Eran como una manada voraz de hienas, desesperadas, y Tomek era claramente su presa, siendo la información que querían la carne de sus huesos. Había comenzado a entender cómo era para las celebridades ser perseguidas por los paparazzi, teniendo casi cada aspecto de su vida bajo escrutinio. Sus compañeros, especialmente Rachel y Martin, querían actualizaciones minuto a minuto. Las tres palabras, «¿Y luego qué? ¿Y luego qué? ¿Y luego qué?» habían sido promovidas a la lista de palabras prohibidas en la oficina. No quería oír, ver o siquiera pensar en esas palabras durante mucho tiempo.

Después de haber saciado a la hambrienta multitud con su historia ligeramente adornada (llevando el uno por ciento hasta un aceptable cuatro o cinco), se dirigió hacia su escritorio. Llegó tan lejos como para poner la mano en el respaldo de su silla cuando escuchó a la inspectora Victoria Orange llamar su nombre desde el otro lado de la oficina.

Suspirando profundamente, Tomek se tomó un momento para componerse antes de acercarse.

—Si tengo que explicar lo que pasó una vez más, presentaré mi dimisión —le dijo.

Ella se mantuvo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía unos pantalones elegantes y una camisa floral de color naranja brillante que iluminaba la habitación. —Ya me he enterado —dijo.

—¿Cómo? —Trató de ocultar la sorpresa y el ligero disgusto en su voz, pero no tuvo éxito.

—Sharif —respondió ella—. Me llamó desde el hospital para decirme que tanto la madre como el hijo estaban sanos y salvos.

—¿Así que lo sabías, pero no quisiste decir nada al resto del equipo?

—No cuando sabía lo mucho que te devorarían vivo cuando volvieras. Debo admitir que fue todo un espectáculo.

Tomek la miró con el ceño fruncido.

—En fin, pasa. Hay algo que creo que te gustaría escuchar.

Cuando Tomek cruzó el umbral de su despacho, le golpeó en la cara una pared de aire frío. Por alguna razón inexplicable, tenía el aire acondicionado encendido a mediados de marzo, cuando todavía hacía menos de diez grados fuera, y así había sido durante las últimas semanas. Cerró la puerta tras él y se quedó allí, equilibrando su peso sobre el pie izquierdo.

—¿Qué he hecho?

—Es una pena que esa sea tu respuesta automática, pero no puedo mentir, incluso a mí me sorprende no haberte llamado por alguna falta o por tu comportamiento desafortunado.

—Esto debe ser grave entonces.

—Todo lo contrario. —Victoria rodeó su escritorio y se sentó, apartándose el pelo de los ojos—. Esta mañana, mientras estabas fuera, vino una mujer. Una mujer llamada Rose Whitaker, con el resto de su familia. Han venido a denunciar la desaparición de una persona.

—Vale. —Se preparó para lo que iba a venir, temiendo lo peor, aunque sabía por el contexto de la conversación hasta ahora que, sopesándolo todo, no sería así.

—No hay necesidad de parecer tan asustado. No te estoy despidiendo.

—No podrías aunque quisieras —dijo Tomek desafiante—. Solo mi colega, Nick, puede hacer eso.

Victoria negó con la cabeza. —Ahora estoy empezando a pensármelo dos veces. Quizás esto no fue tan buena idea, después de todo.

Tomek sacó la silla de enfrente y se sentó. —No, no. Soy todo oídos. Dispara, hermana.

El gesto de pistola con los dedos que le dirigió no tuvo éxito. Ella suspiró profundamente por la nariz, y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

—Iba a nombrarte oficial investigador principal en la investigación.

—¿A mí?

—Sí.

—¿*A mí*?

—Sí. ¿Estás sordo?

—¿Por qué?

—Porque te has repetido dos veces ya.

—No, quería decir por qué yo.

—Lo estás haciendo de nuevo. Sigues diciendo la palabra «yo».

Tomek abrió la boca para corregirla, pero entonces vio la sonrisa de suficiencia en su cara, y comprendió. Fingió una risa. —Ya lo pillo. Estás siendo graciosa.

—Una cucharada de tu propia medicina. Estoy segura de que habrías hecho lo mismo si las cosas hubieran sido al revés.

Tomek optó por no responder a eso porque tenía toda la razón.

—Creo que te has ganado la oportunidad de intentar gestionar una investigación como esta por tu cuenta. Serás el oficial investigador principal, y eso significa gestionar todo lo que conlleva. Nick y yo decidimos que ya era hora. Pero te vigilaremos de cerca, para asegurarnos de que no la líes con el presupuesto y todo eso.

—¿Presupuesto? —Los ojos de Tomek se iluminaron—. ¿Voy a poder jugar con todo ese dinero?

—Joder —susurró con un movimiento de cabeza—. En qué me he metido. Yo...

Se detuvo tan pronto como vio la sonrisa de suficiencia ahora en su cara.

—Touché, Bowen. Touché. Pero no vas a recibir mucho, eso te lo puedo decir gratis. Y solo puedo darte un equipo reducido también.

—¿Por qué?

—Porque hay otras responsabilidades. Hay demasiadas cosas pasando ahora mismo para darte un equipo completo.

—Vale. ¿Con quién cuento?

—Esa es tu elección.

—¿Cuántos?

—Dos... como mucho, tres.

Tomek ni siquiera necesitó pensarlo. Los nombres aparecieron en su cabeza al instante.

—Chey y Rachel.

—¿Por qué no lo piensas?

Tomek percibió la reticencia en su voz.

—He tomado mi decisión. Quiero a Chey y Rachel, por favor.

Como si fueran jugadores en una selección de la NFL.

Ella suspiró lentamente, tratando de no dejar entrever que estaba descontenta con la decisión.

—De acuerdo. Puedes tenerlos. Ahora sal de aquí. La familia te está esperando abajo en la sala de reuniones uno.

CAPÍTULO
NUEVE

Tomek se sentía como un profesor llegando tarde a una reunión con los padres del alumno más brillante de la escuela. Al entrar en la sala, la familia Whitaker levantó la mirada hacia él, profundamente poco impresionada, como si hubieran estado esperando durante horas y se preguntaran en qué se gastaba el dinero de sus impuestos.

Al entrar, colocó una libreta sobre la mesa y se presentó a la familia. Eran tres en total. Rose Whitaker, una mujer de unos treinta años que parecía haber tomado consejos de moda de Kate Middleton y las diversas revistas del corazón que documentaban cada una de sus elecciones de vestuario, con la excepción de las diversas joyas que llevaba en el cuerpo. Sus dedos estaban cubiertos de anillos con incrustaciones de diamantes, una pulsera en cada muñeca, un gran collar con un colgante en forma de corazón que se balanceaba entre los botones de su camisa, y unos pendientes que Tomek consideró mucho más discretos que el resto del conjunto. Tomek prefirió no calcular cuánto habría costado todo aquello, ya que probablemente sería más de lo que tenía en cualquiera de sus cuentas bancarias, y como estaba teniendo un día tan bueno, no quería que se empañara de ninguna manera.

Acompañándola, descubrió rápidamente, estaban los suegros de Rose, Daphne y Roy Whitaker, una pareja de unos cincuenta y tantos años que parecía llevar casada los últimos treinta años, y solo algunos de esos años habían sido agradables. Ellos también parecían

llevar encima más de lo que Tomek poseía, excepto que en forma de ropa de diseñador. Curiosamente, los ojos de Tomek se fijaron en los gemelos del hombre: un par de aviones comerciales azules y rojos, incrustados de diamantes. Roy Whitaker parecía el tipo de hombre bastante tranquilo pero con capacidad para cambiar en cualquier momento, y a no muchas personas les gustaría cuando lo hiciera. Daphne Whitaker, por otro lado, se sentaba erguida, con los labios fruncidos y una expresión de juicio silencioso dibujada en su rostro. Tomek tuvo la impresión de que era la maestra muda de la familia que los controlaba a todos con un giro de cabeza o un estrechamiento de ojos.

—Bueno... —comenzó Tomek, sintiéndose de repente ligeramente intimidado por todos ellos—. Tengo entendido que queríais denunciar la desaparición de una persona.

—Sí —respondió Roy mientras colocaba una mano sobre el regazo de su esposa—. Nuestra hija, Angelica.

Tomek anotó el nombre.

—Es nuestra pequeña angelito —continuó Roy.

—Estoy seguro de que lo es. ¿Cuándo fue la última vez que la visteis?

—No la hemos visto en los últimos días —respondió Daphne, con voz delgada, medida.

—¿Y creéis que ha estado desaparecida todo este tiempo?

—No. —Esta vez la pregunta fue respondida por Rose, que se inclinaba hacia delante en su asiento. Miró a Roy y Daphne antes de continuar, casi como si buscara su aprobación—. La vi por última vez ayer por la tarde. Trabaja para mí en mi joyería en Leigh Broadway.

Eso explicaba la deslumbrante cantidad de diamantes en cada parte de su cuerpo. Y ahora que lo mencionaba, notó las joyas en sus suegros. Que probablemente todos hubieran sido obsequiados con ellas a lo largo de los años le hizo impresionarse menos.

—¿Es usted la dueña de Whitaker's, justo al lado de Tangerine, en Broadway? —preguntó.

Rose asintió, su rostro llenándose de orgullo. —Culpable de los cargos.

—Ah, genial. La he visto, a menudo paso por delante, pero nunca he entrado. Siempre me han echado para atrás los...

—¿Los precios?

Tomek se mostró tímido. —Sí. Y el hecho de que, hasta hace poco, no tenía a nadie para quien comprar.

Pero ahora Abigail había entrado en su vida, ahora le acababan de dar su gran ascenso, y ahora tenía un cumpleaños en las próximas semanas... quizá tendría que cambiar sus hábitos.

—No es *tan* cara —explicó Rose—. Atendemos a todo tipo de presupuestos. Debería pasarse alguna vez, y si puede ayudarnos a encontrar a Angelica, estaría encantada de ofrecerle el mismo descuento que he dado al resto de la familia.

Angelica.

El nombre apareció en su mente en letras rojas brillantes.

—Angelica. Bien. ¿Por dónde íbamos? —Consultó sus notas—. Estaba en medio de explicarme por qué fue la última persona en ver a Angelica...

—Porque trabaja para mí —explicó Rose, acariciándose el cabello recogido detrás de la oreja—. Trabaja conmigo durante la temporada baja.

—¿Temporada baja?

—Durante los meses de invierno, cuando no la necesitan tanto. Es azafata. Para TUI.

Tomek garabateó la nota en su libro.

—¿Azafata?

—Sí —respondió Roy con un atisbo de orgullo—. Era increíblemente buena en su trabajo, pero con empresas como esa, los meses más ocupados son en verano, así que, comprensiblemente, cuando las cosas están más tranquilas, no necesitan a muchos del personal y tienen que prescindir de ellos. No es un ingreso completamente fiable, y significa que seis meses al año está sin trabajo y necesita empleo, pero somos afortunados de tener a Rose en la familia, quien es lo suficientemente amable como para darle trabajo el resto del año. Hemos intentado a lo largo de los años convencerla de que cambie de empresa, que se traslade a una línea de trabajo más... respetable y segura en la industria...

—...pero la competencia para esos puestos es tan feroz que solo un puñado de personas son seleccionadas cada año, como puedo atestiguar —añadió Daphne. Al decirlo, su espalda se enderezó y sus patas de gallo desaparecieron cuando su expresión fue reemplazada por orgullo propio.

Rose se inclinó hacia delante y señaló a su suegra. Para beneficio de Tomek, explicó: —Daphne fue azafata para BA toda su carrera, y Roy era piloto.

—Así es como nos conocimos —añadió Roy.

Los ojos de Tomek cayeron sobre los gemelos del hombre, que frotaba distraídamente con sus dedos.

—Por supuesto, nos habría encantado que se uniera a la tradición familiar, por así decirlo, y que se uniera al equipo de BA; incluso contacté con algunos de mis antiguos colegas para ver si podían interceder por ella o adelantarla en la lista, pero se negó. Dijo que quería hacer las cosas a su manera.

A Tomek le recordó una conversación que había tenido con Kasia unas semanas antes. Los dos habían estado en una cafetería, disfrutando de un desayuno y un café, cuando Tomek había bromeado sobre sus poderes de deducción y sobre convertirse en policía. Ella entonces le había dicho rotundamente que no, y que su sueño era abrir algún día una cafetería. A Tomek no le importaba. Era su vida. Era libre de tomar las decisiones que tomaba —dentro de lo razonable, por supuesto— y si necesitaba cometer errores en el camino, él siempre estaría ahí para ella. Pero para la familia Whitaker, Tomek intuía que no era lo mismo. Intuía que habían tenido muchas discusiones sobre las elecciones de Angelica, y que ella había sentido constantemente que no había estado a la altura de las expectativas de sus padres. Tomek no quería tener la misma relación con su hija.

—¿Puede explicarme detalladamente qué ocurrió la última vez que vio a Angelica? —preguntó Tomek, dirigiendo la pregunta a Rose.

—Por supuesto —dijo mientras se quitaba una pelusa de la falda para que pareciera casi inmaculada, como nueva—. Estábamos trabajando en la tienda. Fue un día tranquilo, como los últimos, así

que le dije que podía irse unos minutos antes. Iba a salir anoche y quería prepararse. Además, no hay mucho que hacer para mí al final, de todos modos. La parte más larga es sacar todas las joyas de los escaparates y meterlas en la caja fuerte.

Tomek asintió, pero no le importaba nada de eso. Preguntó a dónde había ido Angelica la noche anterior.

—A salir con un grupo de amigos.

—¿Cuántos?

—Cuatro en total, incluida Angelica.

—¿Sabe sus nombres?

—Solo los nombres de pila. Sería un poco raro si hubiera estado hablando de ellos con sus nombres completos, ¿no cree?

—Ciertamente. ¿Le dijo cómo los conoce?

—Del trabajo. Todos son auxiliares de vuelo —respondió—. Todos se conocieron en TUI, pero creo que dijo algo sobre que ahora todos trabajan para diferentes compañías. Se separaron a lo largo de los años, pero todos han conseguido mantenerse en contacto —si no me equivoco, una de ellas también podría haber sido una amiga del colegio—. Se volvió hacia Roy y Daphne—. Elodie... creo que se llamaba. ¿Os suena a alguno de vosotros?

Sus expresiones estaban en blanco. Se miraron el uno al otro, luego negaron con la cabeza lentamente. Era evidente que sabían muy poco sobre la vida de su hija, que quizás la habían rechazado por sus elecciones, y que Rose era, de los tres, la persona que mejor la conocía.

—No es un problema —continuó Tomek—. Estoy seguro de que podemos encontrarlos de alguna manera. ¿Le dijo adónde iban?

—A la discoteca Memo en Southend. ¿La conoce?

—Puede que sea mayor, pero no tanto. También he detenido a un par de personas fuera de allí, así que la conozco bastante bien.

Aunque el club podría haber cambiado un poco por dentro desde la última vez que Tomek había estado allí, estaba casi seguro de que el tipo de cliente masculino que asistía no lo había hecho.

—Cuando se despidió de ella anoche, ¿cómo parecía? ¿Enfadada? ¿Disgustada? ¿Emocionada?

—Emocionada, al cien por cien. Tenía muchas ganas de ver a sus amigos. Dijo que hacía mucho tiempo que no salía, que era su última celebración antes de que comenzara la temporada de nuevo.

Asintiendo, Tomek continuó garabateando en su cuaderno.

—¿Y cuándo notó que algo iba mal? ¿Supongo que cuando no se presentó a trabajar esta mañana?

—Correcto.

—¿Ha hecho algo así antes? ¿Alguna vez ha llamado para decir que estaba enferma, ha llegado tarde?

Durante los últimos minutos, Tomek había estado dirigiendo sus preguntas a Rose, ignorando completamente a los padres de Angelica como si ni siquiera estuvieran allí, y por el rabillo del ojo, vio a Roy estremecerse con profunda frustración.

—Nuestra pequeña angelito es una persona muy respetable, puntual y agradable. No habría llamado para decir que estaba enferma o habría huido sin una razón genuina para ello. No es como si estuviera durmiendo hasta tarde... hemos revisado su casa, y no ha estado allí. No, algo le ha ocurrido y exigimos saber qué. Necesitamos su ayuda para encontrarla.

Eso había respondido una de las siguientes preguntas de Tomek: si alguien había ido a su lugar de residencia para verificar que no estaba allí. Pero eso todavía no respondía a su pregunta original. Se volvió hacia Rose, esperó a que respondiera.

—Ella ha... lo siento, Roy... ha llegado tarde un par de veces, después de salir de fiesta, pero nunca ha sido *demasiado* malo — veinte, treinta minutos aquí y allá. Cuarenta y cinco como *máximo*. Nunca se ha pasado de la raya como ahora. Nunca me ha dado ninguna razón para preocuparme sobre dónde podría estar. Esta mañana creo que debo haber intentado llamar a su móvil unas cincuenta veces, y no hubo respuesta. Normalmente está pegada al maldito aparato. Fue entonces cuando supe que algo iba mal, como dijo Roy. Por eso estamos aquí.

—Lo entiendo —dijo Tomek—. Entonces, ¿diría que esto es poco común en ella?

—Sí.

—¿Qué tipo de persona es cuando sale de fiesta? ¿O en general?

—¿Por qué es eso importante? —preguntó Daphne.

—Bueno... —Tomek hizo una pausa—. Si ha salido a una discoteca con amigos, y ha estado hablando con alguien en la barra, entonces podría haberse ido con ellos.

—Oh, no. No, no, no. No nuestra Angelica. Es el alma de la fiesta, sí. Muy extrovertida, siempre hablando con la gente, siempre con una sonrisa en la cara —es parte del trabajo, se te queda grabado— pero no es *fácil*.

—Nadie está insinuando que lo sea, señora Whitaker.

Daphne golpeó a su marido en el brazo. —Díselo, Roy. Tiene una idea equivocada de nuestra Angelica.

Roy miró hacia su regazo, giró el gemelo del avión un par de veces, enviándolo en una espiral descendente, antes de responder. —Por supuesto —dijo, aunque la entonación de su voz desmentía su elección de palabras—. Nuestra hija era una santa... era un ángel.

—Espere a que regrese Johnny —añadió Daphne, mientras comenzaba a mover su dedo hacia Tomek, como si él fuera la persona hacia la que debía dirigir su ira y frustración—. Él podrá contarle todo sobre cómo es ella. Él le dirá lo mismo que nosotros.

—¿Quién es Johnny? —preguntó Tomek con un encogimiento de hombros. Su paciencia comenzaba a agotarse un poco.

—El hermano de Angelica, mi marido —respondió Rose.

—¿Dónde está ahora?

—Fuera por trabajo. Dublín. Está de camino de vuelta esta tarde. Consiguió coger un vuelo temprano de regreso al aeropuerto de Southend después de que le contara lo que ha pasado.

Tomek le ofreció una sonrisa de agradecimiento. De los tres, ella era la que más quería ayudar, la que estaba preparada para ser honesta sobre Angelica y lo que podría haberle pasado. Mientras que sus padres estaban cegados por su propia relación con su hija. Tomek sabía en cuál de los miembros de la familia se apoyaría para obtener información en el futuro. Al final de la reunión, les informó de los siguientes pasos: que enviarían un equipo a su casa; que vigilarían su teléfono; y que hablarían con sus amigos y cualquiera de la noche anterior. Pero más importante, les dijo que los mantendría informados. Estarían en una base de necesidad de saber,

y como oficial superior de investigación, solo él elegiría qué información necesitaban saber.

CAPÍTULO
DIEZ

Tomek aceptó la taza de café con gratitud y la colocó delicadamente sobre su rodilla. No tenía ganas de tomarlo, pero lo había aceptado por educación. De los dos, era la persona a la que había venido a ver quien más lo necesitaba. Las primeras palabras de Elodie Locket hacia él habían sido: —Joder, tengo una resaca tremenda—. Y lo parecía, con su rostro demacrado, los vasos sanguíneos rotos en sus ojos por la falta de sueño, el pelo despeinado y el color desvaído de su cara debido a la deshidratación. Si eso no fuera suficiente, todavía llevaba el maquillaje de la noche anterior en su cara de veintinueve años, todo grueso y corrido. No quería ni imaginar cómo estaría su almohada, aunque de fondo escuchó el sonido de una lavadora en mitad del ciclo y supuso que ya se le había adelantado.

Elodie iba vestida con un pijama elegante de Primark estampado con fresas y plátanos, envuelta en un chal tejido. Vivía en una casa compartida con otras dos chicas y un hombre, todos los cuales les habían dejado usar el salón para su conversación. El lugar le daba a Tomek vibras de piso de estudiantes, con las marcas en las paredes, la caja amarilla de reciclaje llena de botellas vacías de vodka y cerveza, y el moho en las esquinas y en las paredes que a ninguno de ellos le había dado la gana de arreglar. La casa era un desastre, pero Elodie, por otro lado, no lo era. Bajo la resaca y el maquillaje corrido, se veía bien arreglada, y por la forma en que estaba sentada al borde del sofá y se envolvía en el chal, intentaba entrar en

contacto con la menor cantidad posible del mobiliario y del ambiente. Tomek tuvo la impresión de que ella no quería estar allí más que él. Y estaba dispuesto a apostar que la suya era la habitación más limpia de todas.

—Estoy aquí para hablar con usted sobre su amiga, Angelica Whitaker —comenzó, dejando el café en el suelo. Mientras sacaba su bolígrafo y su libreta, vio un insecto arrastrarse hacia la taza desde debajo del sofá, como uno de los juguetes de *Toy Story*, acechando en las sombras.

—¿Angelica? ¿Qué le ha pasado?

—No se ha presentado a trabajar en casa de su cuñada esta mañana. Su familia la ha denunciado como desaparecida. Solo quiero hacerle algunas preguntas sobre anoche y sobre su relación con Angelica. Además de cualquier cosa que pueda contarme que crea que podría ser importante.

Mientras hablaba, la mano de Elodie voló hacia su boca, y comenzó a respirar pesadamente, su pequeño cuerpo agitándose con cada respiración.

—Oh, Dios mío. ¿Está desaparecida?

—Estamos tratando de no sacar conclusiones precipitadas —respondió—. En la mayoría de los escenarios como este, la persona en cuestión suele aparecer en algún momento, ilesa y segura, aunque quizá un poco confundida.

—Pero no cree que ese sea el caso de Angelica, ¿verdad?

En este momento, Tomek no sabía qué pensar.

—¿Por qué dice eso?

—Porque está hablando conmigo. Por lo de anoche. Cree que algo podría haber... —Y entonces se derrumbó en un mar de lágrimas, su cuerpo temblando y convulsionando, y no porque la calefacción estuviera apagada en la casa. Tomek se levantó de un salto del sofá y corrió al baño, deseando inmediatamente no haberlo hecho. Arrancó el rollo de papel higiénico del soporte y regresó apresuradamente, entregándoselo y disculpándose por no saber dónde estaban los pañuelos de verdad.

—No hay ninguno —dijo ella, sorbiéndose la nariz.

Pasaron uno o dos minutos mientras Elodie lloraba en el papel higiénico, extendiendo las lágrimas y el maquillaje por su cara. Cuando terminó, parecía una versión femenina del Joker; manchas negras del tamaño de naranjas rodeaban sus ojos, y restos de pintalabios que no había notado antes manchaban sus mejillas. Empezaba a dudar de que estuviera tan bien arreglada como había creído inicialmente. Cuando finalmente se calmó, se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, mirando fijamente el papel higiénico en sus manos, jugando con él, desgarrándolo entre sus dedos.

—Cuénteme sobre anoche —dijo Tomek con suavidad—. Tómese el tiempo que necesite.

—¿Qué... qué quiere saber?

—Todo. Empiece desde el principio.

Antes de hacerlo, sorbió por la nariz, se aclaró la garganta y se sentó erguida, compuesta.

—Vamos, El —se dijo a sí misma—. Vamos. Tú puedes con esto —. Sacudió la cabeza, se dio un par de palmadas en las mejillas, y entonces de repente su rostro se quedó plano, como si se hubiera convertido en otra persona. Los temblores habían cesado, la respiración rápida, las lágrimas, los sorbidos, incluso había dejado de jugar con el papel higiénico. En algún lugar de su cerebro, había accionado un interruptor y ahora era el epítome de la calma y la determinación—. Lo habíamos planeado hace siglos. Es una de nuestras cosas. Justo antes de que empiece la nueva temporada de vacaciones de verano, pasamos un par de semanas antes saliendo y celebrando, disfrutando porque sabemos que no podremos hacerlo durante los próximos dos meses. La temporada es tan intensa que no siempre podemos ponernos al día o reunirnos, y es aún más difícil cuando algunas de nosotras estamos en diferentes países. Tenemos estas noches como nuestra última celebración, si quiere llamarlo así. Y anoche no fue diferente. Éramos yo, Ange, Xan y Zoë. Las cuatro jinetes, nos llamamos a nosotras mismas. Llevamos juntas años. Ange y yo fuimos juntas al colegio y entramos en el sector al mismo tiempo. Luego conocimos a Xan y Zo cuando trabajábamos con TUI. Afortunadamente, la mayor parte del tiempo

todas estamos basadas en el aeropuerto de Southend o en el de Stansted, así que nunca estamos demasiado lejos unas de otras durante la temporada baja.

—¿Adónde fueron anoche? —preguntó Tomek.

—A Memo, en Southend.

—¿A qué hora llegaron allí?

Elodie sacó su teléfono y lo desbloqueó. Durante unos segundos, se desplazó por el dispositivo, buscando su respuesta. —A las diez y cincuenta y tres —dijo—. Zoë y yo entramos primero para pedir las bebidas mientras las otras querían sacar dinero.

—¿A qué hora se fueron?

Más comprobaciones en el teléfono. Esta vez, giró la pantalla para mostrársela. —A la una y cuarto de la madrugada —dijo. En la pantalla estaba su aplicación de Uber, con el nombre del conductor, la hora exacta en que las habían recogido y la ruta que habían tomado para volver a casa. Tomek alargó la mano para coger el dispositivo y se lo quitó. Observó el mapa, observando todos los puntos de referencia locales y los puntos en los que se habían detenido.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que dejaron a Angelica primero?

Elodie asintió. —Ella vive más cerca.

—¿Y el resto de vosotras?

—Yo soy la que vive más lejos. Bueno, en realidad, no, eso no es cierto. Xanthia vive más lejos, pero se quedó en casa de Zoë anoche porque ella está en Chelmsford y ninguna de nosotras gana suficiente dinero para poder pagar el taxi hasta allí.

Tomek le devolvió el teléfono. Se preguntó cómo les estaría yendo a Chey y Rachel, hablando con las otras amigas de Angelica.

—¿Estaban tus amigas tan borrachas como tú? —preguntó.

Elodie colocó el teléfono entre su pierna y el lateral del sofá y se envolvió más firmemente con el chal.

—Todas estábamos bastante borrachas. Habíamos tomado un par de copas en el Last Post antes de ir a Memo. Pero de todas nosotras, diría que Ange era la más borracha. Quiero decir, la he visto en su peor momento, y estaba muy cerca de eso.

—¿En su peor momento, cómo?

Los ojos de Elodie cayeron al suelo, donde dudó, perdida en sus pensamientos. —Estos tíos no paraban de comprarle bebidas. Unos cuatro o cinco. Había perdido la cuenta en un momento dado, dejé de preocuparme. Pero ella estaba por todas partes con ellos, restregándose, bailando.

—¿Eso ocurre a menudo?

—No te lo puedes ni imaginar. Siempre es la que recibe más atención en las salidas nocturnas. Es como si todos los hombres acudieran en masa hacia ella, como si tuviera algún tipo de señal para pollas que llama a todos los gilipollas. Pero nunca hace nada con ellos, nunca los besa ni nada. Le gusta provocarlos. Les deja que le compren una copa y luego pasa al siguiente. Es una noche barata, pero también es estúpido. Le he advertido tantas veces sobre los peligros de eso. Por eso siempre salimos juntas y nos cuidamos las unas a las otras.

Tomek sintió que había algo que Elodie no estaba compartiendo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, anoche, había este tío, ¿vale? Alto, moreno y guapo —su tipo, clavado— todo cubierto de sudor y con los ojos tan abiertos como los jodidos platos del DJ, ¿vale? Se acerca a ella en la barra e intenta echarle algo en la bebida. Yo no lo vi, pero Xan sí. Intentamos decírselo a alguien pero nadie nos escuchó, así que nos movimos a otra parte del club. Nos encontró un par de minutos después y fue directamente hacia Ange. Estaba obsesionado con ella, como si tuviera una erección y quisiera frotársela contra ella.

—¿Pero no le dejasteis?

—Ojalá. Le dijimos que había intentado echarle algo en la bebida antes, pero no le importó. Nos dijo que confiáramos en ella y luego se fue con él, bailando con él, restregándose por todas partes.

Tomek trató de no imaginar a Angelica de veintinueve años moviendo las caderas contra un hombre fuera de sí, porque temía que la chica se transformara en su hija. Aunque todavía solo tenía trece años, no quería pensar en cómo eso podría ser ella algún día —en tan solo cinco años— poniéndose en peligro, a merced de hombres asquerosos como el que Elodie acababa de describir.

—¿Pasó algo entre ellos dos? —preguntó.

—No. La apartamos y luego nos fuimos a casa antes de que pudiera pasar algo.

—¿Cómo reaccionó él?

—Nos siguió fuera del club.

—¿Os siguió en el taxi?

Elodie hizo una pausa, mirando de nuevo la alfombra. —No lo sé. No lo vi. Estábamos tan concentradas en salir de allí que me olvidé de él.

Tomek anotó visitar la discoteca. Tenían mucho tiempo hasta que abriera, pero podía garantizar que todavía habría trabajadores preparándolo todo para una noche de sábado de desenfreno y juergas bañadas en alcohol.

Hasta ahora, todo tenía sentido para él. El grupo había salido, lo habían pasado bien, habían vuelto a casa, y luego en el tiempo entre bajarse del taxi y presentarse al trabajo por la mañana, Angelica había desaparecido. Había salido de su casa y no había regresado.

—¿Ha hecho algo así antes?

Elodie no tardó mucho en responder. —Montones de veces.

—Es decir, ¿ha vuelto a casa, ha salido poco después en mitad de la noche, y luego nadie ha podido contactar con ella?

—¡Ah! ¿Te referías a eso? —Elodie se rascó la nuca—. Solo ha hecho *eso* un par de veces. Lo siento, pensé que te referías a si había bailado con chicos en el club antes, porque siempre hace eso. Siempre es la que inicia conversación con chicos en las salidas nocturnas —ayuda que siempre se acerquen a ella en primer lugar, como he dicho, pero a ella le encanta.

—¿Cuándo ha salido en mitad de la noche en el pasado, Elodie? —preguntó Tomek, tratando de volver a encauzarla.

—Con un par de sus ex. Volviendo a rastras con ellos para un polvo de una noche, aunque le hubiéramos advertido que no lo hiciera.

Tomek estaba empezando a entender que se trataba de una mujer que hacía lo que quería, ignoraba los consejos de sus amigas aunque fuera por su propio bien, y no parecía preocuparse por las repercusiones. Todo lo contrario a la imagen angelical que sus padres tenían de ella.

—¿Es posible que hiciera lo mismo anoche?

Elodie lo consideró un momento. —Posiblemente. Pero ya no está con Sammy desde hace un par de meses.

—Sammy es uno de sus ex, supongo.

—Sí. Y luego está Cole antes que él. Son los dos más recientes que ha tenido en el último año más o menos. No suelen durar mucho.

—¿Por qué no?

—Consigue lo que quiere de ellos y luego sigue adelante. A veces se lo toman bien —solo porque buscan lo mismo y están contentos de que sea ella quien lo deje, así no parecen gilipollas— mientras que algunos no.

—¿Y en qué categorías encajan Sammy y Cole?

Los lados de su boca se elevaron mientras reprimía una risa. —Sammy está claramente en la segunda categoría, mientras que Cole... no podría haberle importado menos que rompieran. Estoy bastante segura de que ambos eran simplemente amigos con derecho a roce.

Tomek miró su taza. A estas alturas se había formado una gruesa capa de suciedad y residuo de jabón en la superficie. La miró con sospecha mientras se movía y se agitaba contra una brisa invisible, como si hubiera tanta bacteria y moho que hubiera cobrado vida propia.

—Lo siento —dijo ella—. Les he dicho tantas jodidas veces que dejen de usar mi taza, y cuando lo hacen, ni siquiera tienen la decencia de limpiarla como es debido.

Tomek podía entenderlo. Se había alojado en varios alojamientos compartidos durante sus veintitantos. No porque disfrutara quedándose con gente, sino porque no podía permitirse mudarse a un lugar propio. Se había ido de casa a los dieciocho, y más tarde había sido echado de casa de una ex novia, con la que había estado viviendo en ese momento. A partir de ahí había sido una serie de noches durmiendo en sofás de amigos, tratando de ser lo más limpio y respetuoso posible, seguido de una multitud de habitaciones libres y pisos compartidos, hasta que finalmente había logrado conseguir un lugar propio. Había sido tan preciado para él que se había

quedado allí durante poco más de una década hasta unos meses antes, cuando él y Kasia se habían visto obligados a mudarse debido a la falta de espacio.

Recogió la taza y se la devolvió, con una mirada de lástima en su rostro.

—¿Hay algo más que crea que deba saber? —preguntó mientras se levantaba del sofá—. ¿Algo más que viera anoche? ¿Alguien que os siguiera? ¿Algo que crea que podría valer la pena investigar?

Sus ojos cayeron sobre la alfombra, y su pierna subía y bajaba. Fue entonces cuando Tomek se fijó por primera vez en sus uñas de los pies pintadas. Rojas, seductoras. Hubo un tiempo, hace solo unos años, cuando se habría acostado con una mujer de su edad, alguien considerablemente más joven. A algunas mujeres con las que había estado les gustaba por su edad, mientras que a otras les gustaba por su trabajo y la fantasía que conllevaba. Pero todo había sido superficial, físico, la unión de dos individuos cachondos desesperados por la atención del otro. Él había estado feliz de dársela y ellas habían estado más que felices de recibirla. Todo eso había comenzado a cambiar desde que Kasia había entrado en su vida, pero había momentos, instantes, cuando sentía que los impulsos lo ahogaban, nublaban la parte sensata y lógica de su cerebro, y lo hacían retroceder. Estaba firmemente sentado en la valla, a solo un par de respiraciones de volver a su vida anterior, una en la que había encontrado satisfacción y nutrición en el contacto de una mujer más joven. Esa misma sensación se precipitó en su torrente sanguíneo mientras observaba sus uñas rojas, sus ojos moviéndose cada vez más arriba por sus piernas.

En ese momento, Elodie notó su mirada recorriéndola, pero no hizo ningún esfuerzo por detenerlo o cubrir su pierna. En cambio, se colocó el pelo detrás de la oreja otra vez.

—No... —dijo lentamente—. No hay nada más que creo que deba saber.

CAPÍTULO
ONCE

Memo, la discoteca, había sido un elemento básico del centro y de la escena underground de Southend —literalmente, porque el club estaba situado tras bajar dos tramos de escaleras— durante más de treinta años, desde principios de los noventa. El propietario, Jimmy Rayner, la había diseñado y construido, y a pesar de un pasado turbulento y accidentado, había logrado sobrevivir mientras el resto del centro urbano y otras discotecas se desmoronaban. A lo largo de los años, había recibido varios apodos. Algunos positivos, otros peyorativos, desde Messy Memo hasta Mandy Memo, que siguió a un fin de semana de consumo eficiente de drogas y había dado lugar a restricciones más estrictas y porteros más corpulentos en las puertas y en las pistas de baile. El club era famoso por su Monday Night Memo, o MNM como rápidamente se le conoció, y había sido anfitrión de estrellas como Danny Dyer, Professor Green y el grupo pop JLS a finales de los 2000. Ir a Memo era un rito de iniciación para cualquiera que viviera en Southend o en un radio de dieciséis kilómetros. Y cuando necesitaban un lugar con abundantes kebabs y pizzerías abiertas hasta tarde, con fácil acceso a taxis y transporte para volver a casa, era el lugar perfecto. Y en el apogeo de la cultura rave y dance de los noventa que había cautivado y se había extendido entre todos los veinteañeros de aquella generación, había ofrecido la mezcla perfecta. Tomek había estado allí innumerables veces en el pasado (innumerables, principalmente porque había estado tan borracho que no recordaba muchas de las

noches), e incluso se había enrollado con algunas chicas de su colegio allí. En general, tenía buenos recuerdos del lugar.

A pesar de que el club llevaba tanto tiempo allí, nada había cambiado. La entrada al edificio seguía siendo un agujero en la pared al que se accedía por las mismas puertas de madera, candado y cadena que Tomek recordaba de su primera visita. Era un milagro que no hubiera sido asaltado o vandalizado más veces a lo largo de los años. Sobre las puertas estaba el nombre del club, pintado con aerosol en la pared, presumiblemente para evitar que la gente dañara la señalización o que se convirtiera en un peligro. Incluso la zona de fumadores, delimitada por barreras metálicas que habían sido soldadas al suelo, era tan pequeña como lo había sido veinte años atrás. Nada de su exterior había cambiado. Pero eso era lo que lo hacía tan hermoso, tan histórico. Como un castillo, o el Palacio de Buckingham, un lugar de significado histórico local. Era demasiado querido para modernizarlo o actualizarlo de ninguna manera. Era parte del patrimonio de Southend, parte de su historia, y nadie se atrevía a tocarlo.

La planta baja era igual que el exterior. Antigua e intacta, todavía luciendo las mismas escaleras circulares por las que una vez había bajado tambaleándose, agarrándose a la barandilla para sostenerse; la primera barra de bar que frecuentemente se atascaba y provocaba demasiadas discusiones cuando los egos chocaban; las pistas de baile más pegajosas conocidas por el hombre; la cabina del DJ al fondo de la pista, con podios a ambos lados, y otro conjunto de zonas de bar en la misma esquina; la segunda pista de baile que tocaba un tipo diferente de música, atendiendo a un consumidor distinto.

Todo volvió a su memoria al bajar el último escalón. Vestido con sus zapatos más elegantes, los vaqueros holgados, la camiseta ceñida de cuello en V de Topman que mostraba más pecho de lo que nunca debería, sus colegas a su lado, el alcohol ya corriendo por sus venas, su cuerpo vibraba al ritmo de la música. Hombres y mujeres por todas partes, bailando, pasándolo bien, una espesa capa de humo flotando en el aire y llenando rápidamente sus pulmones. La cola para los servicios que nunca parecía disminuir, pero eso estaba

bien porque siempre hacías un nuevo mejor amigo mientras esperabas para mear, o incluso cuando estabas de pie junto a alguien en pleno alivio.

Tomek había aprovechado al máximo esos días en sus veinte, y algo de ello se había extendido a sus treinta. Aunque había partes de él que lo echaban de menos, se dio cuenta de que ya era demasiado mayor para algo así. Tenía cuarenta años, joder. Nadie que fuera mínimamente respetable debería seguir haciendo eso a su edad.

Al final de la escalera, se dirigió a través del gran arco que conectaba la primera pista de baile con la segunda. Allí, las luces estaban encendidas, y vio el interior del club en carne y hueso. Le desconcertó. Era como entrar en un cine brillantemente iluminado. Desorientador y confuso. Los asientos y el suelo estaban más sucios de lo que pensabas al principio, cubiertos de palomitas y bebidas azucaradas, y simplemente se sentía incorrecto estar allí. Esperándole tras la barra estaba el encargado, Marcus Rayner, el hermano menor de Jimmy. La palabra que inmediatamente vino a la mente de Tomek fue *Oasis*, una de las bandas más grandes del mundo. Marcus parecía que todavía estuviera atrapado en los noventa, con sus largas patillas, su corte de pelo en forma de cuenco, chaqueta parka y gafas de sol circulares. Lo único que faltaba en el homenaje a Liam Gallagher era una ceja única más prominente.

—¿Es usted el detective que llamó?

—Definitivamente, quizás.

—¿Qué?

Tomek suspiró profundamente, incapaz de ocultar su decepción.

—Sí, soy el detective. ¿Ha preparado lo que le pedí por teléfono?

—Tengo las cintas, pero el turno del tío no empieza hasta las diez.

—¿Así que podría llamarle y hacer que venga antes, como le pedí?

El imitador de Liam Gallagher levantó la barbilla en un acto de microagresión. Tomek era el que tenía todo el poder, y lo sabía.

—Eso jodería mi patrón de turnos. Me faltaría uno esta noche, y encima en sábado, nuestra noche más concurrida.

Tomek se encogió de hombros. —Ese no es mi problema. Debería pensar que, dado todo lo que el club ha pasado en el pasado, estaría acostumbrado a hacer todo lo posible para ayudar a la policía con sus investigaciones.

Tomek se refería a un incidente que había ocurrido al cambio de milenio. Una chica había sido agredida sexualmente en uno de los baños de hombres. Había sido una noche tranquila, y el atacante la había arrastrado dentro, cerrado la puerta tras ellos, y procedido a cambiar su vida de forma irrevocable. Había sido uno de los días más oscuros en la historia del club, pero no tan oscuro como lo había sido para la víctima. Un boicot había seguido durante aproximadamente dos meses, antes de que fuera olvidado y la gente se diera cuenta de que todavía necesitaban un lugar para salir de noche y Londres estaba demasiado lejos.

—Cooperamos plenamente durante esa investigación —dijo Marcus.

—Nadie dice que no lo hicieran. Todo lo que digo es que, ahora, algo así ha sucedido de nuevo y necesitamos su ayuda.

—Pero no ocurrió en nuestras instalaciones, quiero dejar eso abundantemente claro.

Abundantemente. Tomek se rio de la elección de la palabra. Como si le absolviera de toda culpa, como cuando un político se lavaba las manos de la sangre de víctimas inocentes y niños porque él no apretó el gatillo, simplemente vendió las ametralladoras y explosivos a la persona que lo hizo.

—Lo sé —respondió Tomek—, pero usted tiene un deber de cuidado sobre sus clientes y uno de ellos, la chica que estamos tratando de encontrar, casi fue drogada anoche, pero sus amigas lo vieron y la rescataron. Ahora, ¿va a hacer la llamada o no?

Tomek lanzó al hombre una mirada dura e impenetrable. Marcus la mantuvo durante unos buenos dos segundos antes de finalmente ceder y alcanzar su bolsillo para sacar su teléfono. Menos de un minuto después, Marcus confirmó que el empleado que había estado

trabajando en la barra la noche anterior vendría directamente a hablar con Tomek. Estaba solo a diez minutos.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Marcus no dijo nada mientras daba la espalda a Tomek y abría una puerta que parecía que había sido pintada en la pared. En todos sus años yendo allí, nunca había visto eso antes. Era como algo sacado de una película de ciencia ficción la forma en que cortaba un agujero en la pared.

Tomek siguió al hombre, tratando de contener su emoción.

—Así que aquí es donde ocurre la magia —observó.

—No hay magia. Solo negocios. Nada de magia en absoluto. No voy a permitir que vengan y hagan pruebas de drogas en el local.

—Bueno, verá, ahora que ha dicho eso, lo único que quiero hacer es traer a algunos chicos y ver qué tipo de sustancias podríamos encontrar.

Los ojos de Marcus se volvieron penetrantes.

—Estoy bromeando. Solo muéstreme lo que tiene y luego me iré.

Marcus no necesitó que se lo dijeran dos veces. La pequeña habitación era una oficina, completa con un escritorio de gran tamaño, una silla de mala calidad que tenía más agujeros que un rallador de queso, un ordenador, dos monitores y una pequeña estantería que contenía carpetas desbordantes que se balanceaban precariamente en el borde. Era estrecha, confinada, pero extrañamente acogedora. Tomek se preguntó cuántas reuniones individuales y revisiones personales había llevado a cabo Marcus allí, ya fuera para intimidar o para hacer un movimiento. Poco después, Marcus despertó la máquina, inició sesión en su cuenta, y esperándoles en la pantalla estaba una imagen en movimiento de Angelica Whitaker en la pista de baile, hablando con un hombre, su cara presionada contra el lado de su cabeza. Tomek la reconoció instantáneamente. Antes de su llegada, Chey había confirmado que habían encontrado las cuentas de redes sociales de Angelica. Tenía tres personales en varias plataformas y una cuenta extra de Instagram que usaba como blog de viajes, documentando sus aventuras por toda Europa por trabajo. Cada cuenta tenía miles de seguidores, con cientos de «me gusta» en cada publicación y

docenas de comentarios debajo. Llevaría mucho tiempo revisarlo todo, y con una plantilla reducida, Tomek había empezado a preguntarse si las cosas se quedarían atrás. O quizás no lo necesitarían. Quizás ahora mismo estaba mirando a la persona que sabía dónde estaba: el hombre tocando la cintura de Angelica, moviendo sus manos cada vez más abajo, hasta que ella se alejó con un contoneo. Tomek sintió un nudo formarse en su garganta; siempre tenía una sensación inquietante al ver los momentos previos a la muerte o desaparición de alguien, como si tuviera el beneficio de la retrospectiva para hacer algo al respecto. A veces solo quería gritar a la pantalla: «¡No vayas por ahí!», «¡No vayas a casa, vuelve a casa de tu amiga!». Era como ver una película de terror donde cuestionabas la idiota decisión de la típica víctima rubia de entrar sola en la habitación oscura, y ponías los ojos en blanco cuando la perseguían de vuelta, más tarde cayendo víctima de un maníaco blandiendo un cuchillo en un disfraz o máscara de payaso. Excepto que esto era diferente. Esto no era entretenimiento. Esto era la vida real.

Y Angelica Whitaker seguía desaparecida.

Tomek pasó los siguientes cinco minutos viendo el metraje. De Angelica bailando, restregándose con el hombre, tal como sus amigas habían dicho que lo había hecho. Del hombre sosteniéndola cerca contra su cuerpo, su mano flotando sobre su bebida en varias ocasiones. Luego de ella siendo alejada del tipo espeluznante, y el tipo siguiéndola escaleras arriba como un cachorro perdido. Fuera, las cámaras habían mostrado a las chicas marchándose, subiendo a la parte trasera del Uber, mientras el hombre se había quedado allí, dejado atrás, abandonado. Tomek pidió a Marcus que enfocara las cámaras en él cuando había regresado al interior del club. Las imágenes mostraban entonces que se había quedado en el club durante la siguiente hora, tambaleándose por la pista de baile, acechando a las mujeres, seleccionando a sus próximas víctimas, justo hasta que las luces se encendieron y aquellas con las que había estado bailando se dieron cuenta del error que habían cometido. Una vez que todos se habían dirigido a la salida, el hombre bajó tambaleándose por la calle principal, desapareciendo

finalmente de la vista. Al final, Tomek no pensó que el hombre mereciera ser perseguido, pero no habría daño en enviar a alguien para hablar con él. El único problema era encontrar su nombre y dirección.

—¿Cómo pagó su entrada?

Marcus se encogió de hombros, poco útil. Tomek le dijo que rebobinara hasta que vieran al hombre llegar al club. Juntos, le vieron pagar con una tarjeta de débito. Tomek anotó la marca de tiempo y pidió ver su entrada desde un ángulo diferente. Esta vez, mostraba al hombre acercándose a los porteros, entregando su identificación, y el portero escaneándola bajo una luz azul. Un segundo después, una versión ampliada del carnet de conducir del hombre apareció en la pantalla, con una marca verde superpuesta. Tomek le dijo a Marcus que pausara el metraje y aumentara el zoom. Para ser imágenes de CCTV, que famosamente tienen una resolución más baja que los televisores de los años 50, esta era sorprendentemente de alta tecnología, y Tomek pudo distinguir el nombre del hombre con facilidad: Adam Egglington.

Tomó una foto del hombre con su teléfono justo cuando el empleado llegó, flotando torpemente en el marco de la puerta. Sus mejillas estaban sonrojadas y el aire caliente salía rápidamente de su boca y nariz.

—Aquí lo tienes —dijo Marcus a Tomek, señalando al joven que no tenía más de veinticinco años—. Es todo tuyo.

Sin decir nada, Marcus sacó una memoria USB, copió las imágenes en ella y se la pasó a Tomek. Antes de que Tomek pudiera agradecer al hombre, lo condujo hasta la barra y dijo: —Si me necesitas, estaré aquí. Espero que tengas todo lo que necesitas.

Tomek sintió que el encargado quería añadir: «Porque si no lo tienes, tendrás que volver en otro momento».

Con eso, Marcus cerró la puerta firmemente, dejando a Tomek y al camarero solos en la barra. El joven se llamaba Adrian, y había trabajado en Memo durante seis semanas.

—Gracias por venir —le dijo Tomek.

—Todavía estoy en periodo de prueba. No tenía mucha elección. Además, usted es de la policía... así que debe ser grave. ¿Ha pasado

algo?

Tomek le explicó la situación. Los ojos de Adrian se agrandaron mientras escuchaba, y de repente pareció asustado, como si se le estuviera acusando de tener algo que ver con la desaparición de Angelica.

Tomek le mostró una foto de Angelica que Elodie le había enviado, seguida de otra que habían encontrado en las redes sociales de Xanthia. Era una fotografía de las cuatro chicas, posando y sonriendo a la cámara, en medio del Last Post, su última parada antes de llegar a Memo.

—¿Recuerdas haber visto a esta mujer con el vestido negro?

Adrian tomó el teléfono de Tomek y lo inspeccionó. Sus labios se fruncieron y sus mejillas se tensaron. —Lo siento —dijo—. Pero no me suena. Quiero decir, atendí a mucha gente anoche. —Sus manos temblaban nerviosamente mientras le devolvía el teléfono a Tomek —. Ellas... todas se parecen un poco, y estábamos súper ocupados. No recuerdo haberla atendido específicamente.

Tomek intentó calmar los nervios del hombre con una cálida sonrisa, pero era evidente que estaba alterado por la noticia de que ella había desaparecido, como si de alguna manera él fuera responsable y se suponía que debía cargar con la carga de encontrarla.

—¿Qué hay de este tipo? Se le vio bailando con ella y comprándole bebidas. También se informó que intentó poner algo en una de ellas.

Esta vez, Adrian reconoció el rostro del hombre al instante.

—Sí. Lo recuerdo. Dos chicas se acercaron a mí con una bebida que acababa de servir y me dijeron que tenía algo dentro. No sabía qué hacer, así que se lo dije a uno de los chicos de la sala, pero no creo que hicieran nada al respecto... Me distraje con otros clientes y lo olvidé por completo. —Se puso las manos en la cabeza—. ¡Oh, Dios! La he jodido, ¿verdad? Realmente la he jodido. Joder... Sabía que debería...

Tomek puso una mano reconfortante en el hombro del hombre. Su respiración rápida se detuvo inmediatamente, y pareció volver en sí momentáneamente. Una vez que había controlado su respiración,

Tomek dijo: —Está bien. Ella no resultó herida. Él no la lastimó. Y no lastimó a nadie más. Hiciste tu trabajo. Solo... que sirva de lección para la próxima vez.

—Joder... —continuó Adrian, todavía perdido en sus propios pensamientos—. Eso es. Voy a arruinar mi periodo de prueba. Voy a necesitar encontrar un nuevo trabajo. Yo...

Tomek puso una mano en su otro hombro. Era lo mejor que podía hacer para no abofetear al veinteañero en las mejillas.

—Tu trabajo está bien. Si mi interacción con el señor Rayner es un indicio, no creo que le importe mucho lo que hiciste o no hiciste. Tu trabajo está a salvo. No tienes nada de qué preocuparte.

CAPÍTULO
DOCE

Al consultar la base de datos interna de la policía en la comisaría, descubrieron que Adam Egglington tenía antecedentes. En los últimos dos años, había sido detenido por comportamiento ebrio y desordenado en la calle principal de Southend, con una detención adicional por el mismo cargo en el paseo marítimo, excepto que en este último caso le habían encontrado desnudo de cintura para abajo, tumbado en la playa, mirando la luz de la luna, quitándose arena de lugares donde nunca debería estar. Por ello, el agente que le detuvo añadió indecencia pública a los cargos. La detención más reciente había ocurrido hacía seis semanas y, suponiendo que no se hubiera mudado desde entonces, Tomek esperaba estar frente al piso correcto.

Llamó a la puerta del pequeño dúplex de un dormitorio en Lee Chapel South, a un corto paseo del Hospital de Basildon, y esperó. Al no obtener respuesta, Tomek dio un paso atrás desde el porche, hacia el descuidado jardín delantero, y miró hacia la ventana del dormitorio. Las cortinas estaban cerradas, obstruyendo su visión, excepto por una pequeña ventana que habían dejado abierta en la parte superior.

Tomek intentó con la puerta nuevamente. Esta vez miró a través de la ventana que había junto a ella, colocando las manos alrededor de su cara, entrecerrando los ojos. Pero no sirvió de nada. En un último intento, antes de pasar a los vecinos, se agachó, abrió el buzón y, justo cuando estaba a punto de gritar el nombre de Adam,

un hedor violento y penetrante asaltó sus sentidos, tirándole hacia atrás sobre las losas de hormigón. El olor era tan fuerte que se le quedó atascado en la garganta, y durante unos segundos Tomek intentó expulsarlo tosiendo, pero acabó con arcadas y náuseas secas en el porche. Era el olor y el sabor del vómito, vómito que había estado estancado, pudriéndose, congelándose durante todo el día.

A Tomek no le gustaban los pensamientos que estaban aflorando, y decidió llamar para pedir apoyo uniformado. El controlador de despacho le dijo por teléfono que tardarían al menos cinco minutos en llegar. Cinco minutos demasiado largos.

Decidiendo que no iba a esperar, Tomek golpeó la puerta principal una última vez y, cuando seguía sin haber respuesta, llamó a la puerta del vecino. La mujer que abrió estaba asustada y recelosa, pero en cuanto le mostró su identificación, se relajó un poco.

—¿No tendrá una llave, verdad? —preguntó Tomek. Era una posibilidad remota, pero a veces las opciones más simples eran las que se pasaban por alto.

La vecina negó con la cabeza.

—¿Y algún tipo de martillo?

La mujer le miró horrorizada, con ojos pequeños. Él bajó la mirada a su mano, vio un anillo y preguntó: —¿Está casada?

Ella asintió, todavía con los ojos desorbitados, como si estuviera experimentando una sensación extracorporal. Estaba experimentando la respuesta de lucha o huida, y en ese momento no estaba haciendo ninguna de las dos, absolutamente nada.

—¿Su pareja tiene algo que podamos usar?

—Él... no está en casa.

Tomek soltó un juramento. Lo último que quería hacer era perder tiempo buscando por la casa y el cobertizo de un completo desconocido.

Y entonces se le ocurrió.

¡El jardín!

Sin preguntar, Tomek se deslizó junto a la vecina y se apresuró hacia el pequeño conjunto de puertas del patio en la parte trasera de la casa. La vecina, en su estado de perplejidad, iba unos

segundos por detrás, mientras los engranajes de su cerebro tardaban en ajustarse y asimilar lo que estaba ocurriendo en su hogar.

—Llave —le dijo, agitado—. Necesito una llave. Necesito entrar al jardín.

Ella señaló un pequeño recipiente que estaba encajado en la esquina de otro alféizar. Tomek lo alcanzó, cogió la llave y salió. El jardín estaba en su estado de principios de primavera. Las flores empezaban a florecer, el césped estaba muy crecido y la vida volvía a los árboles. Y el aire estaba impregnado de ella. Habría sido una experiencia agradable sentarse allí, de no ser por el hospital a la vuelta de la esquina y el sonido de las sirenas disparándose cada dos segundos.

Tomek dirigió su atención a la casa de Adam Egglington. Las dos eran casi idénticas: la puerta de la cocina, las puertas del patio que daban al jardín, la ventana de arriba. Era como mirar en un espejo. Se detuvo un momento, evaluando sus opciones. Tal y como lo veía, solo había una: tendría que entrar por la fuerza y lidiar con las consecuencias más tarde.

Antes de saltar la valla, registró el jardín del vecino, buscando algo lo suficientemente pesado como para romper el cristal. Lo encontró en forma de un ladrillo que se había soltado de un pequeño lecho de flores. Se agachó para recogerlo y, justo cuando estaba a punto de lanzarlo por encima de la valla, la vecina le gritó: —¿Qué está haciendo? No puede llevarse eso.

Tomek observó el objeto en su mano. —Es un ladrillo. ¿De verdad lo va a echar de menos?

Entonces, antes de que ella pudiera responder, lo lanzó por encima de la valla que tenía delante. No fue hasta que se encaró con la valla cuando se dio cuenta de que lo había lanzado por encima de la equivocada. La vecina le había distraído, y su cuerpo estaba orientado en la dirección opuesta cuando lo lanzó.

—¡Mierda! ¡Lo siento!

Otra inclinación, otro ladrillo, usando más fuerza para arrancarlo del suelo esta vez. Ahora le debía a ella y a su marido dos ladrillos. Lo lanzó por encima de la valla correcta y, utilizando un baño para

pájaros como apoyo, se propulsó hacia el jardín de Adam. El aterrizaje fue suave, su cuerpo rodando sobre la hierba y las malas hierbas crecidas. Después de unos segundos de búsqueda, con sus dedos rastreando la maleza, finalmente encontró el ladrillo. Mientras se dirigía hacia la casa, con el brazo echado hacia atrás, listo para lanzar el objeto, se detuvo cuando vio a un hombre aparecer desde el reflejo de las nubes en la ventana. Adam Egglington estaba tumbado en su sofá, boca arriba, con la cara y el cuello cubiertos de vómito. Su pecho no se movía, y cuando Tomek golpeó el cristal, no hubo respuesta. Tomek pegó la cara a la ventana y miró al interior. En la luz menguante, podía ver la cara del hombre, de un blanco pastoso bajo la espesa salpicadura de vómito. Estaba completamente vestido y todavía con la misma ropa de la noche anterior. Debía haber llegado a casa, desmayado en el sofá y haber estado tan borracho que se había ahogado con su propio vómito. Verlo le recordó a Tomek el momento en que casi había sufrido el mismo destino. Tenía diecinueve años, había salido a pasar una gran noche con sus amigos y se había despertado de lado con un charco de vómito junto a su cabeza, crujiente por fuera, suave y esponjoso por dentro, como una torta de fluido corporal. Durante días después, seguía oliendo el hedor caliente en sus fosas nasales, pero lo que realmente se le había quedado grabado había sido la experiencia cercana a la muerte, el hecho inquebrantable de que podría haber muerto si su cuerpo hubiera rotado otros noventa grados. Eso era todo, todo lo que había entre él y la muerte. Algo tan arbitrario como un ángulo de noventa grados.

Antes de que pudiera reflexionar más, el sonido de las sirenas se hizo más fuerte y se dio cuenta de que era el refuerzo que había llamado, estacionando fuera de la casa. Saltó la valla, corrió de vuelta a través de la cocina del vecino y los encontró en el jardín delantero. Se encontró con un dúo de caras confusas.

—No, no estáis en el lugar equivocado —les dijo—. Pero lo he encontrado. Está en el salón en la parte trasera de la propiedad. ¿Tenéis un ariete?

Uno de los agentes uniformados asintió y luego se dirigió hacia el vehículo. Regresó con un gran ariete en la mano.

—Genial —dijo Tomek, y luego observó cómo el hombre procedía a golpear el objeto de metal pesado contra la débil puerta de madera. No tenía ninguna posibilidad y, tras un golpe, se dobló y cedió.

Pero Tomek no pudo seguir a los hombres adentro. Algo le mantenía firmemente anclado al sitio, manteniéndole fuera mientras el viento comenzaba a levantarse y a envolverle.

No podía soportar mirar al hombre tumbado en un charco de su propio vómito porque, antes de apartar los ojos de la imagen unos momentos antes, todo lo que había podido ver era a sí mismo allí, un poco más largo y más grande, ocupando más espacio, cubierto de su propio vómito. No podía soportar mirar y que se le recordara lo que podría haber sido.

CAPÍTULO
TRECE

Todavía tenía la imagen en la cabeza cuando entró en la sala de incidentes graves. No había podido quitársela de la mente durante todo el tiempo que los técnicos forenses y los agentes uniformados habían estado procesando y retirando el cuerpo de Adam Egglington. Grabada, indeleble. Cada vez veía su propio rostro en lugar del de Adam.

Chey y Rachel le esperaban en la sala. Tomek les había dicho que tuvieran la información preparada antes de la reunión. Normalmente, un inspector exigiría un informe escrito de cada miembro del personal que trabajara activamente en una investigación, alguien que estuviera en primera línea. Pero a Tomek no le gustaban los informes. Eran una molestia constante para él, y no era la forma en que quería gestionar la investigación. Si a él mismo no le apetecía escribirlos, podías apostar a que tampoco le apetecería leerlos.

—¿Qué nos cuentas, Sargento? —preguntó Chey con un tono animado.

—No os cuento nada en absoluto, porque durante los próximos diez minutos quiero dedicarme exclusivamente a escuchar.

—Y quizás también echarte una pequeña siesta, por lo que parece —añadió Rachel sin disculparse—. He visto a madres solteras con mejor aspecto que tú.

Una sonrisa cruzó el rostro de Tomek. Siempre podía contar con su equipo —especialmente con aquellos que había elegido

específicamente— para levantarle el ánimo. Las bromas entre los tres eran posiblemente las mejores de toda la oficina (según Tomek, únicamente) y ese era parte del motivo por el que los había seleccionado: algo de luz en lo que intuía sería una investigación sombría y deprimente.

Tomek sacó una silla de debajo de la mesa y se dejó caer en ella. Solo era el primer día de la investigación y ya se sentía desanimado. Como si no tuviera nada más que dar. ¿Era así como se sentía Nick las veinticuatro horas, los siete días de la semana? ¿Era por eso que siempre suspiraba, porque ya había tenido suficiente hace veinte años y ahora se mantenía por los pelos?

—¿Por dónde quieres que empecemos, Sargento? —preguntó Chey.

—Por el principio. ¿Tenemos alguna idea de dónde está ella?

Chey negó con la cabeza.

—Su teléfono sigue apagado, y lo ha estado desde las primeras horas de la mañana. Me he puesto en contacto con su proveedor de servicios para obtener más información, y debería tenerla mañana por la mañana.

Tomek giró en la silla y miró la pared de pizarras blancas que recorría un lado de la habitación. Las notas e imágenes de una investigación anterior seguían allí, esperando a ser retiradas, y Tomek encontró una pequeña sección vacía en la pizarra junto a Chey y Rachel. Cogió un rotulador y limpió una pequeña mancha de la superficie.

—¿Cuál es la cronología? —preguntó, escribiendo en la pizarra—. Ella y sus amigas salieron de Memo a la una y cuarto. Según la cuenta de Uber de Elodie Locket, Angelica fue dejada en su piso exactamente a la una y veintiocho, trece minutos después. —Tomek recordaba todo esto de memoria, mientras los otros dos buscaban en sus notas, cotejando la información que tenían con lo que él les estaba diciendo—. Debía estar en el trabajo en Leigh Broadway a las nueve de la mañana. —Dibujó una línea entre las dos horas, repasándola varias veces, dejando espacio suficiente para rellenar los huecos—. Eso nos deja una ventana de siete horas para su desaparición. ¿Qué podéis añadir a esto?

Chey consultó sus notas.

—La última conexión de su teléfono a una torre de telefonía fue a la una y cincuenta y dos de la madrugada, lo que es... —Hizo una pausa mientras calculaba la diferencia de tiempo—. Poco más de veinte minutos después de que llegara a casa.

Tomek anotó la hora y la acción en la pizarra.

—Bien. Así que o bien lo apagó ella misma, se quedó sin batería, o alguien más lo apagó por ella. ¿Tenemos algún testigo que la viera salir de casa a esa hora?

Rachel negó con la cabeza.

—Nada todavía. Por lo que he recopilado con los uniformados, y por los vecinos con los que hablé personalmente, nadie la vio ni la oyó. Era plena noche. Todo el mundo dormía.

—Bien. ¿Y qué hay de las grabaciones de seguridad? ¿Alguien ha aportado algo?

Chey y Rachel negaron al unísono, con la misma expresión de disculpa en sus rostros.

—¿Algo más?

Otro movimiento sincronizado de negación con la cabeza.

—¿Así que simplemente... desaparece?

Tomek se pasó los dedos por el pelo y se rascó la nuca, consciente de que ambos tenían los ojos puestos en él, él al volante, dirigiendo la investigación. Dos pares de ojos expectantes esperando que les dijera qué hacer. No estaba seguro de que le gustara eso. No tenía ideas. Antes, cuando otra persona dirigía la investigación, había sido capaz de proponer respuestas y soluciones sin problemas. Posiblemente porque no había tenido la carga de la vida de alguien sobre sus hombros —que de alguna manera se sentía un paso alejado— o posiblemente porque había sido una cuestión de ego, una oportunidad de demostrar su valía a Victoria y Nick. Pero ahora que lo había hecho, ahora que había demostrado que era capaz, sentía que estaba fallando en el primer obstáculo, y no tenía idea de por dónde seguir.

Vamos, Tomek, se dijo a sí mismo. O te callas y sigues avanzando a trompicones, sin importar lo que se interponga en tu camino, o te das la vuelta ahora y regresas a la línea de salida.

Decidió que la segunda opción no era viable.

—Tenemos un margen de siete horas en las que podría haber desaparecido. Las dos posibilidades que veo son, una: salió de casa durante ese tiempo y aún no ha regresado, o dos: alguien fue a su casa. Es así de simple. —Centró su atención de nuevo en la pizarra, creó un círculo en medio del espacio blanco que quedaba, y trazó dos líneas rectas desde él. Una para salir de casa, la otra para que alguien fuera a la suya—. Una vez que hayamos determinado cuál de estas es, podremos construir la imagen más amplia a partir de ahí. —Presionó la tapa del rotulador con un satisfactorio y tangible *clac*, luego volvió a su asiento—. Mientras tanto, contadme todo lo que tenéis sobre Angelica Whitaker. ¿Qué sabemos de ella que pueda ayudarnos?

Ambos detectives miraron sus notas, evitando la pregunta. Hasta que finalmente Chey reunió el valor para hablar primero.

—He empezado a revisar su Instagram, ya que es el que actualiza con más regularidad. Tiene dos perfiles. Uno es una cuenta personal, que usa mucho menos, mientras que el segundo es una especie de blog de viajes/influencer. Tiene varios miles de seguidores, pero también tiene varios miles de publicaciones en cada uno. Va a llevar bastante tiempo examinarlos todos. Pero por la breve investigación que he hecho y las primeras publicaciones que he visto, parece que también publica cosas sobre ella misma y sobre su vida. Lo que está haciendo, dónde está. Pero no dice demasiado en los pies de foto, a veces es solo un emoticono o dos.

—¿Podrían significar algo para alguien?

—Posiblemente. Tendría que analizar quién da me gusta y comenta.

Tomek asintió.

—¿Rach?

La detective Rachel Hamilton se aclaró la garganta antes de hablar.

—Xanthia Demetriou, una de las amigas más cercanas de Angelica, hablaba maravillas de ella. No tenía nada malo que decir. El alma de la fiesta, siempre burbujeante, siempre extrovertida y dispuesta a salir, era feliz estando con todo el mundo y todo el

mundo era feliz estando con ella. Amable, cariñosa, llena de energía, siempre ahí para ella. Era como si estuviera enamorada de ella.

—Se conocen del trabajo, ¿verdad?

—Más o menos —explicó Rachel—. Se conocieron en el trabajo. Pero Xanthia ahora trabaja en una farmacia. No es el cambio de carrera que quería, pero el mercado de azafatas está complicado en este momento. Era todo lo que pudo encontrar. Con suerte, el año que viene podrá conseguir algo.

—¿Qué tenía que decir sobre anoche?

—Solo que se lo pasó bien. Y recuerda claramente haber visto a Angelica abrir la puerta de entrada y cerrarla detrás de ella. Así que, según ella, definitivamente entró en la casa.

—¿Y Zoë?

—Respaldó todo lo que dijo Xanthia. Vio a Angelica entrar en su casa sin problemas.

La pregunta que aún quedaba era cómo había salido de allí.

CAPÍTULO
CATORCE

El sonido metálico del portátil Dell barato de Kasia les llegaba hasta el sofá. Se había encerrado en su habitación después de cenar, y seguramente estaba viendo uno de esos programas de telerrealidad inofensivos y embotadores, o una de esas series románticas que parecían inundar las diversas plataformas de streaming. Cada vez que entraba en su Netflix o Amazon Prime, le bombardeaban con dramas adolescentes y programas que el algoritmo le ofrecía a Kasia para mantenerla enganchada. Era suficiente para quitarle las ganas de ver cualquier cosa. Y potencialmente para dejar de pagar la factura por completo. Pero sabía que eso sería como cortarle un brazo, o al menos atárselo a la espalda mientras la obligaba a atrapar el mando. Así que, en su lugar, haría lo honorable y seguiría apretando los puños cada vez que viera los cargos directos salir de su cuenta cada mes.

Sin embargo, esta noche estaba muy a favor de los servicios de streaming. Abigail había venido y le había permitido seleccionar un canal para elegir. No tenía ni idea de lo que había puesto, pero le permitía desconectar y dejar que sus pensamientos vagaran donde necesitaran ir. Mientras ella estaba absorta en su programa, su mente se perdía en pensamientos profundos como por qué los edificios se llaman edificios cuando ya están construidos, y por qué decimos que salimos a tomar aire cuando ni siquiera estamos bajo el agua. Llevaba unos buenos cinco minutos lidiando con esas

particulares incógnitas cuando Abigail colocó sus piernas en su regazo, exigiendo que le masajeara los pies.

—¿No has estado sentada en tu escritorio todo el día? —le preguntó.

—Sí. Pero con *tacones*. No sabes lo que es eso —movió los dedos de los pies frente a su cara—. *Por favor*. Me han estado doliendo muchísimo hoy.

Poniendo los ojos en blanco, dijo:

—Eres más diva que yo. ¡Y a mí no me gusta cuando me pongo gel en el pelo y está lloviendo fuera!

—*Por favor* —suplicó, sin haber escuchado nada de lo que acababa de decir.

—Vale, ¿si luego me das un masaje en los pies a mí? Tengo un precioso juanete que necesita ser amasado.

Tomek nunca la había visto parecer tan asqueada.

—Eso es jodidamente asqueroso. No pienso acercarme a tus pies.

—Pero he estado de pie sobre los míos todo el día...

Su intento de engañarla con un adorable e inocente aleteo de pestañas no funcionó.

—¿Día ocupado? —preguntó ella, relajando los dedos de los pies, mientras Tomek comenzaba a amasarlos con el pulgar y los nudillos como si fueran masa.

—Mucho.

—¿Qué ha pasado?

—Una mujer de unos veintitantos años ha sido reportada como desaparecida por su familia. Salió anoche con unos amigos, la dejaron en su piso, y luego desapareció. Su jefa, que resulta ser su cuñada, dijo que no se presentó esta mañana al trabajo.

—¿Y no podéis encontrarla?

—No estaría pensando en ella si la hubiéramos encontrado.

—¿Estás pensando en otra mujer?

—No de esa manera —dijo con una sacudida de cabeza. Dejó de masajear sus pies, y ella movió los dedos para recordarle que continuara.

—Estaba bromeando —dijo, y luego volvió su atención a la televisión durante dos segundos completos antes de regresarla a él —. ¿Crees que podría estar muerta?

Tomek podía intuir hacia dónde iba la conversación.

—No lo sé.

—¿Crees que le pasó algo?

—No estoy seguro.

—¿Crees que la encontraréis?

No contestó.

—¿Estuvo con alguien durante su salida nocturna? ¿Podría ser esa persona? ¿Y si es uno de sus amigos? O quizás salió a dar un paseo y alguien la secuestró...

Tomek sabía que estaba pescando información, lanzándole un montón de espaguetis a la cara para ver qué se pegaba. Pero no iba a caer en la trampa, ni tampoco iba a comerse ninguno.

—Escucha —dijo, soltando su pie—, cuando sea el momento adecuado, compartiremos la información contigo.

—¿Por qué no lo habéis hecho ya? Si se trata de un caso de persona desaparecida, podemos ayudaros. Dadnos toda la información que tengáis, mostradnos cómo es, y podemos difundir la noticia. ¿Qué pistas tenéis?

—Ninguna. Todavía.

—¿Por qué me estás mintiendo?

—No lo estoy haciendo.

—Sí que lo estás. Puedo notar cuando me mientes. No me gusta que me estés ocultando algo.

Toda la sensibilidad y el tono juguetón habían desaparecido de su voz. Ahora sonaba irritada, severa. Profesional.

—Te estoy diciendo la verdad —insistió—. No tenemos ninguna pista.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no quieres ayudarme? Acabo de empezar este nuevo trabajo. Me vendría bien algo como esto. Sería realmente bueno para mí conseguir la exclusiva.

—Estás exagerando.

—No, no lo estoy. Tú eres el que me miente, ocultándome cosas. ¿A quién más le has contado esto? ¿Quién ha estado coqueteando

contigo para conseguir la información?

—¿Te refieres a como solías hacer tú?

Ella arremetió contra él. Una pequeña patada en el muslo, como un martillo cayendo. Fue solo pequeña, y no le dolió en absoluto, pero había intención detrás. Y de inmediato recordó por qué no entraba en relaciones a largo plazo. Sus dos anteriores habían sido similares. Su primera novia, la madre de Kasia, lo había abusado verbal y emocionalmente, constantemente lo menospreciaba y lo hacía sentir pequeño. Su segunda novia oficial, que resultó ser una asesina en serie, aparte del aspecto homicida de su personalidad, había sido neurótica, celosa y un poco psicótica. Era todo lo que siempre había conocido. A lo que siempre había estado acostumbrado. Quizás tenía un tipo: un tipo que lo hacía sentir diminuto e inútil.

—Estás exagerando —repitió.

Otra patada. Más fuerte, esta vez.

—No, no lo estoy. *Necesitamos* esta historia, Tomek. Hoy, publicamos en primera plana, una noticia de última hora sobre un grupo de niños de Londres que llevaron un cangrejo en tren hasta la costa de Southend para que pudiera "vivir su mejor vida".

—¿Y lo consiguió?

Otra patada. Esta vez errando el tiro y casi golpeándole en la entrepierna.

—Ese es el tipo de mierda que hemos estado publicando últimamente. ¡Un puto cangrejo! Rascando el fondo del barril.

Tomek soltó una risita.

—¿De dónde sacaron el cangrejo?

—¿En serio? ¿Te parece gracioso?

—No puedo creer que a *ti* no te lo parezca.

—Estamos hablando de mi puto trabajo, y tú simplemente te ríes de ello. No puedo creer que eso sea lo primero que pienses. Esta es mi carrera. Si tú no puedes tomarme en serio, ¿quién coño lo hará?

Quizás el cangrejo, pensó Tomek, pero se lo guardó para sí. En su lugar, volvió a pensar en edificios y estar bajo el agua, y cómo, en ese momento, sentía que estaba luchando por salir a tomar aire.

CAPÍTULO
QUINCE

Liam Dennis nunca se había sentido tan vivo, tan lleno de adrenalina. Quería atravesar paredes corriendo, saltar desde edificios, lanzarse a través de las vías del tren. Su cuerpo adolescente no sabía cómo manejarlo, cómo procesarlo. Pero James y Ethan sí. Ellos tenían experiencia con este tipo de cosas, sabían lo que hacían. Eran capaces de *controlarse*. Se lo habían propuesto esa tarde en el instituto: escabullirse en mitad de la noche mientras sus padres dormían, entrar por la fuerza, poner en práctica sus habilidades artísticas y luego volver a casa antes de que alguien despertara. Como si nada hubiera ocurrido. El riesgo que corría Liam era encontrarse con su padre. Siempre se despertaba muy temprano para ir al trabajo, y Liam estaba obsesionado con la idea de que llegara a casa en el momento equivocado, completamente vestido, sin aliento, con las manos cubiertas de pintura en aerosol. Pero Ethan le había dicho que no se preocupara, que eso añadía algo a la experiencia, que la intensificaba de alguna manera.

Liam no estaba del todo seguro de cómo, pero tomó las palabras de Ethan al pie de la letra. No estaba en posición de hacer otra cosa.

Era poco después de las dos de la madrugada. Fuera estaba oscuro como boca de lobo, y todo estaba en silencio, salvo por el sonido del viento que levantaba hojas y las dejaba caer unos centímetros más allá en un nuevo lugar de reposo. Era el mayor silencio que jamás había escuchado. Ni tráfico, ni trenes, ni siquiera llegaba hasta ellos el sonido del estuario del Támesis.

Ethan calculó que no necesitarían más de media hora, y completamente vestidos, con las capuchas bajadas sobre sus cabezas, se dirigieron hacia el lugar. Habían acordado encontrarse al otro lado de la vía del tren que atravesaba el paisaje hacia la calle mayor de Southend. Era más conveniente para Ethan, y como líder no oficial del grupo, lo que él decía se cumplía.

Su primer obstáculo era la vía del tren, con setecientos cincuenta voltios corriendo a través de ella. Liam nunca había cruzado una vía de tren antes, nunca había tenido la necesidad. Pero había leído las historias de terror. De suicidios, de niños saltándolas en mitad de la noche y resultando gravemente heridos.

Pero no él, no esta noche. Se aseguraría de que no ocurriera nada.

Como era su primera noche con ellos, Ethan y James habían decidido que debía ir primero. Que era lo justo. Una iniciación, una oportunidad para demostrar su valía. Y así, en la oscuridad, con la única fuente de iluminación las tenues luces de sodio en la distancia, Liam pisó la superficie de grava junto a las vías electrificadas. En el silencio, podía oír la electricidad rugiendo a través de ellas, y sintió un zumbido en el aire, presionando contra sus piernas como un campo de fuerza. Con cuidado, levantó la pierna en el aire, como le habían enseñado en kárate, giró las caderas y luego la bajó, descendiendo en una profunda posición de sumo. Luego repitió el proceso para la segunda parte de la vía. Arriba, giro, bajar, posición de sumo.

Arriba, giro, bajar, posición de sumo.

Arriba-

No fue hasta que estaba en la tercera vía cuando oyó otro sonido. Justo cuando estaba a punto de girar las caderas, vio a Ethan y a James corriendo por la grava, saltando cada serpiente metálica con facilidad, como si fuera tan sencillo como saltar sobre una piedra en el suelo. Los dos chicos se rieron de él cuando llegaron al otro lado, burlándose, con el sonido de sus risas absorbido por los árboles y setos circundantes.

—Joder —se dijo a sí mismo, mientras miraba el poste metálico inmediatamente frente a él—. Vamos. Puedes hacerlo. Como saltar

sobre una entrada deslizante.

Bajó la pierna, retrocedió unos pasos y controló su respiración, con las piernas separadas a la anchura de los hombros, los brazos a los lados, respirando profundamente, su mejor imitación de Cristiano Ronaldo preparando un tiro libre. Entonces, cuando se sintió lo suficientemente seguro, corrió hacia sus amigos. Una vía. Dos vías. El sonido de los botes de spray en su mochila resonaba en sus oídos.

Y ya estaba allí. Hecho. Más fácil de lo que había pensado.

Miró hacia atrás a las serpientes dormidas, a la distancia que había cubierto, su cuerpo hinchándose de orgullo. Se sentía invencible, la adrenalina alcanzando un nuevo punto álgido.

—Vamos, gilipollas —dijo James, dándole una palmada en la espalda—. ¡Vamos!

El chico agarró la correa de su mochila y lo arrastró por una pequeña cuesta, a través de una gruesa hilera de setos. Liam hizo una mueca y protegió su cara mientras espinas y ortigas lo azotaban, cortando sus nudillos y antebrazos. Unos momentos dolorosos después, salieron a una calle residencial, llena de casas demasiado elegantes y caras para su gusto. Estaba acostumbrado al barrio; aquí tenía la sensación de que nadie hablaba con nadie, nadie decía nada. No como en el barrio, donde todos conocían a todos, aunque a veces eso no fuera tan bueno.

Sin embargo, prestaron poca atención a las casas, porque el cofre del tesoro que buscaban estaba a poca distancia.

Nunca había oído hablar de la Iglesia Metodista de Park Road hasta la hora del almuerzo. No tenía ni idea de para qué se usaba, ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, solo que había estado vacía y con las ventanas tapiadas durante años. Nadie iba nunca allí, le habían dicho, lo que la convertía en el lugar perfecto para ir.

Mantuvieron la cabeza baja mientras recorrían las tranquilas calles residenciales. Varios de los caminos de entrada estaban ocupados por al menos dos coches, mientras que los vehículos restantes se derramaban sobre la calle. No había luces encendidas en ninguna de las casas, y la única fuente de luz en toda la extensión de la calle era una farola solitaria que parpadeaba intermitentemente.

Un minuto después, llegaron a la iglesia metodista. Era mucho más impresionante de lo que Liam había esperado, pero mientras la miraba, sintió un impulso abrumador de salir corriendo; que estaba contaminada por espíritus malignos, encantada por el diablo. No era un chaval religioso o espiritual en absoluto, pero un presagio ominoso se había apoderado repentinamente de él y le decía que este era un mal lugar para estar. Que deberían darse la vuelta e irse, huir y no volver nunca. Pero no podía decir eso. No cuando James y Ethan estaban allí. No cuando contarían todo en el instituto y se burlarían de él mañana. Tal vez era la duda, tal vez era el miedo llamándolo de vuelta. Pero ya había experimentado esas emociones antes, y esto no era nada parecido.

—¿Qué estás esperando, tío? —preguntó Ethan.

Liam se sorprendió al ver que ambos habían llegado a una entrada lateral, una puerta de madera con un frágil candado como última línea de defensa.

—¿No estarás asustado, colega?

Liam negó con la cabeza, tratando de controlar el nudo en su garganta.

—Qué va. Solo estaba... solo estaba mirándola.

No quería estar allí.

No quería estar allí.

Sin decir nada más, se unió silenciosamente a los dos chicos, acurrucándose más cerca de lo que normalmente haría. En su mochila, Ethan había traído unas cizallas. De dónde las había sacado, Liam no lo sabía, pero mientras abría las manijas para introducir el cerrojo en los dientes, se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó James.

—Está abierto. Ya ha sido cortado.

No quería estar allí.

No quería estar allí.

—Quizás alguien ya lo ha hecho —dijo James.

—Tal vez. Pero estuve aquí la otra noche, y no estaba así. ¿Creéis que son Henry y su grupo?

—Podría ser —respondió James encogiéndose de hombros.

Nadie dijo nada más sobre el asunto. Entonces los dos chicos se volvieron hacia Liam, mirándolo expectantes.

—Adelante, tío —dijo Ethan.

—¿"Adelante, tío" qué? —respondió Liam.

—Tú primero. Son las reglas. Tu primera vez con nosotros, te toca ir primero.

Pero no quería ir primero. No quería estar allí.

—Está bien. Podéis ir vosotros. Mostradme cómo se hace —dijo, tratando de enmascarar el miedo en su voz.

—La puta puerta ya está abierta. Todo lo que tienes que hacer es empujarla.

—No seas un cobarde —añadió James.

—Sí. Solo ábrela, joder. No es para tanto. Solo empújala. Estaremos justo detrás de ti.

Liam se dio cuenta rápidamente de que no tenía elección en el asunto. Había llegado hasta aquí. Ya había saltado sobre cuatro vías de tren, comprado y pagado las latas de spray que iban a usar. Había invertido tiempo, dinero y energía —por no mencionar la bronca absoluta que recibiría de sus padres si alguna vez se enteraban— y por lo tanto no podía echarse atrás ahora. ¿Qué pensarían de él?

—Tío, ¿vienes o qué? Creo que puedo sentir que mi pelo empieza a volverse gris.

Liam ignoró la pulla de James y lo apartó.

Primera vez saltando las vías, pensó. Primera vez entrando en una iglesia abandonada.

Lentamente, empujó la puerta. La bisagra crujió ruidosamente, el sonido haciendo eco por todo el salón. Se sentía pesada en sus brazos, y tuvo que usar todo su peso para empujarla hacia adelante. Finalmente, cuando el hueco fue lo suficientemente grande, entró. El aire dentro estaba frío, envejecido, como si hubiera estado sentado, esperando allí durante mucho tiempo.

Como si los espíritus hubieran estado esperando allí durante mucho tiempo.

La luz del exterior apenas se filtraba en el edificio, así que sacó su teléfono y activó la función de linterna. Un amplio cono de luz

blanca e intensa iluminó el suelo de hormigón. La puerta se abría a una pequeña sección de la iglesia. Esperaba ver en algún momento un conjunto de bancos y sillas frente a un altar, pero no había nada. El suelo estaba completamente vacío.

Detrás de él, Ethan y James entraron sutilmente, sus movimientos cautelosos, tentativos, como los suyos. Era reconfortante saber que no era el único con el culo apretado.

No quería estar allí.

Ellos no querían estar allí.

Liam dejó caer su bolsa al suelo y fingió detenerse para no adentrarse más en la iglesia, sacando sus latas de spray. Pero Ethan y James tenían la misma idea y, un momento después, dejando las bolsas en el suelo, se dirigieron hacia el frente de la iglesia, su camino iluminado por las linternas de sus teléfonos. Solo avanzaron unos pocos pasos antes de ver el cuerpo en el suelo. Blanco pálido bajo el resplandor ya blanco de sus linternas, yaciendo allí desnudo, mirando hacia el techo.

Los espíritus malignos.

Los chicos se quedaron paralizados un momento, atónitos y conmocionados.

Ethan fue el primero en reaccionar, demostrando que de hecho era el más asustado de todos, al salir corriendo de allí, su grito destrozando los tímpanos de Liam. Inmediatamente le siguió James, que chocó con Liam en su huida y le hizo volver en sí.

Entonces fue el turno de Liam. Giró sobre las puntas de sus pies y salió corriendo de allí, tropezando con las bolsas en el suelo y chocando con la puerta al salir. Levantándose del suelo, se unió a los otros un momento después, todos jadeando, entrando en pánico, gritando a pleno pulmón al aire libre antes de correr de vuelta hacia las vías, de vuelta hacia casa.

Esta noche había sido una noche de primeras veces.

Primera vez saltando las vías.

Primera vez entrando por la fuerza en una iglesia abandonada.

Y ahora podía añadir a la lista la primera vez que veía un cadáver.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Tomek luchaba por mantener los ojos abiertos. Su segunda noche sin dormir en dos días. La llamada, notificándole que habían encontrado un cuerpo, había llegado poco después de las tres de la madrugada, veinte minutos después de que por fin hubiera cerrado los ojos y empezado a adormilarse junto a Abigail, cuyo comportamiento anterior le había mantenido despierto.

La responsabilidad de acudir a la escena del crimen normalmente recaía en el subjefe de investigación, pero como no había nombrado a ninguno, se autonombró y, de camino, llamó tanto a Chey como a Rachel. Quería que ambos estuvieran allí también, con ojos somnolientos e inquietos. La llamada de emergencia la había realizado Vanessa Carmen, una vecina que vivía justo enfrente de la Iglesia Metodista de Park Road. Había informado que había oído gritos dentro de la iglesia. Al principio pensó que era algún tipo de fantasma, un espíritu que había regresado para perturbar a los vecinos durmientes en las primeras horas de la mañana. Pero cuando vio a tres chicos jóvenes, no mayores que adolescentes, corriendo desde el edificio con las capuchas cubriéndoles las caras, soltando tacos y blasfemias, gritando por sus madres, supo que algo no iba bien. Pero no había sido lo suficientemente valiente para averiguar qué era.

—Ese lugar siempre me ha dado escalofríos —dijo mientras acompañaba a Tomek a su salón—. Casi no me mudo aquí por eso. No sé qué es. Simplemente... algo en él.

Tu imaginación... pensó Tomek, pero se lo guardó para sí. Mientras esperaba a que despejaran la escena del crimen y llegara el patólogo, Tomek consideró que merecía la pena hablar con la testigo principal para obtener toda la información posible, pero resultó que ya le había contado todo al operador telefónico: que la habían despertado unos fuertes gritos, que inicialmente pensó que era algún tipo de poltergeist, luego miró por la ventana de su dormitorio, solo para descubrir que habían sido tres chicos adolescentes huyendo de la iglesia.

—¿Y no llegó a ver ninguna de sus caras?

—Ojalá lo hubiera hecho. Pero corrían en la otra dirección, hacia la vía del tren.

Tomek no creyó que mereciera la pena gastar recursos intentando encontrar a los chicos. No todavía. No hasta que pudiera confirmar qué había dentro de la iglesia. Tras un breve momento de silencio, Tomek le agradeció por su declaración y hospitalidad, y luego se dirigió hacia la salida.

—Siento no haber entrado a echar un vistazo —dijo ella en el umbral.

—No se preocupe. Ese es nuestro trabajo.

—¿Sabe lo que hay ahí dentro? —Señaló la iglesia y bajó la voz, como si lo que estuvieran discutiendo fuera un secreto muy bien guardado.

Tomek se giró para mirar la iglesia.

—No lo sé —dijo.

Pero tengo una muy buena idea de quién *está ahí dentro.*

—Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

Más de cuatro horas después, Tomek estaba vestido con su traje forense blanco, preparándose mentalmente para entrar en la iglesia. La entrada al edificio catalogado como Grado II era ahora por la puerta principal, en el frente del edificio, bajo sus ominosas y aterradoras agujas. De esa manera, no habría riesgo de contaminar

la entrada lateral que los chicos habían utilizado. Con él estaban Chey, Rachel, Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior, y Rory Stevens, el jefe de la escena del crimen. A través de una estrecha rendija en la puerta, Tomek vio un pequeño ejército de oficiales de la escena del crimen vestidos de blanco, moviéndose por el lugar, bañados en una luz blanca forense de los focos que se habían instalado allí.

Tomek era el primero en la fila para entrar. Antes de hacerlo, se tomó un momento para observar la estructura del edificio: la arquitectura, la artesanía, la piedra de Kent, el patio que se había llenado de malas hierbas y plantas desde su cierre en los noventa, la tierra que había sido recogida por el viento y esparcida por el borde del edificio, la pintura que había comenzado a descascararse y pelarse, las vidrieras que habían sido tapiadas y descuidadas, un edificio olvidado, dejado atrás mientras la nueva era continuaba progresando y desarrollándose.

Cuando Tomek finalmente recibió la autorización para entrar, inhaló profundamente y dio un paso adelante.

Le llevó un momento a sus ojos adaptarse a la dura luz blanca dentro de la iglesia, pero cuando lo hicieron, apareció ante él el cuadro del cuerpo inmaculado de Angelica Whitaker yaciendo desnudo en el frío suelo de hormigón. Estaba colocada sobre su espalda, con las piernas rectas, juntas, con los dedos de los pies apuntando hacia el cielo. Sus brazos estaban posicionados en ángulos de cuarenta y cinco grados respecto a su cuerpo. Su cabeza descansaba perfectamente, y sus pechos caían a ambos lados de su caja torácica. Nada de eso resultaba impactante para Tomek. Había visto cuerpos desnudos —cuerpos desnudos muertos— antes. Pero lo que sí le desconcertó fueron las alas de ángel que habían sido pintadas detrás de ella en el suelo. Alas de ángel que habían sido pintadas con cuidado, tiempo y atención. Alas de ángel que habían sido pintadas con sangre.

Tomek sintió un empujón en la espalda. No se había dado cuenta, pero había dejado de moverse, y el empujón en su espalda era Chey chocando accidentalmente contra él.

—Jesucristo —murmuró Chey.

—Probablemente no sea el mejor lugar para blasfemar, Chey —replicó Tomek mientras se movía alrededor del cuerpo, manteniendo una amplia distancia alrededor de las extremidades de Angelica y las alas.

Él y el resto del equipo caminaron a lo largo de las placas para pisar que habían sido colocadas por el equipo forense. Fue entonces cuando examinó su cuerpo con más detalle. Una cara para un nombre. Un cuerpo desnudo que coincidía con lo que había visto en una publicación de Instagram y una fotografía reciente de la familia. En ninguna de ellas Angelica Whitaker parecía tan delgada y desnutrida como lo estaba ahora mismo ante él. Los dígitos de su caja torácica eran tan prominentes como el sol en el cielo, su pelvis sobresalía como las dos agujas de la iglesia, y sus mejillas parecían como si hubiera nacido con una genética asombrosa o hubiera recibido mucho bótox y trabajo en ellas. Por las fotos de sus cuentas de redes sociales, su cuerpo no debería verse así en absoluto. Lo que era aún más confuso era que apenas había indicios de lividez cadavérica. Tomek no tenía idea de cuánto tiempo llevaba muerta, pero a juzgar por el color pastoso de su piel y el olor que había comenzado a formarse, había sido más de unas pocas horas, lo que le indicaba que había muerto la noche en que desapareció. A esas alturas, unas veinticuatro horas después, toda su sangre debería haber comenzado a hundirse, sucumbiendo a los efectos de la gravedad, y acumularse en su punto más bajo. Pero a lo largo de su espalda y la parte posterior de sus muslos, había muy pocas señales de eso. No tantas como hubiera esperado.

Lorna Dean hizo eco de sus pensamientos.

—Esperaría ver mucho más —dijo, su pelo pelirrojo ardiente brillando a través de la tela de su traje—. Incluso para alguien de *su* tamaño. —Había un ligero toque de celos en su tono al decirlo—. Tampoco puedo ver laceraciones físicas o heridas en el exterior, lo que significa que no hay una causa de muerte *obvia*.

—¿Podría haber sufrido una sobredosis? —preguntó Tomek, recordando las imágenes de las cámaras de vigilancia de la noche en que desapareció, y la mano de Adam Egglington flotando sobre su bebida en dos ocasiones.

—Posiblemente.

Tomek se agachó. Las articulaciones de sus rodillas crujieron mientras se balanceaba sobre las puntas de sus pies, luchando contra su equilibrio interno. Recorrió con la mirada el cuerpo de Angelica, esta vez esperando que el nuevo ángulo le diera una perspectiva diferente, una indicación diferente de la forma en que había muerto. Como Lorna había dicho, no había marcas físicas en su cuerpo, ni heridas de arma blanca, ni marcas de punción en los pliegues de su codo... nada. Su piel, sus músculos y todo lo relacionado con su exterior eran perfectos, emitiendo un suave resplandor bajo la luz blanca. Lo que indicaba que la causa de la muerte había sido interna. Que posiblemente había sufrido una sobredosis, o un derrame cerebral o un ataque cardíaco por lo que Adam Egglington había intentado darle, y muy posiblemente lo había conseguido. Aunque Tomek no creía que nada de eso fuera probable. Más bien, esto era obra de otra persona. Alguien que le había infligido la muerte de una manera diferente. Y quería saber cómo.

—¿De dónde ha salido toda esta sangre? —preguntó Chey mientras extendía un dedo para tocarla.

—¡No lo hagas! —gritó Rory Stevens, su profunda voz de barítono rebotando en las paredes—. ¿Por qué querrías tocarla?

—Para ver si todavía estaba húmeda.

—O simplemente podrías hacer la puta pregunta. No hay necesidad de meter la mano en las cosas. ¿Hacías eso mucho cuando eras niño? ¿Meter la mano en la tostadora cuando estaba encendida, tal vez? ¿Jugar con cuchillos? Joder, tío...

—Cuidado —interrumpió Tomek, señalando hacia el altar—. El jefe está escuchando.

La frente de Rory se arrugó bajo la línea superior de su capucha. —Creo que tiene demonios más grandes que perseguir, ¿no crees? —Luego señaló al ángel en el suelo—. Puedo decirte que la sangre está seca, así que no necesitas tocarla. Solo usa tus ojos, por favor. Todos somos adultos aquí. Estoy seguro de que todos somos capaces de eso. —Movió su dedo hacia las alas de ángel junto al cuerpo de Angelica—. Hemos tomado varias muestras de la sangre.

Con suerte, toda es del mismo cuerpo, de lo contrario eso podría complicar las cosas. Hemos extraído muestras de piel, descubierto algunos cabellos, buscado huellas dactilares, buscado fibras y evidencias de rastros, y todo está fotografiado y documentado. Lo enviaremos todo para su examen lo antes posible. También hemos examinado los puntos de entrada y las bolsas de botes que quedaron en el suelo. Necesitará una segunda opinión, pero las cizallas que encontramos en el suelo parecen demasiado pequeñas para haber sido las que rompieron el candado de allí. —Esta vez señaló la puerta de madera al otro extremo de la iglesia—. Lo que sugiere que el asesino introdujo el cuerpo por ahí, pero no pudo cerrarla.

—¿Dónde está su ropa?

Rory se encogió de hombros. —Hemos buscado por todas partes, pero no hay rastro de ella.

Tomek asintió pensativamente. —¿Alguna huella de zapato o dactilar junto a la puerta?

—Un par. Algunas más claras que otras. Cuando regresen al laboratorio, las pasaremos por IDENT1. Deberíamos tener noticias sobre eso para el final del día.

La visión de Tomek sobre el final del día era diferente a la de otras personas, y ahora que su investigación de persona desaparecida acababa de ascender a homicidio, no habría final del día: los días se confundirían y se convertirían en el siguiente, sin un punto final a la vista. No hasta que pudieran encontrar a su asesino.

—¿Alguna huella dactilar en otro lugar? —preguntó Rachel mientras maniobraba alrededor de Chey y se movía hacia la cabeza de Angelica—. ¿Alguna en su cuerpo?

Rory negó con la cabeza. —Ninguna.

—¿Nada en absoluto?

—Puedo hacer que el equipo revise de nuevo, pero usamos dos métodos diferentes.

Rachel se agachó junto a la cabeza de Angelica. —El asesino debe haber usado guantes de algún tipo entonces. Me imagino que es casi imposible arrastrar el cuerpo hasta aquí sin dejar ni una huella dactilar.

Nadie dijo nada mientras ella se inclinaba hacia adelante, acercándose al rostro de Angelica.

—Y le han puesto maquillaje —añadió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomek.

—Un maquillaje diferente.

—¿En qué sentido?

—Madre mía —continuó, hablando para sí misma—. Es mejor que cualquier cosa que yo haya podido hacer nunca. Sé que no uso mucho, pero...

—Rachel —interrumpió Tomek con firmeza.

La agente notó la entonación en su voz y explicó: —Estaba mirando las fotos que sus amigos tomaron durante su noche de fiesta, y en ellas, Angelica no llevaba pintalabios. Pero ahora sí. Sus pestañas no estaban cargadas de rímel, pero ahora sí. Sus mejillas no tenían un toque rojizo, pero ahora sí. Y sus cejas... —Se acercó aún más—. Parece que han sido depiladas o perfiladas ligeramente.

Tomek consideró esto. Dio la vuelta al cuerpo, deteniéndose en el otro lado, frente a Rachel. Miró a la detective a los ojos.

—¿Podría habérselo hecho ella misma al llegar a casa?

—¿En veinte minutos? Ni de coña. Quizás si fuera una profesional, pero no lo creo. Y he visto azafatas antes: les gusta tomarse su tiempo para maquillarse, especialmente cuando están trabajando. Además, me lleva una buena hora tener este aspecto cada mañana y esto es solo medio decente.

—¿Medio decente? ¿Tú? Jamás —dijo Tomek.

—Cállate.

No necesitó que se lo dijeran dos veces.

—Quien haya hecho esto se ha tomado mucho tiempo, cuidado y esfuerzo para hacerla lucir así. Habrían tenido que pasar mucho tiempo con el cuerpo. O alguien está obsesionado con ella, o está un poco mal de la cabeza.

—O ambas cosas —añadió Tomek.

CAPÍTULO
DIECISIETE

Rose Whitaker había cerrado su joyería temprano para poder estar con la familia y escuchar las últimas noticias. Los cuatro, junto con Tomek y la agente Anna Kaczmarek, la oficial de enlace familiar del equipo, estaban reunidos en el amplio salón de Daphne y Roy. Vivían a más de treinta minutos, en el pintoresco pueblo de Witham, cerca de Brentwood, un lugar que se hizo famoso gracias al programa de telerrealidad, *The Only Way Is Essex*. A pesar de su apariencia adinerada —con sus abrigos Barbour, bolsos Joules, polos Ralph Lauren y pantalones Nautica— Roy y Daphne vivían en una modesta casa de dos dormitorios. La propiedad se construyó a principios del siglo XX y presentaba vigas de roble que cruzaban el techo, suelos de baldosas de un cantero local y una chimenea de ladrillo. En el salón había dos sofás frente a un pequeño televisor en la esquina de la habitación. A lo largo de las paredes se encontraban varios modelos de aviones sobre estanterías y fotografías de Roy y Daphne a través de los años; fotografías de ellos en diferentes países, con el año y la ubicación grabados en los marcos. Tomek contó rápidamente catorce. Catorce países con los que él solo había soñado. Mauricio. Bali. Tailandia. Australia. Nueva Zelanda. Y varios más. Y eso solo en el salón; había docenas más en el pasillo, las escaleras y la cocina. Junto a ellos, sobre la chimenea, había varios artefactos y reliquias de cada país que habían traído consigo. Lo más interesante era un pequeño instrumento de madera con forma de

maraca pintado con puntos rojos, amarillos y blancos. Debajo había una pequeña placa que decía: *Sudáfrica, 2003*.

Tomek estaba observándolo cuando Daphne le puso un té en las manos. Le dio las gracias y tomó un sorbo rápido por cortesía mientras ella regresaba a su asiento y colocaba una mano sobre la rodilla de su marido. De izquierda a derecha estaban Rose, Roy, Daphne y su hijo Johnny, todos apretujados en el mismo sofá de cuatro plazas. En el extremo, Johnny se sentaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, las manos entrelazadas, la rodilla izquierda rebotando repetidamente y los ojos fijos en Tomek. Era evidente por su expresión de dolor, sus ojos entrecerrados y sus labios fruncidos que estaba conteniendo las lágrimas. Que ya sabía lo que se avecinaba. Viendo a los miembros de la familia sentados uno junto al otro, Tomek no habría dicho que estuvieran emparentados. No había parecido entre Johnny y ninguno de sus padres. El hombre era físicamente mucho más grande que su padre, con hombros más anchos, piernas como gruesos troncos de árbol y músculos más definidos. Su nariz era más delgada, las orejas ligeramente pegadas a la cabeza, y su cráneo tenía forma ovalada en comparación con los cráneos circulares de Roy y Daphne. Por no mencionar la calvicie incipiente de Johnny que debió haberse saltado la generación de Roy. En general, Johnny Whitaker había sido bendecido con el buen aspecto que su padre nunca tuvo. Lo mismo ocurría con Angelica también.

—¿Qué tal por Dublín, Johnny? —preguntó Tomek, tomando por sorpresa al hombre.

—¿Dublín?

—Sí. Rose dijo que habías estado fuera por trabajo.

—Ah, claro. —Se volvió tímido, nervioso—. Estuvo... bien. Solo un viaje rutinario. Nada demasiado emocionante.

—Estupendo.

Ahora que esa pequeña puesta al día había terminado, Tomek se aclaró la garganta y se preparó para decir lo mismo que había dicho cientos de veces a lo largo de los años, las mismas palabras que nunca resultaban más fáciles.

—Lamento ser yo quien os lo diga —comenzó, con voz tranquila, neutral—, pero creí que debía venir de mí. Esta mañana, hace unas horas, se encontró un cuerpo que creemos que es el de vuestra hija en el centro de una iglesia.

El chillido agudo salió de la boca de Roy Whitaker antes de que Tomek pudiera continuar. Inmediatamente comenzó a sollozar y su cabeza se derrumbó en sus manos, su cuerpo temblando mientras las lágrimas comenzaban a fluir. Mientras tanto, Johnny Whitaker saltó del sofá y comenzó a caminar de un lado a otro, con los puños cerrados y el cuerpo tenso.

—No —dijo—. No, no, no. No puede estar muerta. No es ella. No puede ser ella. —Luego se volvió hacia Tomek y le señaló con un dedo intimidante—. ¿Cómo saben que es ella?

—No lo sabemos definitivamente —respondió Tomek, manteniendo la voz con la misma calma.

—¿Entonces quizá no sea ella?

—Señor —dijo Anna suavemente—. Tenemos motivos para creer que la víctima en cuestión es su hermana. Ahora, su cuerpo ha sido trasladado para realizar una autopsia. Y vamos a necesitar que alguien baje a identificar el cuerpo. Entiendo que esto ha sido un shock terrible y doloroso para todos vosotros, pero necesitamos identificar el cuerpo lo más rápido posible para que nuestra investigación pueda continuar.

—¡Ni de coña! ¡No voy a bajar ahí! ¡No puedo! ¡Que lo haga otro! —gritó Johnny a pleno pulmón, mientras se acurrucaba en una bola y comenzaba a llorar sobre sus rodillas. Percibiendo la evidente incomodidad de su marido, Rose corrió hacia él y lo consoló con un abrazo. Mientras se inclinaba a su lado, él la apartó de un empujón tirándola al suelo de piedra. Rápidamente se incorporó y se colocó con cautela junto a su marido, sin poder ocultar la expresión avergonzada en su rostro. A su lado, en el sofá, Daphne había rodeado con el brazo a su esposo y lo mecía adelante y atrás como a un bebé.

—Mi niña ángel —dijo Roy entre respiraciones entrecortadas y detrás de las lágrimas—. ¿Cómo estaba... cómo estaba...? ¿Sufrió?

—Es demasiado pronto para que podamos decirlo —respondió Tomek—. La autopsia esperamos que responda a muchas de esas preguntas.

—¿Cómo... cómo murió? —continuó Roy.

—De nuevo, es demasiado pronto para decirlo. La autopsia nos lo indicará.

—¿Cuándo es la autopsia? —preguntó Daphne, con voz más firme, más contenida.

—Mañana por la mañana.

De repente, Johnny dejó de llorar y se puso de pie, con la espalda recta. —¿Por qué tenemos que esperar? ¿Por qué tanto tiempo?

—Es simplemente la hora que nos han dado.

—¡Eso es una puta mierda! ¿Por qué no podéis hacerlo de inmediato? Quiero saber...

Tomek se levantó del sofá y se interpuso entre Johnny y Anna. No había mucha diferencia en altura, y ambos tenían una complexión similar, pero Tomek había sacado más provecho de la suya y estaba más que preparado para intervenir si fuera necesario.

—Escucha —dijo—, entiendo que estés alterado. Pero solo estamos intentando hacer nuestro trabajo. Queremos encontrar a la persona que le hizo esto a tu hermana tanto como tú, ¿vale?

—¡Lo mataré! ¡Lo mataré, joder!

El movimiento fue tan repentino, tan rápido, que no hubo tiempo para que Tomek reaccionara ni siquiera se sobresaltara. En un instante, Johnny había agarrado el marco de foto más cercano de la pared, lo había arrancado de su gancho y lo había lanzado por encima de la cabeza de Anna hacia la mesa del comedor. El cristal se hizo añicos sobre la superficie, esparciéndose por el suelo. Para cuando Tomek finalmente reaccionó, el hombre ya había cogido el instrumento musical sudafricano y lo había arrojado a través de la habitación en la misma dirección. Tomek agarró las manos del hombre y lo sujetó. Rose se unió a su lado y colocó una mano en la cara de su marido, obligándole a mirarla a los ojos. Se mantuvieron la mirada durante una fracción de segundo —aparentemente lo

suficiente para comunicar lo que necesitaba decirse— y luego ella lo sacó del salón hacia la cocina, cerrando la puerta de golpe tras ellos.

—Lo siento por él... —comenzó Daphne, su voz más suave que antes—. Siempre... siempre ha tenido mal genio.

—No pasa nada. No es algo a lo que no estemos acostumbrados.

—Solo estáis intentando hacer vuestro trabajo.

Tomek agradeció el sentimiento con una suave sonrisa y regresó a su asiento, alcanzando su taza. Durante un largo momento, la sostuvo contra sus labios. El sonido de discusiones, sollozos y lamentos se filtraba desde la cocina, haciendo eco de los sollozos de Roy justo frente a ellos.

Mientras tanto, la expresión de Daphne se había vuelto inexpresiva, vacía. Estaba perdida en sus pensamientos, mirando el lugar en la pared donde habían estado el marco y el instrumento. Cuando habló, lo tomó por sorpresa.

—¿Dónde encontró su cuerpo, detective?

—En la Iglesia Metodista de Park Road —respondió Tomek.

Roy se separó de los brazos de Daphne y se miraron el uno al otro.

—¿Park Road?

—¿La conocéis?

—Es... es donde bautizaron a los niños —explicó Daphne—. Fuimos de los últimos en utilizarla antes de que se quedaran sin financiación.

Tomek lo anotó mentalmente.

—¿Cree que el asesino podría haber sabido eso? —preguntó Daphne.

—Posiblemente —dijo Tomek, aunque decidió no añadir lo que realmente estaba pensando: O bien el asesino encontró un edificio abandonado por casualidad y lo utilizó como su estudio de arte.

Daphne debió de leer la expresión en su rostro, porque dijo: —No nos ha contado cómo la encontraron, detective.

Tomek tragó profundamente antes de responder.

—¿Estáis seguros de que queréis oírlo?

Daphne y Roy compartieron una mirada antes de asentir simultáneamente.

—Estaba desnuda —explicó—. Tumbada boca arriba, en medio de la iglesia. Alrededor de su cuerpo, se habían pintado alas con lo que creemos que era su sangre. No había heridas físicas obvias ni laceraciones en su cuerpo, así que no creemos que sufriera. Pero lo que puedo deciros es que haremos todo lo que esté en nuestro poder para encontrar a quien le hizo esto a vuestra hija, y Anna os mantendrá informados de todo lo que surja, cuando surja.

Tomek dio tiempo a los padres de Angelica para que se abrazaran, para que estuvieran juntos en este momento en que sus vidas acababan de fracturarse, de hacerse pedazos.

Pasó un tiempo antes de que alguien hablara. Al final, fue Roy quien lo hizo. Su cara estaba enrojecida, sus ojos inyectados en sangre, gotas de mucosidad colgando de su nariz.

—No puedo creerlo —dijo—. Mi querida niña, mi angelito. No puedo creer que se haya ido.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Anna había cedido ante la presión de los Whitakers y había organizado que identificaran el cuerpo de Angelica tan pronto como fuera posible. Casi cuatro horas después de su reunión inicial, y casi diez horas en total desde que se encontrara el cuerpo por primera vez, Angelica había sido trasladada desde la iglesia hasta el depósito de cadáveres del Hospital de Southend. Ahora mismo, Anna estaba allí abajo con ellos, confirmando la identidad de Angelica antes de la autopsia programada para la mañana siguiente. Mientras tanto, Tomek se encontraba en la sala de incidentes graves con Chey, Rachel y el agente Oscar Pérez, o el Capitán Realmente, como se le conocía más cariñosamente. Desde que la investigación se había elevado a homicidio, a Tomek se le había permitido incorporar a un miembro adicional al equipo, por lo que el número había aumentado de dos a tres. Seguía siendo una cifra ridículamente baja para una investigación de asesinato, pero Tomek confiaba en que tenía a las mejores personas para el trabajo.

Se habían encerrado en la sala de incidentes durante los últimos treinta minutos, dejando una nota en la puerta que decía que no se les molestara. Un vecino de Angelica —alguien que vivía más arriba en la calle— había enviado varias grabaciones de seguridad doméstica de su puerta principal. Incluía imágenes de la noche de su desaparición, pero Chey también había solicitado las de los días previos, por si notaban a alguien merodeando cerca del piso de Angelica Whitaker antes de que desapareciera. Primero, habían

comenzado con la noche de su desaparición, justo en el momento en que había salido de casa para ir al club. Ella había aparecido en la pantalla de la cámara a las 22:30, caminando hacia un taxi y subiéndose en él. Desde entonces, todo lo que habían visto era un puñado de coches yendo y viniendo, y algún que otro gato callejero paseándose frente a la lente. Ahora estaban en la 1:28 de la madrugada, la hora en que debía regresar del club.

Llegó unos segundos más tarde. La imagen en la pantalla era en blanco y negro y estaba muy pixelada, lo que dificultaba distinguir ciertas características —en particular la marca y modelo de los vehículos que pasaban—, pero no había confusión posible con el taxi que había dejado a todas las chicas, ni había duda de que una de las pasajeras había sido Angelica Whitaker. Después de salir precariamente del taxi, tambaleándose sobre sus tacones altos y bajándose la falda hasta una longitud más cómoda, besó a sus amigas para despedirse, cerró la puerta y luego saludó con la mano mientras el coche giraba en la calle y se alejaba. Entonces, una vez que el coche había desaparecido del plano, ella se quedó allí, todavía saludando, todavía mirando, como si estuviera congelada.

Por un momento, Tomek se preguntó si giraría hacia la izquierda o hacia la derecha —a la izquierda hacia su casa o a la derecha hacia su muerte—. Un segundo después, giró a la izquierda, caminando tambaleante y borracha hacia su casa.

Y entonces la grabación quedó en silencio durante un rato. Nada, salvo alguna hoja ocasional volando o un zorro trotando por delante. Tomek siempre encontraba algo inquietante en mirar una imagen fija en el circuito cerrado de televisión. Su cerebro sabía que no había nada allí, pero como sabía que era un vídeo, su mente le jugaba malas pasadas y le hacía creer que algo iba a saltar y atacarle, como una escena de *Paranormal Activity*.

Tomek miró la marca de tiempo en la pantalla. Decía 01:51. Un minuto hasta que su teléfono se desconectara de las torres de telefonía. Menos de treinta segundos después, un coche emergió de la calle principal, sus faros LED cegando la cámara de seguridad y distorsionando la vista del vehículo. Tomek ordenó a Chey que pausara la grabación. Se levantó de su silla y se acercó al monitor

para inspeccionar el vehículo. Las luces eran demasiado brillantes, y estaba oculto por otros coches en la carretera. Eso, y el hecho de que la claridad de las imágenes fuera tan granulada como algo de los años ochenta, hacía imposible identificar el coche.

Tomek le dijo a Chey que reanudara la reproducción.

Entonces, diez segundos después, con el coche aparcado a un lado de la carretera, apareció una figura. Angelica. Vestida con lo que parecía ser el mismo atuendo que llevaba apenas veinte minutos antes. Saltó hacia el coche, se subió y luego se alejó conduciendo, dirigiéndose sin saberlo hacia su muerte.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Tomek estaba seguro de que Angelica Whitaker se había subido al coche porque era alguien a quien conocía. Alguien en quien confiaba.

Poco después de ver las imágenes, le había pedido a Chey y Martin que llamaran a las compañías de taxis locales para ver si habían recibido alguna solicitud de recogida en la casa de Angelica, pero ninguna había informado de tales llamadas. Luego les había pedido que enviaran una solicitud a Uber para obtener la misma información. Pero tenía sus dudas. Había algo en la manera en que ella había saltado hacia el coche, con un brinco en su paso, y simplemente se había subido al asiento delantero sin dudar. No había nada de ese rollo de «¿Recogida para Angelica?» que viene con subirse a un taxi, esa breve pausa cuando hablas con el conductor para asegurarte de que está en el lugar correcto. No, se trataba de alguien que ella conocía. Alguien a quien esperaba.

¿Y quién encajaba mejor en esa descripción que un ex novio?

Tomek llamó a la puerta de la casa de Sammy Mercer y esperó. Unos momentos después, la puerta principal se abrió, y fue recibido por una mujer de unos cincuenta y tantos años, con un corte de pelo a la altura de la barbilla y un par de gruesas gafas pegadas a su cara. Ella le miró, confundida.

—¿Sí? —preguntó, con un tono cargado de vacilación y cautela.

Tomek dio un paso atrás para disipar su incipiente miedo, luego sacó su placa de identificación del bolsillo—. Me pregunto si estoy en

el lugar correcto. ¿Vive aquí Sammy?

—¿Sammy?

—Sí. Sammy Mercer. Me gustaría hablar con él.

—¿Sammy? ¿La *policía*? ¿Qué quiere usted de Sammy?

—Es respecto a Angelica Whitaker...

El rostro de la mujer se iluminó al mencionar el nombre de Angelica—. Oh, Angie. La echo mucho de menos... y Sammy nunca fue el mismo después de que rompieran. Pero... pero ¿está bien ella? ¿Va todo bien?

Tomek no tenía tiempo para esto.

—¿Está Sammy en casa? Realmente necesito hablar con él.

—Oh. Sí. Claro. Vale. Sí, está en casa.

Mientras llamaba a su hijo, empujó la puerta para cerrarla un poco, como intentando evitar que Tomek escuchara. Un momento después, una voz profunda llamó desde algún lugar de la casa.

—Está de camino —dijo la madre de Sammy, pero no hizo ningún gesto para invitarle a entrar. Esperaron torpemente, mirándose el uno al otro, Tomek esperando a que le dejaran entrar.

Cuando la invitación no llegó, preguntó—: ¿Está bien si hablo con Sammy dentro? Esto es importante.

—Está bien, mamá, ¿qué...?

Sammy saltó desde el último escalón y apareció a la vista. Sobre su cabeza llevaba unos auriculares para videojuegos conectados a un mando de PlayStation que tenía en la mano. He aquí un hombre de unos treinta y pocos años, vestido con pantalones de chándal y una camiseta, que aún vivía con sus padres y jugaba a videojuegos. Tomek imaginó que el hombre tendría luces LED multicolores parpadeando sobre la pantalla de su ordenador y detrás del cabecero, y una pared de juguetes y cartas de Pokémon ocupando un lugar privilegiado en su estantería.

—Sammy, este es el policía.

—Hola —sonrió Tomek, haciendo un pequeño gesto con la mano.

No esperó una respuesta, ni esperó una invitación, entró en el estrecho vestíbulo y señaló hacia otra habitación dentro de la casa —. ¿Vamos?

—Mamá, ¿de qué se trata?

—No lo sé, cariño. ¿Por qué no haces lo que dice el hombre y lo discutimos juntos?

Tomek era reacio a hablar con Sammy con su madre presente, pero decidió que sería el camino de menor resistencia, así que cedió. Se trasladaron a la cocina, donde Tomek se apoyó contra la encimera junto a la cocina y sacó su libreta, cruzando una pierna sobre la otra.

—¿Es Sammy o Sam?

—Sam está bien.

El hombre hinchó el pecho, pero no había cantidad de inflación que hiciera que Tomek lo tomara en serio, no mientras todavía tuviera los auriculares en la cabeza.

—Seré breve y directo —comenzó Tomek—. Estoy aquí para hacerte algunas preguntas sobre tu relación con Angelica Whitaker.

—¿'Lica? ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado? No ha estado diciendo cosas, ¿verdad?

—¿Qué cosas serían esas?

—Solo... cosas.

—¿Te importaría elaborar?

—No hasta que sepa de qué estás preguntando.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que estabais en una relación, ¿cierto?

—Sí...

—¿Durante cuánto tiempo?

—Unos seis meses —la cautela en el tono de Sammy era abundante.

—¿Recuerdas cuándo empezó? ¿Qué mes?

Lo pensó un momento—. Marzo del año pasado.

—¿Y seis meses te llevaría a septiembre del año pasado?

—Cuando ella regresó del final de su temporada, sí.

—¿Entonces estuvo contigo durante toda la temporada, cuando viajaba por todo el mundo?

—Sí.

—¿La viste mucho durante ese período?

—Lo intentamos. Vino una o dos veces. Pero al final fue difícil.

—No me sorprende. ¿Quién lo terminó?

—Ella lo hizo. Dijo que estábamos en lugares diferentes, que yo no era lo suficientemente *maduro* —agitó el mando en el aire mientras lo decía, haciendo difícil para Tomek estar en desacuerdo con ella.

—Por supuesto —dijo, manteniendo algo de sarcasmo en su tono —. ¿Y cómo te lo tomaste?

—No muy bien, ¿verdad, Sammy? —intervino su madre, mientras colocaba una mano en la espalda de su hijo—. El pobre Sammy estuvo encerrado en su habitación durante mucho tiempo. No quería salir, ¿verdad?

—*Mamá*... ha venido a verme a *mí*, no a ti.

—Claro. Lo siento, cariño. Cuéntale tú al detective, tesoro.

Sammy le lanzó a su dominante madre una mirada de reproche antes de volverse hacia Tomek—. Yo... realmente me gustaba. Pensé que era la indicada, pero supongo que no estaba destinado a ser. Había hablado con ella sobre mudarme e incluso mudarme con ella, retomar mi vida y acercarme más a ella. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que funcionara, pero ella no quería nada de eso.

—¿Te lo dijo ella?

—Bueno, no, no exactamente... —Sammy puso el mando sobre la encimera y se quitó los auriculares—. Pero supongo que eso es lo que quiso decir cuando dijo que estábamos en lugares diferentes, que queríamos cosas diferentes.

Tomek entendía sus razones para romper con él, y una parte de él pensaba que había algo más que un simple problema de trayectoria, mucho más. Quizás había sido su inmadurez, o el hecho de que tenía una madre dominante que aún no había quitado la mano de su espalda.

Pero lo que le costaba entender era cómo los dos se habían juntado en primer lugar.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Tomek.

—En una salida nocturna. En un bar en Leigh. Empezamos a hablar por casualidad, y luego finalmente me dejó tener su número. Hablamos un par de veces después de eso y luego la invité a una cita. El resto simplemente surgió a partir de ahí.

Tomek asintió. Nada fuera de lo común. Una forma bastante estándar, aunque arcaica, de conocer gente. Hoy en día todo parecía ser online, con aplicaciones como Tinder, Bumble, Plenty of Fish, y un montón de otras aplicaciones con nombres aleatorios que eran el punto de referencia para crear relaciones en el siglo XXI.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Angelica? —preguntó Tomek, tomando un cambio repentino de dirección.

Hasta ahora, Sammy había sido más que complaciente al responder a sus preguntas, a pesar de sus protestas anteriores, pero ahora se tensó, poniendo una mano en su mando otra vez, como si fuera su manta de seguridad. O quizás iba a usar el extremo para golpear a Tomek en la cabeza. En cuyo caso, Tomek quería presenciarlo. Le vendría bien una risa.

—Hace un tiempo —dijo, cauteloso.

—¿Podrías ser más específico?

Giró la cabeza hacia un lado, manteniendo sus ojos fijos en los de Tomek—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque la encontraron muerta esta mañana. Estamos realizando entrevistas a testigos y de carácter como parte de nuestras investigaciones rutinarias. Como su novio más reciente, hemos venido a excluirte, esperemos, de nuestra investigación.

Sammy dejó caer el mando sobre la encimera. Su madre lo rodeó con sus brazos y lo abrazó, sollozando por alguna razón; sollozando por la mujer que había conocido en un puñado de ocasiones. Mientras tanto, la cara de Sammy estaba en blanco, inexpresiva, parecía como si le acabaran de pedir que completara un sudoku por primera vez.

—¿Está muerta? —repitió, con voz débil.

—Tristemente, sí.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Tomek le dio las respuestas estándar. Que todavía estaban investigándolo, que no podían decir demasiado mientras la investigación aún estaba en curso.

—No me lo puedo creer —continuó Sammy—. Yo... fue hace solo un par de semanas cuando hablé con ella por última vez.

—¿En serio? ¿De qué hablasteis?

—Bueno... quizás me equivoqué al decir eso. Permíteme reformularlo. Le envié un mensaje, preguntándole cómo estaba y si quería ponerse al día o quedar, pero ella no respondió. Me hizo ghosting.

Ese era un nuevo término al que Tomek tendría que acostumbrarse. Menos mal que lo había escuchado de otra persona sin tener que avergonzarse y avergonzar a Kasia preguntándole.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de Angelica?

Sammy metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó su teléfono. Desbloqueó el dispositivo y se desplazó por sus mensajes con su ex novia.

—La última vez que me respondió fue en diciembre, solo para desearme Feliz Navidad.

—Bien. ¿Y cuántas veces habías intentado ponerte en contacto con ella?

Sammy hizo un recuento rápido—. Veinte —respondió con franqueza, sin ningún indicio de vergüenza o arrepentimiento en su voz. Veinte veces en menos de tres meses. Tomek no creía haberle enviado tantos mensajes a Abigail y se conocían desde hacía años. Ahora entendía lo que Elodie Locket había querido decir cuando dijo que Sammy se había tomado mal la ruptura.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste en persona? —preguntó Tomek.

—Cuando rompimos. Al menos tuvo la dignidad de hacerlo cara a cara en lugar de por teléfono. No creo que hubiera podido soportar eso. Después, intenté ir a algunos de los lugares a los que sabía que ella iba, algunos de sus sitios habituales, pero nunca estaba allí. Quería encontrarme con ella por casualidad, quizás charlar, ver si podíamos retomar las cosas, pero creo que había empezado a salir con nuevos grupos porque nunca la vi en ninguna parte.

Probablemente porque estaba tratando de evitarte, pensó Tomek. No podía culparla. Él habría hecho lo mismo si alguien como Sammy hubiera estado en su vida. El hombre debería haberle preocupado, pero no era así. No tenía la impresión de que el hombre fuera un asesino. En un videojuego, sí. Pero en la vida real, ¿con una

mujer por la que sentía lujuria y con la que quería hacer que una relación funcionara? Tomek no estaba tan seguro.

Pero no era definitivo. Se había equivocado en el pasado y estaba dispuesto a admitir que podría estar equivocado de nuevo. Hasta que hizo la última pregunta que tenía para Sammy.

—¿Qué estabas haciendo hace dos noches?

—Estaba en línea, con algunos de mis colegas.

—¿A las dos de la madrugada?

—Hmm. A esa hora, probablemente estaba dormido.

—¿No condujiste hasta su casa en ningún momento?

—No.

—Fue vista saliendo de su casa justo antes de las dos de la madrugada. Es la última vez que la vieron con vida.

Se encogió de hombros—. No podría haber sido yo.

—¿No?

—No, tío. No sé conducir.

CAPÍTULO
VEINTE

Tomek detuvo el coche y apagó el motor. La lluvia golpeaba suavemente contra el parabrisas. Dejó escapar un suspiro profundo y pesado. Tenía los pelos de la nuca erizados. No por el relajante sonido de la lluvia golpeando la lata metálica que lo rodeaba, sino porque estaba enfadado, frustrado. Algo durante el trayecto desde la oficina, en algún punto de la ruta que había recorrido tantas veces, le había recordado la carta que había recibido de Nathan Burrows.

¿Dawid te contó alguna vez que vino a visitarme una vez?

Que su hermano hubiera visitado al asesino de Michał y no le hubiera dicho nada le enfurecía.

Fue hace muchos años ya.

Que lo hubiera mantenido en secreto todo este tiempo solo acrecentaba su repugnancia.

Hablamos, discutimos.

Que Dawid potencialmente supiera cosas que él desconocía le daban ganas de estrangular a su hermano mayor. Y no parar hasta que alguien le obligara.

Desde la muerte de Michał, los dos se habían distanciado. Nunca habían estado realmente unidos antes, pero el asesinato de su hermano mediano había empeorado la división entre ellos. No era ningún secreto que todos en la familia de Tomek albergaban algún tipo de resentimiento hacia él por el dolor y la angustia que les había causado a lo largo de los años. El resentimiento de Dawid había sido

silencioso, callado, pero no menos profundo. Su hermano no había cuidado de él en el patio de recreo, no le había ayudado con los deberes, no había estado ahí para apoyarlo como debería haberlo hecho un hermano mayor durante su infancia. En cambio, se había preocupado solo por sí mismo, convirtiéndose en la única luz brillante a los ojos de sus padres, y lo había aprovechado al máximo. Ahora era un corredor de seguros de gran éxito y bien pagado con una familia —y secretos— propios. Tomek no podía recordar la última vez que había hablado con Dawid. Pero algo le decía que iba a recordar esta conversación.

Mirando hacia su regazo, sacó el teléfono del bolsillo y buscó el número de Dawid en su agenda. Mientras el teléfono sonaba en su oído, observó la calle, posando gradualmente la mirada en la ventana plana del salón. Las luces estaban encendidas, las cortinas aún sin cerrar. Kasia llevaba horas en casa, pero siempre era lo último que recordaba hacer.

—Hola, señor Tumnus —dijo Dawid de repente en su oído. Su acento era más marcado que el de Tomek, solo porque era mayor y había encontrado mucho más difícil la transición del polaco al inglés —. Qué sorpresa tan agradable. ¿Está todo bien?

—Dímelo tú.

Una breve pausa. Tomek oyó el sonido de una puerta cerrándose.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dawid—. ¿Ocurre algo malo?

—Dímelo tú.

—Lo haría si supiera de qué coño estás hablando, tío.

—Nathan Burrows.

Otra breve pausa. Esta vez seguida por el sonido de pasos. —Conozco ese nombre. ¿Qué ha pasado?

—Claro que lo conoces, joder —dijo Tomek, sintiendo cómo su cuerpo comenzaba a hincharse de rabia y agresividad—. Tuve noticias suyas el otro día. Me enteré de que vosotros dos habíais tenido una pequeña reunión de cotilleo hace unos años, un pequeño picnic donde os contasteis vuestros secretos. ¿Cuánto tiempo ibas a ocultármelo, eh? ¿Cuánto tiempo ibas a mantenerlo en secreto?

—Tomek, puedo...

—¿Cómo es que no tuviste los huevos de decir algo?

—Tomek, yo...

—¿Sabes lo que eres? Un cobarde. Después de todo lo que...

—¡Tomek!

El grito de su hermano le hizo detenerse. Fue tan fuerte que Tomek apartó el teléfono de su cara. Nunca había oído a su hermano levantar la voz de esa manera. Normalmente era tranquilo, amable. No de los que gritan o se te ponen en la cara.

—¿Quieres callarte de una puta vez un momento? —siseó Dawid —. Te juro que a veces te encanta el sonido de tu propia voz, ¿verdad? Joder, tío. ¿Has terminado?

Tomek no dijo nada.

—Bien. Ahora, si me lo permites, me gustaría explicarte.

Tomek abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

—Tienes razón, sí, fui a ver a Nathan. Pero fue hace años. Cuatro, quizás cinco. Hace mucho tiempo. Tanto que incluso me había olvidado. No sé qué me impulsó a hacerlo, y no sé qué me hizo ocultárselo a todo el mundo. Ni siquiera se lo he contado a Kristina, si te sirve de consuelo.

—No me sirve, pero continúa.

Dawid suspiró a través del teléfono. —¿Qué quieres saber?

—De qué hablasteis.

—Yo... solo tenía algunas preguntas. —Una pausa—. Quería saber el *porqué*. Esa pregunta me había estado quemando la cabeza durante décadas, y simplemente tenía que saberlo.

—¿Te lo dijo?

—No. —Tomek podía oír a su hermano negando con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Qué te dijo?

—Solo que lo sentía. Que lo había sentido durante todos estos años. Dijo que quería hacer las paces con nosotros como familia, pero le dije que eso no sería posible, no mientras mamá y papá siguieran vivos.

Algo en la ventana del piso destelló y le distrajo. Era Kasia, cerrando finalmente las cortinas con un movimiento enérgico.

—¿Salió mi nombre en algún momento? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Dijo que te compadecía.

—¿Me compadecía? ¿Por qué?

—Porque fuiste tú quien lo vio. No tenía ni idea de que ibas a estar allí. Dijo que sabe cuánto daño y sufrimiento te ha causado porque él ha estado pasando por lo mismo.

Tomek no sabía qué decir, no sabía cómo responder. Todas estas cosas Nathan había omitido mencionárselas, cosas que había sido demasiado orgulloso para decir.

—¿Le preguntaste si había alguien más con él cuando mató a Michał? —preguntó Tomek.

—Tomek...

—Responde a la pregunta.

—Dijo que estaba solo. Que no había nadie más.

Aunque era lo que Tomek esperaba, eso no impidió que doliera. Y por la entonación en la voz de su hermano, Tomek tuvo la impresión de que Dawid creía a Nathan. Era solo un golpe más contra las defensas que Tomek había construido durante tanto tiempo.

—Lo siento, tío —dijo Dawid, con sinceridad en sus palabras.

Tomek contuvo el nudo en la garganta y lo aclaró. —¿Por qué no dijiste nada?

—Porque sabía cómo reaccionarías.

—¿Estoy reaccionando como esperabas ahora?

Dawid lo meditó un instante. —Bueno, al principio sí, no me dejabas hablar. Pero ahora... ahora no, lo que me hace pensar que una parte de ti ha llegado a la misma conclusión.

Tomek no respondió.

—Debería haber sido sincero —continuó Dawid—. Debería haber dicho algo antes. Pero, mira, nadie es perfecto. Levanto las manos y admito que la cagué. Y por eso, lo siento.

—Y deberías sentirlo.

Tomek colgó el teléfono sin esperar respuesta, y luego se dirigió hacia el piso.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

El agua está cálida contra mi cuerpo - nuestro *cuerpo. Estamos envueltos juntos en la bañera, como dos orugas entrelazadas. Angelica descansa sobre mí, entre mis piernas. Nuestros cuerpos se han convertido en uno. Su cabeza reposa pesadamente sobre mis hombros, con todo su peso suspendido sobre mí. Me gusta la presión que produce. Resulta reconfortante, como si fuera ella quien me protege a mí. Mi querido ángel.*

Al borde de la bañera hay una pastilla de jabón de Alepo con aroma a canela, uno de los jabones más suaves para la piel. Solo lo mejor para Angelica. La pastilla es grande en mis manos, pero no espero que quede nada al final de esta noche. Preveo que todo desaparecerá, frotado suave pero minuciosamente sobre su piel. Primero, acerco la alcachofa de la ducha a su cuerpo y la rocío con una fina capa de agua. Ahora, con su piel humedecida, comienzo a masajear el jabón sobre ella. Empezando por sus hombros, pasándolo por encima del hueso, deslizándome por su piel, bajando por sus brazos, sus manos, sus dedos, donde froto la espuma y las burbujas bajo sus uñas. Cada parte de ella, cada centímetro de su cuerpo necesita ser limpiado. Debe parecer angelical, perfecta.

Cuando he terminado con los brazos, me dirijo hacia los pechos, amasándolos con mis manos como si fueran masa, jugando un poco con ellos, pasando mis dedos por sus pezones, excitándome en el proceso. Reprimo el impulso de ponerme sobre ella y succionar sus pechos, morderlos con mis dientes.

No puedo. Ya he tenido mi momento para eso. No debo ser avaricioso. No debo estropear el proceso de limpieza.

Pero pronto se vuelve difícil completarlo así, con ella encima de mí. Debo salir de la bañera y continuar mi trabajo desde fuera, por mucho que no quiera.

Ahora tengo una mejor visión de ella tumbada en el agua, perfectamente inmóvil, con los ojos cerrados, su cuerpo flotando. Esta vez no hay elevación y descenso de su pecho, ni pulsación de las venas de su cuello, ni movimiento bajo sus párpados. Está perfectamente quieta. Toda mía. Se ha entregado completamente a mí, después de todo este tiempo. Por fin.

La siguiente parte del proceso de limpieza resulta complicada. Tengo que mantener un pie en el agua mientras limpio el resto de su cuerpo, masajeando los contornos de sus miembros y músculos con el jabón, frotándolo profundamente en sus poros. Cuando llego a su vagina, nos recoloco a ambos para que sus piernas queden abiertas. Es incómodo, pero consigo que funcione. Para esta parte, me pongo un guante y entro profundamente; el jabón burbujea dentro de ella.

Pero la verdadera diversión está en sus dedos del pie. Sus pequeños deditos. Sus lindos deditos que resbalan y se deslizan entre mis dedos como pequeñas salchichas. Los succiono, los saboreo, los lamo antes de limpiarlos de nuevo. Tiene los pies más perfectos, y no puedo esperar para pintarlos, para arreglarlos tan perfectamente como se merecen. Se va a ver tan hermosa cuando la encuentren.

Si es que la encuentran.

Mi querido ángel Angelica.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Antes de las nueve de la mañana del día siguiente, Lorna Dean, la patóloga forense del Ministerio del Interior, ya había completado la autopsia de Angelica Whitaker. Pero no fue hasta varias horas después cuando Tomek y el equipo recibieron los resultados.

—No tenías que venir hasta aquí —dijo Tomek mientras los cogía de sus manos.

—Es porque echaba de menos tu cara, obviamente. Simplemente no puedo sacarte de mi cabeza.

Tomek se quedó paralizado mientras sostenía los papeles en la mano, mirándola fijamente a los ojos, con la mente completamente en blanco. Un segundo después, Lorna estalló en carcajadas, dándole una palmada en el brazo, incapaz de controlarse.

—Creo que nunca te había visto tan asustado en mi vida —dijo—. Y tampoco te tenía por alguien tan ingenuo.

—Qué graciosa. Hay un espectáculo de comedia esta noche en los acantilados. ¿Vas a actuar? Creo que vi tu foto en el cartel de allí abajo.

—Por desgracia, estoy completamente reservada —respondió.

Tomek desplegó los documentos, y cuando comenzó a leer, Lorna colocó su mano sobre las notas.

—Parte de la razón por la que he venido es porque quería discutir mis hallazgos contigo en persona —explicó.

—¿Y la otra razón?

Ella no respondió.

—Voy a buscar al equipo —dijo él con torpeza, y luego salió de la habitación para evitar el sonrojo tanto suyo como el de ella. Unos minutos después, los cinco estaban en la sala de incidentes importantes, mirando a Lorna expectantes. Tomek no tenía idea de lo que iba a decir, pero había sido lo único en lo que podía pensar desde que encontraron el cuerpo. Preguntándose qué le había hecho el asesino. Cómo había muerto. Por qué parecía tan desnutrida y... vacía. Estaba deseando escuchar las respuestas.

Lorna estaba sentada al otro extremo de la mesa, como si la estuvieran entrevistando. Se aclaró la garganta antes de comenzar. Habló sin necesidad de notas ni comentarios, como si lo hubiera ensayado previamente.

—En primer lugar, quiero abarcar la causa de la muerte, ya que sé que es lo que todos estáis deseando entender, y luego cubriré algunos de los puntos más extraños y peculiares sobre esta víctima. Aunque, por cierto, debo empezar lo que voy a decir con lo siguiente: quizás queráis mantener parte de la información sobre la muerte de Angelica lejos de la familia. Como madre, no creo que quisiera saber todo lo que ahora sé sobre lo que le sucedió.

La atmósfera en la sala se enfrió mientras todos se tomaban un momento para considerar su advertencia.

Continuó: —Como decía, primero, su causa de muerte. Al principio pensé que estaba relacionada con el alcohol o la sangre. Pensé que quizás había bebido demasiado, la habían drogado, o había sufrido algún tipo de embolia, pero no había nada de eso. Me dejó desconcertada durante una buena hora, y no fue hasta que la giré boca abajo cuando lo vi. —Lorna agitó la mano en el aire hacia Tomek para que le pasara la carpeta de manila que le había dado. Él la deslizó por la superficie y ella la atrapó con la palma de su mano, sus uñas haciendo clic sobre la mesa. Sacó todas las hojas y las colocó frente a ella. Luego cogió una y se la entregó a la persona más cercana.

Oscar la tomó con delicadeza y la inspeccionó. Luego la pasó alrededor hasta que finalmente llegó a Tomek. Al principio no sabía exactamente qué estaba mirando, e incluso después de que le

dijeran que girara la página ciento ochenta grados, seguía sin saber de qué era la imagen.

—Parece una pierna —dijo.

—Eso es porque *es* una pierna —respondió Lorna—. Más precisamente, es la *parte posterior* de la pierna derecha de Angelica. Lo que estás viendo ahí es el pliegue de su rodilla. ¿Notas todas las líneas y hendiduras donde se unen las articulaciones?

Tomek no tenía ni idea. Y por mucho que intentara mirarla desde diferentes ángulos, seguía sin saber qué lado estaba arriba. Era como mirar una ecografía por primera vez y confundirla con un test de Rorschach.

—Diez puntos si puedes ver la herida.

Tomek colocó la fotografía sobre la mesa con la esperanza de que la luz de arriba pudiera milagrosamente hacer que la herida apareciera como si estuviera escrita con tinta invisible. Pero no había nada. Ni herida de punción, ni marca de puñalada, ni orificio de bala. Nada que sugiriera que hubiera una herida ahí.

—¿Nos estás tomando el pelo? —preguntó, deslizando la imagen por la mesa con frustración.

—Ojalá. Pero no. —Lorna la alcanzó, la sostuvo en alto y les señaló un pequeño punto negro en la parte posterior de la rodilla de Angelica.

—¿Eso es un lunar, verdad? —preguntó Rachel.

—Eso es lo que pensé al principio. Por eso no le presté mucha atención. Pero cuando pasé mi dedo por encima, noté que era un agujero.

—¿Un *agujero*? —repitió Rachel.

—Sí, un agujero, no un lunar.

—¡Como ese programa de televisión! —dijo Chey emocionado.

Su entusiasmo fue recibido con miradas mudas y confusas.

—Ya sabéis, ese. ¿Es un pastel o comida de verdad? Donde la gente hace pasteles que imitan objetos de la vida real.

Tomek lo miró, profundamente poco impresionado. —¿Ves esas tonterías?

—¿Tú no?

—Preferiría comer con pajita el resto de mi vida.

Antes de que la conversación pudiera alejarse más del tema, Lorna golpeó la mesa, reclamando su atención. —Chicos, nos estamos distrayendo, ¿de acuerdo? Lo entiendo, estáis entusiasmados con esto de "¿es un agujero, es un lunar?", pero en esta ocasión particular, puedo deciros inequívocamente que es un agujero. Ahora, ¿podemos seguir?

Tomek suspiró. —Sí.

—Excelente. ¿Os gustaría saber para qué es el agujero?

—¿No es una pregunta trampa, verdad, como las que nos hacían en educación sexual en el colegio?

—No. Es una pregunta real. El agujero fue causado por una aguja.

—Vale.

—Y luego un tubo.

—¿Un *tubo*?

—Correcto. Pero no como los que encuentras en el metro de Londres. Este era de plástico. Uno que podrías encontrar en un hospital. Un tubo quirúrgico.

—De acuerdo... —Tomek estaba perdido—. ¿Y qué tiene que ver eso con la causa de la muerte de Angelica?

Para responder a su pregunta, Lorna sacó otra fotografía. Esta vez era de las alas de ángel que habían sido pintadas en el suelo de la iglesia. Todos los demás inmediatamente hicieron la conexión, pero Tomek aún estaba unos segundos por detrás.

—El asesino drenó la sangre de su cuerpo y la usó para pintar sus alas de ángel —dijo Lorna, echándole una mano—. Según mis estimaciones, debieron drenar más de tres litros de sangre. Tal vez cuatro. Eso es lo que la mató.

Eso explicaba por qué parecía tan demacrada, tan... delgada.

—¿Cómo? —preguntó Tomek.

—La gravedad y los latidos del corazón, supongo. Mi suposición es que aún estaba viva cuando ocurrió, aunque habría estado inconsciente, y su corazón continuó bombeando sangre a través de su cuerpo y fuera por el tubo, y luego, cuando los niveles de sangre se volvieron demasiado bajos, falleció. Todo lo que el asesino tuvo que hacer fue esperar.

—¿Cuánto tiempo podría llevar algo así?

Lorna se encogió de hombros. —No tengo idea. Pero a juzgar por el tamaño del agujero, y los Red Bulls con vodka bombeando sangre por su cuerpo, diría que habría tardado unos cuarenta minutos, quizás una hora.

Tomek se volvió hacia la parte de la pizarra donde había escrito el otro día. Miró la cronología hasta el momento.

01:28 - Angelica llega a casa

01:52 - Angelica sale, se sube al coche

09:00 - Angelica debía empezar a trabajar

Ahora mentalmente añadía otro descanso de una hora en esa línea de tiempo.

—Así que el asesino debió llevarla a algún lugar, dejarla inconsciente o dormida de alguna manera, y luego pasó una hora drenando la sangre de su cuerpo.

—Eso es más o menos correcto —respondió Lorna—. Pero habrían necesitado aún más tiempo para completar el resto de lo que le hicieron al cuerpo de Angelica.

—¿*El resto*?

Tomek no estaba seguro de estar preparado para escuchar la respuesta. Cuando vio el cuerpo por primera vez, no pensó que le hubiera ocurrido nada malicioso o irregular a Angelica. Aunque tampoco había pensado que el asesino hubiera drenado la sangre de su cuerpo, así que, ¿qué sabía él?

—Post mortem, el cuerpo de Angelica fue limpiado y afeitado —continuó Lorna.

—¿Limpiado? —preguntó Tomek.

—Sí. Usando jabón de Alepo. Jabón de Alepo con aroma a canela.

—¿Cómo lo sabes?

—Reconocí el olor. Todavía estaba en su piel incluso después de todo ese tiempo.

—¿Y también fue afeitada?

—Sí. Cuando te digo que la piel de esta mujer era como la de un bebé, lo digo en serio. No quedaba nada en ella, ni siquiera los finos vellos blancos que tienes en los antebrazos y las mejillas. Parecía

que nunca hubiera crecido un solo pelo en su vida. Era como si acabara de salir del útero.

En su mente, conjuró imágenes del asesino bañando el cuerpo de Angelica en agua, frotando una pastilla de jabón en su piel, y luego afeitando sus axilas, piernas y región púbica, antes de pasar la cuchilla por el resto de su piel. Lo que le inquietaba era el tiempo, la paciencia y el cuidado requeridos.

—¿Qué más le hicieron? —preguntó Rachel, aparentando ligera incomodidad en su silla.

—El asesino también le pintó las uñas de las manos y los pies y le aplicó un maquillaje completo.

—Para hacerla parecer un ángel —añadió Tomek.

—Eso lo dije yo, ¿no? —comentó Rachel—. Te dije que probablemente era uno de los mejores maquillajes que había visto nunca.

—Así que el asesino debía saber cómo hacer un maquillaje profesional —dijo Tomek.

—¿Entonces podría ser una mujer? —preguntó Chey.

—Estadísticamente, sí. No conozco a muchos hombres que puedan hacer un maquillaje tan bueno —respondió Tomek.

—Pero hay una cosa más que no habéis escuchado todavía —interrumpió Lorna, golpeando de nuevo la mesa con los nudillos.

—¿Cuál es?

—Que fue violada. No de forma agresiva ni nada por el estilo. Pero había signos, solo algunos moratones leves. Y quien fuera estaba... bien *dotado*, digamos. Algunos de los moratones eran profundos. Pero lo más importante es que no había evidencia de ello. Sin ADN. Sin eyaculación. Mi teoría es que usaron un preservativo y cuando limpiaron su cuerpo, también limpiaron su interior. No dejaron nada.

—Dios mío —dijo Chey suavemente, mirando fijamente la superficie de la mesa—. La drenó, la violó, la limpió, la afeitó, pintó alas de ángel detrás de ella... ¿quién coño es este tipo?

—O alguien totalmente enamorado de ella o un jodido sádico —dijo Rachel, con el veneno de su tono filtrándose en la habitación.

—Ciertamente... —añadió Lorna tentativamente.

—Eso no es todo, ¿verdad? —preguntó Tomek. Podía sentir en el tono de Lorna que había más, y su expresión confirmó sus sospechas.

—Esto es lo último, lo prometo.

—Continúa...

—Después de abrirla, encontré algo que no esperaba.

—Bien. ¿Qué es?

—Pues, estaba embarazada. Lo había estado durante unos tres meses. Era simplemente una de esas afortunadas que no lo aparentan.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Tomek quería ser quien comunicara a la familia Whitaker lo que le había ocurrido a su hija. Bueno, no *todo*. Había algunos detalles, cierta información que consideraba mejor ocultarles, para evitarles el horror y el dolor de escucharlo todo. En su lugar, lo presentaría de forma más suave.

Anna le acompañaba. En el breve tiempo que Anna había estado en contacto con la familia, había informado que ninguno de ellos había recibido bien la noticia: Johnny había reclamado más tesoros invaluables de los viajes de sus padres como sus juguetes; Roy se había encerrado completamente en sí mismo y no comía ni bebía nada; y Daphne había pasado la mañana contemplando viejas fotografías de Angelica y Johnny jugando en el jardín.

—Es como ver una obra de teatro —susurró Anna mientras le abría la puerta principal—. Y no precisamente buena. En serio.

Tomek admiraba su franqueza de Europa del Este. No había matices en su discurso. Decía lo que pensaba, manejándose solo en blanco y negro.

Encontró a los tres miembros de la familia en el salón, sentados en el sofá en el mismo orden que el día anterior. La única ausencia era Rose, que debía atender su joyería. De no ser por el cambio de ropa, Tomek habría pensado que ninguno de los Whitaker se había duchado. Sus rostros estaban tensos, con mejillas y ojos enrojecidos de tanto llorar, y el pelo despeinado y descuidado. Pero lo más interesante era la dinámica entre ellos. Al principio, Tomek había

pensado que Daphne era quien mantenía unidos a los hombres de la familia, pero ahora era evidente que eso se había desmoronado por completo; estaban sentados separados unos de otros, sin que ni un solo centímetro de sus cuerpos se tocara, como si se repelieran mutuamente. En el pasado, había visto a familias comportarse exactamente al contrario: cogidos de la mano, con los brazos rodeándose unos a otros, abrazándose, valientes, cálidos, consolándose. Excepto que ahora la familia Whitaker estaba fría, como si estuvieran en medio de una sesión de terapia en lugar de en una reunión con un detective para escuchar los resultados de la autopsia de su hija fallecida.

—Gracias por recibirme de nuevo en su casa —murmuró Tomek. Mientras se acomodaba en el sofá, notó la mirada penetrante de Johnny Whitaker, con esos ojos marrón oscuro que parecían taladrarle.

—No hace falta que diga nada de eso —replicó el hombre—. Solo... solo vaya al grano. —Se balanceaba hacia delante y hacia atrás, masajeándose los nudillos, con aspecto de estar preparado para una pelea.

Tomek se volvió hacia Anna, quien le dio un gesto de aprobación. No había nada que ella quisiera añadir antes de que él hablara.

—Esta mañana el patólogo ha realizado la autopsia a Angelica, y...

—Sí, sí, sí. Ya sabemos todo eso. Solo... solo díganos lo que ha averiguado, joder.

—¡Johnny! —Daphne le dio un golpe en el brazo.

—Lo siento... *Por favor* —añadió el hijo con desafío, como un mocoso malcriado—. Díganos lo que ha encontrado, *por favor*.

Después del arrebato del imbécil petulante, Tomek no quería continuar. Pero eso no sería justo para Roy y Daphne, que estaban sentados pacientemente. Su hijo gilipollas no debería ser quien les impidiera escuchar las noticias.

—Esta mañana, el patólogo me ha enviado su informe. Lo he revisado, y he venido para decirles que su hija murió por pérdida de sangre. Se encontró alcohol en su sangre, y hemos enviado muestras para ver si había algo más, aunque estoy bastante seguro

de que alguien en el club podría haberle puesto algo en la bebida. Su sangre fue drenada de su cuerpo, y creemos que se utilizó para pintar las alas de ángel detrás de ella. Ahora bien, encontraron algunas otras anomalías. Por alguna razón, el asesino bañó a su hija, la limpió, la afeitó y le aplicó un maquillaje completo.

—¿La afeitó? —preguntó Roy.

—Sí. Los brazos, las piernas, las axilas... por todas partes.

—Siempre fue muy acomplejada con sus antebrazos —añadió Daphne distraídamente, mirando al vacío, perdida en sus propios pensamientos.

Tomek abrió la boca para responder, pero Roy se le adelantó.

—¿Ha dicho que también le aplicaron maquillaje?

—Sí.

—¿Por qué querrían hacer eso?

—Quizás querían que se viera guapa, papá —espetó Johnny.

Tomek ignoró el comentario y continuó. —Parece que quien hizo esto dedicó mucho tiempo y cuidado a "cuidar" de su hija. Aún no sabemos por qué, pero esperamos averiguarlo pronto.

Tomek miró a cada miembro de la familia, tomándose su tiempo para observarlos.

—Entiendo que esto es mucho para asimilar, pero hay algo más que deberían saber.

—¿Qué? —siseó Johnny. En los últimos momentos, mientras Tomek lo observaba, Johnny había comenzado a frotarse las manos más agresivamente, a masajearse los nudillos con más violencia. Tomek casi esperaba que el hombre saltara a través de la habitación y lo estrangulara.

—Angelica estaba embarazada.

En este punto, la reacción de toda la familia cambió. Era como si pudieran tolerar la noticia de que la habían limpiado, cuidado bien, pero trazaron la línea en su embarazo.

—¿Estaba *embarazada*? —preguntó Daphne.

—¿Está seguro? —preguntó Johnny.

—Sí. Estamos seguros.

—¿De cuánto estaba?

Justo cuando Tomek abría la boca, Roy soltó la respuesta. —De unos tres meses.

Entonces la temperatura se desplomó en la habitación cuando Daphne y Johnny simultáneamente absorbieron todo el aire de la estancia.

—¿Tres meses? ¿Qué coño quieres decir con tres meses? —dijo Johnny mientras saltaba del sofá y agitaba un dedo hacia su padre.

—Roy, ¿de qué estás hablando? ¿Me estás diciendo que sabías que nuestra hija estaba embarazada, que le habían concedido el don de la vida, y no me lo dijiste, que no hiciste nada al respecto?

Roy se levantó con dificultad del sofá y colocó una mano en el pecho de su hijo para mantenerlo a raya.

—Te equivocas. *Sí* hice algo al respecto. Le dije que no podía quedárselo. Le dije que necesitaba deshacerse de él.

—¿Por qué harías eso? —preguntó Daphne, elevándose a su altura poniéndose de pie en el sofá, mirándolo desde arriba con las manos en las caderas.

—Porque no estaba preparada para un hijo. No quería que lo tuviera. No, no cuando iba a ser fuera del matrimonio.

—¿Así que la obligaste a deshacerse de él?

—Solo le dije cuál era mi postura. Discutimos, luego ella huyó. Pensé que iba a hacer lo correcto, pero evidentemente no lo hizo. No le di yo una percha, ¿verdad?

—Pero apuesto a que la tenías en la mano, ¿no es así, papá? No es la primera vez, ¿verdad? —comentó Johnny.

Daphne se volvió hacia su hijo, luego hacia su marido.

—¿De qué está hablando, Roy?

—De nada.

—*¿Roy?*

—Nada.

Y entonces le dio una fuerte bofetada en la mejilla. Saltó del sofá y le señaló con el dedo, manteniéndolo a unos centímetros de su cara. Para alguien tan pequeña y menuda, parecía crecer.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Yo... —Se desplomó en el sofá, dejando caer la cabeza entre sus manos.

—Ya lo ha hecho antes —comenzó Johnny—. Cuando Ange tenía dieciocho años, se quedó embarazada, él lo descubrió, vio el test de embarazo en su habitación, y la llevó al médico, la obligó a deshacerse de él.

La temperatura bajó unos grados más mientras Daphne volvía a inhalar profundamente. Esta vez levantó la mano y la descargó sobre su marido, mucho más fuerte, golpeándolo en la cara. El sonido reverberó por toda la habitación. Tomek y Anna fueron los primeros en reaccionar. Se levantaron de un salto del sofá, Anna apartando a Daphne.

—Creo que todo el mundo necesita calmarse —dijo Tomek—. Claramente hay cosas que necesitan resolver y discutir entre ustedes, pero una cosa que creo que todos deben recordar es que Angelica está muerta. No importa lo que haya pasado en el pasado, ahora deben tenerla en el centro de sus pensamientos. Necesitamos encontrar a su asesino, y necesitamos su ayuda para hacerlo, pero eso no será posible si se están dando bofetadas y haciéndose daño mutuamente. Ahora, si tenemos que ponerlos en esquinas separadas como a un montón de niños, lo haremos. No quería tener que hablarles así, pero, bueno, me han obligado.

En un instante, el comportamiento de los tres miembros de la familia cambió. Bajaron la cabeza y el tono de voz, disculpándose suavemente mientras volvían a sus posiciones en el sofá, Roy masajeándose la mejilla y moviendo la mandíbula para asegurarse de que seguía en su sitio.

—Gracias —dijo Tomek con un profundo suspiro.

—¿Cómo podemos ayudarle, Detective? —preguntó Daphne.

Tomek se sentó en el borde del sofá, por si volvían a estallar. —Para empezar, me preguntaba si conocíais los nombres de algunas de las antiguas parejas románticas que Angelica pudiera haber tenido.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

El primer nombre que había salido de las bocas de la familia de Angelica fue Cole Thompson, con quien Angelica había mantenido una relación intermitente durante seis meses casi dos años atrás. No habían mencionado a Sammy Mercer, ni al jugador de treinta años que aún vivía en casa con su madre. Quizás ella había estado demasiado avergonzada para presentárselo, no había querido presumirlo. O quizás simplemente lo había utilizado para otro propósito, como aprender a ser buena en *Call of Duty* o *Grand Theft Auto*. Tomek no lo sabía, pero le pareció muy revelador. Según Daphne y Roy, Cole era el pretendiente perfecto para ella, y Daphne siempre había esperado que permanecieran juntos, que algún día se convirtiera en su yerno y elevara el estatus de la familia tal como lo había hecho Rose cuando se había unido a ellos. Decían que era amable, considerado, atento y muy, muy, muy divertido —¿recuerdas aquella vez?— había comenzado Daphne antes de perderse en una historia sobre todos ellos saliendo a cenar en familia en un restaurante elegante. Tomek había dejado que Daphne y Roy recordaran mientras le preguntaba a Johnny su opinión sobre el hombre. Se habían condensado en una palabra: leyenda. A Tomek le parecía un poco exagerado, considerando que solo había conocido al hombre durante un breve periodo, pero no había querido imponerse. Sin embargo, había preguntado la razón por la que habían roto.

—No lo sé, en realidad —había dicho Daphne—. No nos contó mucho más que ya no iban a verse más. No quería hablar del tema.

Y es una verdadera lástima porque era tan dulce, tan agradable. Ya era como un miembro de la familia.

Los ecos de la madre de Sammy Mercer hablando sobre su hijo resonaron en sus oídos mientras se detenía frente a la casa de Cole Thompson. El veinteañero vivía en un bungalow de dos habitaciones en Rayleigh, y cuando Tomek llamó a la puerta, fue recibido por un hombre pequeño y calvo que llevaba una mochila al hombro.

—¿Señor Thompson?

El hombre se detuvo justo cuando su pierna corta hacía el largo viaje desde el umbral hasta el suelo. Se quedó con un pie en el hormigón y otro aún dentro del edificio, con la rodilla llegándole hasta el pecho.

—Soy *un* señor Thompson, sí. El otro está en el trabajo.

—¿Cole?

—Ese es mi hijo. El que está en el trabajo. ¿De qué se trata?

Tomek mostró su placa y explicó que quería hablar con el hijo del hombre.

—No ha hecho nada, ¿verdad?

—Espero que no. Solo tenemos algunas preguntas que necesitamos hacerle sobre su relación con Angelica Whitaker. ¿Le suena ese nombre?

El hombre finalmente salió de la casa y bajó la otra pierna. Era sorprendente lo mucho más bajo que era comparado con Tomek. Recolocó su mochila en el hombro en un intento de parecer más grande. —¿Ange? Sí, la recuerdo. Una auténtica preciosidad. No sé cómo lo consiguió, pero ¿qué tiene que ver él con ella?

Tomek ignoró la pregunta. —¿Puede recordar la última vez que la vio?

Al hombre no le llevó mucho tiempo responder. —La otra semana. Cole dijo que ella vendría mientras su madre y yo salíamos a cenar. La vimos cuando volvimos a casa.

—¿La otra semana?

El hombre asintió.

Eso era mucho más reciente que los dos años desde que el resto de la familia lo había visto.

—¿Podría darme la dirección de su trabajo, para que pueda hablar con él?

Cole Thompson trabajaba como contable senior para una pequeña firma de contabilidad colegiada en la calle principal de Rayleigh, a poca distancia en coche del bungalow de sus padres. La oficina estaba sobre una tienda Superdrug, y cuando Tomek lo encontró, el hombre estaba en su escritorio. Vestía una camisa holgada, desabrochada en el cuello, y unos pantalones elegantes. En la habitación el aire era fresco, impulsado por una unidad de aire acondicionado a un lado, presumiblemente para enmascarar el olor de los cinco hombres sudorosos que había allí.

Cole Thompson era un hombre físicamente atractivo, con todas las características adecuadas para aparecer en la portada de alguna revista: pelo perfectamente arreglado sin un solo mechón fuera de lugar, una fantástica línea de mandíbula lo suficientemente afilada como para cortar queso, hombros anchos que llenaban su camisa y más, y un par de gafas de montura gruesa que parecían acentuar su rostro casi simétrico. Sin mencionar el olor a aftershave que llegó a la nariz de Tomek en el momento en que se acercó a él, ayudado, por supuesto, por el aire acondicionado. En muchos aspectos, le recordaba a Tomek al agente inmobiliario que le había vendido su piso; la única diferencia era que Cole no tenía ningún diente de Turquía —dientes blancos fluorescentes y llamativos que habían sido hechos baratamente por un supuesto profesional en el extranjero.

—¿Cole? —dijo Tomek.

Cole se acercó con la mano extendida. —Soy yo. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—Genial. ¿En qué podemos ayudarte? No reconozco tu cara. ¿Has trabajado con nosotros antes?

Tomek decidió seguirle la corriente. —No, pero estoy buscando hacerlo. ¿Tienes una sala privada donde podríamos sentarnos? Tengo asuntos de los que me gustaría hablar contigo.

Con el rostro radiante, mostrando un juego de dientes naturalmente rectos, Cole cogió su portátil de su escritorio, lo condujo a una pequeña habitación, igualmente fría, y sacó una silla para Tomek.

—No necesitarás eso —dijo Tomek, señalando el ordenador.

—¿No?

Tomek golpeó la mesa con condescendencia. —¿Por qué no te sientas y me dejas contarte sobre el asunto del que quería hablar contigo? Me llamo Tomek Bowen, y soy detective sargento de la Policía de Essex. No quería decir demasiado allí fuera por si tus compañeros se ponían curiosos. —Cole abrió la boca para hablar, pero Tomek lo silenció—. No te preocupes, no estás en problemas, aún, pero hay algo que necesitas saber. Ayer, se encontró el cuerpo de Angelica Whitaker en una iglesia en Westcliff. Ha llegado a nuestro conocimiento que una vez mantuviste una relación con ella durante aproximadamente seis meses. Aunque cuando acabo de hablar con tu padre, ha dicho que ella vino la otra semana. ¿Te importaría contarme sobre tu relación con Angelica?

La boca de Cole permaneció abierta, con hilos de saliva colgando desde la parte superior de su boca hasta la inferior. Durante un largo rato, no dijo nada, solo miró a Tomek, asimilándolo todo, procesándolo.

—Tómate tu tiempo —dijo Tomek—. Me imagino que esto es un shock.

El hombre asintió, pero su expresión estaba vacía, a miles de kilómetros de distancia, oculta detrás de una barrera en su mente.

—Ella está... ella está...

Tomek no dijo nada. Esperó a que sacara las palabras de su boca adecuadamente.

—Ella está... está muerta. ¿Angelica? ¿Y estás... estás seguro de que es ella?

Tomek asintió.

—Y... quieres hablar conmigo... pero ya has hablado con mi padre. Y quieres hablar conmigo...

—Ya estamos hablando —respondió Tomek, y luego añadió—: Más o menos.

—Cierto. Sí... sí, lo estamos. Pero, ¿qué... qué...?

Tomek percibió que el hombre iba a tener problemas con la última pregunta, así que decidió ayudarlo. —¿De qué quiero hablar contigo? Fácil. Quiero saber todo sobre vuestra relación. ¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¿Con qué frecuencia os veíais? ¿Dónde estabas el viernes por la noche? Ese tipo de cosas.

La cara de Cole permaneció inexpresiva, su boca aún abierta. Sin embargo, el hilo de saliva ahora se había roto y había desaparecido de nuevo en su boca. —¿Podría tomar algo, por favor? —preguntó el hombre.

—¿Una bebida?

—Agua. Necesito agua.

Tomek giró en la silla y miró a través de las ventanas de la habitación, buscando una fuente de agua. Al no ver ninguna, se levantó de la silla, salió de la habitación y preguntó al compañero más cercano.

—¿Agua? —preguntó el hombre, confundido, como si nunca hubiera oído hablar de ella antes.

—Sí. El líquido. Necesitamos un poco ahí dentro.

El hombre se inclinó hacia adelante en su asiento para mirar a Cole. —Pensé que él la conseguiría para ti.

Tomek se volvió para mirar al hombre que seguía sentado allí, mirando a la nada. —Justo ahora está haciendo un pensamiento *muy profundo*. Me ofrecí a ayudar mientras procesaba algunas cosas.

Un momento después, tenía dos vasos de agua en la mano y regresó a la habitación. Puso uno frente a Cole y volvió a su asiento. El hombre lo recogió y lentamente se lo llevó a los labios.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró Cole. La entonación en su voz desmentía su elección de palabras.

—Excelente. Empecemos con tu relación con Angelica, ¿de acuerdo? ¿Cuándo empezasteis a salir?

—Hace dos años, más o menos.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Unos seis meses.

—¿Quién lo terminó?

—Yo lo hice.

—¿Por qué?

—Eso... yo, yo, yo no estaba interesado en nada a largo plazo.

—¿Y ella estaba de acuerdo con eso?

Finalmente, Cole cerró la boca y tragó. Mientras hablaba, no podía mantener la mirada de Tomek y continuó mirando a la pared detrás de él, como si fuera un agente dormido que acababa de ser activado por una frase clave.

—Ella sentía lo mismo —explicó.

—¿Entonces qué pasó después? ¿Por qué estuvo en tu casa la otra semana? ¿Habéis intentado reavivar vuestra relación?

—Sexo.

Cole lo dijo tan abruptamente que Tomek pensó que el hombre le estaba haciendo una proposición.

—¿Perdón?

—Sexo. Es... —Se interrumpió, cerró los ojos y sacudió la cabeza. Cuando los abrió de nuevo, encontró la mirada de Tomek por primera vez—. Solo era sexo. Lo ha sido durante los últimos cuatro o cinco meses más o menos. Ella... ella me envió un mensaje a finales del verano, cuando regresó de su temporada, por octubre, y hemos estado acostándonos desde entonces, tipo amigos con beneficios.

Tomek estaba familiarizado con el término, al igual que con el término Netflix and Chill, que no implicaba ni Netflix ni el acto de relajarse.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¿Cuando tus padres salieron, o más recientemente?

Cole hizo una pausa. —Esa fue la última vez, sí. Se suponía que nos encontraríamos la otra noche, pero canceló porque dijo que iba a una fiesta.

—¿Sabes cuál y dónde?

Cole negó con la cabeza, su inmaculado cabello manteniéndose firme contra el movimiento.

—¿Y qué estabas haciendo hace tres noches?

—¿Qué noche fue esa? ¿Viernes? Yo... yo estaba con estos. —Señaló al equipo fuera de la ventana—. Estábamos en el pub.

—¿En cuál?

—Paul Pry. Fuimos a tomar unas copas después del trabajo. Es una tradición los viernes. Solemos quedarnos hasta tarde, y luego nos arrepentimos al día siguiente.

Tomek tomó nota mental.

—Hablando de arrepentimientos —dijo—, también ha llegado a nuestro conocimiento que Angelica estaba embarazada. ¿No sabrías por casualidad algo sobre eso, verdad?

Cole se rascó la nuca. —Me lo había dicho, sí. Lo sabía. Pero... ella no sabía de quién era. No sabía si era mío o de otra persona.

—¿Sabes de quién más podría haber sido?

Se encogió de hombros. —No elaboró, y yo estaba demasiado aturdido para preguntar. Solo asumí que era mío. Se habría quedado embarazada alrededor de Navidad, Año Nuevo, y en ese momento había venido unas cuatro veces. Estaba sola. Tenía esa cosa de la depresión estacional, además creo que acababa de enterarse de que no la mantendrían para este verano.

—¿No la mantendrían? —repitió Tomek.

—Sí. Se puso muy disgustada. Devastada, creo que estaba. Dijo que solo necesitaba a alguien que le hiciera compañía.

—¿Usasteis protección?

Cole asintió fervientemente, como si fuera algo obvio. —Siempre. Nunca voy a ninguna parte sin uno. Siempre tengo uno en mi cartera, por si acaso.

Por si acaso. Tomek se burló internamente. Luego tomó un sorbo de agua. —¿Cómo te tomaste la noticia? ¿Cuál fue tu reacción?

—Yo... Al principio me asusté. No quería que lo mantuviera. No quería tener nada que ver con ello. No estaba preparado para ese tipo de cosas. Pero luego, después de un par de días, finalmente lo acepté y le dije que estaría ahí para apoyarla. No teníamos que estar juntos ni nada, pero solo quería ser parte de la vida del niño. Ahora... ahora supongo que no podré serlo.

Muy admirable, pensó Tomek. Le recordó su situación, donde Kasia había sido dejada en su puerta después de que su madre fuera arrestada por tráfico de drogas. Él no había tenido elección, pero Cole sí, y había hecho lo respetable al comprometerse con el futuro

del bebé, incluso si no era suyo. Era una lástima que hubiera terminado como lo hizo.

Tomek extendió una mano. Cole la miró con sospecha, luego la estrechó. Ambos hombres mantuvieron la mirada, sin decir nada, ambos entendiendo las expresiones silenciosas en sus rostros.

—Gracias por tu tiempo —dijo, mientras se disponía a salir.

La mano de Tomek estaba en el pomo de la puerta cuando Cole le dijo que esperara.

—¿Has hablado con Shawn?

Tomek soltó su agarre.

—¿Shawn?

—Sí. Shawn Wilkins. Un tipo que ha estado obsesionado con Angelica desde que puedo recordar. Acosándola, comentando en sus publicaciones, enviándole cosas. A veces se pasaba de la raya. Creo que ella tuvo que conseguir una orden de alejamiento contra él en algún momento.

—Shawn Wilkins, ¿ese es su nombre?

—Sí. Aunque no sé mucho más sobre él. Pero si estás buscando a su asesino, entonces podría ser un buen lugar para empezar.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Tomek habría querido investigar a Shawn Wilkins, pero durante el trayecto de vuelta a la sala de incidencias, recibió una llamada de Victoria, citándole en su despacho. Al teléfono había sido directa y concisa —como siempre—, pero había percibido cierta urgencia en su voz que nunca antes había notado. Y en cuanto Tomek entró en su pequeño despacho de la segunda planta, descubrió el motivo. Esperándole, de pie junto a ella, estaba Nick Cleaves. El inspector jefe estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y la cabeza baja, como si fuera un miembro de una banda de los años 50 o un personaje de *West Side Story* a punto de romper a cantar y bailar.

Ninguno de los dos parecía entusiasmado de verle.

—Siéntese, por favor, Tomek —dijo Victoria, señalando la silla como si él no pudiera verla frente a sí.

Mientras se acomodaba en el asiento, se vio transportado treinta años al pasado. Dos meses después de la muerte de su hermano, le habían convocado al despacho del director por saltarse la clase de ciencias, su asignatura menos favorita. Uno de los profesores le había encontrado deambulando por los pasillos, pasando los dedos por las paredes y arrastrando los pies por el suelo. Le habían castigado a una semana de aislamiento de donde, con la ayuda de algunos compañeros lo bastante valientes como para crear una distracción, posteriormente escapó —una acción que le puso en riesgo de recibir más aislamiento, o incluso ser expulsado—. Tomek

había sido un niño rebelde tras la muerte de Michał. Le costaba mantener la concentración y había perdido todo interés en su educación. Pero lo que más le sorprendía es que no había abandonado el recinto escolar. Si hubiera querido hacer novillos, saltarse las clases y disfrutar de la libertad de corretear por Leigh-on-Sea mientras todos los demás estaban en clase, podría haberlo hecho. Pero en vez de eso, se había quedado en el recinto, corriendo por los pasillos. *Esperando* que le pillaran. Suplicando atención, gritando por ayuda. Y cuando se había sentado en aquella silla del director, había sentido alivio. Había funcionado. El castigo formaba parte de todo aquello. Pero ahora, al sentarse allí, sosteniendo la imponente mirada de Nick, sintió justo lo contrario, lleno de preocupación, con un nudo formándose en su estómago.

—Bienvenido a tu primera reunión como investigador principal —dijo Nick mientras se separaba de la pared—. Aquí es donde empieza la diversión.

Algo le dijo a Tomek que eso no era cierto. El nudo se tensó más.

—El formato habitual de estas reuniones es que yo le hago preguntas a Victoria, y ella tiene todas las respuestas. A veces sabe que habrá reunión, otras veces no, pero espero que tenga las respuestas de todas formas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Este era un Nick completamente diferente al que Tomek había conocido y tratado durante los últimos trece años. Cierto, había tenido reuniones confrontativas con el inspector jefe en el pasado, pero nada como esto. Esto estaba a un nivel diferente de cualquier cosa a la que estuviera acostumbrado. Y ahora empezaba a tener una idea de cómo había sido para Victoria desde que llegó; su respeto por ella aumentó unos grados.

—Entiendo lo que quiere decir, sí —respondió Tomek.

—Estupendo, porque si eventualmente llegas a ser inspector, este es el nivel que esperaremos de ti. ¿Lo comprendes?

Tomek tragó saliva profundamente e inclinó la cabeza.

—Excelente. Victoria, todo suyo.

Nick volvió a la pared y cruzó los brazos de nuevo. Aclarándose la garganta, Victoria apagó el ordenador y miró unas notas que tenía delante.

—¿Cuáles son las novedades con la Operación Mariposa?

Tomek se lo contó, comenzando por las conversaciones que había mantenido con la familia de Angelica, pasando por la autopsia, hasta llegar a su reunión con Cole Thompson hacía menos de una hora. Ellos no revelaron nada en sus expresiones, asintiendo suavemente mientras él hablaba.

Hasta ahora, todo bien. Eso esperaba.

Entonces la entonación de Victoria descendió varios niveles.

—¿Cómo vas con tus estimaciones presupuestarias? —preguntó.

—¿Estimaciones presupuestarias?

—Sí. ¿Qué parte del dinero asignado a esta investigación has distribuido entre los respectivos gastos?

El rostro de Tomek nunca había caído más rápido. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—¿Cuánto esperas que cueste el análisis forense? ¿Prevés que estarás por encima o por debajo del presupuesto?

Más abrir y cerrar de boca.

—¿Esperas que haya muchas horas extras? He notado que el equipo estuvo trabajando hasta tarde anoche, incluyéndote a ti. ¿Se ha acordado eso con el personal?

Tomek abrió y cerró los ojos, esperando que las respuestas se materializaran frente a él. Pero no lo hicieron. En su lugar, estaba mirando a dos superiores profundamente poco impresionados, cuya decepción crecía con cada pregunta sin respuesta.

Durante unos momentos, no dijo nada. De hecho, ni siquiera estaba seguro de estar respirando. El tiempo pareció ralentizarse, y el mundo llegó a una parada gradual y constante. El sonido de frenos chirriando reverberó en su cráneo. Un peso pesado descendió sobre su pecho, y sintió que su pulso se aceleraba.

—Yo... no lo sé —dijo, con la voz quebrada, saliendo como un susurro.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Na... nada de eso —dijo—. Ni Chey ni Rachel se han acercado a mí con solicitudes de horas extras.

—¿Así que están trabajando gratis?

—Yo... —Intentó recordar la última vez que Nick había discutido las horas extras con él y cómo había ido la conversación. No recordaba nada—. No. Me... me aseguraré de que les paguen, pero...

—¿Pero qué? ¿Cuánto va a costarnos eso?

Tomek no dijo nada, continuando con la mirada perdida hacia Victoria. Ahora entendía cómo se había sentido Cole Thompson: perdido, vacío, desprovisto de cualquier pensamiento coherente.

—No lo sé.

—¿Y qué hay del coste de los forenses? ¿Qué pruebas habéis realizado hasta ahora?

—El... el...

¡Vamos, sabes esto!

—Hicimos... hicimos...

¡Joder, piensa!

—El cuerpo de Angelica —dijo, tartamudeando—. Enviamos algo de sangre para análisis. Queremos... queremos ver qué hay en su sangre. Y... estamos examinando las huellas dactilares en la puerta de la iglesia, y... —Había algo más, algo importante, pero se le había olvidado por completo.

—¿Qué más vas a necesitar analizar?

—¿Qué más?

—Sí. ¿Qué más, basándote en tus investigaciones recientes, crees que vas a necesitar enviar?

Tomek simplemente negó con la cabeza. Instintivo, memoria muscular. Lo mejor que se le ocurrió hacer.

Victoria suspiró y miró el papel que tenía delante, la lista de cosas con las que aún tenía que interrogarle.

—Pasemos a otro tema: la ética de trabajo de tu equipo. ¿Cómo dirías que es hasta ahora? ¿Algún cuello de botella? ¿Algún motivo de preocupación?

Tomek no tenía ninguno, pero fue incapaz de articular eso en una respuesta coherente.

—Porque he notado que Chey no está rindiendo como debería —continuó ella—. Mientras estabas fuera esta mañana, le pillé varias veces con el móvil. Y mirando el informe de acciones en HOLMES,

está claro que tiene muchas tareas pendientes. ¿Qué tienes que decir a eso? ¿Le estás dando carta blanca o es una mala gestión por tu parte?

De repente, algo se apoderó de Tomek. No le importaba tanto el ataque a *su* persona; fue el ataque a Chey lo que finalmente le hizo entrar en razón.

—Eso no es cierto. Ha estado haciendo montones de trabajo para mí.

—¿Como qué?

—Puede decir lo que quiera sobre mí, pero no diga nada sobre mi equipo. Si no están trabajando según sus estándares, eso es culpa mía. Nada que ver con él, con Rachel o con cualquier otro. Esa es mi responsabilidad como líder, como investigador principal.

Victoria apretó los labios e inclinó la cabeza hacia un lado en una breve muestra de aprecio.

—Muy bien, pero recuerda que la mierda rueda cuesta abajo, Tomek, y a veces no hay manera de detenerla.

Tomek no estaba de acuerdo, aunque optó por no decir nada.

—¿Tienes algo que añadir? —preguntó Nick desde el fondo de la habitación.

Negó con la cabeza.

—Excelente. —Nick se separó de la pared de nuevo—. Ha llegado a nuestro conocimiento que estamos recibiendo numerosas solicitudes de Abigail del *Southend Echo*. Ha habido mucho revuelo en las redes sociales sobre lo que está sucediendo con la Operación Mariposa, y sin embargo no hemos publicado ningún comunicado. ¿Has discutido una estrategia mediática con Anna?

No podías esperar, ¿verdad, Abi?

—Yo... No, no hemos discutido nada todavía. Tendré... tendré una palabra con Abigail al respecto.

—Primero debes hablar con Anna —dijo Victoria—. No puedes ser tú quien haga de puente entre el trabajo de Anna y el de Abigail. No es así como funciona.

—Lo sé, pero...

—Deja a un lado las relaciones personales y céntrate en lo que es bueno para la familia y lo que es bueno para la investigación.

La presión en el pecho de Tomek aumentó. Le estaban dando una paliza. Sabía que no iba a salir de esta reunión con una estrella de oro ni nada parecido. Directo al aislamiento para él. Y esta vez, no sintió nada del alivio que había sentido todos aquellos años atrás. No había un grito de ayuda que hubiera sido respondido. No había hambre de atención que necesitara ser satisfecha. De hecho, era lo contrario. Quería salir; quería alejarse de todo, lejos del foco de atención. Pasear por el paseo marítimo de Leigh-on-Sea mientras el resto de sus colegas estaban metidos en clase.

—Por último —continuó Nick—, antes de que te dejemos ir por esta tarde: ¿cuál es tu hipótesis actual?

Directo al grano.

La expresión vacía regresó al rostro de Tomek. Su mente se quedó en blanco.

—¿En qué dirección estás conduciendo la investigación, y por qué crees eso? —insistió Nick.

Su boca se abrió, pero seguía sin salir nada.

Nick continuó:

—¿Fue Angelica Whitaker asesinada por alguien que conocía, o fue un asesinato aleatorio?

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Tomek no había estado preparado para responder a la pregunta en el despacho de Victoria. Aún no. A pesar de que las probabilidades eran cincuenta-cincuenta a simple vista, y de que la decisión estaba casi clara en su mente, lo que le preocupaba era la trayectoria de una decisión errónea. Si tomaba la elección incorrecta, y no se dieran cuenta hasta pasada una semana, dos o tres, entonces inevitablemente habría un desastre monumental y una inmensa cantidad de trabajo para retroceder, reelaborar y reconducirse. Casi tendrían que empezar de nuevo, reagruparse, volver a reunirse. Y no estaba dispuesto a cagarla tanto en su primer caso. No estaba dispuesto a jugársela todavía. No en un caso como este. Por ello, la decisión pesaba mucho sobre sus hombros, y sentía su presión. Aunque se inclinaba hacia una de las dos opciones —que Angelica había conocido a su asesino— quería mantener la mente lo más abierta posible.

Varias horas después, tras lo que rápidamente se había convertido en una tarde densamente cargada de presupuestos, previsiones y fingir que leía los informes diarios del equipo, Tomek introdujo la llave en la cerradura y la giró. Eran poco más de las seis de la tarde, una de las noches en que llegaba más temprano desde hacía tiempo, y encontró a Kasia en la cocina, sacando una bandeja del horno.

—¿Qué hay para cenar esta noche? —preguntó.

—Nuggets de pollo y patatas fritas.

Por supuesto que era eso.

—Suena delicioso.

—Sí.

Tomek colgó su mochila en la parte trasera de la puerta principal, dejó las llaves en una pequeña caja dentro de una cómoda, y se dirigió a la mesa del comedor. En la cocina, Kasia inclinó la bandeja de hornear hacia un lado y comenzó a servir su comida en el plato. Justo cuando estaba a punto de hacer un comentario, notó algo sobre la mesa. Otro sobre, con el logotipo de HMP Wakefield estampado en la parte superior derecha. El nombre de Tomek garabateado con una letra apenas legible.

Otra carta de Nathan.

—Oye, estaba pensando en ir a ver a Yasmin este fin de semana, pero... —comenzó Kasia, pero Tomek la ignoró.

Gruñó algo, sin estar del todo seguro de qué, luego se dirigió a su habitación. Cerró la puerta suavemente tras él, incapaz de apartar la vista del documento. Lo sopesó en sus manos, preguntándose si era más pesado o más ligero que el anterior. Más pesado. Definitivamente más pesado. Se lo acercó a la nariz, olisqueándolo, esperando que sus sentidos encontraran algo sospechoso frotado en el sobre. Nada.

La primera vez que había recibido una carta, le había invadido el miedo y el pavor, con una punzada de náuseas desgarrando su cuerpo mientras la leía. La segunda carta había sido algo similar. Pero ahora, para esta, extrañamente, sentía una pizca de emoción, un deseo de saber qué había dentro. Como si volviera a tener doce años y recibiera su primera carta de su amigo por correspondencia en África.

Sentándose en el borde de la cama, bloqueó todo ruido (podía oír el cuchillo y el tenedor de Kasia tintineando en el plato) y le dio la vuelta al sobre. Esta vez, la parte posterior había sido sellada con cinta adhesiva. Quizás por eso se sentía más pesado. O había algo dentro... algo que Nathan había incluido que quería que Tomek viera.

Metiendo el pulgar en el pliegue, Tomek rasgó el sobre y lo dejó caer al suelo. La carta era igual que siempre: una sola hoja de papel

A4 que había sido doblada en tres partes. Excepto que grapados en la parte posterior había dos cuadrados de papel, rasgados, con bordes desordenados. Dejándose llevar por la curiosidad, miró estos primero: en ellos había dos números de móvil diferentes, uno en cada página. Después de una rápida comprobación en la carta que había leído la otra noche, uno de ellos era el mismo número de móvil que Nathan había proporcionado. Tomek ignoró los números y, sintiéndose como un adolescente leyendo una carta de amor por primera vez, abrió la página.

Queridísimo Tomek,

no he tenido ni una sola respuesta tuya ultimamente y estoy empezando a preocuparme por si las cartas se pierden. Realmente espero que las estes reciviendo. Por eso he decidido escribirlas con más frecuensia para que tengas más posibilidades de recivirlas. Cinturón y tirantes, como lo llamó uno de los guardias el otro día.

En fin, quería hacerte saber que he estado pensando y me di cuenta de que nunca me disculpé por lo que le hice a tu hermano. Lo siento, desde el fondo de mi corazón y espero que puedas perdonarme. Había muchas cosas pasando en mi vida cuando le hice eso. ¿Te gustaría escucharlas?

Mi madre y mi padre solían pegarme. Puede que no sea una gran sorpresa para ti, pero esos cabrones me daban una paliza todos los días durante diez años, desde que tenía cinco hasta que tenía quince. No importaba lo que hiciera, siempre era algo malo. Y les molestaba especialmente cuando les contestaba. Mi madre era la peor. La bebida y las drogas la hacían estallar, y mi padre era demasiado débil para defendernos a él y a mí, así que también empezó a seguirle el juego. Lo que le hice a tu hermano fue una retaliación, no sé qué me pasó y tenía toda esta ira y frustración que descargué sobre tu hermano. Por eso le hice lo que le hice. Él no se lo merecía, pero tampoco me merecía yo cuando mi madre me rompió el brazo en la puerta, cuando me empujó contra la

nevera, cuando me abofeteaba y me hacía desnudarme y poner las manos en el aire y me pegaba y me golpeaba el pene y me decía cosas desagradables. Ninguno de los dos merecíamos lo que nos pasó, y en cuanto a mi madre y mi padre, sabe Dios dónde están. ESPERO QUE ESTÉN JODIDAMENTE MUERTOS.

Nunca le he contado esto a nadie, así que espero que puedas mantenerlo en secreto por favor, Tomek. Confío en ti, colega. Puede ser nuestra pequeña cosa entre nosotros.

Ya casi me he quedado sin espacio, y no me gusta dar la vuelta a la página porque queda desordenado y confuso, así que tendré que escribirte otra en algún momento. He grapado dos números de móvil a esta hoja para que puedas llamarme. No estaba seguro si el otro se había perdido, y si los guardias se lo llevan entonces tengo uno de repuesto. ¿Tiene sentido?

No puedo esperar a oír tu voz.

Envía saludos a la familia,

Nathan

Tomek contempló las palabras en la página, los duros garabatos donde Nathan había cometido un error y se había corregido (aunque no marcaba ninguna diferencia en la ortografía posterior, ya que cometía los mismos errores de nuevo). Admiraba al hombre por intentarlo, por escribir tanto como lo había hecho. No debió haber sido fácil para él, crecer así, abandonado, abusado, emocionalmente y físicamente descuidado. Ahora tenía sentido que no hubiera tenido los recursos o el cuidado y la atención necesarios para desarrollar sus habilidades de lectura y escritura. Aparte de simplemente sobrevivir en ese hogar, no habría tenido nada más en mente.

Mientras Tomek estaba sentado allí, dando vueltas a las frases en su cabeza, sintió que una punzada de culpa y remordimiento superaba la emoción y curiosidad que había sentido antes de leer la carta. No sabía por qué, pero de repente sintió afinidad con el hombre que había matado a su hermano. Quizás era porque sabía lo que era ser marginado por su familia —no era ni de lejos al mismo nivel que Nathan había experimentado, pero tras la muerte de su hermano, sus padres lo habían abandonado, dejado de quererle, lo

habían dejado procesar y lidiar con el trauma de la muerte de su hermano solo.

En ese sentido, él y Nathan Burrows eran muy parecidos.

Tomek dio vuelta a la página y arrancó los cuadrados grapados. Miró los números, contempló añadirlos a su agenda. Al final, los puso con la carta doblada en la parte trasera de su armario junto con el resto. Si quería llamar a Nathan —una posibilidad real que ahora estaba considerando— sabría dónde encontrarlo.

Justo cuando Tomek cerraba el armario, sonó el timbre del piso. Abigail. Se quedaba a dormir. La cuarta noche consecutiva. Se preguntó si pronto necesitarían tener la charla sobre quedarse definitivamente.

Al abrir la puerta de su habitación, encontró a Kasia revoloteando afuera, congelada, con los pies plantados en el suelo, atrapada en el momento entre correr hacia la puerta principal o hacia su habitación.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Nada.

—¿Has estado escuchando a escondidas?

—No.

—¿Qué haces entonces fuera de mi habitación?

—Venía a preguntarte algo.

Mentira.

—¿Qué?

—Eh... —Kasia no pudo responder.

El timbre sonó de nuevo. Más largo esta vez. La frustración de Tomek comenzó a burbujear.

—¿Perdona? ¿Qué ibas a preguntarme?

—Eh... Yo... me preguntaba...

—¿Sí?

Otro timbrazo.

—¿Puedo quedar con Yas este fin de semana?

—¿Yas?

—Sí. Quiere ir a Lakeside. Y necesito... algo de ropa interior nueva, y...

Otro timbrazo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ya voy!

Ignorando a Kasia, Tomek giró sobre sí mismo y corrió a la puerta principal. Golpeó el pomo con la mano y la abrió de un tirón. Allí, al otro lado, estaba Abigail, con una expresión impaciente y afligida en su rostro. Tenía el pelo desordenado y en su mano llevaba una bolsa de portátil llena de documentos.

—¿No podías haber esperado, joder? —espetó.

—Buenas noches a ti también. ¿Lo intentamos de nuevo?

Tomek se sacudió. —Lo siento. No era mi intención. Es que... día estresante.

—No me digas. ¿Es seguro entrar o necesitas que llame otra vez?

Tomek se hizo a un lado y la dejó pasar. Mientras cerraba la puerta principal, Kasia dio un portazo a la puerta de su habitación, el sonido reverberando por todo el piso. La cerró tan fuerte que creyó poder oír la madera astillándose.

—¿Está todo bien? —preguntó Abigail con cautela en su voz—. ¿A qué me he venido a casa?

A Tomek no le gustó eso.

Venido a casa.

Como si fuera también su casa ahora. Como si se hubiera impuesto sin consultarle o preguntarle cómo se sentía al respecto. No le gustaba nada.

—No sabía que esta fuera tu casa —dijo, frío.

—Vale... Siento que hay algo más detrás de ese comentario que lo obvio. No lo decía en ese sentido. Siento si he...

Tomek le dio la espalda y se dirigió hacia la cocina. Allí, comenzó a preparar la cena. Espaguetis a la boloñesa. Simple, básico. Y uno de sus platos favoritos para cocinar. Pasó los siguientes veinte minutos picando la cebolla, removiendo la carne, cocinando la pasta mientras Abigail le contaba sobre su día. Sobre cómo no estaba pasando nada. Cómo no había habido nada que informar durante días. Y con cada comentario, le había dado un puyazo, pinchándole, cuestionándole por qué él y el equipo no les habían dado ninguna información sobre el cuerpo que se había encontrado en la iglesia.

—Vamos, dame algo, Tomek —dijo ella—. Hemos estado alimentándonos de migajas y empezamos a quedarnos sin nada.

—Lo sé.

No estaba de humor para lidiar con ella ahora mismo. De hecho, no estaba de humor para lidiar con nadie ni nada. No después de la tarde que había tenido. No después de la carta, que había alterado completamente sus circuitos.

—¿Has oído lo que acabo de decir?

Tomek continuó removiendo la carne, mirando fijamente la salsa.

—¡Tomek!

—Sí.

—No me estás escuchando.

—Sí lo estoy.

—¿Qué acabo de decir?

—Sobre tener hambre.

—De una puta historia, sí. Pero eso no es lo que quería decir. Realmente necesito que tu equipo me dé algo aquí. Hemos enviado tantos correos y preguntas sobre la chica dentro de la iglesia, pero nadie responde.

—¿Podrías parar?

Tomek sacó la cuchara de madera de la olla y la golpeó contra la encimera. La salsa salpicó la pared de azulejos y la tostadora y tetera cercanas.

—¿Podrías parar un jodido segundo?

El arrebato fue repentino y sorprendió incluso a él mismo. Era la primera vez que reaccionaba o se comportaba de esa manera, y no le gustó el hombre en el que se había convertido.

—¿De... de dónde ha salido *eso*? —La voz de Abigail era una combinación de enojo y dolor. Aunque sentía que estaba a punto de recibir tanto como había dado—. No me hables así. Todo lo que hice fue una puta pregunta. Tú eres quien no me escucha, así que no te subas a tu jodido pedestal y me vengas con eso, ¿vale? Se supone que eres un adulto, y se supone que eres el SIO de una investigación de asesinato. Cuán difícil...

—¿Se supone que soy el SIO? —replicó—. ¿Se *supone*? ¿Qué *se supone* que significa eso?

—Tú eres el responsable de esta investigación. Tú decides qué pasa y qué no. ¿Por qué os está llevando tanto tiempo darnos la información? —Los ojos de Abigail se ensancharon y sus labios se

separaron cuando la comprensión amaneció en ella—. ¿Les has dicho que no lo hagan, es eso? ¿Has estado ocultándonos información? ¿Por qué harías algo así? Sabes cuánto significa esto para mí. No puedo creer que hicieras algo así. Se supone que somos una asociación, un equipo. Este es mi sueño y lo estás arruinando. He estado esperando este momento durante mucho tiempo, y me lo has jodido todo. Hoy informamos sobre un enorme agujero en la playa de Southend, que un fotógrafo local y entusiasta del espacio pensó que era un meteorito caído del espacio. Resulta que eran solo unos tipos con una pala enorme y mucho tiempo libre. ¡¿Ves?! No puedo volver a esa mierda todo el día. Soy mejor que eso. Tengo aspiraciones.

Levantó la mano en el aire, luego subió por una escalera imaginaria. Pero Tomek no estaba prestando atención a eso. Todo en lo que podía pensar era en ese agujero.

—¿Cómo... —comenzó, girándose lentamente hacia ella—. ¿Cómo... de grande era?

Las mejillas de Abigail se volvieron rojas. Las líneas en su frente se multiplicaron y sus patas de gallo se profundizaron. Sus pupilas se estrecharon y sus fosas nasales se dilataron. Todo lo que quedaba era la vehemencia que salió de su boca.

—Que te jodan —escupió—. Que te jodan a ti, y que se joda este lugar. Me largo de aquí. ¡Adiós!

CAPÍTULO
VEINTISIETE

El mundo se ha teñido de rojo. Un rojo profundo y oscuro que me hace sentir como si tuviera sangre por todos los ojos. Mi sangre. La sangre de Michał. La sangre de Angelica.

Mientras corro, veo a los chavales reunidos fuera del estanco. Uno de ellos está apoyado en el manillar mientras otro sostiene algo en el aire. Creo que es una maldita pala, pero no estoy seguro. Tiene un mango y todo, y brilla bajo las luces de la tienda, así que casi seguro que parece una pala. Pero antes de poder pensarlo más, paso por delante de la tienda de cocinas Magnet. Y esta vez veo a Abigail en el aparcamiento, de pie junto al hombre que he visto tantas veces antes, tantísimas veces, pero al que nunca he prestado plena atención. Excepto que no es Abigail. Al menos no creo que lo sea.

Lleva la ropa de Abigail, sí, pero su cara está borrosa, y es blanca, del color de una sábana. Y detrás de ella hay un coche rojo. Pero cuando miro de nuevo, me doy cuenta de que no es un coche rojo. Es un par de alas. Alas de ángel. Alas de ángel ensangrentadas.

Y entonces cambia.

Estoy en el campo. El viento ha arreciado, y empieza a gotear un poco, lloviendo suavemente sangre. Incluso la oscuridad del parque se ha vuelto roja, teñida de muerte.

Me agacho bajo la barandilla y corro a través del barro. Allí, de pie sobre Michał está Nathan Burrows. Lleva un pantalón de chándal

gris y una sudadera gris manchada. Está sin afeitar, y su pelo es largo y un poco desaliñado. Sus dientes están inclinados hacia un lado y sus cejas se han juntado en el medio. Veo un monstruo frente a mí, de pie, solo, con los hombros caídos hacia delante, las piernas separadas a la anchura de los hombros, los brazos colgando a los lados, mirándome fijamente, casi provocándome, esperando a que yo haga el primer movimiento.

Y lo hago. Soy el primero en parpadear. Literalmente.

Pero cuando abro los ojos de nuevo, Nathan se ha convertido en un chico de quince años. Lleva el mismo chándal azul de Lonsdale y las zapatillas negras que llevaba cuando mató a Michał. Excepto que ahora hay dos personas de pie detrás de él. Un hombre y una mujer, uno a cada lado. Su madre y su padre. Van vestidos con ropa informal. El pelo de su madre está recogido en una coleta que parece inclinarse hacia un lado, como si alguien lo hubiera tirado durante una discusión. Al otro lado, el padre de Nathan está igual que él, con los hombros, con los brazos. La única diferencia entre ellos es la línea de pelo que retrocede y el estómago más rechoncho. Aparte de eso, son casi como dos gotas de agua.

Los tres, mirándome fijamente.

Y entonces Nathan agita su mano hacia mí, casi como si me estuviera llamando, haciéndome señas.

Y entonces cambia.

Estoy conduciendo en el coche, el coche de policía, con papá a mi lado. El sonido de los limpiaparabrisas golpeando de un lado a otro es el único ruido en el coche. Eso y el sonido de la lluvia. Estamos conduciendo, conduciendo, conduciendo. No tengo ni idea de dónde estamos; solo sé que vamos a la comisaría. Cuando llegamos, el agente de policía me abre la puerta y me conduce al interior del edificio. Las luces son tan brillantes que no puedo ver nada. Lo único que sé es que el hombre me está guiando, que necesito seguirle. Finalmente, después de unos minutos hablando con gente, oyendo voces y nombres que no reconozco, me conducen a una pequeña sala. Está bien iluminada, hay un bonito sofá y una televisión que emite algún programa mundano al que no estoy prestando atención. Está diseñada para calmarme, pero no puedo

concentrarme en ello. Todo lo que puedo ver es la sangre de Michał en mis manos, mezclada con la tierra bajo mis uñas. Está en las paredes. Está en la tela de los muebles. Está en todas partes. Pido ir al baño, para lavarme las manos, pero no pasa nada, nadie responde. Empiezo a entrar en pánico, mi pecho sube, baja, sube, baja, hasta que mi cabeza se siente ligera y mareada. Me muevo de vuelta hacia el sofá para sentarme, alcanzo la botella de agua que hay allí, y justo cuando desenrosco la tapa, la puerta se abre. Allí, vestida con uniforme de policía, está mi madre. Sus brillantes uñas rosas se aferran al pomo de la puerta.

—Estamos listos para ti, Tomek —dice, antes de cambiar mi vida para siempre.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

El ambiente dentro del coche era incómodo y frío. Ninguno de los dos se había dirigido la palabra aquella mañana salvo para lo esencial: «Buenos días», «¿Listos para salir a las ocho?» y «Tu comida está en tu mochila».

Tomek tenía montones de cosas que quería decir, principalmente una enorme disculpa, pero no sabía cómo expresarlo. No era algo que hubiese tenido que hacer antes. No estaba acostumbrado a disculparse. En el pasado, cuando había roto con alguna chica o les había dicho que la mañana después de la noche anterior era donde su relación terminaba, siempre lo había resuelto con un encogimiento de hombros y poniendo los ojos en blanco, sin prestar atención a los sentimientos de la otra persona. Estaban en su vida por una noche, quizás dos, y una noche solamente. Pero con Kasia, ella estaba en su vida para el resto de la suya, y no era un rollo de una noche. Era su hija. Y eso era un juego completamente distinto.

Hasta ahora, durante el trayecto al colegio, Kasia había estado enchufada a sus auriculares y le había ignorado por completo. Había intentado echarle algunas miradas de reojo de vez en cuando, pero ella estaba tan absorta en su móvil y su música que no se daba cuenta, o si lo hacía, no lo demostraba en absoluto. No sabía de dónde había sacado esa cara de póquer, pero no le hacía gracia.

Después de veinte minutos, finalmente aparcó frente a su colegio. Bueno, no exactamente frente al colegio; a ella le gustaba que aparcara más abajo en la calle para que ninguno de sus amigos

la viera siendo dejada por él, presumiblemente porque podría haber sido vista como una especie de paria social. Por un breve momento, Kasia no se movió. Una parte de él pensó que quizás se estaba preparando para decir algo, pero cuando no ocurrió, cuando ella alcanzó su mochila en el espacio para los pies, la abrazó firmemente contra su pecho y abrió la puerta del coche, Tomek la retuvo por el brazo.

—¿Podemos hablar sobre lo de anoche?

Lentamente, Kasia se quitó los auriculares de los oídos. Mantuvo la mirada fija en él. Era evidente por su expresión que estaba esperando ansiosamente su disculpa, que estaba dolida.

—Lo siento —dijo él, directo, al grano—. Siento haberte contestado mal e ignorarte. Yo... No es una excusa, pero tuve un día muy ocupado ayer, y no debería haberme traído eso a casa. Debería haberlo dejado en la puerta, y lo siento por eso. Yo... —Inhaló profundamente y giró la mirada hacia el salpicadero—. Recibí otra carta anoche, sí, y gracias por no abrirla. Solo necesitaba leerla en mi habitación, a solas, porque son... son mucho para mí de procesar. —Aspiró con fuerza mientras pensaba qué decir a continuación—. No tengo ningún problema con que veas a tu amiga el fin de semana. Debería habértelo dicho en ese momento, pero tenía muchas cosas en la cabeza. De nuevo, no es una excusa, lo sé. Estoy asumiendo mi responsabilidad, y lo siento. Si necesitas que te lleve o que vaya a recogerte a Lakeside, solo házmelo saber y estaré allí, ¿vale?

La expresión de Kasia permaneció inalterable. Desconectó los auriculares de su teléfono y comenzó a enrollar el cable alrededor de su mano.

—Yo también lo siento —dijo ella, con voz débil.

—¿Por qué? Tú no tienes nada de qué disculparte.

—Por espiar fuera de tu habitación.

—Ah, eso...

—No debería haberlo hecho tampoco. Estaba siendo entrometida. Eso... eso tampoco es una excusa, lo sé.

Entonces hizo algo que le pilló completamente por sorpresa. Cerró el puño, lo colocó en el centro de su pecho, y frotó el puño en círculo varias veces.

—¿Qué ha sido eso?

—«Lo siento» en lenguaje de signos. Una chica de mi clase es sorda, y lo usa cada vez que no entiende la pregunta.

Tomek colocó su puño en el pecho e hizo el mismo movimiento.

—Lo siento —dijo él.

—Lo siento —repitió Kasia. Luego se quedó flotando en su asiento, con algo todavía en mente—. ¿Ya te has disculpado con Abigail?

—No.

—¿Vas a hacerlo?

—No lo sé.

—Oí lo que pasó anoche. Sonaba mal...

—Sí.

—¿Vas a hablar con ella sobre ello?

En algún momento, tendría que hacerlo. Era lo adulto. No habría forma de esconderse ahora, no cuando ya habían llegado tan lejos en la relación que no podía acobardarse y echarse atrás. No, se le exigiría aguantar durante algún tiempo antes de que eso pudiera suceder.

—Seguro que lo resolveréis —dijo Kasia, aunque podía notar por su voz que no lo decía en serio.

—Su cumpleaños es dentro de un par de semanas —dijo él.

—¿Qué... qué tiene que ver eso con nada?

Se encogió de hombros, mirando por la ventana.

—No lo sé. —Entonces sus ojos cayeron en el salpicadero. Eran las 8:35—. Será mejor que te vayas. No quieres otra nota de retraso de la señorita Holloway.

Sus ojos destellaron con miedo.

—¿Viste eso?

—Está bien —le dijo—. Lo vi en tu boletín de notas el otro día —husmeando en tu mochila, lo siento—, pero no dije nada. Así que en esta ocasión tienes un pase libre. Solo asegúrate de que no vuelva a suceder.

Kasia respondió frotando un círculo en su pecho. Tomek respondió de la misma manera.

Un segundo después, ella había salido del coche, caminando calle arriba, llevando una mochila dos tallas demasiado grande para ella, y enviando mensajes en su teléfono. Tomek se volvió para mirar al resto de los niños haciendo lo mismo. Clones, copias exactas unos de otros: cabezas agachadas, auriculares puestos, su mundo entero encapsulado en un espejo negro en lugar del mundo que les rodeaba. Incluso aquellos en grupos estaban escuchando música con un auricular puesto mientras fingían comunicarse en el mundo real.

Tomek estaba tan concentrado en los niños del colegio de Kasia que casi no notó la vibración de su teléfono. Buscó en su bolsillo y sacó el dispositivo. Era su padre, Perry.

—¿Todo bien, papá? —preguntó mientras ponía la llamada en altavoz y se alejaba del bordillo.

—Todo está bien.

—¿Seguro? No es propio de ti llamar tan temprano. ¿No sueles estar todavía luchando por levantarte a esta hora?

—Te burlas, pero este rollo de la artritis te va a pillar a *ti* también un día, hijo. Así que no te pongas tan gallito. Además, ya he preparado el desayuno, limpiado la cocina, pasado la aspiradora por la planta baja, arreglado el grifo del baño, y puesto una carga de ropa en la lavadora. Y ahora tu madre me tiene en el garaje porque la lámpara de su mesilla de noche se ha roto y necesita ser arreglada inmediatamente, de lo contrario no podrá leer sus libros en la cama esta noche.

—Uf.

—No te cases. Es interminable.

Tomek se rio mientras se concentraba en girar en un cruce.

—¿Cómo está todo el mundo? —continuó Perry—. ¿Kasia? ¿El trabajo?

Tomek le dio la versión resumida de la noche anterior, manteniendo los detalles sobre la carta de Nathan y la discusión con su hermano lejos de su padre.

—Uf —respondió Perry.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Está bien.

—De acuerdo. Muy bien, pues...

Eso era todo lo que necesitaba decirse sobre el asunto. Lo habían manejado como hombres, sin decir realmente nada en absoluto, y ahora era el momento de seguir adelante. Afortunadamente, había algo más en la mente de Perry.

—Ahora que te tengo —dijo, bajando la voz hasta que fue poco más que un susurro—. Hay algo que he estado queriendo preguntarte.

El sonido de herramientas y metales entrechocando resonaba en el fondo mientras hablaba, presumiblemente para evitar que su madre pudiera oírle.

—Vale... —respondió Tomek.

—Es sobre Nathan.

Tomek vaciló. ¿Habría hablado Dawid con él?

—Vale...

—Cuando fuiste a verle el otro mes, dijiste que te contó que había actuado solo.

—Sí. Así es.

Mientras Perry luchaba por sacar las palabras, el sonido de herramientas moviéndose aumentó gradualmente.

—Y me preguntaba... me preguntaba si, ya sabes, si le creíste.

—¿Si le creí?

—Sí. ¿Crees que todavía hay una segunda persona por ahí o piensas... piensas que realmente actuó solo?

Tomek se preguntó adónde quería llegar su padre con esto, y qué le había hecho sacar el tema después de varias semanas. Tomek había contado a su familia sobre su visita a Nathan Burrows en la prisión HMP Wakefield unas semanas antes, y su padre no había planteado ninguna preocupación entonces. De hecho, se había puesto del lado de la madre de Tomek y finalmente, como familia, habían acordado dejarlo ir. Después de treinta años buscando constantemente un cierre, habían decidido que Nathan Burrows había actuado solo, que nadie más había estado con él, y que Tomek lo había imaginado. Toda esa presión, todas las cargas habían sido levantadas de sus vidas y se habían vuelto más cercanos. Pero ahora

Perry finalmente había expresado sus preocupaciones, lejos de los oídos atentos de su madre.

—¿Qué ha provocado todo esto, papá? —preguntó Tomek.

—Estaba pensando —dijo—. Eso es todo. Solo me preguntaba si has cambiado de opinión.

—Yo... —Tomek vaciló. No sabía qué decir. No sabía qué esperaba Perry que dijera. Inhaló profundamente, lo mantuvo ahí, y luego dejó salir el aire por sus labios lentamente—. No le creo —dijo, inseguro de sí mismo—. Creo... creo que Charlie todavía está ahí fuera, sí.

—¿Y todo eso del otro día en la cena? ¿Fue por el bien de tu madre?

Tomek murmuró, incapaz de responder.

—Bien. Mantenlo así. Ella ha estado mucho mejor desde que saliste y dijiste lo que dijiste. Está más feliz, es diferente. No la he visto así en casi treinta años. Es una mujer completamente distinta.

—Pero aún te tiene limpiando y arreglando cosas para ella.

—Todavía me tiene limpiando y arreglando cosas para ella, sí. Pero, créeme, es lo más feliz que ha estado nunca. Y no quiero que nada cambie eso ahora mismo. Así que... así que ocúltaselo a tu madre, ¿vale? No le digas nada, y yo tampoco lo haré. Nuestro pequeño secreto.

No había nada *pequeño* en esto. No cuando se trataba de Michał. No cuando involucraba a Nathan Burrows.

—Sabía que nos estabas ocultando algo esa noche —continuó Perry. El sonido de movimiento y metal chocando contra metal regresó—. Podía verlo en tu cara que todavía lo creías. Y solo quiero que sepas que yo también te creo. Sabía que no era propio de tu naturaleza dejar ir esto tan fácilmente. Has estado luchando contra ello durante los últimos treinta años, y sé que seguirás cazando al cabrón durante los próximos treinta, hasta el final. Sé que harás lo correcto para nuestra familia, hijo. Sé que lo encontrarás, porque está ahí fuera en algún lugar. Puedo sentirlo. Lo sé, tú lo sabes. Y sé que tienes la capacidad para encontrarlo. Sigue luchando, chaval.

Un nudo se formó en la garganta de Tomek. Una palmada en la espalda, una reivindicación, un gesto de aprobación. La primera vez

que su padre le decía que estaba orgulloso, que creía en él. Treinta años demasiado tarde, pero estaba ahí, de todos modos. Y mientras Tomek lo meditaba por un momento, se dio cuenta de lo que era ese pequeño discurso: su padre, rogando ayuda, rogándole a Tomek que encontrara al segundo asesino de Michał, porque él también había cargado con el mismo peso todos estos años, solo que de manera diferente, oculto del resto de la familia. Y ahora le estaba dejando abundantemente claro a Tomek lo que había que hacer, y que estaría a su lado en cada paso del camino.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Encontrar a Shawn Wilkins, el hombre que había sido condenado por acosar a Angelica Whitaker, debería haber sido una búsqueda rápida, una simple consulta en el registro. Pero había sido todo lo contrario. Su dirección registrada estaba en casa de sus padres, pero cuando Oscar y Rachel se presentaron para llevarlo a un interrogatorio, se enteraron de que se había mudado. El único problema fue que sus padres eran muy habladores, y los mantuvieron ocupados durante dos horas antes de finalmente proporcionarles la información que necesitaban.

Mientras esperaba, Chey había pasado los últimos veinte minutos enumerándole todas las pruebas que tenían contra Wilkins. Varios casos de permanecer frente a la casa de Angelica Whitaker en plena noche, a veces sentado en su coche, observándola a través de la ventana con las luces encendidas, siguiéndola por la calle tanto de noche como a plena luz del día, presentándose en Whitaker's, la joyería, sin previo aviso, fingiendo comprar algo (e incluso haciéndolo en una ocasión, para luego entregárselo como regalo), enviándole mensajes repetidamente en redes sociales y por mensaje de texto, utilizando frecuentemente cuentas falsas y nuevos números de móvil para contactarla, y comentando constantemente en todas sus publicaciones en redes sociales con frases como: «Mi precioso ángel» y «Mi ángel ha recuperado sus alas», como si fueran novios. El único problema era que Tomek no estaba escuchando nada de esto. Sus pensamientos estaban a cientos de kilómetros de

distancia en Wakefield, merodeando fuera de la prisión, mirando hacia las rejas de hierro de las ventanas grises y sombrías del edificio. Luego, sus pensamientos se desviaron hacia el campo del parque infantil donde su hermano había muerto —el parque que seguía allí, aunque parecía completamente diferente treinta años después. Esta vez imaginó el banco con el nombre de Michał. No se había sentado en ese banco, ni siquiera lo había visto, en años. Y ahora estaba allí, nítido como el cristal en su mente.

—¿Sargento?

La voz le entró por un oído y le salió por el otro.

—¿Sargento, está usted ahí?

Tomek estaba de espaldas a Chey, mirando por la ventana que daba al aparcamiento. Apenas era consciente del reflejo del hombre en el cristal. Pero cuando Chey se movió detrás de él, no fue el reflejo lo que lo distrajo, sino el coche que acababa de estacionarse en un espacio vacío cerca de la entrada del edificio. Rachel. Aparcado en un ángulo oblicuo después de haber girado para entrar en el espacio. Un segundo después, la vio salir del coche y dirigirse hacia la parte trasera, de donde emergió Shawn Wilkins. El hombre era un pequeño gigante visto desde allí, desde la ventana del segundo piso. Era casi el doble de alto que Rachel, con unos hombros encorvados que parecían no tener fin, y un modo de andar que le daba aspecto de gigante amable. Esperó pacientemente a que Rachel cogiera algo del maletero de su coche y luego la siguió unos pasos por detrás.

No fue hasta que estaban a unos metros del edificio cuando Tomek vio a una figura saltar de un coche cercano y correr por el aparcamiento. Para cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, ya era demasiado tarde, y como una cierva madre viendo a su cervatillo ser atropellado por un coche en medio de la calle, Tomek se sintió impotente. La figura, que llevaba una sudadera negra con capucha, cubrió la distancia con facilidad y, un momento después, estaba sobre ellos. Lanzó un gancho de derecha a Shawn Wilkins y lo conectó limpiamente, enviando al pequeño gigante al suelo. Pero eso no fue suficiente para el agresor. Empujando a Rachel a un lado, agarró a Shawn por el cuello y

comenzó a golpearlo repetidamente en la cara, pateándolo en el estómago y en las piernas mientras el hombre estaba inmovilizado.

Tomek no necesitaba ver nada más. Salió corriendo de la habitación y se dirigió hacia las escaleras, bajándolas de dos en dos, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio. Cuando llegó abajo, atravesó un par de puertas dobles y salió al exterior. Para cuando llegó fuera, la situación ya había sido controlada por un puñado de agentes uniformados que estaban cerca. Habían necesitado a tres de ellos para reducir al atacante, con uno sobre el cuello del hombre, mientras que los otros dos lo inmovilizaban y comenzaban a colocarle unas esposas alrededor de las muñecas.

—¡Soltadme! —gritó el atacante.

Mientras tanto, Rachel estaba atendiendo a Shawn Wilkins. El hombre estaba sentado en el suelo, con las piernas separadas, la cabeza agachada entre las rodillas mientras un río de sangre manaba de su nariz.

Primero, Tomek comprobó cómo estaba Rachel.

—¿Estás bien?

Ella lo miró, alterada. —¿Qué demonios ha sido eso? ¡Ha salido de la nada!

—Desde ahí arriba, no lo ha hecho —Tomek señaló a la ventana —. ¿Sabes quién es?

Y entonces Tomek lo vio por sí mismo.

El hombre fue puesto en pie con la ayuda de un cuarto agente uniformado. Brazos a la espalda. Suciedad y trozos de grava adheridos a su cara.

Mirándolo fijamente estaba Johnny Whitaker, el hermano de Angelica y su acérrimo defensor.

CAPÍTULO
TREINTA

Había llevado más de una hora detener la sangre que manaba de la nariz de Shawn Wilkins, al menos hasta el punto en que no necesitaba reemplazar el pañuelo que tenía metido en las fosas nasales cada dos segundos. Los profesionales con formación médica del edificio le habían atendido, curado y enviado a la sala de interrogatorios con la misma ropa con la que había sido agredido, manchada y cubierta de sangre. Lamentablemente no había recambios, y aunque los hubiera, Tomek dudaba que alguno le quedara bien. Rachel se unió a él en la sala de interrogatorios. Era una entrevista voluntaria, así que Shawn podía marcharse en cualquier momento, aunque Tomek sospechaba que el hombre querría presentar cargos contra Johnny Whitaker, y Tomek estaba decidido a obligarle a quedarse todo el tiempo necesario dejando esa parte para el final.

—Shawn Wilkins... —comenzó Tomek.

—¿Sí?

—¿Es usted?

—Sí.

—¿Y vive en Crescent Drive, verdad?

—Mis padres viven allí.

—¿Pero usted no?

—Sabéis dónde vivo. Me recogisteis de allí. —Shawn señaló a Rachel, pero Tomek lo ignoró.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

Shawn se encogió de hombros.

—Dos, quizás tres años.

—¿Entonces por qué no ha actualizado nuestros registros?

—¿Qué registros?

—La orden de alejamiento contra usted de una tal Angelica Whitaker.

Shawn colocó sus enormes manos planas sobre la mesa y lentamente las arrastró hacia atrás mientras se reclinaba en su asiento. Era un movimiento simple e inocuo, y sin embargo, Tomek percibió un aire de amenaza detrás de él. El hombre le daba vibras de Ed Kemper.

—¿De eso se trata? ¿Me habéis traído aquí porque mis datos están desactualizados?

Era el turno de Rachel para hablar.

—No, le hemos traído porque teníamos algunas preguntas al respecto.

El rostro de Shawn se contrajo en un ceño fruncido.

—Seguramente todo está en el expediente. En resumen, no puedo acercarme a ella a una cierta distancia.

—¿Cuántos metros, exactamente?

—Cien.

—Eso es mucho más que *unos pocos* metros —dijo Tomek—. ¿Qué hizo para merecer eso?

Tomek conocía la respuesta a la pregunta —las palabras de Chey eran vagas y tenues en su mente—, pero quería que Shawn se lo explicara detalladamente.

—Todo está en mi expediente —respondió el hombre con desafío.

—¿Por qué no nos cuenta lo que dice?

—Preferiría no revivir el pasado. Es difícil.

—Pero no tan difícil como usted le hizo la vida a Angelica Whitaker, ¿verdad?

Al hombre no le gustó el tono en la voz de Tomek. Tomek podía verlo arrinconándose, con el pelo erizado y las garras preparadas.

—¿De qué va todo esto? —preguntó—. ¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Y por qué coño me agrede alguien ahí fuera? Quiero presentar cargos.

Rachel levantó una mano para apaciguarlo.

—Podemos hablar de eso más tarde —comenzó—. Pero primero, me gustaría saber cuándo conociste a Angelica. ¿Cómo llegasteis a conoceros? Fue en un vuelo, ¿verdad?

Había algo en su tono, la sensibilidad detrás de él, la calma, que hacía que incluso Tomek fuera receptivo a sus preguntas. Ella tenía una forma diferente de tratar con la gente, y muy a menudo funcionaba. Especialmente cuando estaba tratando de arreglar el desastre de Tomek.

—Volvía de Madrid —comenzó Shawn, manteniendo sus ojos enfocados en Rachel—. Estaba con un par de colegas. Habíamos ido de vacaciones con los chicos. Tranquilas, silenciosas, nada demasiado escandaloso. Debió de ser hace unos tres años. Y volvíamos volando a media mañana. Estábamos todos agotados y el resto de mis colegas dormían, pero yo no podía. Estaba mirando a la mujer más hermosa que jamás haya visto, tío. Era impresionante. Deberías haberla visto. Una figura como la de una modelo, los ojos más hermosos, el pelo perfectamente arreglado, el maquillaje impecable. Había algo en ella. Así que empecé a hablar con ella en la parte trasera del avión mientras todos dormían o tenían puestos los auriculares, y nos entendimos muy bien. Le estaba soltando algunas bromas, ella me devolvía el flirteo. Pero entonces se acabó. Llegó el final del vuelo y desapareció.

Mientras Shawn Wilkins hablaba, sus ojos y su rostro se iluminaban con un deseo ferviente y un hambre animal. La expresión en el rostro del hombre desconcertó a Tomek. Si disfrutaba tanto *pensando* en Angelica, ¿cómo habría sido su comportamiento cuando había estado cerca de ella?

—¿Cómo localizaste a Angelica después? —preguntó Rachel.

—Por Insta —respondió el hombre rápidamente—. Encontré su cuenta en Insta. No me llevó mucho tiempo en realidad, ya tenía su nombre, y conseguí averiguar el resto. Entonces le mandé un mensaje. No tenía su cuenta en privado ni nada, así que simplemente me puse en contacto con ella. Disparé mi flecha, y ella contestó. Sorprendentemente, me recordó. Debí causar impacto en ella, y a partir de ahí las cosas siguieron su curso. —Terminó la frase

con un encogimiento de hombros despreocupado, como si Tomek y Rachel debieran estar asombrados de su destreza.

—¿Cómo? —preguntó Rachel, con un tono plano y medido. Mientras tanto, los pensamientos sobre Kasia habían comenzado a entrar en la cabeza de Tomek: cómo ella estaría en riesgo de este tipo de cosas en los años venideros; cómo algunos hombres no podían controlarse y llevaban las cosas demasiado lejos; cómo tendría que tener cuidado todos los días por el resto de su vida si nada cambiaba.

Otro encogimiento de hombros, otra muestra de desafío.

—Ya sabes, solo le mandé un par de mensajes. Hablamos de un montón de cosas. Su trabajo, cómo esperaba con ganas el final de la temporada porque necesitaba un descanso, pero no lo esperaba con ilusión porque significaba que ya no estaba cumpliendo su pasión. Luego me contó lo que le gustaba hacer, adónde le gustaba ir, qué hacía por las noches. Así que una noche, por casualidad, me encontré con ella en Memo. Se sorprendió al verme, así que lo tomé como algo bueno, y luego la seguí hasta su casa en otro taxi.

—¿Te lo pidió ella?

—Bueno, no *exactamente*. Pero podía notar que estaba por mí, ¿sabes? Definitivamente me había estado dando señales.

Por el rabillo del ojo, Tomek notó que Rachel se estremecía de incomodidad ante ese comentario.

—¿Y cuando te rechazó, qué le dijiste? —continuó Rachel, con la voz algo quebrada.

—¿Rechazarme? No me rechazó. Tuvimos sexo esa noche.

Tomek podía sentir cómo los pulmones de Rachel se desinflaban. La decepción se filtraba de ambos, de que Angelica hubiera sido tan rápida para acostarse con alguien a quien apenas conocía, y alguien que la había seguido a casa sin ver el riesgo que representaba.

—Pero no la violé ni nada. Eso está todo registrado. Ella admitió que fue consentido.

Pero fue entonces cuando la infatuación progresó, pensó Tomek. Subió a otro nivel, y a otro nivel después de ese. Cuanto más lo ignoraba después de recobrar el sentido, cuanto más lo alejaba, más hambriento se volvía él, más desesperado se volvía por su atención,

por *ella*. Y lo que más preocupaba a Tomek era que no había remordimiento, ni reconocimiento de que lo que había hecho y la forma en que se había comportado era incorrecto, inmoral, fundamentalmente perverso. Parecía orgulloso de su comportamiento y encantado con el hecho de que estuvieran hablando de Angelica.

Antes de la reunión, Chey había impreso la lista de pruebas que Angelica había proporcionado al solicitar la orden de alejamiento. Tomek la consultó. A estas alturas, la versión de los hechos del agente había sido completamente ahogada por la información que Shawn Wilkins le estaba dando.

—Aquí dice que a veces te presentabas en su casa sin avisar, y en su lugar de trabajo en varias ocasiones.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—No tienes idea de cuántas veces tomé vuelos aleatorios a países aleatorios desde el aeropuerto de Southend solo con la esperanza de que ella pudiera estar en uno de ellos. La cantidad de veces que debo haber ido hasta allí y luego vuelto, fue una locura. —Dejó escapar una pequeña risita, entusiasmado por sus propios recuerdos entrañables de la experiencia—. Y luego, cuando descubrí que trabajaba con su cuñada, me ahorré una *fortuna* absoluta.

Tomek se lo imaginó ahora; Angelica trabajando contenta en la joyería, atendiendo a un cliente, mostrándoles el anillo o collar perfecto que los haría las personas más felices del planeta, luego su atención distraída por el hombre que acababa de entrar, sonriéndole, sus ojos penetrantes observando cada uno de sus movimientos, esperando a que terminara para poder abalanzarse, sin dejarle ninguna vía de escape.

—Estoy seguro de que sí —Tomek estaba asqueado—. ¿Le importa si le hago algunas preguntas?

Shawn concedió permiso a Tomek con sus enormes manos.

—¿A qué se dedica?

—Trabajo en la biblioteca de Hadleigh.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Diez años.

—¿Cuál es su género favorito de libros?

—Fantasía. *Juego de Tronos*. Ese tipo de cosas.

—¿Ha estado alguna vez en alguna de esas convenciones de cómics?

—Un par de veces. ¿Por qué?

—¿Alguna vez ha fantaseado con que Angelica fuera un personaje de *Juego de Tronos*?

—Quizás...

—¿Alguna vez ha llamado ángel a Angelica?

—Sí.

—¿Alguna vez se ha referido a ella como si tuviera alas?

—Solo porque me alegré de escuchar que la habían recontratado para la próxima temporada. Era mi pequeña celebración para ella.

—¿Alguna vez ha entrado en su casa sin permiso?

—¿Qué? ¡No!

—¿Alguna vez ha pensado en hacer daño a Angelica?

Vacilación.

—No...

—¿Alguna vez ha pensado en hacer daño a *alguien*?

—No.

—¿Ha matado alguna vez a alguien?

—¿Qué?

Y ahí terminó todo. Tomek había esperado que su ronda de preguntas rápidas diera más frutos, pero no en esta ocasión.

—¿Adónde quiere llegar con esto?

—A ninguna parte —mintió Tomek. Era hora de un cambio de dirección—. ¿Dónde estaba el viernes por la noche?

—En casa.

—¿En su casa?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué pasó el viernes por la noche?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me estáis haciendo todas estas preguntas?

Tomek se encogió de hombros.

—Curiosidad.

—¿Le ha pasado algo?

—¿A quién? —preguntó Tomek, siendo deliberadamente obtuso.

—¡A Angelica! ¿Le ha pasado algo a mi ángel?

Tomek dejó que su cerebro absorbiera la frase antes de responder:

—No estoy seguro de a qué se refiere.

La excitación en el rostro de Shawn rápidamente se transformó en rabia, su expresión llenándose de veneno. Se volvió hacia Rachel y, señalando a Tomek, le preguntó:

—¿Qué cojones está pasando aquí?

—No estoy segura de a qué se refiere, señor.

Shawn golpeó la mesa con la palma de su mano.

—¿Estáis de coña? ¿Qué mierda es esta? No tengo que sentarme aquí y aguantar esto. —Comenzó a levantarse de su silla, esperó a que Tomek o Rachel lo detuvieran, y cuando ninguno de los dos lo hizo, estrelló la silla contra la mesa y se dirigió furiosamente hacia la puerta.

—¿No quería presentar cargos? —llamó Tomek.

Shawn se detuvo, congelado, con la mano envuelta alrededor del pomo. El subir y bajar de su pecho era visible desde la mesa, el sonido de su respiración más fuerte que el de la unidad de aire acondicionado.

—Que le den —dijo—. Es contra vosotros dos contra quienes debería presentar cargos.

Y entonces salió furioso, cerrando la puerta de un portazo tras él.

Con el ruido de sus pesados pasos alejándose, Tomek se volvió hacia Rachel y dijo:

—Vaya, vaya, qué carácter.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Tomek se encontró con Rose Whitaker cuando salía. La dueña de la joyería estaba alterada y malhumorada. Agarraba su bolso, metido bajo el brazo, apretado contra su pecho, y giraba la cabeza como un perro en alerta máxima. Estaba en la zona de recepción, esperando ansiosamente que alguien se acercara a atenderla.

—Supongo que ha venido a hablar con su marido —preguntó Tomek con tono desenfadado.

—Casi no vengo —espetó ella.

—¿No?

—Es lo último que ese maldito cabrón se merece.

Tomek intuyó que había algo más, algo aparte de la molestia de tener que cerrar su joyería temprano para recoger a su marido, que estúpidamente había conseguido que lo detuvieran por agredir a alguien fuera de una comisaría. Si había algo más, ella no optó por explicarlo.

—Me alegro de que esté aquí, en realidad —continuó Tomek, y luego señaló un pasillo—. Me preguntaba si podría robarle unos minutos para hacerle algunas preguntas sobre su marido y Angelica.

Rose puso los ojos en blanco.

—Sin problema. Ese maldito idiota puede esperar todo lo que yo le diga.

Dicho esto, lo siguió a una de las salas para testigos vulnerables, diseñadas para ser cómodas y acogedoras para quienes más lo necesitaban: niños y víctimas de violaciones y traumas. Tomek le

indicó a Rose que se sentara en el sofá mientras él se acomodaba en el borde de una incómoda silla de madera que le magulló el coxis en cuanto se sentó.

—¿Una bebida? —ofreció.

Ella declinó con un gesto de cabeza y después colocó su bolso en el sofá, renunciando finalmente a controlarlo en un entorno en el que claramente se sentía segura.

—¿Primera vez en una comisaría? —preguntó él.

—Sí. —Recorrió la habitación con la mirada, entre asombrada y preocupada, como si la estuviera viendo a través de realidad aumentada—. Perdona, es solo que... es raro, ¿sabes? Me pone los pelos de punta.

Tomek se rio.

—No pasa nada. Nos ocurre mucho. Es un entorno desconocido e incómodo para el noventa y nueve por ciento de la población. Creo que serías extraña si *no* te sintieras rara por estar aquí.

Una risa incómoda.

—Probablemente tengas razón.

Tomek continuó con la conversación. Para esto no necesitaba ni libreta ni la aplicación de notas de su móvil. Quería utilizar la mejor aplicación disponible: la que estaba entre sus orejas. Solo esperaba que la falta de sueño de los últimos días no hubiera alterado sus circuitos.

—Perdóneme si esto es una intromisión —comenzó—, pero percibo cierta hostilidad entre usted y su marido.

Ella resopló.

—Puede repetirlo. ¿Puede creer que ese cabrón me mintió, nos mintió a todos?

Tomek no dijo nada. Esperó a que ella continuara.

—Esa pequeña rata no estaba en Dublín la noche que Angelica desapareció —dijo.

Sus oídos se aguzaron.

—No, ese miserable estaba acostándose con otra maldita mujer. Una zorra irlandesa que conoció en una conferencia hace unos meses. Han estado teniendo una aventura desde entonces. Así que cada vez que dice que va a Dublín por trabajo, solo ha estado

follando con esta mujer. Excepto esta vez, que decidieron cambiar las cosas. ¿Sabe cómo? Ese pobre excusa de ser humano reservó un Airbnb en el paseo marítimo de Southend. ¡A un maldito *kilómetro* de nuestra casa! No solo se la estaba tirando a mis espaldas, sino que lo hacía justo debajo de mis narices. ¡Igual podría haberlo hecho en el nuestro!

—¿"En el nuestro" qué? —preguntó Tomek, confundido.

—Encima de la tienda —explicó ella—, hay un piso que compramos recientemente. Planeamos convertirlo en un Airbnb, un lugar bonito para que la gente se aloje en Broadway. Es práctico porque estoy justo debajo, así que cada vez que llegan huéspedes puedo registrar su entrada y salida sin complicaciones. Estamos reformándolo en este momento. Bueno, digo *estamos*, pero soy yo quien hace todo el trabajo, ojo. Es mi nombre el que figura en el contrato, mi nombre en la hipoteca. Me levanto, voy a la tienda, paso todo el día trabajando allí, y por las noches subo y hago parte de la limpieza, el enlucido, la perforación, el serrado, todo. Mientras tanto, él se está follando a la señorita Cabeza de Patata por ahí.

Tomek había escuchado todo lo que necesitaba sobre ese tema. No quería molestarla más, ni quería indagar más en lo que claramente era una herida abierta y reciente para ella (aunque la parte cotilla de él sentía curiosidad), así que dirigió el enfoque de la conversación hacia Angelica y su hermano. En cuanto el tema cambió a su cuñada, los hombros de Rose se relajaron, su cuerpo se descomprimió y las venas de sus brazos y sienes desaparecieron rápidamente.

—Cuénteme sobre ellos como hermanos —dijo Tomek—. Me interesa saber cómo son. ¿Se llevan bien? ¿Discuten?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque me dio la impresión de que él era un hermano mayor protector, que le gustaba cuidar de ella.

—Sí. Supongo que podría decirse eso. Siempre le gustaba vigilarla como un hermano mayor. Pero no me malinterprete, también discutían y peleaban mucho, normalmente por tonterías, como hacen los hermanos, supongo, pero hubo un par de veces en que él perdió los estribos con ella.

—¿Cómo cuándo?

—Cuando descubrió que ella se había acostado con su ex y que había estado invitando a chicos a su casa todo el tiempo. Le dijo que se respetara a sí misma, que se comportara mejor. —Se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y se frotó la parte inferior de la nariz con la mano—. Personalmente, no tenía ningún problema con eso. Es su cuerpo. Puede hacer lo que quiera con él, siempre que tenga cuidado.

—Pero no lo tenía, ¿verdad?

Tomek se refería a su embarazo, y se preguntaba si Rose lo sabía.

—Bueno, no... No, supongo que no.

Así que sí lo sabía.

—¿Cuándo se lo contó Angelica?

—No tuvo que hacerlo. Las señales de advertencia estaban ahí. Quiero decir, Johnny y yo nunca hemos intentado tener hijos —menos mal, después de lo que acaba de hacer—, pero sé qué señales buscar. Intentó ocultar las náuseas matutinas todo lo que pudo, pero finalmente me di cuenta de que algo iba mal. Quiero decir, he trabajado con ella todos los días durante los últimos seis o siete meses, así que no había forma de ocultarlo. Intentó luchar, pobrecita, negarlo, pero al final la convencí para que fuera a sus ecografías. Estaba más que dispuesta a acompañarla. Pero me suplicó que no dijera nada a nadie.

—Entonces Johnny no era el único que guardaba secretos en el matrimonio.

Las palabras se le escaparon de la boca antes de darse cuenta. Sin embargo, la reacción de Rose no fue la que esperaba.

—Difícilmente son lo mismo —dijo con calma—. Él se acostaba con alguien a mis espaldas mientras yo cuidaba de su hermana. Son completamente diferentes.

Tomek asintió.

—Hizo lo que tenía que hacer. ¿Sabía que también se lo había contado a Roy?

Rose asintió.

—Siempre ha estado mucho más unida a su padre que a su madre. Así es como suele funcionar, ¿no? Quiero decir, yo nunca estuve cerca del mío, pero ellos estaban *muy* unidos. Y a menudo he considerado a Roy como una figura paterna. Es amable, considerado. Pero también tiene un carácter fuerte. Perdió los estribos cuando ella se lo contó. Y quiero decir que los *perdió*. ¿Crees que Johnny estaba mal el otro día? Tendrías que haberlo visto a él. —Se volvió para mirar la alfombra verde, perdida en un pensamiento repentino—. Me pregunto qué le contó a Daphne sobre lo que le pasó al jarrón al final.

Tomek pensó por un momento en el ex piloto de aerolínea. En las dos ocasiones en que Tomek lo había visto, el hombre había parecido ecuánime y educado, no el individuo agresivo que Rose acababa de describir.

—¿Alguna vez ha golpeado a Daphne, o ha oído hablar de algún abuso en su relación?

Rose frunció los labios y negó con la cabeza.

—Johnny nunca lo ha mencionado.

—¿Ha visto alguna vez que pierda los estribos en alguna otra ocasión?

Rose bajó la mirada a su regazo y comenzó a pellizcarse las uñas de color rosa intenso. Pasaron unos momentos antes de que hablara. Tomek le dio tiempo y espacio para que se sintiera cómoda.

—Supongo que podría decirse que ha sido agresivo conmigo —dijo—. No *hacia* mí. *Conmigo*. Indirectamente. Gritando y discutiendo con Johnny sobre mí. Al principio de la relación, Johnny les dijo que yo no era muy devota, pero tampoco lo son Johnny y Angelica, lo cual es una verdad que no están dispuestos a escuchar, y a Roy no le gustó eso, dijo que Johnny necesitaba estar con alguien de la misma fe, alguien que tuviera los mismos valores y creyera en las mismas cosas que ellos. Causó muchas discusiones entre ellos, y hubo un momento en el que pensé que tendríamos que romper, se puso tan serio. Pero durante todo ese tiempo, tuve a Angelica. —Una lágrima comenzó a formarse mientras Rose pensaba en su cuñada—. Ella estuvo ahí para mí cuando era nueva en la familia. Me ayudó a adaptarme a mi nueva vida, a mis nuevos

suegros. Era mi roca. Cada vez que íbamos a una reunión familiar donde no conocía a nadie, ella siempre estaba a mi lado, haciendo el trabajo que mi marido debería haber estado haciendo: presentándome. En lugar de eso, él estaba emborrachándose con sus primos y coqueteando con sus primas segundas o quienes fueran. —Atrapó una lágrima con el dedo, pero fue inútil contra el fuerte torrente que bajaba por su cara. Tomek alcanzó la caja de pañuelos en la mesa y se la pasó—. En esos momentos, realmente me sentía sola, y cuando más necesitaba a mi marido, él estaba en otra parte. Pero tenía a Angelica a mi lado. Ese era el tipo de persona que era. Compasiva, cariñosa, sincera, sin un hueso malo en su cuerpo. Es simplemente... es una pena que pasara por lo que pasó.

El interés de Tomek se despertó una vez más. Estaba aprendiendo más de esta mujer que de toda su familia junta.

—¿Por qué tengo la sensación de que está hablando de algo que no es su asesinato?

Rose comenzó a juguetear con el pañuelo entre sus dedos.

—¿Quieres decir que aún no lo sabes?

—Tendrá que iluminarme.

—Estaba deprimida —dijo, y luego hizo una pausa—. Ahora, sé que esa palabra se usa mucho, pero la suya era estacional. Era realmente mala durante los inviernos, todos los inviernos. Cuando terminaba el verano y su trabajo de ensueño como azafata finalizaba por el año, se deprimía mucho. Algunos días, era una lucha conseguir que viniera. Algunas semanas salía a beber todo el tiempo, a veces iba al club sola, se acostaba con muchos chicos. No sé qué era o qué lo desencadenaba, pero estaba pidiendo ayuda a gritos, y nadie parecía hacer nada al respecto. Ninguno de nosotros estaba preparado para afrontarlo, yo incluida. Odiaba verla hacerse eso a sí misma. El alcohol, las drogas...

—¿Drogas?

—Cocaína, marihuana. Nunca nada más. Pero nadie más lo sabía. Por alguna razón, siempre me decía lo que había tomado. —Se encogió de hombros—. No sé, supongo que siempre me vio como

una hermana mayor en quien podía confiar y a quien podía admirar. Solo desearía haber hecho algo para protegerla.

—No debería culparse a sí misma.

—Supongo.

Tomek se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y sonriéndole cálidamente.

—¿Cuánto tiempo ha estado ocurriendo esto?

—Algunos años —respondió Rose—. Cuatro, quizás cinco. Pero Daphne y Roy no quieren saber nada al respecto. Viven en la negación. Ha empeorado progresivamente con los años, pero este invierno, sorprendentemente, mejoró mucho. Ella llegaba a tiempo. Estaba más feliz. Era su yo habitual, ¿sabes?

—¿Alguna idea de por qué?

Rose se tomó un momento antes de responder.

—He estado pensando mucho en esto desde que murió, y recuerdo una vez que me habló de un tipo que conoció en un vuelo. Un personaje excéntrico tipo millonario que la invitó a un club especial para adultos durante el vuelo. Creo... creo que fue una vez, pero no sé si volvió. De cualquier manera, desde entonces fue como si hubiera vuelto a ser la de antes.

Tomek sintió que su pulso se aceleraba.

—Necesito que me cuente todo lo que pueda sobre este hombre y este club para adultos.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

A estas alturas, mi querido ángel lleva inconsciente media hora. Los químicos que alguien más debe haberle administrado han hecho efecto. Su pulso se ha calmado, la sangre fluye más lentamente por su cuerpo. Parece tranquila, descansada, en paz. Angelical.

Y ahora es el momento de comenzar la siguiente fase de la noche.

No soy cirujano, pero me gusta pensar que tengo un pulso firme, lo suficientemente firme para causar el menor daño posible, en cualquier caso. En el suelo yace el tubo de plástico, enroscado en círculos como una serpiente. En un extremo está la aguja, sobresaliendo como una lengua. En el otro hay una gran bolsa de plástico. Alcanzo la aguja, luego giro el cuerpo de Angelica hacia un lado. Los movimientos deben ser cuidadosos, tiernos, delicados. Ella *es delicada, una estatua tallada en mármol por Dios, por el mejor escultor del mundo. Su cuerpo y alma deben tratarse así. Nada puede salir mal.*

Cuando está en posición, sujeto su pierna con firmeza e inyecto la aguja en la parte posterior de su rodilla. La aguja penetra en la piel con facilidad. Se derrama un poco de sangre, pero la recojo con una gasa. Y después de unos segundos apretando la bolsa conectada al cable, creando un vacío, la sangre comienza a fluir a través de él, suave, constante, con gracia. En una hora, la bolsa estará llena y su cuerpo no tendrá nada para sobrevivir. Coloco una mano en su muñeca, buscando el pulso. Es suave, constante, como

el flujo de sangre de su pierna. Ella no se da cuenta de nada, completamente ajena. No podría imaginar hacer esto si estuviera despierta, o si hubiera muerto antes. Eso no habría estado bien. En cambio, es mejor que se vaya así.

Me siento a su lado, agachado junto a su estómago, sujetando su mano. Le doy a la bolsa algunos apretones de vez en cuando para acelerar el proceso, pero no me importa que esto tome el tiempo que sea necesario. Quiero estar a su lado. Necesito *estar a su lado, velando por ella, protegiéndola, purificando el cuerpo, contemplándolo por última vez.*

Gradualmente, mientras la sangre abandona lentamente su cuerpo, su pulso comienza a debilitarse, los huesos de sus caderas y costillas se vuelven más prominentes. La vida literalmente está siendo succionada de ella, como el aire que escapa de un colchón hinchable, y mientras lo último es extraído de ella, la observo atentamente, con el dedo pegado a su muñeca, sintiendo su pulso.

Más débil. Más débil aún.

El lapso entre cada latido de su corazón se hace cada vez mayor.

Hasta que la subida y bajada de su pecho se vuelve plana, casi invisible, pero en el momento en que muere, puedo notarlo. El pulso se detiene repentinamente, la respiración vacila, su pecho se congela, y un momento después su cuerpo se desinfla cuando su alma abandona su cuerpo y viaja a la siguiente vida.

Por fin, está muerta.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Rose Whitaker sabía muy poco sobre el club de adultos del que le había hablado Angelica. Su cuñada había sido reservada con los detalles, tanto antes del evento como después, y lo único que Rose sabía con certeza era que se trataba de un evento exclusivo con invitación, un lugar de prestigio donde la gente se reunía, presumiblemente para tomar copas con quizás un lado más oscuro y sórdido. Tomek esperaba que no fuera el Southend Seven, un club local de caballeros en el corazón de Southend, anteriormente operado y dirigido por la élite política de la ciudad. Ahora abandonado y cerrado, había sido en su día el hogar de una pequeña red de tráfico sexual. Los pensamientos inmediatos de Tomek habían saltado a esa conclusión, que Angelica se había visto envuelta en ello de alguna manera, pero rápidamente lo descartó en cuanto Rose confirmó que estaba en algún lugar fuera de Southend, en algún punto del campo de Essex.

Mientras tanto, tras la reunión con Rose, Tomek había enviado a Oscar y a un equipo de oficiales de escenas del crimen y agentes uniformados a buscar la invitación en el piso de Angelica. Era un documento impreso, había dicho Rose, no más grande que un A5, con el nombre de Angelica escrito en una fuente cursiva manuscrita, la fecha del evento y los datos de contacto del organizador en el reverso. Ahora que tenían una breve descripción de lo que estaban buscando, se esperaba que pudieran encontrar algo que se hubiera pasado por alto en la búsqueda original del piso de Angelica. Sin

embargo, a pesar de la descripción detallada y a pesar del número de personas que lo buscaban, Oscar y el equipo no tuvieron éxito, y tras una búsqueda de seis horas que les llevó hasta casi la madrugada, lo dejaron por el día. No se encontraba por ninguna parte.

Tomek había pasado la noche en vela, dándole vueltas a sus pensamientos. Pensamientos sobre el caso y sobre la discusión con Abigail. Habían pasado más de veinticuatro horas desde su pelea y no había tenido noticias de ella. Ni un mensaje, ni una llamada telefónica. Ni siquiera le había enviado un meme gracioso o un vídeo por WhatsApp, lo que en el mundo actual era sacrílego para algunos. Había repasado la discusión varias veces en su cabeza, reproduciéndola en diferentes escenarios, imaginando cómo podría haber sido diferente si hubiera gritado más fuerte o respondido con ciertas réplicas (la retrospectiva era maravillosa en esas situaciones), y al final, había decidido que no tenía nada por lo que disculparse. Claro, había exagerado, le había gritado a la cara, le había regañado. Pero ella le había llevado al límite, se había excedido y había cruzado la frontera. Sin mencionar que había insultado su integridad y cuestionado sus capacidades en su función. Su primera vez gestionando una investigación, y ella le había menospreciado. Sumado al interrogatorio que había recibido anteriormente de Victoria y Nick, por un breve momento, se había preguntado si era capaz de realizar la tarea, si tenía lo que se requería.

Continuó luchando con sus pensamientos, con su sentido de duda paralizante y debilitador, el mismo que Angelica había sentido al final de cada temporada («¿Por qué no me mantendrán?», «¿Soy lo suficientemente buena para quedarme todo el año?», «¿Me aceptarán de vuelta?») a la mañana siguiente cuando entró en la joyería de Whitaker. Rose le había llamado antes de las nueve, justo cuando se dirigía al trabajo, notificándole que había encontrado la invitación en una de las chaquetas de Angelica que había dejado en la sala de personal. Tomek había estado más que contento de dar la vuelta y pasarse a inspeccionar.

El frente de la tienda era totalmente de ventanas del suelo al techo, mostrando filas de delicadas y ornamentadas joyas de

diamantes y piedras preciosas que reposaban pulcramente sobre suaves expositores de terciopelo. Anillos, collares, pendientes. Algunos de los diseños más bonitos y complejos que Tomek había visto jamás. Y si pensaba que el exterior era espectacular, se llevó una sorpresa cuando entró. Tan pronto como cruzó la puerta, tuvo la sensación de que este era un espacio seguro, un lugar acogedor para la gente —novios y maridos confundidos que estaban completamente fuera de lugar— para venir a buscar anillos de compromiso o regalos generosos sin la amenaza de que algún zombi hambriento de comisiones les presionara para hacer una compra. Esta era la vida de Rose, y él intuyó que ella sabría cuándo mantenerse en la línea y cuándo sobrepasarla ligeramente.

El centro de la tienda estaba dominado por una gran vitrina de cristal. En ella, docenas de pendientes de diversas formas, tamaños y quilates colgaban de elegantes ramas, rodeados por un lecho de hojas y ramitas. A su derecha, a lo largo de la pared, había una vitrina similar, excepto que estaba salpicada con arena y varias conchas marinas y piedras recogidas de la playa. A su izquierda había un gran velero de madera a escala llamado *The Rose* que ocupaba el centro de la exposición. Collares y pulseras, incluidos sus dijes y etiquetas de precio, colgaban de los mástiles y otras partes del barco. En la parte trasera de la tienda, sentada detrás de un mostrador de caja, estaba Rose. Se levantó de su asiento y rodeó el mostrador.

—Cada exposición es una representación de Leigh-on-Sea y más allá —dijo, dirigiéndose hacia la vitrina a la derecha de Tomek—. Nuestra encantadora pequeña historia pesquera —continuó—. Un homenaje a los peces y ostras que se crían allí. Los diamantes y gemas de esta son amarillos para representar la arena —. Se unió a él en el centro de la sala, moviéndose lentamente, con elegancia, casi de manera seductora—. Esta representa Belfairs, uno de mis bosques favoritos. A veces Johnny y yo íbamos a pasear por allí en verano —. Señaló las esmeraldas, y después de terminar su momento de reflexión, se movió hacia el velero—. Johnny me compró esto cuando abrí la tienda por primera vez. Dijo que era un

amuleto de buena suerte. Una lástima que no fuera uno de verdad. Eso habría sido bonito. Aun así, lo siguiente mejor, supongo.

—Es el gesto lo que cuenta —respondió Tomek—. Aunque creo que te falta una...

—¿Una qué?

—Una exposición.

—¿Oh?

—¿Dónde está el barro? No puedes tener una exposición dedicada a Leigh y no tener una que contenga un montón de barro.

Las comisuras de sus labios se elevaron.

—Me has leído la mente —dijo, mientras señalaba una esquina de la pared a la derecha de Tomek. No lo había notado, pero escondida detrás de un pilar de hormigón había otra vitrina, más pequeña, con pintura marrón en la base y postes de madera que sobresalían de ella.

—¿Se supone que eso es el muelle?

—Sé que es hacer trampa. Southend... no exactamente Leigh-on-Sea. Pero esa es para los turistas.

—¿Tienes muchos?

—Más de los que pensarías.

—Ninguno de Dublín, espero —. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera contenerlas. Su mano voló a su boca, luego la bajó—. Lo siento mucho, yo...

—Más le vale no acabar aquí por error —respondió Rose, tomando a Tomek por sorpresa—. Tengo herramientas afiladas en la parte trasera. Y máquinas. Podría pasarle los dedos por debajo de una de mis amoladoras, y luego sacarle un ojo con la puta púa de uno de estos pendientes —. Cogió uno de la exposición más cercana y, apretando los dientes, apuñaló repetidamente a su oponente invisible con el pequeño alfiler.

Tomek se rio, aliviado de que ella viera el lado divertido.

—Diría que es lo mínimo que se merece —dijo, aunque sin darse cuenta del porqué. No sabía por qué, pero sentía una atracción hacia Rose. Una que no debería, una que se sentía incorrecta. Pero quizás esa era la razón por la que se sentía así en primer lugar; porque sabía que no podía, porque sabía que no debería, que era tabú. Ella

era atractiva, inteligente y tenía su propio negocio. Era respetable, exitosa, decidida, trabajadora, y él admiraba eso de ella. Pero mientras pensaba en ella de esa manera, cómo sería besarla, una imagen de Abigail entró en su cabeza, y rápidamente dirigió su atención a la exposición del bosque en el centro de la sala. Verde, el color favorito de Abigail.

—¿Todavía necesitas algo para tu novia? —preguntó Rose.

Tomek hizo un doble gesto, repentinamente tímido.

—¿Eso? No... no, no lo creo.

—¿Oh?

—Sí.

—¿Problemas en el paraíso?

—Algo así. Aunque no es exactamente como tu situación. Supongo que la gente lo llamaría un bache.

—Iba a decir, si necesitas pedir prestados algunos alfileres para apuñalar, ya sabes dónde encontrarme.

Tomek *sí* sabía dónde encontrarla. Y por la sonrisa coqueta en su rostro, ella estaría más que feliz de que él volviera, y otra vez, y tal vez una cuarta vez.

Un silencio incómodo surgió entre ellos. Tomek olvidó brevemente para qué estaba allí y no fue hasta que un cliente entró por las puertas que ambos cobraron vida. Rose le dijo al cliente que estaría con él en breve, luego hizo un gesto a Tomek para que la siguiera a la oficina trasera. La habitación no era más grande que un pequeño baño. La mayor parte del espacio estaba ocupado por varios abrigos colgados de una percha y un par de zapatos apilados uno encima del otro en el suelo. Rose buscó en una chaqueta verde claro en una de las perchas y sacó una pequeña tarjeta blanca. Mientras se la entregaba, dijo:

—Tendrás que decirme cómo es si acabas yendo. Desde que ella me lo contó, ha despertado mi curiosidad.

Tomek asintió. Le dio las gracias y la dejó con el cliente. Mientras ella se alejaba, dirigiéndose al hombre que acababa de entrar, Tomek examinó el documento. Era más pequeño que un A5, hecho de cartulina gruesa y cara. En el centro, escrito a mano en caligrafía negra, estaba el nombre de Angelica. Debajo estaban las palabras:

«...está cordialmente invitada a una noche de flirteo y desenfreno con otras debutantes diabólicas». En la parte superior de la tarjeta había una imagen de una máscara de baile de máscaras con un pequeño emblema grabado en un ojo. En la parte inferior estaba la dirección.

Melback Manor, Burnham-on-Crouch.

Con el nombre del propietario y el número de contacto en el reverso.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

El hombre al que buscaban se llamaba Micky Tatton. La mujer de la recepción en la extensa finca rural les había dicho que bajaría en unos minutos. Durante ese tiempo, Tomek y Rachel le hicieron algunas preguntas sobre el lugar, fingiendo ser una pareja que estaba buscando celebrar allí su ceremonia de boda. Melback Manor, dijo ella, fue construido por primera vez hace más de quinientos años por los Tudor, y había pertenecido a la familia Tatton durante casi dos siglos. Abierta al público a principios de los dos mil, la mansión y la casa de campo contigua se habían convertido en el favorito de los futuros recién casados, con más de mil bodas celebradas en veinte años. Abrían cuarenta semanas al año, con las doce restantes cerradas para mantenimiento y renovación.

Como posible cliente, ese pequeño detalle le llamó la atención a Tomek, así que preguntó más sobre la finca y lo que necesitaba reparación.

—La casa de campo en el lado sur es la parte más nueva de la propiedad, pero es la que más trabajo necesita, desgraciadamente —explicó ella—. Tenemos muchos huéspedes que se alojan con nosotros, como podéis imaginar, y todo ese movimiento de entrada y salida de las habitaciones significa que siempre hay cosas que sufren desgaste. Pero afortunadamente, nuestros equipos están siempre disponibles para arreglar o reemplazar cualquier cosa que necesitéis. Tenemos varios paquetes, cada uno único para vosotros,

dependiendo de vuestro rango de precio y requisitos. Puedo pedir a uno de nuestro personal que os los explique si queréis.

Afortunadamente, antes de que Tomek pudiera responder y meterse más profundamente en la madriguera de mentiras, un hombre apareció en una puerta con marco de madera.

—¡Señor Tatton! —dijo ella, mientras rodeaba el mostrador y le ponía una mano en el brazo.

El hombre se detuvo bruscamente y, a pesar del evidente disgusto por la interrupción, lucía una sonrisa agradable, acogedora, aunque algo forzada. Estaba en sus cincuenta y tantos años y vestía un traje azul claro con una corbata a juego. Su cabello era espeso, ondulado y peinado hacia atrás con estilo. Su mandíbula era áspera y atractiva, y tenía una barba desaliñada que abrazaba su rostro. Parecía que venía de algún lugar de Mayfair o Westminster, con una vara de plata metida tan profundamente en el culo que era visible en su boca cada vez que hablaba, pero ¿qué más se podía esperar de alguien que había heredado la fortuna bicentenaria de su familia?

—Buenas tardes —dijo con una voz de barítono profunda, educada y formal—. ¿En qué puedo ayudaros? ¿Sois huéspedes o estáis interesados en alguno de nuestros paquetes?

—Ninguna de las dos cosas —respondió Tomek.

—Todavía —añadió Rachel, con una pequeña mirada de reojo a Tomek.

Micky se rio nerviosamente. —Bueno, sea lo que sea, estoy seguro de que podemos atenderos.

—Fantástico, justo lo que queríamos oír. —Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó la invitación, cubriendo el nombre de Angelica con su dedo.

Tan pronto como el hombre reconoció lo que era, su boca se abrió, y comenzó a balbucear. Se quedó allí, observando a Tomek y Rachel atentamente. Tomek pudo ver la confusión en el rostro del hombre mientras intentaba averiguar si los reconocía.

—Entiendo —dijo rápidamente—. ¿Por qué no me seguís? Mi despacho está ocupado en este momento, una reunión de negocios, cosas aburridas realmente, pero estoy seguro de que podemos

encontrar alguna habitación para discutir las cosas con más detalle. ¿Por qué no caminamos y hablamos?

Tomek y Rachel aceptaron. Los llevó a través de una gran puerta abierta a una pequeña zona de asientos, a través de otra puerta, a un espacio más grande, este lleno de suficientes sofás y sillas para que se pusieran cómodos. En la esquina había un piano de cola, con su tapa bajada, cerrado, sin amor. La habitación, y en cierta medida todo el edificio, olía a muebles antiguos de cien años que estaban bastante más allá de su fecha de restauración, vigas de madera que habían absorbido tanta humedad a lo largo de los siglos que estaban empezando a pudrirse, y gruesas capas de polvo que se habían formado en los recovecos de paredes y techos. Algunos podrían haberlo llamado rústico, original, parte de la identidad del lugar. Tomek lo llamaba rancio y necesitado de una limpieza. Lo cual, dado el hecho de que el lugar estaba cerrado durante doce semanas al año con fines de restauración, planteaba la pregunta de ¿en qué gastaban todo ese tiempo de limpieza?

—Actualmente tenemos una boda en marcha —explicó Micky Tatton—, así que no podré llevaros por los jardines. Pero, dependiendo de si tenemos suerte, podríais ver la casa de campo. —Micky se detuvo, levantó un dedo para que esperaran, luego comprobó los pasillos cercanos. Cuando el camino estuvo despejado, cerró la puerta y regresó—. Perdonadme, no reconozco vuestras caras, pero tampoco lo haría, ¿verdad?

Tomek no sabía a qué se refería, pero decidió seguirle la corriente.

—No. No, no lo harías.

Micky se inclinó, manteniendo su voz baja. —Yo no... normalmente no hablo de Las Noches en público, especialmente en un espacio tan abierto, pero... supongo que puedo hacer una excepción. ¿Os... os conocisteis en una de Las Noches del Edén?

Tomek y Rachel se miraron el uno al otro. ¿Hasta dónde estaban dispuestos a llevar el engaño? Al final, Micky se les adelantó.

—Bueno, nunca pensé que vería el día —continuó, saltando a su propia conclusión—. Dos de mis compañeros que se conocen y se

enamoran, vienen a preguntar por lugares para bodas, ¡*aquí* de todos los sitios!

Rachel enlazó su brazo bajo el de Tomek, pero él la apartó.

—No estamos aquí por lugares para bodas —dijo bruscamente—. Ni siquiera estamos juntos.

—¿Pero la...?

—La invitación, sí. Pertenece a Angelica Whitaker. —Se la mostró a Micky de nuevo, esta vez revelando el nombre.

Micky la inspeccionó, con el miedo arrastrándose en el blanco de sus ojos. Dio un pequeño paso atrás. —¿Quiénes sois?

—Somos la policía —dijo Tomek con un destello de su placa y una sonrisa pícara—. Queríamos hacerte algunas preguntas sobre...

—No. Nada de policía. Nunca he infringido una ley y no planeo hacerlo. Todo es legal, transparente y consensual. Hago que todos firmen un acuerdo de confidencialidad, así que no hay posibilidad de que ocurra este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —presionó Rachel.

No pudo responder.

—No sabes por qué estamos aquí porque no nos has dejado explicar —continuó ella—. Si dejaras que mi colega terminara, podrías entender por qué hemos venido.

Micky miró a Tomek expectante. —¿Y bien? —Ahora había urgencia en su voz. Estaba ansioso por terminar con esto lo más rápido posible.

—Cuéntanos más sobre el lugar primero —respondió Tomek.

—¿Como qué?

—Como cuántas habitaciones tienes. Cuántos huéspedes puedes alojar. Sobre *ti*. Tu historia.

—¿Cómo es eso relevante?

Tomek se encogió de hombros. No lo era. Solo quería hacer sudar al hombre un poco más, prolongar la paranoia. Después de unos minutos explicando sobre las características Tudor del edificio, Micky había repetido todo lo que la recepcionista les había dicho, casi textualmente. Luego pasó a explicar que había heredado la tierra después de la muerte de su padre y, en un intento por liberarse del molde aristocrático al que sus padres lo habían

destinado, había tomado la decisión empresarial de abrir la mansión al público como un lugar para bodas y operarla como un negocio exitoso y prominente en la costa de Essex.

—¿Ahora me dirás de qué se trata esto? —preguntó Micky tan pronto como terminó.

—Se trata de Angelica Whitaker. ¿Reconoces ese nombre?

El hombre bajó la cabeza una fracción. —Sí.

—¿Cómo la conoces?

En ese momento, un grupo de cuatro invitados a la boda, más borrachos que un adolescente en su decimoctavo cumpleaños, entraron en la habitación y los interrumpieron. Micky explicó que estaban teniendo una reunión privada y pidió a los invitados que encontraran otro lugar para su encuentro. Les tomó unos momentos que las palabras se registraran en sus mentes embotadas por la bebida, pero cuando finalmente lo hicieron, los invitados se marcharon descontentos, murmurando entre dientes.

—No conozco bien a Angelica —explicó Micky mientras cerraba la puerta detrás de ellos—. Solo conozco su nombre y a qué se dedica.

—¿Cómo?

—Porque la conocí por primera vez en un vuelo, y la placa de identificación en su uniforme lo reveló.

Tomek no apreció el sarcasmo.

—Explica entonces cómo llegaste a darle esto. —Agitó la invitación en el aire.

Micky se movió hacia una pequeña silla y se posó en el borde del asiento, mientras Rachel y Tomek permanecieron de pie.

—Estaba en un vuelo —comenzó—. Francia a Southend, creo que era. Estaba reuniéndome con uno de nuestros proveedores de vino. Compramos directamente de los viñedos. Y solo recuerdo verla y pensar, esa es la mujer más impresionante que he conocido. Y así empecé a hablar con ella. Era divertida, animada, enérgica, todo eso. Era hacia el final del verano, así que le pregunté qué iba a hacer después, y dijo que no lo sabía. Dijo que tenía algún trabajo en una joyería que no le entusiasmaba mucho. Así que pensé en invitarla a una de Las Noches del Edén. Para ser honesto, parecía

que necesitaba algo de emoción en su vida, algo para mantenerla en marcha, algo que le recordara lo que es estar viva.

—¿Es eso lo que son estas "Noches del Edén" entonces? ¿Recordatorios de lo que es estar vivo? —Tomek no hizo ningún intento de ocultar el cinismo en su voz.

—Creo que sí, y también lo piensan muchos de nuestros miembros.

Tomek finalmente dio el paso y se unió a Micky en una silla a su lado. Estaba bellamente diseñada, parecía hecha a mano, y estaba perfectamente esculpida, pero era una cabrona para sentarse. El cojín era duro como una roca, y la columna de madera de la silla se le clavaba en la parte baja de la espalda. Lo que lo hacía peor era el hecho de que probablemente costaba una fortuna; no podía imaginar gastar tanto en algo tan incómodo solo para mejorar la estética de una habitación. Preferiría sentarse en el suelo.

—¿Cómo funcionan tus "Noches del Edén"? —preguntó Tomek una vez que se había puesto tan cómodo como pudo—. ¿Qué sucede en estas cosas?

—Sabes que no tienes que ponerlas entre comillas todo el tiempo —espetó Micky—. Son eventos reales a los que asiste gente real.

—Entonces, deberías poder decirnos qué ocurre en ellos —observó Rachel con firmeza.

Micky negó con la cabeza profusamente. —No. Eso es estrictamente confidencial.

Tomek había esperado que dijera eso. —¿Siguen siendo confidenciales cuando una de tus asistentes fue encontrada asesinada el otro día y tu nombre y este lugar han aparecido en nuestras investigaciones?

El hombre no tuvo nada que decir a eso. Solo los miró en blanco.

—No lo creo. Así que ¿por qué no dejas las tonterías de confidencialidad y simplemente nos dices lo que necesitamos saber? Nos ahorraría a todos mucho tiempo y estrés. De lo contrario, mi colega puede arrestarte por sospecha de asesinato y podemos tener esta discusión en la comisaría. Nos da igual de una manera u otra.

Finalmente, la comprensión de que no tenía opción amaneció en Micky. Antes de continuar, volvió a comprobar los pasillos y cerró

una de las puertas en el otro lado de la habitación para asegurarse de que podían hablar sin temor a ser interrumpidos de nuevo.

—¿Qué... qué queréis saber? —preguntó, con su voz vacilante.

—Todo. Desde el principio.

Micky tomó una respiración profunda, comenzó a golpear su pie nerviosamente en el suelo, y lentamente exhaló, silbando a través de su boca. Era claro ver que esto iba en contra de todo lo que creía, que le dolía solo pensar en dejar salir todos sus oscuros pequeños secretos. Pero no tenía elección. Antes de su discurso, Rachel preparó su bolígrafo y cuaderno.

—Escuchad —comenzó, ya estableciendo el tono de lo que estaba a punto de decir—. Tenéis que entender que este es un mundo con el que probablemente no estáis familiarizados, que quizás nunca entendáis. No hay nada malo en lo que hacemos, nada inmoral ni corrupto ni ilegal. Es solo... diferente.

—De acuerdo... Ya has soltado tu advertencia, ahora puedes contarnos todo.

Micky tragó saliva. —El primer fin de semana de cada mes, de viernes a sábado, organizo una fiesta. Las Noches del Edén. Es solo por invitación. El resto de la propiedad está cerrada, así que no hay bodas, no hay huéspedes, y todos los asistentes deben venir disfrazados.

—¿Disfraces?

—¡Déjame terminar!

Tomek levantó las manos en fingida rendición. No necesitaba que se lo dijeran de nuevo.

—Los disfraces pueden ser cualquier cosa —continuó Micky, dejando escapar un suspiro pesado—, pero es como un baile de máscaras, como el tipo que solías tener en los viejos tiempos. Así que las máscaras faciales, como las venecianas que ves en la televisión, son necesarias para proteger tu identidad, o al menos algunos elementos de tu identidad. Algunas personas vienen con máscaras de diablo, otras con las máscaras genéricas de mascarada. Otras usan cualquier cosa que cubra toda su cara. Angelica, recuerdo, suele venir con el mismo atuendo: un ángel, completo con un pequeño vestido blanco escotado, alas de plumas adheridas a su

espalda, antifaz blanco y un halo dorado sobre su cabeza. Hasta donde yo recuerdo, ha asistido a todas las reuniones desde que la invité por primera vez en septiembre. No se ha perdido ningún evento todavía; la mayoría de la gente no lo hace una vez que le toma el gusto.

»Hay ciertas reglas que todos deben seguir si desean asistir. Primero, debes besar la mano de la persona que llegó antes que tú, y luego debes esperar a que la siguiente persona llegue para besar tu mano. Crea una cadena, y el objetivo es llegar lo más temprano posible para no ser el último en entrar. Esa persona normalmente se queda parada afuera en el frío durante toda la noche. Una vez que los invitados están dentro, deben ofrecer un sacrificio. No os preocupéis, no es nada mórbido o sangriento, es una ofrenda para mí, como su anfitrión. Tienen que darme algo suyo: una prenda de vestir, comida, bebida, cualquier posesión que tengan y que estén dispuestos a sacrificar. Luego, después de eso, deben besar a Paddy el Cerdo. De nuevo, no os preocupéis, no es nada sórdido. No es como si tuvieras que besar a uno real. Paddy es un ejemplar disecado de un cerdo que tuvimos en la familia hace muchas generaciones. Se decía que había traído buena fortuna a nuestra familia en el pasado, y por eso espero que dé buena fortuna a todos mis invitados también. No importa dónde lo beses, o durante cuánto tiempo, siempre que tus labios toquen una parte de su cuerpo, no me importa.

Esto se estaba volviendo más extraño por segundos. Normalmente, Tomek habría llamado mentira a todo lo que el hombre estaba diciendo, pero por alguna razón creía inequívocamente cada palabra que salía de la boca de Micky Tatton. Estaba atónito por el tipo de rituales bizarros que Micky hacía seguir a sus invitados, y se preguntaba qué tipo de persona estaría dispuesta a aceptarlos. Era el tipo de cosa que verías en películas y series de televisión —las fiestas secretas de alta sociedad, la élite política y social cometiendo actos nefastos con animales en un intento por ganar una posición social más alta—, pero nunca pensó que se encontraría con eso en la vida real.

—Dentro de Las Noches del Edén —continuó Micky—, tenemos diferentes habitaciones para diferentes cosas. Hay música proporcionada por un DJ tocando en una de ellas, bares donde puedes comprar bebidas. La gente va allí solo para bailar, un poco de roce y contoneo. Luego tenemos otras habitaciones donde la gente se divierte un poco más libremente, y con menos ropa, si sabéis a lo que me refiero.

Tomek sabía exactamente a lo que se refería, pero no podía perdonar al hombre por decir "roce y contoneo". Nadie de su edad debería estar diciendo ese tipo de cosas. Le daba vergüenza ajena.

—¿Qué sucede en estas habitaciones? —preguntó Rachel, más para señalar la incomodidad de Micky que por su propia ingenuidad.

—¿Queréis que lo deletree?

Ella presionó su bolígrafo sobre su cuaderno. —Si pudieras. Tengo que anotarlo, y también podría usar una mano con la ortografía.

Un suspiro largo y pesado salió de la nariz de Micky. —En un par de las habitaciones hay... hay... es una orgía, ¿vale? Camas, sofás, cojines, aparatos, por todas partes. Música de fondo. Mucho perfume en el aire. Y la gente simplemente... haciendo lo que quieren hacerse unos a otros.

—¿Lo tienes, Rach? —preguntó Tomek.

—*Haciendo lo que quieren hacerse unos a otros* —repitió, luego levantó la vista de su cuaderno—. ¿Has tenido alguna vez un caso en el que alguien hizo algo que la otra persona no quería que le hicieran?

—¿Te refieres a una violación?

—O agresión sexual. Viene en muchas formas.

Micky negó con la cabeza tan fuertemente que sus mejillas alcanzaron el resto de su cara una fracción de segundo después. —Nunca. No. Absolutamente no. Nunca he tenido tal caso. Como dije, todo es consensual.

—¿Pero si algo así ocurriera, nos lo dirías?

—Sí.

—¿Eso no interferiría con tus acuerdos de confidencialidad?

—Yo... yo no firmo uno, así que no estoy obligado por nada.

—Solo por tu propia brújula moral —replicó Tomek.

Si Micky Tatton se ofendió por el comentario, no lo mostró.

—¿Qué más ocurre? —preguntó Rachel.

—Más sexo —respondió Micky sin rodeos—. Parejas, tríos, tantas personas como quieran, pueden ir a algunas de las habitaciones privadas y dormir juntos. Hay juguetes, correas, látigos, lo que quieran. Todo se les proporciona.

—¿Protección?

—Tenemos condones, sí... —Micky vaciló, con la boca abierta.

—¿Por qué presiento un "pero"?

—Pero la mitad de ellos han sido pinchados. Es una de las reglas que tenemos. Hay un bote de ellos en el pasillo, metes la mano, tomas uno, y...

—¿Y esperas lo mejor? —terminó Tomek.

Ahora estaba empezando a preguntarse sobre quién podría ser el padre del bebé no nacido de Angelica.

—¿Algo más? —preguntó Rachel.

Micky negó con la cabeza.

—¿Angelica alguna vez usó alguna de estas habitaciones? —preguntó Tomek.

El hombre se rascó la uña. —Sí. Exploró todas ellas. Más las habitaciones privadas que la pública.

—¿Sabes con quién?

Micky pensó en eso por un instante. —No. No, no sé quién es él.

—¿Por qué no?

—Porque lleva una máscara de burro.

Tomek se rio entre dientes. —¿Una máscara de burro?

—Sí, una máscara de burro.

—¿Y no puedes ver su cara?

—No. Esa es parte del punto. En Las Noches del Edén puedes ser quien quieras. No tienes límites, solo los que te impones a ti mismo. Tienes completa y total libertad y control para hacer lo que quieras y ser quien quieras. Puedes realmente dejarte llevar. Las máscaras ocultan al individuo, de modo que no hay posibilidad de ser atrapado o notado en el mundo real. Su amante en particular eligió usar una máscara de burro, al igual que ella eligió usar una máscara de ángel.

Así que había estado acostándose con un asno.

—Necesitamos hablar con él —le dijo Tomek a Micky—. Necesitas contactarlo y ponerlo en contacto con nosotros.

A Micky Tatton no le gustó el sonido de eso.

—No tengo su número. La única manera en que podríais averiguar quién es sería si vinierais a una de Las Noches del Edén vosotros mismos.

Ahora era el turno de Tomek de que no le gustara algo. Pero al girarse para mirar a Rachel, se dio cuenta de que ella no compartía el mismo sentimiento. Sus ojos brillaban ante la perspectiva de asistir a uno de estos eventos, de ver la decadencia y el desenfreno en persona. Parecía como si fuera algo que extrañamente la emocionaba, que podría haber estado en su lista de cosas por hacer antes de morir.

—Hay uno este fin de semana —añadió Micky, como para endulzar el trato.

—Genial —respondió Rachel—. Danos una hora y nos veremos allí.

—Solo recordad aseguraros de que estéis a tiempo, si no un poco temprano. No querríamos que os quedarais esperando fuera, perdiéndoos toda la diversión.

—No, definitivamente no querríamos eso —replicó Tomek.

—Oh —añadió Micky—, y no olvidéis vuestros disfraces.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Los últimos dos días de la semana pasaron en un abrir y cerrar de ojos. El equipo había estado tan ocupado que Tomek apenas había tenido tiempo de detenerse a pensar en la actividad del viernes por la noche. Empezaba a trabajar a las siete, dejando que Kasia fuera sola al colegio, y por las noches no llegaba a casa hasta las ocho o las nueve, encontrándose con una comida preparada en el microondas y una hija que se había encerrado en su habitación, dejándole el televisor y el sofá para él solo. No había visto nada; pasaba las noches trabajando en el caso, repasando las notas del equipo del día, gestionando todas las pesadillas administrativas y las partes molestas del papel de inspector que le habían asignado. Todo esto había significado que no había tiempo para que Abigail viniera. Ni por las tardes, ni por las noches. No podía recordar cuándo fue la última vez que se habían enviado mensajes. Y cuando lo habían hecho, solo habían sido breves, conversaciones triviales, casi platónicas. Tomek sabía lo que eso significaba en la sociedad actual, constantemente conectada: que sus días como pareja estaban contados. Que su relación estaba llegando gradualmente a su fin. Y pensar que esto había ocurrido solo unas semanas después de haberla presentado a su madre. Que su madre la había aprobado y hablado muy bien de ella, y sin embargo, él no había sido capaz de seguir adelante. ¿Había algo fundamentalmente mal en él? ¿O simplemente era incapaz de amar? Había librado esa batalla solo en la cama por las noches. Al final, había decidido que no era digno de

amor, que era un idiota, un idiota inmaduro e infantil que siempre desperdiciaba algo bueno. Un idiota infantil que siempre se asustaba a la primera señal de problemas, porque, en los últimos días, los pensamientos sobre Rose Whitaker habían entrado frecuentemente en su mente. Su sonrisa, su forma de vestir, sus gestos. La manera en que se controlaba. En varias ocasiones, había luchado contra el impulso de pasar por la joyería solo para mantener una conversación innecesaria, solo para ver su rostro. No lo había hecho porque, por lo que sabía, él y Abigail seguían siendo novios, y sería el peor tipo de traición. No era lo que ella merecía. Había cometido ese error en el pasado, y no estaba dispuesto a repetirlo.

Pero ahora mismo, todo lo que Tomek podía pensar eran los números, los presupuestos, los hechos y cifras que había memorizado para esta reunión. Había estado en el calendario toda la semana. Lo último del viernes. Así que había tenido mucho tiempo para prepararse. Lo que significaba que las expectativas puestas en él serían aún mayores.

Tomek esperó fuera del despacho de Nick, atento a la llamada. Cuando llegó, puso una mano nerviosa en el pomo y entró. Luciendo una de las sonrisas más falsas que jamás había esbozado, asintió a Nick y Victoria y se sentó frente a ellos.

—Gracias por venir —comenzó Nick. Echó un rápido vistazo de reojo a la hora en el monitor de su ordenador y añadió—: Y con un par de minutos de antelación, además. El antiguo Tomek lo habría hecho al revés. Estoy impresionado.

—Bendita tecnología moderna y sistemas de alarma —respondió Tomek—. Me imagino que en tu época tenías que esperar a que el sol y la luna se cruzaran antes de saber qué hora era, ¿verdad?

—Casi —contestó Nick—. Era el sol, la luna y Ur-an-ano... perdón, quiero decir, eres un gilipollas.

Tomek le apuntó con un dedo convertido en pistola, acompañándolo con un pequeño guiño. —Touché.

Antes de que pudieran continuar con su broma ligeramente inmadura, Victoria interrumpió aclarándose la garganta. Les lanzó a cada uno una mirada de reprimenda, como una madre desaprobadora, y dijo: —¿Has preparado todo lo que te pedimos?

—Solo hay una manera de averiguarlo.

—Bien. Entonces ponlos al día.

Directo a la yugular. Sin rodeos.

Ahora es momento de hundirse o nadar, colega.

—Esta semana Rachel y yo hablamos con un hombre llamado Micky Tatton, el propietario de Melback Manor y el organizador de Las Noches de...

—Ah, sí. Escuché sobre esto por parte de Chey —interrumpió Nick—. El lugar que tiene las pequeñas fiestas sexuales.

—*Grandes* fiestas sexuales, si lo que nos contaron es cierto.

—También me entero de que te has conseguido una invitación.

—Con fines laborales...

—No diría que eso califica para horas extras, ¿verdad, Victoria?

La inspectora sonrió maliciosamente. —En absoluto.

—Exactamente lo que pensaba. Parece que habrá más diversión que investigación.

—Señor...

Nick levantó una mano para detenerlo. —Solo recuerda comportarte, Tomek. Estás representando a la policía cuando vayas a esta... orgía.

Tomek abrió la boca para luchar contra la decisión, pero rápidamente se dio cuenta de su derrota.

—Como iba diciendo, vamos a asistir a una de Las Noches de Edén esta noche. Nuestro objetivo es hablar con alguien a quien hemos apodado "El Hombre Burro". No sabemos qué aspecto tiene, ni nada más sobre él, excepto que va a estas cosas usando una máscara de burro. Esperemos que no esté dotado como uno. Esperamos ver qué puede decirnos sobre sus encuentros sexuales con Angelica.

—Pervertido —dijo Nick a la ligera. Luego, más serio, añadió—: ¿Y crees que esta persona podría haber tenido algo que ver con el asesinato de Angelica?

Tomek dudó. —Estamos manteniendo nuestras opciones abiertas. Por lo que hemos podido discernir, Angelica Whitaker no era ajena al sexo, lo que enturbia un poco las aguas en lo que respecta a su embarazo. Pero según nuestras conversaciones con Cole Thompson,

uno de sus actuales compañeros sexuales, ella siempre se aseguraba de que él usara preservativo. Solo podemos suponer que esta regla se extendía a las personas aleatorias que recogía en sus salidas nocturnas. El único caso en que esto no es así es en Las Noches de Edén. Según el propietario, la mitad de los preservativos están perforados, la otra mitad no, por lo que es muy posible que El Hombre Burro sea el padre del hijo nonato de Angelica, y existe toda la posibilidad de que ella se lo dijera la noche que murió y él la matara.

Nick asintió pensativo. Tomek creyó ver una onza de orgullo en la expresión del comisario jefe. —Entendido. Continúa.

Tomek hizo lo que le ordenaron. —También esta semana, el equipo ha estado entrevistando al resto de amigos y colegas de Angelica. Han tomado más de treinta declaraciones de testigos y comprobado varias coartadas con el objetivo de hacer más durante el fin de semana y principios de la semana que viene. Los adolescentes que descubrieron el cuerpo se han presentado y nos han dado relatos detallados de lo que hicieron y lo que vieron. Los pobres diablos se llevaron el susto de sus vidas. Con suerte, lo pensarán dos veces antes de volver a allanar una propiedad. El análisis del candado que fue roto para entrar en la iglesia ha llegado, y hasta que podamos encontrar los cortadores que se usaron para hacerlo, no hay mucho que podamos seguir desde ahí. El análisis de sangre también llegó: encontraron Rohypnol en su sangre, por lo que creemos que Adam Egglington, el tipo con el que estaba bailando en el club la noche que murió, tuvo éxito al poner algo en su bebida. En cuanto a la ropa y el teléfono de Angelica, siguen sin aparecer. En cada oportunidad que tenemos, los buscamos en las casas de los sospechosos con las órdenes de registro necesarias. Hemos realizado varias rondas de análisis forense en algunos de los cabellos y fibras encontradas en la escena del crimen, pero hasta ahora nada ha dado resultado con un grado de éxito considerable. Los cabellos que se descubrieron resultaron provenir del pincel usado para pintar las alas de ángel. Sigo insistiendo en más análisis forense sobre los elementos que se recogieron en la escena.

—¿Por qué? —espetó Victoria.

—Porque creo que debe haber algo ahí. El asesino debe haber dejado un rastro.

—¿Y qué hay del presupuesto? No te queda mucho con lo que jugar, y las continuas rondas de examen forense van a abrir un agujero bastante grande en un presupuesto bastante pequeño.

Tomek se encogió de hombros, luego continuó con su explicación. —Además, Chey, mientras tanto, ha estado analizando las grabaciones de CCTV de los alrededores de la Iglesia Metodista de Park Road. Varios vecinos se han presentado con grabaciones de seguridad doméstica de la noche en que Angelica fue asesinada, pero hasta ahora no ha surgido nada concreto. Anticipamos que fue asesinada entre las dos y las cuatro de la madrugada, y luego fue dejada en la iglesia poco después. Creemos que el asesino podría haber estado apurando el tiempo con la pintura de las alas antes de que comenzara a amanecer y la gente empezara a despertarse para ir al trabajo, pero independientemente, pudieron entrar y salir sin ser detectados. Además de todo eso, Chey ha estado mirando grabaciones en la zona circundante y a lo largo de las carreteras principales en ese momento. Afortunadamente, eran las primeras horas de la mañana, por lo que esperamos poder encontrar uno o dos coches que podrían haber estado en las mismas carreteras que siguieron el trayecto desde la casa de Angelica hasta la escena del crimen. Pero hasta ahora no ha surgido nada.

Victoria abrió la boca para hablar, pero Tomek la interrumpió.

—Además, Chey ha estado profundizando en las cuentas de redes sociales de Angelica, tomando nota de todos los nombres de aquellos que solían comentar en sus publicaciones y cualquiera que le enviara mensajes en línea, a través de todas sus cuentas. También encontramos una cuenta de Tinder y Hinge, que hemos empezado a examinar. Habló con muchos hombres en los últimos meses, pero hasta ahora, ninguno de ellos nos llama la atención. Pero si algo cambia, Chey será el primero en saberlo.

—Chey ha estado ocupado —comentó Victoria secamente. Después de sus últimos comentarios sobre el agente, Tomek se lo había tomado como algo personal y decidió defender a su miembro

del equipo tanto como fuera posible. Ahora ella no tenía donde apoyarse si decidía lanzar otro ataque contra el joven detective.

—No más ocupado de lo habitual.

Tomek notó la risita que se escapó de los labios de Nick. Impidió que se escapara más preguntando: —¿Tenéis algún sospechoso?

—Algunos.

—¿Quiénes?

Tomek los enumeró: Shawn Wilkins, el acosador que se había excedido en varias ocasiones; Cole Thompson, el amigo con beneficios y posible padre de su hijo, cuya coartada se agotaba después de la una de la madrugada; Micky Tatton y El Hombre Burro. Tomek tenía otros sospechosos flotando en su mente, pero decidió mantenerlos en silencio por ahora. Se basaban únicamente en la intuición y una sensación profunda en su estómago. Señaló que, si pudieran encontrar algún ADN en la escena, podría responder a su pregunta más definitivamente.

—¿Y en caso de que no encuentres ningún ADN, entonces qué? —dijo Victoria—. Necesitas tener un plan B. Cuéntame lo que crees que le pasó. ¿Cuál es tu hipótesis?

Tomek se removió en su asiento. Se había preparado para esto, lo había ensayado. —Angelica Whitaker salió con sus amigos. Cuatro en total. Estaban en Memo en Southend, donde bailaba con Adam Egglington. A la una y cuarto de la madrugada, ella y sus amigos se fueron a casa. Ella fue la primera en ser dejada a la una y veintiocho, luego, un poco menos de veinticinco minutos después, fue recogida en un coche. Aproximadamente al mismo tiempo, su teléfono fue apagado. No sabemos por qué. O se hizo manualmente o se había quedado sin batería. Nos hemos puesto en contacto con su proveedor para obtener los registros de llamadas o los últimos mensajes que envió, pero no tienen información para nosotros sobre con quién estaba contactando. Creemos que podría haber estado usando WhatsApp porque no hay registro de ningún mensaje enviado en sus cuentas de redes sociales. Y para complicar las cosas, no tiene un portátil, solo un iPad sin la aplicación, así que no hay manera de acceder a su cuenta de WhatsApp sin acceso a su teléfono. En fin, poco después de ser recogida, fue llevada a algún

lugar, asesinada, violada, afeitada, limpiada, drenada y luego fue transportada a la iglesia, donde su sangre fue utilizada para pintar alas de ángel detrás de ella.

Nick y Victoria asintieron educadamente, tomando notas en sus libros mientras él hablaba.

—¿Qué tipo de persona hizo esto? ¿Tienes una respuesta para eso ya? ¿Crees que fue aleatorio o alguien que ella conocía?

Esa pregunta en particular se había quedado con él desde su primera reunión. De todas, había desmenuzado esa desde todos los ángulos imaginables, y ahora estaba preparado para dar su opinión con un grado bastante alto de certeza.

—Creo que es alguien que conocía a Angelica. Alguien que la conocía muy bien, íntimamente. Alguien que la *adoraba*. Se tomaron tanto tiempo limpiando y preparando su cuerpo que esto fue cuidadosamente planeado. Habrían necesitado un lugar para hacerlo en silencio y sin amenaza de interrupción, y crucialmente, habrían necesitado saber que ella fue bautizada allí. No creo que sea un detalle que debamos pasar por alto. Pero tengan la seguridad de que estamos explorando todas las posibilidades y trabajando sin descanso para descubrir quién hizo esto.

—Excelente. Gracias por eso —respondió Victoria, sin emoción. Tomek se sorprendió por lo tajante que fue. Quizás había sido ingenuo al pensar que podría acariciar su ego y darle una palmadita en la espalda por un trabajo bien hecho hasta ahora.

—¿Cómo estamos con los presupuestos? —preguntó, volviendo a su pregunta anterior.

Se lo dijo.

—Muy bien —dijo—. Creo que eso es todo por mi parte. Nick, ¿alguna pregunta?

El comisario jefe negó con la cabeza, así que Tomek se arrastró fuera de la silla y salió de la habitación. Mientras cerraba la puerta tras él, vio a Chey saliendo de la cocina, con una taza de té en la mano. Tan pronto como cruzó miradas con Tomek, una sonrisa infantil explotó en su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomek, sintiéndose de repente abatido y derrotado.

—¿Estás deseando que llegue tu fiesta sexual de esta noche?

—No voy allí para tener sexo, Chey.

—Esta noche no, no lo harás. Pero eso no quiere decir que no puedas ir allí el mes que viene a título *personal*.

Tomek no había considerado eso. Quizás lo haría.

—Solo asegúrate de llevar el mismo disfraz, para que la gente te reconozca.

—¿Qué has dicho?

—Tu disfraz. Asegúrate de llevar el mismo para que la gente sepa quién eres. —Chey miró a los ojos de Tomek, y después de unos momentos, dijo—: *Tienes* un disfraz para esta noche, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—¡Joder! Lo olvidé por completo. ¿Podrías conseguirme uno?

—Absolutamente no. De ninguna manera.

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó su cartera. Extrajo un puñado de billetes. —Aquí tienes cincuenta libras —dijo.

—¿Cuántos años tienes? ¿Quién tiene efectivo hoy en día? Todo está en tu móvil o en contactless.

Tomek ignoró el comentario. —Llévalos a la tienda de disfraces más cercana y consígueme uno. Por favor. No tengo tiempo para salir antes de la cita.

Chey examinó el dinero en las manos de Tomek. Al principio estaba dudoso, vacilante, pero luego la emoción se impuso rápidamente. Arrebató el dinero de Tomek y dijo: —¿Me quedo con el cambio?

—Vale.

—¡Genial! Déjalo en mis manos. Voy a conseguirte el mejor disfraz de todos.

Y con eso, el joven agarró su abrigo y las llaves del coche y salió rápidamente de la habitación. No fue hasta que la lenta puerta de la sala de incidentes finalmente se cerró que Tomek se dio cuenta de que acababa de dar cincuenta libras y la instrucción de encontrar un disfraz a la peor persona posible: un inmaduro de veinticinco años. Era como darle un arma de fuego a un bebé.

No era una buena idea.

Antes de que pudiera pensar en ello durante demasiado tiempo, su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó y vio quién llamaba: Abigail.

La primera vez en casi una semana.

Muy propio de ella, pensó, dar el primer paso. Lo admiraba y respetaba.

—Hola —respondió.

—Hola. —Su voz era incómoda, fría.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

—No mal. Ocupado.

—Igual.

—Sí.

—Así que... —comenzó ella—. ¿Tienes... estaba pensando, qué vas a hacer esta noche? Pensé que quizás podría ir a tu casa, podríamos cocinar un chile o unas fajitas, ver algo en la televisión y tal vez hablar sobre lo que pasó...

La vacilación y el miedo en su voz eran tangibles, como si estuviera aferrándose a cada palabra suya, y por cada segundo que pasaba, cada segundo que él no respondía, su agarre gradualmente se debilitaba y debilitaba.

—Abs… —comenzó—. Me encantaría, pero...

—Está bien. Lo entiendo.

—Tengo algo de trabajo. De lo contrario yo...

—Sí. No, lo entiendo. Yo... —Contuvo un sollozo en su garganta —. Quizás en otra ocasión.

—Sí. Quizás en otra ocasión.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

Tomek nunca había querido hacer daño a alguien en su vida más de lo que quería hacerle daño a Chey por lo que había hecho. El equipo, del que solo quedaban unos pocos en ese momento —por suerte—, había estallado en carcajadas en cuanto vieron el atuendo que el joven agente había elegido para Tomek. El cabroncete había esperado hasta el último minuto antes de dárselo, dejando a Tomek sin otra opción que ponérselo. Había hecho muchas tonterías en su vida, la mayoría cuando tenía veintitantos años, cuando era joven, ingenuo y temerario, y no le importaba lo que nadie pensara de él. Pero ahora, con más de cuarenta años, nunca se había sentido más cohibido que cuando metió el coche en la extensa finca de Melback Manor. El sonido de la grava crujiendo bajo los neumáticos era el segundo ruido más fuerte en el coche, después de las insoportables risitas de Rachel.

—O te callas o doy media vuelta y nos volvemos a casa —le dijo.

—Sí, señor, lo siento, señor —respondió Rachel antes de estallar en otro ataque de risa.

Pero antes de que Tomek pudiera responder, o incluso pensar en dar la vuelta con el vehículo, un hombre con traje a medida y máscara Volto se acercó a ellos, con las manos a la espalda. Esperó pacientemente a que Tomek bajara la ventanilla.

—Sus llaves, señor —dijo el hombre, fingiendo un leve acento italiano.

—¿Hay un puto aparcacoches?

—Sí, señor. Podrá recoger sus llaves al final de la noche.

Tomek suspiró.

—Déjame adivinar, ¿tengo que buscarlas en el fondo de una pecera?

—Sí, señor.

—Genial.

El hombre abrió la puerta del coche para Tomek y dio un paso atrás, manteniendo los brazos educadamente detrás de la espalda. A Tomek no le quedaba otra opción. No le gustaba la idea de dejar su coche en medio de una finca rural sin acceso inmediato a sus llaves, pero rápidamente se dio cuenta de que iba a tener que sumergirse por completo en la experiencia, le gustara o no. A regañadientes, salió del coche, entregó las llaves y observó cómo el hombre se alejaba con su coche en la oscuridad, doblando la esquina de la finca.

—Lo recuperarás —dijo Rachel al unirse a su lado—. Justo después de que se dé una vuelta con él.

—Qué graciosa.

—Espero que tengas algo de dinero para la propina.

Tomek se miró, señalando su atuendo.

—¿Dónde coño voy a llevar suelto?

—En ningún lugar que quiera conocer.

Rachel pasó junto a él y se dirigió hacia la entrada. Junto a la puerta principal, habían colocado dos calentadores de llama metálicos para mantener a los invitados calientes a su llegada; grandes arbustos perfectamente cuidados estaban situados junto a las columnas de piedra, y se había dispuesto una silla en el patio de piedra. Una mujer ya estaba sentada allí, en el borde, inclinada hacia delante con ansiedad. Iba vestida con un atuendo negro de funeral, con una base de sombrero sinamay de ala ancha y un tocado en la cabeza, su rostro cubierto por un velo de encaje negro que distorsionaba cuidadosamente sus rasgos. La excitación de la mujer creció a medida que se acercaban.

Eran poco más de las siete de la tarde. Las Noches de Edén habían comenzado a las seis y media, y ya el sonido de las charlas,

conversaciones, risas y música —junto con algunos otros sonidos que Tomek intentaba ignorar— impregnaba el ambiente.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando? —preguntó Rachel a la mujer.

—Esa es una voz que no conozco —respondió ella seductoramente—. No la reconozco. ¿Primera vez?

A Tomek no le gustó la forma en que ella lo miró de arriba abajo con su disfraz.

—¿Se nota tanto? —preguntó Rachel.

—No es algo malo. Nos gusta la carne fresca. Especialmente tú... —La mujer asintió hacia la entrepierna de Tomek, al bulto en sus pantalones causado por la zona de la entrepierna de su atuendo, que apretaba y levantaba cosas en una posición increíblemente incómoda haciendo que pareciera que se había metido un par de calcetines ahí abajo. Cuando Tomek no dijo nada, la mujer añadió—: Bueno, ¿no vas a besarme la mano?

Tomek miró a Rachel. Rachel le devolvió la mirada. Había llegado el momento. La primera parte del ritual. Tenían que tomar una decisión. ¿Quién sería el primero?

—No lo voy a hacer —dijo Tomek a Rachel.

—¿Prefieres besar mi mano?

—Eso podría ser raro. Pero de cualquier manera, uno de nosotros tendrá que besar al otro...

—¿Qué tal si os lo pongo fácil a los dos? —La mujer se acercó a Tomek y extendió su mano, moviendo los dedos frente a su cara. Durante un largo momento, Tomek observó sus uñas. Eran de color rojo fuego, con pequeños brillos en las puntas e impecables, como si se las acabaran de hacer unas horas antes.

Cerrando los ojos, Tomek tomó la gélida mano de la mujer, la sostuvo en la suya y luego la besó.

—Ahí tienes —dijo ella, bajándola suavemente—, no ha sido tan difícil, ¿verdad? Hay mucho más de donde vino eso dentro.

—Joder, qué vida la mía —susurró él mientras la mujer le guiñaba un ojo, les daba la espalda y se dirigía al interior, con su largo vestido negro persiguiéndola por el pasillo.

Tomek y Rachel se miraron con incredulidad. Todo lo que Micky les había contado —el ritual del beso, el ritual de la espera, el código de vestimenta— había sido cierto. Una parte de Tomek, una parte enorme, había esperado que todo fuera una estafa, alguna broma elaborada que Micky Tatton les estaría gastando, pero no lo era. Esto era muy real para un grupo de personas, personas que caminaban a su alrededor, por la calle, en el supermercado, personas que parecían inocentes por fuera pero que tenían una vida secreta, decadente y lasciva tras puertas cerradas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rachel—. Pareces disgustado.

—Pues claro que estoy disgustado, Rach. Llevo puesto un puto uniforme de policía americano que es al menos dos tallas más pequeño. Los pantalones con el trasero al aire se me están clavando en el culo *y* en la entrepierna, y ambos estarían casi completamente expuestos si no fuera por los pantalones cortos que me he puesto debajo. La parte superior es tan ajustada que apenas puedo respirar, y estoy bastante seguro de que los botones están diseñados para saltar con un solo tirón, lo que me hace creer que es el tipo de cosa que llevaría un stripper masculino. Llevo una puta gorra de policía pero una máscara de ladrón, lo que confunde totalmente el mensaje. Apenas puedo ver a través de las malditas rendijas, tengo un par de esposas de plástico clavándose en la cadera, y para colmo, tengo que llevar *esto*.

Tomek blandió la enorme porra policial que venía como parte del atuendo. Medía al menos sesenta centímetros y casi cinco centímetros de grosor en su punto más ancho. No solo era una molestia llevarla, sino que también era muy pesada, y a lo largo del lateral, grabadas en oro, estaban las palabras "Has sido traviesa".

—Voy a matarlo mañana cuando lo vea —siseó Tomek—. Voy a matarlo.

—Vio una oportunidad y la aprovechó. No puedes culparlo. Tú habrías hecho lo mismo.

Tomek lo habría hecho, por supuesto que sí. De hecho, probablemente habría hecho algo peor, mucho peor. Pero Rachel no necesitaba saberlo. Para ella era fácil. Ella había estado a cargo de su propio atuendo y parecía respetable vestida con un traje de

jockey negro y rosa, completado con botas de cuero hasta las rodillas, un látigo, una gorra plana y gafas sobre sus ojos. Le quedaba bien y le favorecía.

—Ahora tengo que besarte *yo* la mano —dijo ella.

—No, no tienes que hacerlo, creo que podemos...

Tomek iba a decir que podrían librarse de eso, que nadie estaría mirando. Pero Rachel no le dio la oportunidad de terminar. En cambio, se lanzó hacia él, agarró su mano y besó el dorso. Sus labios estaban húmedos, pegajosos por el brillo labial que brillaba bajo la luz del fuego.

Mientras Tomek retiraba su mano, dijo:

—Bueno, eso ha sido raro —Luego comenzó a frotar la zona de piel que ella acababa de besar.

—No tengo ninguna enfermedad, Tomek.

—Lo sé. Es solo que... Te está encantando todo esto, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Últimamente he necesitado algo de emoción en mi vida.

—Guárdatelo para la visita del mes que viene. Puedes venir tú sola. Esta noche tenemos trabajo que hacer.

—Sí, señor, lo siento, señor. ¿He sido traviesa, señor? —bromeó juguetonamente.

—Que te den —le dijo, y luego se giró lentamente hacia la entrada, hacia la música, hacia el sexo.

—¿Tienes miedo?

—No —dijo él—. Es solo que no tengo ni puta idea de qué esperar cuando cruce esa puerta.

Ella le dio una palmada en la espalda.

—Mantén la mente abierta. Recuerda, hay muchas cosas como esta que ocurren en el mundo. Más de lo que probablemente sabemos. Al final, habrás ampliado tu mente. Y, oye, quizás habrás aprendido una cosa o dos.

Tomek se volvió para mirarla.

—Estás enferma, ¿lo sabías?

Ella le empujó por la espalda.

—Vamos, entra ahí y explora el lugar. Yo estoy esperando a que mi dama caballero de brillante armadura venga a besarme la mano.

—Espero que sea un viejo arrugado sin dientes —le dijo.

Con eso, le dio la espalda, y antes de cruzar el umbral hacia lo desconocido, inspiró profundamente. Aguantó la respiración durante mucho tiempo, hasta que no pudo más, y luego la dejó salir lentamente por las fosas nasales. La tensión en sus hombros y parte superior de la espalda se redujo gradualmente.

Entonces, con una zancada larga, atravesó la puerta principal.

La entrada al edificio por la que había pasado solo unos días antes parecía cobrar vida nueva en la oscuridad. Velas adornaban las superficies, parpadeando en la suave brisa de marzo, emitiendo una abundancia de aromas que llenaban el aire con una fragancia suave y sutil. Las paredes y los muebles temblaban con las vibraciones de un bajo profundo que sonaba en lo más profundo del edificio. Tomek extendió una mano hacia la pared y sintió cómo vibraba a través de su piel, subiendo por su brazo hasta su pecho.

Pum. *Pum*. *Pum*.

O eso, o era su corazón palpitante atravesando su caja torácica.

Tras unos pasos, llegó al siguiente ritual. Estaba oculto detrás de una cortina de terciopelo púrpura, un gran plato de cristal que contenía una variedad de objetos. Hasta ahora, los invitados ya habían sacrificado un paquete de jamón, una cinta métrica, una bombilla, ropa interior, un calcetín solitario, un mini-USB, un lápiz y un medidor de proteínas en polvo, entre muchos otros objetos domésticos aleatorios. Tomek se sorprendió al darse cuenta de cuántas personas ya estaban dentro. Metió la mano en el pequeño bolsillo del pecho de su atuendo y sacó su sacrificio: un abrebotellas. Uno roto que había encontrado en la cocina de la oficina. Lo colocó en el cuenco, luego se limpió las manos en la parte superior antes de pasar a través de otra cortina. Allí, sentado en una pequeña mesa de bar, estaba el cerdo disecado.

—Me cago en la puta —dijo mientras miraba al pobre animal. Imágenes de unas semanas atrás destellaron en su mente. Había quedado atrapado en medio de un corral de cerdos en una granja, rodeado por siete bestias gigantes mientras devoraban un cuerpo humano. Tomek había tratado de salvarlo, pero casi había estado cerca de la muerte él mismo. No había pensado en bacon o carne

roja desde entonces, y ahora un recordatorio de esa noche lo estaba mirando a la cara. Para empeorarlo, ahora tenía que besarlo.

Antes de hacerlo, inspeccionó la pequeña sección de la habitación. Fue entonces cuando notó la cámara de seguridad en la esquina del techo, enfocada hacia él, con una luz roja parpadeando en la cúpula negra. El pervertido enfermo, pensó Tomek, mirándonos mientras hacemos esta mierda. A regañadientes, dándose cuenta de que seguía sin tener otra opción, Tomek se inclinó y besó al animal en el lomo. Su piel y pelaje eran ásperos contra su piel, y estaba seguro de que un pelo se le quedó atrapado entre los labios.

Se tomó un momento para componerse y prepararse para lo que había más allá de la siguiente cortina. A estas alturas, el olor suave y reconfortante de las velas había desaparecido y había sido reemplazado por el olor a decadencia, sudor y perfume.

—A la mierda. Allá vamos.

Con cautela, apartó la cortina de terciopelo con una mano y pasó a través de ella. Una vez al otro lado, el sonido de la música aumentó diez veces. Era como entrar en otro edificio, palpitante, pulsante. Entró en medio de un pasillo. Un pequeño letrero inmediatamente frente a él ofrecía dos opciones: "La Sala" a la izquierda y "Las Salas" a la derecha. Tomek no necesitaba saber más para entender cuál era cuál. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, un gran cuadro colgado de la pared sobre la señalización llamó su atención.

—Se llama *El jardín de las delicias terrenales*.

La voz lo tomó por sorpresa. Se volvió para ver a Rachel detrás de él, emergiendo de la cortina.

—¿Cómo coño has pasado tan rápido?

—Alguien me ayudó.

—¿Ninguna dama con armadura brillante?

Ella negó con la cabeza, decepcionada.

—Solo un tipo con un disfraz de cono de tráfico.

Tomek reprimió una risita, luego se volvió hacia el cuadro en la pared.

—¿Eres aficionada al arte?

—No. Simplemente *sé* de arte, eso es todo. De la misma manera que *tú* podrías saber arreglar inodoros, *yo* sé de arte.

—Sexista. Podrías haber supuesto que yo sabría de jardinería, o de maquillaje.

—¿Ahora quién es el sexista?

Tomek la empujó suavemente en el hombro, luego señaló el cuadro.

—Venga, cuéntame. *El jardín de las delicias terrenales*...

—De un tipo llamado Hieronymus Bosch en el siglo dieciséis. Se llama tríptico, lo que significa que está dividido en tres secciones. En este, cada sección representa un paso más cerca del infierno. A la izquierda está el Jardín del Edén, donde todo es puro y limpio. Luego tienes *El jardín de las delicias terrenales*, donde todos están desnudos y parece que se están follando rodeados de un montón de frutas, y a la derecha tienes su representación del infierno, donde las cosas se vuelven un poco raras.

—Todo es un poco raro.

—Ha habido mucho debate académico sobre si el panel central es una advertencia moral o una representación del paraíso perdido. —La voz era un barítono profundo. Familiar. Entonces apareció una figura, vistiendo un atuendo de alcalde, completo con cadenas y una capa sobre sus hombros. En su cabeza, llevaba un sombrero renacentista italiano con una máscara facial de Arlecchino sobre los ojos. Tomek lo reconoció inmediatamente—. Personalmente, creo que es lo segundo, un reflejo del paraíso, del disfrute, del espíritu libre, de la capacidad de hacer cosas sin retribución. Fue la inspiración detrás de Las Noches de Edén, y estoy muy orgulloso de tener este cuadro aquí. Siempre capta la atención de nuestros recién llegados. Angélica estaba de pie en la misma posición que vosotros dos ahora, contemplándolo con asombro, haciendo las mismas preguntas.

—¿Y qué tenía ella que decir?

—A ella también le pareció delicioso. —Micky Tatton se colocó frente a ellos, bloqueando la vista de Tomek del cuadro extraño pero igualmente cautivador—. ¿Habéis encontrado lo que buscabais?

—Acabamos de llegar —respondió Rachel con demasiada emoción en su voz para el gusto de Tomek.

—Excelente, entonces tenéis toda la noche para familiarizaros con nuestras actividades. Por favor, sentíos libres de soltaros aquí. No hay juicio, y todo nuestro personal está obligado a firmar un acuerdo de confidencialidad también. Nadie más que las personas que veis esta noche sabrá lo que ocurre.

—¿No necesitas que firmemos uno?

Micky negó con la cabeza.

—Dados vuestros puestos, no creo que sea necesario. —Cuando empezó a marcharse, se detuvo e hizo un medio giro—. Ah, y por cierto, me encanta el atuendo. Puedo decir que vas a ser un éxito con muchos de nuestros invitados.

Tomek sintió que se le formaba un nudo en el estómago y una subida de sangre a su miembro. Todo era muy confuso.

Un momento después, Micky Tatton se había ido. Ahora que eso estaba fuera del camino, podían comenzar. El único problema era elegir una sala. Izquierda o derecha. Al final, después de una breve discusión, se decidieron por La Sala. Izquierda. Tomek ya había imaginado lo que les esperaba, pero no era nada parecido a la realidad. Tomek nunca había visto tanta piel desnuda y genitales —y más preocupante, *jamón*— en su vida. La sala en la que acababan de entrar era el salón de bodas donde los recién casados debían disfrutar de los días más felices de sus vidas. Pero en lugar de dos parejas de pie tomadas de la mano en la cabecera de la sala, estaba llena de dos docenas de personas actualmente fornicando y penetrándose mutuamente. Había media docena de sofás de terciopelo suave, tres camas de agua, y un par de pufs y sillones. Las luces estaban atenuadas, y no había ni una sola vela a la vista, presumiblemente por razones de seguridad. Ante ellos, los cuerpos estaban entrelazados unos con otros, parejas, tríos, cuartetos teniendo sexo, posados en las camas, sobre los sillones, contra la pared. No quedaba ni un solo espacio libre. Era como mirar una escena de *Juego de Tronos*. Tomek no sabía dónde mirar, y durante un largo momento, se quedó perfectamente quieto, incapaz de apartar la mirada de un hombre de unos cincuenta años de pie

detrás de otro hombre, inclinado sobre el brazo de un sofá. Mientras tanto, en los bordes de la sala, hombres de pie con erecciones se masturbaban con las escenas. Los rostros de todos dentro de la sala estaban cubiertos. Las máscaras iban desde una máscara del Zorro hasta una máscara de esquí, hasta una bolsa de papel que había sido recortada en los ojos y la boca. Pero sin importar dónde mirara, cuando finalmente pudo apartar la vista del acto homosexual que ocurría justo frente a él, no pudo ver a nadie con una máscara de burro.

—Joder... —susurró.

—Hola, guapo —dijo una voz a su lado. La figura —una mujer, definitivamente una mujer, desnuda, con una mascarilla médica y un sombrero de enfermera de tiempos de guerra con una gran Cruz Roja— comenzó a tocarlo en el hombro, bajando por su brazo. Un segundo después, llegó a su porra y la inspeccionó—. ¿He sido una chica traviesa? Quizás deberías castigarme en una de las habitaciones más pequeñas. ¿Te gustaría eso?

—Ah, joder.

Tomek se sintió rápidamente fuera de su elemento. Tenía a una mujer extremadamente atractiva justo delante de él, y todo lo que podía pensar era en los hombres masturbándose, tocándose mientras miraban.

—Rachel... Ayuda...

De inmediato, Rachel se interpuso entre él y besó a la mujer, fuerte y en los labios.

—Él está ocupado por el momento, cariño —dijo mientras se apartaba—, pero quizás cuando haya terminado con él, ¿qué tal si tú y yo nos divertimos juntas?

La mujer se mostró visiblemente desanimada al escuchar que Tomek estaba fuera del mercado, pero eufórica ante la perspectiva de pasar algún tiempo con Rachel después, aunque no iba a suceder. En silencio, la mujer se escabulló, y Tomek dio las gracias a Rachel por acudir a su rescate.

A su izquierda había un pequeño pasillo que conducía a un bar. Cruzaron la entrada y pidieron una bebida sin alcohol cada uno: Coca-Cola para Tomek, limonada para Rachel. A su lado, en un sofá

cercano, había dos hombres haciendo líneas de cocaína en el estómago del otro, como si fuera un chupito de vodka y estuvieran en alguna isla de fiesta en medio del Mediterráneo. Uno de ellos aspiró con fuerza y miró a Tomek, con la nariz y la boca cubiertas de polvo blanco.

—¿Queréis uniros?

Tomek retrocedió ante el comentario del hombre y lo observó frotarse la nariz durante unos segundos antes de responder.

—No es lo nuestro, gracias. ¿De dónde la has sacado?

—TPTD. Trae tus propias drogas —respondió el hombre, luego volvió a su cocaína, esta vez haciendo una línea desde las nalgas del otro hombre.

—Supongo que eso no lo hace ilegal —susurró Rachel en su oído.

—Aunque lo fuera, probablemente no podríamos detenerlos. Imagina la cantidad de carne desnuda que saldría corriendo de aquí si lo hiciéramos. Tendríamos que desinfectar todo en la comisaría, y aun así no creo que nunca lo consiguiéramos limpiar.

—Mientras nadie haga una protesta sucia —añadió Rachel.

Una vez que recibieron sus bebidas, regresaron a la orgía. A los pocos segundos de su regreso, un hombre se les acercó, completamente desnudo, con un sombrero de piloto y un par de gafas de esquí tintadas sobre los ojos. Tenía sobrepeso, con brazos increíblemente peludos y el pecho de un oso.

—¿Todo bien, preciosa? —le dijo a Rachel—. No te reconozco.

Tan pronto como Tomek se dio cuenta de que él no era el objetivo, dio un paso atrás, bebiendo tranquilamente su bebida.

—Tomek... —dijo Rachel, extendiendo una mano hacia él—. Tomek...

—No sé a quién le hablas.

—¿Es tu primera vez aquí, preciosa? —insistió el hombre.

—Estoy con él —dijo Rachel, agarrando a Tomek y acercándolo.

—No, no lo estamos.

—*Sí*, lo estamos.

—Eso está bien —dijo el hombre—. Puedes montarme como a un caballo todo lo que quieras, aun así no te morderé.

—No, gracias —insistió Rachel. Luego añadió educadamente—: Quizás en otra ocasión.

A regañadientes, el hombre se alejó arrastrando los pies, con los hombros caídos, claramente molesto por el rechazo. Una vez que estuvo fuera del alcance del oído, Rachel bajó a Tomek hasta la altura de sus ojos.

—¿A qué ha venido eso? Yo acudí a tu rescate cuando *tú* lo necesitabas.

Tomek negó con la cabeza.

—No voy a besar a ningún hombre en los labios.

—Cobarde —siseó ella.

Pero antes de que pudiera responder, algo captó la atención de Tomek. Una figura. Desnuda del cuello para abajo, sin llevar nada más que una máscara de burro de silicona cubriendo su cara. Desconcertado, Tomek golpeó repetidamente a Rachel en el brazo hasta que captó su atención.

—Ve tú —dijo él.

—¿Por qué yo?

—Porque eres una chica, y la última vez que comprobé, él había estado acostándose con Angélica, que también era una chica.

—Gracias por la lección de biología —dijo ella enfadada, antes de dejar su vaso de plástico (también presumiblemente por razones de seguridad) en el brazo del sofá y dirigirse hacia El Hombre Burro. Mientras tanto, Tomek la siguió lentamente, manteniéndose atrás y observando desde lejos, con cuidado de no acercarse demasiado.

—Hola —dijo Rachel.

El hombre la miró.

—Hola, ¿qué tal estás? —respondió con un suave acento francés.

—¿Te apetece ir a una sala privada?

—Claro.

Era así de fácil. Pide y recibirás. Sin preliminares, sin presentaciones, solo, "¿Quieres follar?" "¡Sí!" "Excelente, por aquí".

—¿Te importa que se una mi amigo? —preguntó ella, señalando a Tomek.

—Eh...

—Genial.

Sin esperar una respuesta, Rachel agarró a Tomek por el brazo, y lo arrastró fuera de la sala y hacia el pasillo. A medida que se acercaban a las habitaciones individuales en el otro lado de la mansión, el sonido del sexo se hacía cada vez más fuerte. Mujeres y hombres gritando a pleno pulmón, cabeceros de cama y otros objetos golpeando contra las paredes. Afortunadamente, encontraron una habitación vacía al final del pasillo, y Tomek cerró la puerta tras él. Dentro, la habitación estaba silenciosa, tranquila. En el centro había una cama con dosel con un puñado de juguetes sexuales —dildos, látigos, estribos, cadenas— dispuestos en la superficie. Tomek no quería saber si se habían usado o no, no quería acercarse a ellos. Esta era una simple habitación de hotel que se había convertido en un calabozo sexual, y nunca más quería alojarse en un hotel.

Entonces El Hombre Burro dio una palmada, sacando a Tomek de su ensueño.

—Muy bien entonces. ¿Empezamos?

La voz de Rachel se volvió autoritaria.

—En realidad, no. Preferiríamos no hacerlo, gracias. Nos preguntábamos si podríamos hacerte algunas preguntas sobre tu reciente relación con Angélica Whitaker.

—¿Qué? ¿De qué estáis hablando?

—Angélica Whitaker.

—¿Quiénes sois?

Rachel metió la mano en su sujetador y sacó su placa policial.

El hombre la inspeccionó, luego miró a Tomek con incredulidad.

—Esto no es solo un disfraz, tío —dijo Tomek, saludando vigorosamente.

Entonces El Hombre Burro se dio cuenta de repente de que estaba desnudo y se cubrió con las manos. Aunque ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho, la imagen —junto con muchas otras— estaba grabada en la mente de Tomek.

—¿De qué se trata esto? ¿Puedo... puedo ponerme algo de ropa?

—No es necesario —dijo Rachel—. No estoy interesada en nada de eso, ni él tampoco. ¿Cómo te llamas?

Todavía protegiendo su dignidad con las manos, el hombre se sentó en el borde de la cama.

—Florian. Florian Meunier. Yo...

—¿Qué nos puedes contar sobre Angélica Whitaker, Florian?

El hombre alcanzó la almohada más cercana y la colocó en su regazo.

—No sé quién es esa.

—Sí que lo sabes, pero probablemente la conozcas más por su atuendo que por su nombre. Una mujer que solía venir aquí siempre vestida de ángel. ¿Te suena?

Una mirada de reconocimiento cruzó el rostro de Florian.

—Sí, pero yo... no sabía que su nombre era Angélica.

—Bueno, ahora lo sabes. Y también hemos venido a decirte que está muerta.

—¿Muerta?

—Su cuerpo fue encontrado el otro día. Estaba embarazada. Entendemos que te has acostado con ella en múltiples ocasiones. ¿Es eso correcto?

La mirada de Florian cayó hacia la alfombra de pelo largo en el suelo mientras se perdía en pensamientos profundos.

—Sí. Sí, nos acostamos.

—¿Puedes decirnos cuántas veces?

—Cuatro. Quizás cinco.

—¿Y usaste los condones de fuera? Algunos perforados, algunos no.

—Sí... Sí, pero nunca pensé que *esto* sucedería.

—¿Qué parte? ¿Que la mataran o que quedara embarazada? —preguntó Rachel.

—¿*Matarla*? Nunca dijiste que la habían matado. No pensáis... no pensáis que yo tuve algo que ver, ¿verdad?

Tomek tomó eso como su señal para intervenir.

—Eso está por verse —dijo—. ¿Entonces Angélica nunca te dijo que estaba embarazada, o que podría ser tuyo?

El hombre parecía conmocionado.

—No. Nada.

—¿Alguna vez pasaste la noche con alguien más? ¿Alguna vez la viste entrar en una habitación con otra persona?

Florian negó con la cabeza.

—Solo conmigo. Pero... —Dudó—. También tuvimos un trío una vez, pero eso... eso fue con otra mujer.

Los ojos de Tomek cayeron sobre el dildo con arnés en la cabecera de la cama.

—¿Has hablado alguna vez con Angélica fuera de este ambiente? —preguntó.

—No.

—¿Nunca le enviaste mensajes en línea o en redes sociales?

Otra negación con la cabeza.

—¿Estarías dispuesto a venir a la comisaría para que podamos discutir esto con más detalle?

—Por... por supuesto.

—¿Mañana?

Después de unos segundos de procesamiento, Florian finalmente respondió que sí, luego procedió a darle a Rachel sus datos de contacto. Justo antes de dejarlo solo con sus pensamientos, ella colocó una mano en su hombro, le agradeció su tiempo, y luego siguió a Tomek fuera de la habitación. Juntos se dirigieron hacia la salida. Afuera, Tomek encontró al aparcacoches, buscó entre el recipiente sus llaves del coche, y luego esperó a que el hombre lo trajera.

El aparcacoches llegó un momento después. Tomek le dio las gracias, luego subió al asiento delantero. Mientras cerraba la puerta tras él, se volvió hacia Rachel y dijo:

—No debemos mencionar ni una palabra de esto a nadie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Tomek no deseaba nada más a la mañana siguiente que borrar la sonrisita arrogante de la cara de Chey. El joven de veinticinco años parecía como si acabara de ganar la lotería. Y para empeorar las cosas, Tomek y Rachel habían llegado al mismo tiempo, dando la impresión de que habían pasado la noche juntos y estaban haciendo una versión policial de la marcha de la vergüenza.

—Así que... —dijo, reclinándose en su silla, mordisqueando el extremo de su bolígrafo, con su insoportable sonrisa aún visible—. ¿Qué tal fue?

—No empieces, joder —exclamó Tomek mientras dejaba caer su bolsa junto a su escritorio—. Tienes muchas disculpas que pedir.

—¿Por qué?

—*Ese* disfraz.

Chey estalló en carcajadas, su voz quebrándose a mitad, inundando la oficina. Eran los únicos tres allí, a primera hora de un sábado por la mañana. Pronto el lugar comenzaría a llenarse.

—¿Sacaste alguna foto? —preguntó el agente.

—Pervertido —replicó Rachel, seria al principio, pero luego su rostro se quebró y ambos estallaron en risas a costa de Tomek—. Posiblemente fue una de las cosas más divertidas que he visto nunca.

Tomek les hizo un corte de mangas a ambos. —¿Sabéis qué es más divertido? Cuando os ponga a los dos bajo evaluación de desempeño. ¿Quién se reirá entonces?

—Nada será más divertido que los recuerdos que tengo de anoche —comentó Rachel.

Percibiendo que estaban a punto de revelar todos los cotilleos, Chey se levantó de su silla y se apresuró a acercarse.

—Puedes quitar esa sonrisita de tu cara —le dijo Tomek—. No vamos a contarte nada.

—¡Venga ya! ¿No estarías un poco intrigado si estuvieras en mi lugar?

Sí. Sí que lo estaría.

—No —dijo Tomek—, porque tengo cierto respeto por la investigación. Si necesito saber algo, esperaré a que me lo digan.

Era una mentira fría y descarada, y todos lo sabían. Mientras Tomek se giraba para encender la pantalla de su ordenador, por el rabillo del ojo, vio a Rachel inclinarse hacia Chey y la oyó susurrar: —Tranquilo, tío. Te lo contaré todo más tarde.

—Y una mierda lo harás —espetó Tomek, girándose tan rápido que se mareó—. ¿Qué quieres saber? Llegamos, todos disfrazados, tuvimos que besarnos las manos, besamos a un cerdo, tomamos algunas copas, vimos mucho sexo, vimos muchos penes y vaginas, y luego hablamos con un sospechoso.

—¿Encontrasteis un sospechoso?

—Pues claro que sí, joder. No fuimos allí solo para ver de qué iba todo el alboroto.

Rachel resopló juguetonamente. —Habla por ti, sargento.

Tomek le echó una doble mirada, luego se volvió hacia Chey. —Vale. Bueno, *yo* fui allí por motivos de investigación. Si hubiera sabido que Rachel iba por otras razones, tal vez te habría llevado a ti en su lugar.

La cara del joven se iluminó.

—Sargento, vamos, piénsalo un segundo —imploró Rachel—. Él... veinticinco años... yendo *allí*. Sería como soltar un zorro en una granja de gallinas. Sería una puta masacre.

El ferviente asentimiento y la sonrisa en la cara de Chey confirmaron la analogía de Rachel.

—En ese caso, si tengo que volver, iré solo —dijo.

Chey y Rachel se miraron, intercambiando miradas. —Sí, claro, sargento. Por supuesto. Ya vemos por dónde vas.

Tomek suspiró y puso los ojos en blanco. —Comportaos. No seáis tan infantiles. —Estaba ansioso por alejar la conversación de sí mismo, Rachel y The Nights of Eden, así que preguntó—: De todos modos, ¿qué hiciste tú con tu viernes noche, joven Chey? ¿Llorar hasta quedarte dormido porque te perdiste todo?

—No, en realidad. Mientras vosotros dos cumplíais vuestras fantasías en vuestra pequeña fiesta sexual anoche, yo estaba teniendo mi propia fiestecita explorando el Instagram de Angelica.

Tomek lo miró, preocupado. —Eso es igualmente extraño, tío.

La expresión de Chey decayó. —Lo sé. He oído cómo ha sonado. Pero escucha, encontré algo que creo que podría ser interesante.

Tomek esperó a que el hombre se explicara.

—¡He encontrado un blog! —exclamó—. Se llama "Mi Pequeño Rincón de Internet", que en realidad también es la URL. Es uno de esos Blogspot de principios de los dos mil, donde literalmente solo hay texto y un par de imágenes. No hay nada sofisticado.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Tomek, deseoso de empezar por el principio antes de que Chey se perdiera en su propio entusiasmo.

—Estaba en la parte inferior de su cuenta de Instagram de viajes —respondió—. Finalmente llegué al final de su feed después de días revisando cada publicación. Su primera publicación. Era un pequeño selfie con un pie de foto sobre la gente yendo a su blog donde publicaría información más detallada sobre sus viajes.

—¿Y esa fue la única vez que publicó el enlace?

Chey se encogió de hombros. —Supongo que pensó que la gente lo vería y lo recordaría. Fue hace unos años, antes de que jodieran todos los algoritmos y el alcance orgánico era mucho mejor que ahora.

Algoritmos. Alcance orgánico. Palabras que se había visto obligado a aprender muy recientemente, pero todavía no tenía ni idea de qué coño significaban.

—¿Leíste alguna de las entradas del blog?

—Empecé, sí. Pero hay muchas. La cosa se remonta hasta 2016, igual que su Instagram, pero hay más de dos mil publicaciones. Una para cada día, a veces más. Creo que originalmente lo usaba para sus diarios de viaje, pero luego, cuando se dio cuenta de que nadie lo encontraba, creo que empezó a usarlo como su diario personal.

Las orejas de Tomek se aguzaron.

—¿Cuándo fue la última publicación?

—El día que murió.

Tomek señaló con el dedo hacia la pantalla del ordenador de Chey. —¿Lo tienes en tu pantalla?

—Puedes tenerlo en la tuya, abuelo. Está en Internet. Cualquiera puede verlo.

Cabrón, pensó Tomek. Ese era el tipo de cosa que él le habría dicho a Nick. De hecho, probablemente le había dicho exactamente eso al inspector jefe en algún momento. Y ahora le había pasado el testigo a Chey. Estaba impresionado.

—Venga, listillo. Enséñamelo.

En un segundo, el agente había cargado el portal de Tomek, abierto un navegador web y encontrado el Pequeño Rincón de Internet de Angelica. La página de inicio era simple. El logotipo de su sitio web estaba en la parte superior de la pantalla y parecía que lo había escrito en WordArt y convertido en una imagen. A la derecha había una foto de Angelica en bikini, con gafas de sol del tamaño de una máscara de buceo cubriéndole la cara, una playa y palmeras detrás de ella. Debajo había una lista cronológica de todas las entradas del blog a lo largo de los años, desde 2016 hasta el presente. En el lado izquierdo de la página estaba la última publicación, fechada el día de su muerte. La hora indicaba que había sido publicada unas horas antes de que se reuniera con sus amigas.

Tomek se inclinó más cerca y entrecerró los ojos mirando la pantalla. Había notado recientemente que a medida que envejecía, sus ojos habían comenzado a fallar, a nublarse un poco más de lo que solían, pero no había hecho nada al respecto. Todavía no se estaba quedando ciego, así que, ¿cuál era la preocupación?

Con los ojos casi cerrados, comenzó a leer:

Hola guapa,

Otro día de trabajo terminado. Me siento mejor conmigo misma hoy. Tengo una gran noche de fiesta con las chicas esta noche que absolutamente no puedo esperar. Necesito arreglarme en un par de horas así que voy a hacer esta entrada rápida. Debería ser una noche divertida. Parece que no hemos salido juntas desde hace una eternidad. Una noche solo de chicas. Y pensar que va a ser la última antes de que empiece la temporada otra vez, lo que me emociona. No puedo esperar para ver los Instagram de todas las chicas luciendo divinas y brillantes en las próximas semanas. Va a ser una gran despedida, ¡y tengo la sensación de que vamos a terminar con una explosión!

En fin, eso es todo para lo que tengo tiempo, guapa. Hasta la próxima.

—¿Quién es *guapa*? —preguntó Tomek.

—Pues tú, sargento —se burló Rachel.

Tomek le lanzó una mirada poco impresionada. —Sabes que no es eso lo que quería decir. ¿A quién creemos que le está hablando?

—¿A sí misma, quizás? ¿Como referencia en caso de que lo lea más tarde?

Tomek lo consideró, se volvió hacia Chey y preguntó: —¿Puedes imprimirlos todos?

—¿Imprimirlos?

—Sí. Ya sabes, tinta negra y blanca sobre papel.

—¿Pero por qué? Eso va a generar tanto desperdicio.

—Las razones son dos, joven Chey. —Tomek levantó dos dedos hacia el agente, y no precisamente de la forma amable—. Una, para que podamos compartirlos entre el equipo y leerlos para agilizar el proceso. Dos, para prepararnos en caso de que suceda algo con el dominio y perdamos todas las pruebas.

Una mirada atónita se deslizó por la cara de Chey.

—Así es —respondió Tomek con suficiencia—. Sé sobre dominios. Y eso me recuerda la tercera razón. —Tomek mostró el dedo corazón a Chey—. Porque te lo he dicho yo. Ahora Rachel y yo tenemos que irnos. Tenemos que prepararnos para una reunión con alguien de anoche.

—¿Vienen para la segunda ronda?

Tomek metió la mano en su mochila, sacó el disfraz que Chey le había comprado y lo lanzó sobre el regazo del hombre.

—Me debes cincuenta libras por esto. Quiero mi dinero de vuelta.

—No creo que acepten cosas que se han usado, sargento —dijo Chey, mirando el atuendo con sus ojos perspicaces.

—¿Quién ha dicho nada de devolverlo?

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Tomek tenía dificultades para mirar al hombre directamente. A pesar de que Florian vestía elegantemente con una camisa blanca, un jersey fino de algodón y unos pantalones chinos azul marino (los franceses siempre sabían vestir bien, ¿verdad?), la única imagen que Tomek tenía del hombre era su cuerpo desnudo ligeramente bronceado, con un gran pene colgando entre sus piernas, y una máscara de látex de burro colocada sobre su cabeza.

—¿A qué hora terminaste anoche? —preguntó Tomek, desesperado por romper el silencio.

Florian era de constitución delgada, con poco músculo y grasa. Parecía haber sido atlético en otra vida, pero quizás había abandonado eso en su búsqueda de placeres más decadentes. Sus hombros estaban encorvados y su figura parecía encogerse tras la mesa.

—Me marché poco después de que os fuerais vosotros dos. Eso es inusualmente temprano para mí, ya que a veces me quedo a dormir en una de las habitaciones del hotel, pero decidí irme a casa. No podía pensar en otra cosa que no fuera lo que me contasteis.

El hombre estaba visiblemente afectado y perturbado por la noticia de la muerte de Angelica. Tomek se preguntaba cuánto de ello era genuino y cuánto era teatro.

—¿A qué hora suelen terminar estos eventos? —preguntó Rachel.

—A las tres de la madrugada. A veces a las cuatro, si hay mucha gente. Básicamente, hasta que la gente empieza a sentirse cansada

y se va a dormir a las habitaciones.

Rachel abrió su libreta en una página nueva.

—¿Cuándo conociste a Angelica Whitaker? ¿Recuerdas la fecha?

El hombre negó con la cabeza.

—Creo que fue la primera vez que asistió a Las Noches del Edén.

Tomek odiaba ese nombre. Sonaba como una especie de culto.

—Creo que fue en septiembre —añadió.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Estaba esperando fuera cuando llegué, pero antes de besarle la mano, hablé un poco con ella. No la reconocí, ¿sabe?, así que quería conocerla un poco mejor, tranquilizarla. Me gustó su aspecto. Tenía un bonito cuerpo, maquillaje, pelo. Se veía muy guapa. Pero no me quiso decir su nombre. Al final, la llamé mi ángel. Luego la encontré dentro de la sala. Al principio no sabía qué hacer o con quién hablar, pero... —se lamió los labios—. Pero como ya había hablado conmigo, supongo que podría decirse que se sentía más cómoda.

—¿Cogisteis una habitación juntos?

Tomek recordó lo fácil que había sido para Rachel asegurarse una noche con Florian.

—Sí. Yo... yo... —Comenzó a rascarse la parte posterior de la cabeza, replegándose cada vez más en sí mismo—. Yo, podría decirse que le quité la virginidad. Era su primera vez allí, y era su primera vez con...

—Lo captamos —interrumpió Tomek, levantando una mano para que el hombre se detuviera—. ¿Qué pasó después de que hubierais "estado" juntos?

—Ella se fue por un lado, yo por otro.

Rachel escribía intensamente, su caligrafía volviéndose gradualmente menos pulcra y legible mientras luchaba por ponerse al día.

—¿Cuándo la viste después? —preguntó.

—En la siguiente reunión, un mes después.

Rachel esperó hasta que terminó de escribir todo antes de continuar. Ahora iban a su ritmo.

—¿Y volvisteis a pasar la noche juntos?

—Sí. Pasamos muchas noches juntos. Cada vez usábamos protección, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero... después de lo que me dijisteis anoche, yo... quiero saber si el bebé es mío. ¿Es posible hacer una prueba de ADN para averiguarlo?

Rachel abrió la boca para hablar, pero Tomek se le adelantó.

—¿Para qué? El bebé está muerto. No se ganaría nada con eso.

Florian se tocó el lado de la cabeza.

—Para mi propia cordura.

Tomek le dijo al hombre que no sería posible.

—Tenía menos de tres meses, por lo que entiendo. Es posible que nunca sepamos quién es el padre. Lo siento.

El hombre bajó la cabeza, mirando profundamente a su regazo. Ambos le dieron un momento para que se compusiera y ordenara sus pensamientos.

—Era una de las mujeres más hermosas que he visto jamás —explicó Florian, hablando a sus rodillas—. Era como un retrato del Renacimiento. Era como la Mona Lisa.

—¿Eres aficionado al arte o solo tienes un interés casual?

—Soy artista. —Con eso, Florian levantó la cabeza con un ápice de orgullo que se perdía entre la aflicción y la desesperación.

—¿Qué pintas?

—Cualquier cosa. Mi entorno. Paisajes. Personas.

—¿Alguna vez hiciste uno de Angelica?

El hombre asintió lentamente. Luego, sin decir nada, metió la mano en su bolsillo, desbloqueó su teléfono y desplazó su galería de fotos. Unos segundos después, encontró la foto que buscaba y deslizó el teléfono por la mesa. Tomek cogió el dispositivo y lo sostuvo entre ellos. En la pantalla había un primer plano de un ángel, posado en el borde de una cama, medio desnudo. La mujer del cuadro era inconfundiblemente Angelica, con el pelo largo y negro, los ojos oscuros, la figura esbelta, la línea de la mandíbula, las mejillas, la nariz. Era inquietantemente preciso.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—De memoria. Después de nuestra primera noche juntos, no podía quitármela de la cabeza. Tenía una imagen tan clara de ella que necesitaba plasmarla en el lienzo. Era la única forma de quitármela de la mente.

Era evidente que Florian había estado, y posiblemente aún estaba, obsesionado con Angelica. Obsesionado con ella de la misma manera que parecían estarlo todos los hombres de su vida. Desde Micky Tatton entablando conversación con ella a bordo de un vuelo europeo, hasta Shawn Wilkins dando me gusta y monitorizando cada momento de vigilia (y sueño) de su vida, hasta Sammy Mercer, que todavía creía que había un ápice de esperanza de que pudieran volver a estar juntos. Era adorada, amada, admirada y, en algunos casos, deseada. Y al final, eso había llevado a su muerte.

—¿Alguna vez tuviste la oportunidad de mostrárselo? —preguntó Rachel.

Florian negó con la cabeza.

—Lo intenté. Se lo envié a su número móvil, pero creo que debió de darme uno equivocado, porque nunca respondió. Y no podía mostrárselo en persona porque no se permiten teléfonos, así que nunca llegó a verlo.

Y ahora nunca lo vería.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Tomek llevaba casi media hora mirando fijamente la imagen en la pantalla de su ordenador. Con cada desplazamiento del ratón y cada toque de las flechas en el teclado, veía algo nuevo, un detalle nuevo, un nuevo nivel de significado. Nunca había sido un gran aficionado al arte —pensaba que todo era una chorrada y que los artistas simplemente pintaban lo que querían pintar, y que no había ningún significado oculto detrás de la elección del artista de usar una pincelada o color concreto en lugar de otro—, pero había algo en esta imagen particular que había despertado un interés en él, un interés que no sabía que tenía. Los cuerpos desnudos, las frutas aumentadas de tamaño, los animales curiosos e inusuales, el descenso a la depravación y el infierno. Le fascinaba y, a pesar de sí mismo, se sentía un poco inspirado. Que quizás podría intentar algo así, algo único y representativo del pecado y la lujuria. Pero luego recordó que apenas sabía dibujar un monigote, así que un tapiz artístico tan elaborado como *El jardín de las delicias* estaba muy por encima de sus capacidades. Aun así, era agradable soñar con que tenía ese talento dentro de él.

Mientras se desplazaba hacia el lado derecho del tríptico, la representación oscura y demoníaca del infierno, el teléfono de Tomek comenzó a vibrar sobre la mesa. El repentino sonido y movimiento le hizo dar un respingo. Afortunadamente, no había nadie cerca para verlo. Alcanzó el dispositivo y echó un vistazo a la identificación de la llamada. De inmediato, toda la inspiración, el

asombro y la creatividad que había conseguido de la pintura, se filtraron fuera de él.

Era Abigail. Posiblemente llamando para preguntarle sobre ir a su casa, o para discutir con él sobre la noche anterior. O posiblemente, y mucho menos probable, estaba llamando por trabajo y por la información que él pudiera tener para ella. *Solo hay una forma de averiguarlo*. Apartándose de la mesa, se armó de valor, entró rápidamente en un pequeño despacho y respondió a la llamada.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. No está mal.

—Bien.

Tomek esperó a que ella hablara. Ninguno de los dos quería ser el primero. Ninguno sabía qué decir. Justo cuando Tomek abrió la boca, Abigail le interrumpió.

—Baja —dijo ella.

—¿Perdona?

—Baja. Quiero hablar contigo.

Tomek miró alrededor de la habitación, asustado, como si su novia pudiera aparecer de repente detrás de una pared como un fantasma.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy fuera. En el aparcamiento. Baja.

Tomek corrió alrededor de la mesa, sus rodillas golpeando contra las patas de la silla y la mesa, mientras se apresuraba hacia la ventana. Ahí estaba ella, su brillante SEAT rojo aparcado en la esquina del aparcamiento. Respiró hondo, observándola. No tenía elección.

—Bajaré en un minuto.

La temperatura dentro del coche era más fría que el aire exterior. El motor estaba apagado, lo que significaba que no planeaba ir a ninguna parte rápidamente, y para dejar ese punto bien claro a

Tomek cuando entró, notó que las llaves del coche estaban en su regazo. Un paso adicional necesario antes de que ella pudiera alejarse conduciendo en un estado de enfado o frustración.

Esperaba lo peor.

Abigail tenía el pelo recogido de la cara con la ayuda de una diadema. Estaba vestida con una chaqueta y pantalones elegantes, con una camisa blanca lisa. Aromas de pino y ocre emanaban de su cuerpo y rápidamente llenaron sus fosas nasales. Su maquillaje había sido delicadamente aplicado, pero era incapaz de ocultar la expresión profundamente descontenta y enfadada en su rostro y sus ojos.

Tomek no dijo nada mientras cerraba la puerta, llenando el espacio con silencio.

No duró mucho.

—¿Qué tal anoche? —preguntó ella.

Percibió inmediatamente la acusación en su tono.

—¿Anoche?

—Sí. Con tu novia.

Rachel. Las Noches de Edén. Joder. Pero ¿cómo podía haberlo sabido?

—¿Cómo lo...? —empezó Tomek, pero ella le interrumpió.

—Os vi salir juntos.

—¿Qué quieres decir con que nos viste? —Tomek se tomó un momento para pensar. Había conducido hasta el piso de Rachel, ya vestido con su disfraz, la había esperado, y luego los había llevado a ambos a Melback Manor. Lo que significaba—: ¿Me seguiste?

—Lo vi todo —respondió Abigail, con palabras impregnadas de veneno—. Tú recogiendo a tu nueva novia, llevándola a esa casa de campo. Los dos pareciendo estúpidos. ¿Qué estabais haciendo allí, yendo juntos a una fiesta de disfraces, eh? ¿Cuánto tiempo lleva pasando?

Tomek no sabía si reír o gritar. Estaba en un estado de incredulidad y furia a la vez. Incredulidad porque ella pensaba que él y Rachel estaban juntos, y furia porque ella le había seguido —acosado, nada menos—. No sabía por dónde empezar. Al final, no dijo nada, mirándola con expresión vacía.

Lo que no hizo nada para calmar la situación.

—¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos? Seguro que sois adorables, ¿verdad?, yendo juntos a una pequeña fiesta de disfraces. Seguro que te entró pánico cuando te pedí verte anoche. ¿Cuántas veces me has dado plantón por ella? ¿La estabas viendo aquel miércoles cuando yo quería ir, pero dijiste que tenías que ir a comprar cosas de emergencia para Kasia? ¿O qué tal el fin de semana en que te dije que podías venir, pero dijiste que tenías rugby y luego ibas al pub con Sean y Warren? ¿Estabas follándotela en vez de eso?

Tomek estaba perdido. Ni siquiera podía recordar esas dos ocasiones. Habían sido hace tanto tiempo. Pero eso no era un problema para Abigail. Tenía la memoria de un miembro de Mensa.

—¿Tienes todo esto guardado en un diario o algo así? —preguntó Tomek.

—Contesta a la pregunta —espetó ella.

—No.

—¿Entonces es verdad?

—No.

—Entonces por qué no me contestas.

—Porque estás siendo jodidamente estúpida.

—¿Qué estabas haciendo en ese hotel anoche?

—Trabajo.

—Sí, claro. ¿Es así como lo llamas? ¿Es ese un pequeño apodo que tenéis los dos para eso?

Tomek apartó la mirada de ella, posándola en el salpicadero. Por un momento, desconectó mientras ella seguía despotricando contra él, gritándole al oído, las palabras gradualmente volviéndose opacas y amortiguadas. No fue hasta que ella le dio una bofetada en el brazo que volvió en sí.

—¿Me estás escuchando siquiera? —gritó ella—. Estoy intentando tener una conversación contigo.

—No, no lo estás. Me estás gritando, y ahora me estás golpeando. También me estás acusando de mierdas que no he hecho, de algo que te has metido en la cabeza que ni siquiera es real. No hay nada entre Rachel y yo, y nunca lo habrá. Estábamos haciendo un trabajo anoche, y eso es todo lo que necesitas saber.

Tomek puso una mano en la manilla de la puerta. Ella le retuvo con un fuerte agarre, como un tornillo.

—¿Adónde crees que vas?

Casi podía ver el vapor saliendo de sus orejas.

—De vuelta al trabajo. Y creo que tú deberías hacer lo mismo. —Abrió la puerta, luego se volvió hacia ella—. También creo que necesitamos algo de tiempo separados, un descanso, o algo así, supongo. Hablaré contigo más tarde. Tengo que volver a una investigación de asesinato.

CAPÍTULO
CUARENTA

A Tomek le llevó más de una hora calmarse y aclarar su mente. No solo Abigail había roto y destruido su confianza, sino que también había mostrado su verdadera cara. Había recurrido a seguirlo, rastreando sus movimientos como si fuera una mascota perdida. No sabía si podría tolerar a alguien así en su vida, teniendo que explicar constantemente dónde estaba y con quién. La vida se volvía bastante deprimente de ese modo, y tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Poco después de regresar a la sala de incidentes, Tomek se había encontrado por casualidad con Sean, uno de sus amigos más cercanos en la policía. Últimamente se habían distanciado, pero eso no les había impedido seguir siendo amigos, no en el fondo. Y ciertamente no había impedido que Sean notara la expresión desconcertada y dolida en la cara de Tomek. Y así, los dos habían encontrado una pequeña oficina, donde Tomek lo había soltado todo, como solían hacer, como habían hecho tantas veces antes, compartiendo sus vidas el uno con el otro, apoyándose mutuamente para recibir consejos y orientación. Entonces Sean le había dicho cómo eran las cosas, recordándole el consejo que le había dado a Tomek al principio de su relación con Abigail: que su relación había sido transaccional, construida sobre la base de rascarse la espalda mutuamente para avanzar, hasta que finalmente habían caído en la relación. En cierto modo, ambos habían conseguido lo que querían: un nuevo trabajo cada uno. Pero no estaba funcionando para su relación. Y Tomek admitió que Sean

tenía razón. Que había utilizado a Abigail para obtener información en el pasado y viceversa, y que ahora no era saludable ni sostenible. Una parte de él lo había sabido en su momento, pero una parte aún mayor no se había molestado en hacer nada al respecto. Y ahora aquí estaba, aquí estaban, enfrentando el final de la relación. Tomek debería haberse sentido desolado, triste por ello, pero no sentía nada. Quizás era el estoicismo en su interior, el hecho de que no había sentido nada en los treinta años transcurridos desde la muerte de su hermano, el sufrimiento emocional y la agitación por los que había pasado seguían jugando con él incluso años después. Quizás sentiría *algo* en algún momento. Tal vez. Pero ahora mismo, tenía una reunión a la que asistir, y no iba a perdérsela por alguien a quien había conocido íntimamente solo durante un par de meses.

Encontró a Chey, Rachel y Oscar sentados en la sala de incidentes, discutiendo en voz baja entre ellos. Tomek cerró la puerta tras él y se dirigió a la cabecera de la mesa, donde cogió un rotulador para pizarra. Quitó la tapa y encontró un espacio limpio en la pizarra más cercana.

—Muy bien, panda de sinvergüenzas —comenzó—. Vamos a aclarar esta mierda. Combinemos nuestras mentes y dejemos que se mezclen y retuerzan en una sola.

—¿Se encuentra bien, sargento? —preguntó Chey.

Tomek ignoró la pregunta.

—Nuestros cerebros necesitan ponerse manos a la obra, y tenemos que asumir lo que sabemos y lo que no. ¡Oscar! —gritó el nombre del hombre, llenando la pequeña habitación. Señaló con el bolígrafo al agente y luego dijo—: ¿Qué tienes que contarme?

Oscar miró a sus colegas buscando orientación y ayuda, pero ninguno de ellos tenía idea, así que se encogieron de hombros y lo dejaron a su suerte.

—¿Sobre qué, sargento?

Tomek negó con la cabeza frustrado, y luego comenzó a garabatear en la pizarra. Si no iban a ayudarle, entonces tendría que hacerlo él mismo. Comenzó escribiendo el nombre de Angelica en el centro de la pizarra, y luego a su alrededor creó una red de palabras: *maquillaje, violación, limpieza, Iglesia, alas de ángel,*

coche. Tan pronto como terminó, cerró la tapa de golpe, retrocedió unos pasos y se quedó mirando la pizarra, sin decir nada, perdiéndose en sus pensamientos. Pasaron treinta segundos, un minuto. Pero en realidad no estaba asimilando nada. Al menos, no del todo, no conscientemente. Su mente estaba en otra parte, pensando en Abigail, en el tiempo que habían pasado juntos, aunque sabía que no debería, aunque acababa de convencerse de que no le importaba.

Tomek podía oír al equipo susurrando entre ellos.

—¿Señor...? —Fue Chey quien tuvo el valor de hablar—. ¿Señor, está bien? Usted... no ha dicho nada durante aproximadamente un minuto.

—En realidad, han sido dos —añadió Oscar.

—¡Ahí está El Capitán! —exclamó Tomek—. Ha pasado un tiempo. He echado de menos oír tu vocecita aparecer. "¡En realidad!", "¡En realidad!", "¡En realidad!"

Con cada repetición de la muletilla de Oscar, Tomek se volvía cada vez más burlón e infantil con sus gestos. Antes de que pudiera hacer otra, Rachel saltó de su asiento y se interpuso frente a él.

—¿Qué estás haciendo? —susurró con fuerza.

—¿Qué?

—Estás siendo un poco capullo. ¿Por qué te metes así con Oscar?

Y entonces volvió en sí. Parpadeó con fuerza, sacudió la cabeza y se volvió hacia Oscar. El hombre, que normalmente se sentaba erguido con una postura perfecta, ahora estaba desplomado en su asiento, con la cabeza inclinada hacia adelante.

De repente, la culpa invadió a Tomek como olas en una tormenta, golpeándole repetidamente en el estómago. Estaba herido, aunque no se lo admitiera a sí mismo, y lo había pagado con Oscar. Eso no era justo para Oscar, ni tampoco para los demás en la sala.

—Lo siento —susurró a Rachel.

—No es a mí a quien deberías disculparte.

Mientras Rachel volvía a su asiento, Tomek se disculpó sinceramente con El Capitán.

—No pasa nada, sargento. Sé cómo puedo ser a veces.

Ahora la culpa le estaba desgarrando el estómago.

—No lo dejes —dijo Tomek—. Me encanta cuando corriges a la gente. Menos cuando me corriges a mí. Pero creo que es lo que te hace ser tú. No lo dejes por mi culpa.

—No pensaba hacerlo, en realidad —respondió el hombre con una cálida sonrisa.

Tomek le hizo un gesto de pistola con el dedo a Oscar. —Ese es mi capitán, oh mi capitán.

—En realidad, es "¡Oh Capitán! Mi-"

—No tientes a tu suerte —dijo Tomek con firmeza, guiñándole un ojo antes de volver a centrarse en la pizarra. Antes de comenzar de nuevo, inhaló profundamente—. Angelica Whitaker —dijo—. Su asesino. El perfil de su asesino. Quiero que pasemos un tiempo determinando *quién* podría estar detrás de esto. Pero primero, ¿alguna novedad sobre el análisis de ADN?

Miró hacia un montón de caras inexpresivas.

—Nada concreto todavía, sargento —respondió Oscar.

—Vale. Seguid presionando con eso. Debe haber algo ahí. —Tomek luego volvió su atención a la pizarra. Tocó con el dedo las palabras en la pizarra. No fue hasta que las miró que se dio cuenta de lo ilegibles que eran. Ignorando ese hecho, señaló la palabra *violación*.

—Esto nos ayuda a reducir el campo —dijo—. Estamos buscando a un hombre.

—Correcto —respondió Chey, ligeramente vacilante.

—¿Y qué hombres había en la vida de Angelica?

Chey enumeró los nombres. Desde su hermano y su padre hasta Shawn Wilkins, su acosador, y Cole Thompson. Desde Sammy Mercer hasta Florian Meunier.

—Estupendo. Siguiente. La limpieza. —Tomek golpeó repetidamente el bolígrafo contra su barbilla—. El asesino pasó *mucho* tiempo con su cuerpo, limpiándolo, afeitándolo, haciendo lo que sea que le hizo. Es alguien que es sereno y metódico, alguien que está tan enamorado de Angelica que quería eliminar todas las pequeñas imperfecciones, los pequeños defectos. —Se volvió hacia la sala—. ¿Quién encaja en esa descripción?

Breve pausa.

Rachel decidió hablar. —Shawn Wilkins es la opción obvia.

—Bien. ¿Y por qué es eso?

—Porque no ha dejado a la mujer en paz desde que la conoció.

—Vale. ¿Y no Florian?

Rachel inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera confundida. Pero luego los engranajes de su cerebro comenzaron a girar, y lo reconsideró. —Quiero decir, es delgado y pequeño, y un poco tímido... muy tímido, de hecho. Pero no creo... No parece que tuviera lo que hace falta.

—Siempre son los que menos te esperas —le dijo Tomek, y añadió—: Solo algo para pensar. Además, nuestro amigo el burro también le gusta pintar. Eché un vistazo a algunos de sus trabajos en su página web, y son muy buenos, muy realistas. Sin mencionar que tiene experiencia pintando alas de ángel.

Tomek se acercó a la pizarra y rodeó con un círculo las palabras "limpieza" y "alas de ángel", y luego trazó dos líneas hacia el nombre de Florian. La otra línea que trazó conectaba "limpieza" con Shawn Wilkins.

—¿Alguien más sabe pintar? —preguntó Tomek.

—Bueno, dibujé un bosque una vez cuando estaba en el colegio —respondió Chey—. Me dieron un aprobado en el GCSE, pero ahí acaban mis habilidades.

—Brillante, enhorabuena. Seguro que tus padres estaban orgullosos. Pero eso no es lo que quería decir. Permíteme reformularlo: ¿alguno de nuestros *sospechosos* sabe pintar?

—No es algo que les hayamos preguntado —respondió Oscar.

—Entonces toma nota para hacer un seguimiento con ellos sobre eso. Y mete a Micky Tatton en esas preguntas también; es un aficionado al arte, así que también podría saber un par de cosas sobre pintura.

Lo siguiente en la lista era la iglesia.

—La madre de Angelica dijo que Angelica fue bautizada en la Iglesia de Park Road. Creo que es más que una coincidencia —explicó Tomek, luego añadió los nombres de Johnny y Roy Whitaker

en la pizarra—. Por razones obvias, son las únicas personas que podrían saber eso.

—Shawn Wilkins podría saberlo, sargento —añadió Rachel.

—Posiblemente. ¿Pero cómo?

Ella se encogió de hombros.

—La única forma sería si ella ha publicado la información en línea en algún lugar, o lo ha comentado con alguno de sus ex. ¿Chey? ¿Algo en las redes sociales?

El joven agente negó con la cabeza.

—¿Y el blog? ¿Cómo vas con la impresión?

—Me va a llevar toda la semana, pero estamos avanzando.

Tomek asintió pensativo. Paseó su mirada por la sala viendo las expresiones en las caras de sus colegas. Había una mezcla de confusión y entusiasmo. La sensación de que estaban cerca. Que una de las personas en la pizarra era responsable de matar a Angelica Whitaker. Tomek había estado en la misma situación muchas veces antes, mirando las pruebas, mirando las declaraciones de los testigos y la lista de posibles sospechosos, y confiando en su intuición, ese pequeño nudo en su estómago, para guiarlo en la dirección correcta. Antes de que pudiera hacer nada más, la puerta se abrió y entró la detective Anna Kaczmarek. Su cuerpo se congeló al darse cuenta de que acababa de interrumpir. Tomek la invitó a entrar, y ella tomó asiento.

—Lo siento... —dijo mientras colocaba dos carpetas gruesas sobre la mesa—. Pero tengo una actualización.

Los ojos de Tomek se ensancharon. —Continúa.

—Es sobre Johnny Whitaker.

Tomek frunció los labios y se cruzó de brazos.

—Hablando del rey de Roma. Nos tienes a todos en ascuas ahora, Anna.

—Acabo de descubrir por sus padres que no estaba en Dublín como dijo —explicó la oficial de enlace familiar.

—Sí, eso es correcto, estaba con la mujer con la que ha estado teniendo una aventura —elaboró Tomek, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

—Incorrecto.

—¿Incorrecto?

—Durante los últimos dieciocho meses, Johnny Whitaker ha estado actuando en el club de drag Cool Cats and Kittens en Southend. Se hace llamar Johnny Bra-vo, y actúa allí cada mes, completamente vestido con traje de drag, maquillaje y botas de tacón alto... todo el conjunto. Rose encontró su disfraz y maquillaje en su armario el otro día. Cuando fui a verla, me dijo que él no lo había negado cuando ella lo confrontó al respecto. Nos mintió, y mintió a su familia sobre la mujer de Dublín, aunque debería añadir que actúa con acento irlandés. Por qué, no estoy muy segura. No pregunté. Pero no había otra mujer, porque *él es* la otra mujer.

Tomek hizo una pausa para considerar. No sabía mucho sobre ese mundo, pero lo que sí sabía, por haber echado un par de vistazos a la pantalla de televisión mientras Kasia veía *RuPaul's Drag Race*, era que los artistas drag eran excepcionalmente buenos con el maquillaje, y ciertamente en opinión de su hija, mejores que la mayoría de las mujeres.

Los ojos de Tomek cayeron en la última palabra en la pizarra.

Maquillaje.

El asesino era alguien que sabía cómo aplicar profesionalmente los productos químicos que habían confundido y desconcertado a tantos hombres en todo el mundo mejor que una mujer. Lo que reducía drásticamente su lista de sospechosos.

—¿Qué estaba haciendo en el momento del asesinato? —preguntó.

—He hablado con el local, y han confirmado que Johnny terminó su actuación a la una de la madrugada —respondió Anna.

Tiempo más que suficiente para volver y recoger a su hermana pequeña.

Tiempo más que suficiente para matarla y limpiar su cuerpo.

Después de todo, si ya había mentido a la policía dos veces, ¿sobre qué más podría haber estado mintiendo?

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Lo primero que Tomek notó fue la repisa de la chimenea. El antiguo adorno de valor incalculable que desgraciadamente se había roto durante el arrebato de ira de Johnny Whitaker había sido reemplazado por otro objeto igualmente valioso, como si Roy y Daphne tuvieran un contenedor de plástico lleno de ellos en el garaje. Uno fuera, otro dentro. Sin escatimar en gastos. El actual reemplazo era un cráneo humano tallado en piedra. Las marcas y hendiduras en la frente y los ojos, profundas y prominentes, sugerían que había sido transportado desde algún lugar de Sudamérica. Tomek lo cogió. Pesado, contundente, ciertamente suficiente para causar un daño serio.

—Conseguimos eso en Perú en el verano del ochenta y nueve —dijo Daphne mientras se detenía a su lado. En sus manos sostenía una taza de té para él—. No llevábamos mucho tiempo juntos, y era nuestras primeras vacaciones. Queríamos ir a un sitio donde ninguno de los dos hubiera estado antes. Fue precioso. Nunca lo olvidaré. —Tomó la cabeza de piedra de manos de Tomek y la levantó hacia la luz—. Esto es de un templo en el centro de Perú. Se dice que perteneció a los Chavín, una civilización perdida de alrededor del año mil antes de Cristo. Fue la primera cultura importante del país, pero se sabe muy poco sobre ellos. Encontré esta pequeña cosa simplemente tirada en el suelo.

—¿Simplemente tirada en el suelo? —Tomek estaba escéptico.

—Sí.

Que esta pieza de historia hubiera permanecido inactiva, intacta durante milenios, y que la primera persona que se la hubiera encontrado fuera una azafata de British Airways en vacaciones con su novio resultaba bastante inverosímil.

—¿Así que estaba ahí tirada y decidiste cogerla?

—Bueno...

—¿No la encontraste en una tienda de souvenirs entonces?

—Bueno, no...

—Ya veo.

Y ahí estaba Tomek, pensando que había sido una réplica de China, no un artefacto robado. ¿Era así como habían adquirido el resto de las posesiones en su hogar? ¿Saqueándolas y robándolas como un par de colonizadores privados? No lo sabía. Pero estaba seriamente tentado de llamar al Museo Nacional de Historia de Perú, si existía tal cosa, y denunciar un delito. Antes de que Daphne pudiera justificar más sus acciones, su marido entró en la habitación. Estaba alterado, con las manos agitándose en el aire, y vestía pantalones azul marino oscuro y un jersey fino. Unas gafas estaban colocadas en su cabeza, y estaba cubierto de motas de pintura.

—Lo siento —dijo, sin aliento—. Estaba trabajando en mi avión.

Tomek le estrechó la mano.

—Espero que eso no sea un eufemismo.

—¿Perdón? Ah. *Eso*. Buena esa. No, estaba dando los últimos retoques a mi aeropuerto en miniatura. Ahora estoy trabajando en un Boeing 787-8.

—Eso le mantiene callado —comentó Daphne con un deje de desdén en su voz—. A veces se encierra ahí durante horas.

—Ya —respondió Tomek.

—Tengo terminales y todo. Todos los transportadores de equipaje, camiones de bomberos, vehículos de seguridad, los remolcadores, incluso las figuritas en tierra haciendo señales con los indicadores. Me mantiene ocupado.

—¿Cómo funciona? —preguntó Tomek—. ¿Los compras ya hechos o tienes que pintarlos, como en Warhammer?

—Es preferencia personal. Pero yo prefiero pintarlos yo mismo. Primero tienes que sumergirlos en una solución para que las

pegatinas se desprendan. Luego esperas a que se seque y, *voilà*, tu lienzo está listo para empezar.

—Qué bien —dijo Tomek, aunque no tenía ningún interés en nada parecido. No porque pensara que era estúpido o infantil, sino porque no tenía tiempo para interesarse en ello, mientras que para Roy había sido una pasión de toda la vida, una afición que se había convertido en una carrera lucrativa, y ahora en su jubilación había encontrado una salida diferente para su amor por la aviación—. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

—Veinte años. El aeropuerto ha cambiado gradualmente en ese tiempo: edificios que han ido y venido, el diseño ha cambiado, la gente se ha derretido al sol... pero la pasión se ha mantenido.

Tomek le ofreció al hombre una tenue sonrisa, le indicó que se sentara en su propia casa, y luego se unió a Anna en el sofá. Ella había estado esperando pacientemente, en silencio, escuchando su conversación desde la comodidad del sillón.

—Es bueno verte de nuevo, Anna —señaló Daphne, mientras las comisuras de su boca se curvaban en una cálida sonrisa.

—Me sorprende que no estéis hartos de mí —respondió la agente.

—Nunca.

Tomek la creyó. Anna era de las mejores, excepcional en su trabajo. Y aunque no siempre estaba allí para dar buenas noticias, sabía ayudar a aliviar el dolor, la herida, el sufrimiento por la muerte de un ser querido de manera cariñosa y compasiva. Era su manta protectora, su sistema de apoyo. Y cuando eso desapareciera, Tomek se preguntaba cómo se las arreglaría la pareja después.

—Sentimos molestaros esta tarde —comenzó Tomek—, pero nos preguntábamos si podríamos hablar con vuestro hijo.

Daphne y Roy se miraron entre sí. —Creemos que está en el pub —respondió Daphne—. Para ser sincera, no sabemos exactamente dónde está.

Los ojos de Tomek se entornaron.

—Después de todo el lío que ha salido con él y Rose, le invitamos a quedarse aquí, pero...

—Pero en realidad no se ha quedado aquí en absoluto —terminó Roy—. Dijo que iba al pub, eso fue la primera noche con nosotros, y no ha vuelto a casa desde entonces.

—¿Habéis hablado con él? —preguntó Tomek.

—Oh, sí. Daphne ha estado llamándole sin parar para asegurarse de que sigue vivo.

—¿Y?

—Está vivo —respondió la mujer suavemente—. Solo muy, muy borracho.

—¿Ha tenido problemas con el alcohol antes?

Marido y mujer volvieron a mirarse. Tomek lo vio claramente. —Solía beber en exceso cuando era más joven —contestó Daphne—. A principios de sus veinte, ya sabes. Se emborrachaba hasta perder el conocimiento. Hasta el punto de vomitar mientras dormía. Pero logramos sacarlo de esa etapa de su vida con la ayuda de Dios, ¿verdad, cariño?

—Sí —respondió Roy—. Era otra persona en aquel entonces. No era nuestro hijo. Apenas le reconocíamos, así que le llevamos a la iglesia y le hicimos dejarlo de golpe.

Claramente, no lo dejó del todo.

—¿Cuál es el nombre del pub donde dijo que estaría? —preguntó Tomek.

—El Prince Albert —respondió Roy.

—Nombre desafortunado para un pub, pero supongo que tiene sentido, dado todo.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Roy, con un tono acusatorio.

Tomek dudó, conteniéndose antes de abrir la boca. Luego miró a Anna, quien negó con la cabeza discretamente.

—Perdonadme. No lo sabéis, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Sobre vuestro hijo.

—¿Qué pasa con él?

Tomek se reclinó en el sofá, dejando que Anna explicara. La noticia sería mejor viniendo de ella. Era mucho más táctica cuando se trataba de este tipo de cosas.

—¿El nombre Johnny Bra-vo os suena de algo?

—¿Te refieres al dibujo animado para niños?

—No exactamente. Es el nombre de un número de drag.

—¿Un número de *drag*...? —repitió Daphne, dándose cuenta rápidamente.

A su marido le tomó unos segundos entenderlo, y cuando lo hizo, saltó de su asiento.

—¿Drag? ¿Estáis diciendo que mi hijo es gay?

—No necesariamente —interrumpió Tomek—. Quizás simplemente disfruta vistiéndose de mujer.

—Sí, pero eso significa que es jodidamente gay. ¡Mi hijo, Johnny, gay!

Justo cuando Tomek iba a responder, Roy comenzó a caminar de un lado a otro, negando con la cabeza. Luego hizo un movimiento repentino hacia las puertas del patio y miró al jardín, con los brazos detrás de la espalda. La primera impresión de Tomek fue que estaba más disgustado por que su hijo se vistiera de mujer que por la muerte de su hija.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto?

—Creo que esa es una conversación que tenéis que tener con vuestro hijo. Justo después de que hayamos terminado con él, claro.

Sin previo aviso, Roy golpeó el cristal. Una vez, dos veces, tres veces, aporreando el cristal con el puño. Luego se dio la vuelta, cogió la cabeza de piedra Chavín y la lanzó contra el cristal. La cabeza rebotó en el doble acristalamiento, agrietándolo ligeramente, y luego cayó al suelo, rompiéndose en pedazos.

—¿Qué coño pasa con esta jodida familia y los putos secretos? —gritó Roy.

Sí, en efecto, pensó Tomek mientras corría para calmar al hombre. ¿Qué pasa con vuestra familia y los secretos?

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

A Roy Whitaker solo le había hecho falta una bofetada en la mejilla por parte de su mujer para calmarse. Como si le hubiera sacado al diablo y la ira de un golpe. Poco después, había vuelto a la normalidad. Al darse cuenta de que no tenían nada más que añadir o que aprender, Tomek y Anna les dejaron asimilar la última información sobre su hijo. Pero primero tenían que hacer una parada: una rápida visita al Prince Albert. El pub se había construido a principios del siglo XX y se parecía al Shakespeare Globe, con sus paredes blancas, vigas de madera y techo de paja. Por dentro, el pub era igual de arcaico. El mobiliario era de madera y parecía estar repartiendo astillas al mismo ritmo que la barra servía cervezas. El techo era demasiado bajo y las vigas de madera le ofrecían a Tomek la oportunidad de intentar un circuito de obstáculos que nunca había probado antes. Un olor espeso, pegajoso y a humedad permanecía en el aire, y todo gracias a una persona: el hombre sentado en la esquina, desplomado en una silla, con la cabeza hacia delante, hundida en el pecho, un hilillo de saliva colgando de su boca y un vaso de cerveza medio vacío apoyado en el borde de un posavasos. Si no fuera por el constante subir y bajar de su pecho, Tomek habría pensado que el hombre estaba muerto.

—No te preocupes —le llamó desde la barra el camarero, un joven veinteañero con los primeros indicios de un mullet—. Le doy un empujoncito cada hora solo para asegurarme de que no ha estirado la pata ni nada.

Tomek miró el vaso de cerveza.

—¿Cuántas ha tomado?

Encogiéndose de hombros, el camarero respondió:

—Desde que estoy aquí hoy, diría que unas tres más o menos.

—¿Y en total?

Otro encogimiento de hombros.

—No llevo aquí tanto tiempo como él.

—Genial. ¿No crees que quizás deberías dejar de servirle?

El joven levantó los brazos en un gesto de rendición fingida, eximiéndose de toda culpa y responsabilidad.

—Yo solo hago lo que me dicen. Y si quiere una cerveza, pues le pongo una cerveza. Mientras pueda pagar, no es un problema para nosotros.

—Su hígado podría tener algo que decir al respecto.

Tomek le entregó el vaso a Anna y le dijo que lo llevara a la barra. Mientras estaba allí, ella se inclinó hacia el camarero y le susurró algo al oído. Una advertencia, sin duda. Tomek sacó una silla de debajo de la mesa y, al sentarse, le dio un toque en el brazo a Johnny Whitaker. El cuerpo del hombre se estremeció por el asalto, pero no se movió. Luego, Tomek le dio dos bofetadas en las mejillas. Nada aún. Comatoso, inconsciente. No fue hasta que Tomek pidió un vaso de agua en la barra y se lo echó encima que finalmente reaccionó.

—Wahblugarf —murmuró Johnny.

—Johnny, ¿me oyes?

—Fugoff.

—Creo que está intentando decirte que te vayas a la mierda —dijo Anna mientras se unía a él.

—Ese es un idioma que sí puedo hablar.

Tomek se inclinó y continuó dándole palmaditas suaves en las mejillas, alternando cada vez que Johnny giraba la cabeza hacia el otro lado. Casi un minuto después, los párpados de Johnny se abrieron, revelando unos ojos del color de las alas de ángel de su hermana. El hombre parecía haber estado de juerga durante cinco días y ni siquiera estaba pasando lo peor todavía. Tenía el pelo desaliñado y grasiento, y su piel estaba igualmente aceitosa y

húmeda, con el alcohol y la culpa rezumando por sus poros. Su aliento era tan fuerte que obligó a Tomek a contener el suyo mientras esperaba a que el hombre recuperara la lucidez, y un fino río de mocos le había bajado por la nariz hasta la boca. El hombre estaba hecho un desastre y necesitaba desesperadamente despejar la borrachera.

Anna le entregó a Tomek un vaso de agua. Tomek lo tomó y lo acercó a los labios de Johnny. Pero fue inútil. Su cara estaba tan flácida que era imposible separarle los labios lo suficiente para que cupiera el borde del vaso, y Tomek no tenía muchas ganas de convertirse en su cuidador. Al menos, no sin la ayuda de un guante.

—Es como dar de comer a un niño —comentó Anna.

—Uno gordo y feo.

—Todos son gordos y feos en algún momento.

Esto era ridículo. En ese momento, Johnny Whitaker simplemente existía. No tenía facultades, ni sentido de dónde estaba; no estaba en condiciones de hacer nada, y mucho menos de responder preguntas sobre las mentiras y secretos que habían destrozado su matrimonio y su familia. Necesitaba ir a un hospital. Tomek sacó su teléfono y llamó a una ambulancia. Llegó más de veinte minutos después, tras tener dificultades para navegar por los estrechos caminos rurales y el pequeño, casi inutilizable, aparcamiento del pub. Unos minutos después de su llegada, Johnny Whitaker estaba en la parte trasera de la furgoneta, camino del Hospital Broomfield en Chelmsford. Tomek y Anna permanecieron con él en cada paso del camino, como si fueran sus seres queridos, preocupados por su bienestar, a pesar de que Tomek no sentía ninguna simpatía por aquel hombre; el dolor y el sufrimiento que padecía actualmente se los había autoinfligido.

Después de casi dos horas sentado en una cama de hospital, conectado a un gotero, habiendo desperdiciado el tiempo y los recursos del NHS, Johnny Whitaker finalmente estaba listo para responder algunas preguntas.

Tan pronto como le dieron luz verde, Tomek no perdió tiempo en captar la atención del hombre.

—¡Johnny, mi buen hombre! —gritó a propósito. El hombre hizo una mueca y se encogió en la cama ante la repentina explosión en los tímpanos—. ¿Cómo te sientes? ¿Mejor?

—¿Por qué... por qué estás gritando? —dijo el hombre mientras luchaba contra el habla todavía ligeramente arrastrada.

—Solo me aseguraba de que pudieras oírme, tío. Estabas bastante jodido allá en el pub.

—¿El... el pub?

—¿Ni siquiera recuerdas haber estado en el pub?

El hombre negó con la cabeza tan lentamente que casi parecía un perezoso.

—Vaya, has estado bebiendo un buen rato, ¿no? ¿Qué puedes recordar de los últimos días?

La mirada de Johnny se movió gradualmente de Tomek a la manta, lentamente, casi de manera robótica, como si sus botones se hubieran apagado. O eso, o estaba funcionando mal.

—Solo... Rose... recuerdo...

—¿Pelearte con Rose? Cuéntanos sobre eso.

—¿Tú... ya lo sabes?

Tomek le dio una palmadita condescendiente en el muslo.

—Sí, lo sé. Pero quiero escuchar tu versión de los hechos. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

En algún lugar, en algún lugar profundo dentro del cerebro de Johnny, los interruptores volvieron a encenderse y los engranajes comenzaron a funcionar de nuevo, porque lentamente levantó la mirada hacia Tomek, con los ojos un poco más claros, más concentrados esta vez.

—Es una zorra —escupió.

Tomek se llevó una mano al bolsillo del pecho.

—¿Quieres que quede constancia de eso o...?

—Es una zorra.

—¿Y por qué es eso, Johnny?

—Porque... porque lo es. Te juro por Dios que la próxima vez que la vea...

—La próxima vez que la veas, ¿qué?

—Nada. Es una zorra.

Tomek podía notar que esto iba a ser un proceso aún más largo de lo que había anticipado.

—¿Y por qué sería eso, Johnny? ¿Cómo descubrió que has estado actuando en secreto como drag queen en Southend durante los últimos dieciocho meses? ¿Cómo crees que se sintió? Porque me parece que *tú* eras quien le estaba mintiendo. No al revés. Así que, ¿no te convierte eso a *ti* en el cabrón, Johnny?

El hombre murmuró algo ininteligible.

—¿Cómo reaccionaste cuando te confrontó con ello, Johnny? ¿Golpeaste a Rose, Johnny?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Qué hubiera pasado si fuera al revés? ¿Qué hubiera pasado si hubieras descubierto que ella tenía una aventura, o que se vestía como un hombre? ¿La habrías golpeado entonces, Johnny?

Otra negación.

—¿Quién más lo sabía, Johnny? ¿Quién más sabía que habías estado mintiendo a toda tu familia, mintiéndote a ti mismo? ¿Angelica? ¿Lo sabía ella?

Tomek notó un parpadeo en los ojos, un movimiento de los músculos de su cara. Era mínimo, pero perceptible para el ojo altamente entrenado de Tomek.

—Ella lo sabía, ¿verdad? Lo descubrió, ¿no? ¿Cómo?

—Su... su amiga —comenzó el hombre—. Invitaron... Yo estaba actuando...

—Así que te vio. Te vio y de repente tu secreto quedó al descubierto. ¿Qué hiciste cuando te confrontó con eso?

El hombre volvió a quedarse sin respuesta, su cuerpo inclinándose hacia un lado como un paciente con un derrame cerebral.

—¿Te enfadaste con ella, Johnny? ¿La mataste porque amenazó con contarle a Rose tu gran secreto? ¿Es eso lo que pasó?

El hombre levantó un brazo y comenzó a balancearlo hacia Tomek, pero el movimiento era tan lento que Tomek habría tenido tiempo suficiente para salir de la habitación, llenar un pequeño vaso de agua y volver a su asiento antes de que le golpeara. Al darse cuenta de su error, intentar golpear a un policía no era la idea más

inteligente ni en el mejor de los casos, sus ojos se abrieron y bajó el puño antes de que se produjera cualquier contacto.

—¿Acabas de intentar agredirme?

—No.

—Sí, lo has hecho. Te vi hacerlo, joder. Tengo un testigo —Tomek señaló a Anna, que estaba sentada al otro lado de la cama, tomando notas en silencio—. Intentaste pegarme. Eso es algo muy grave, especialmente hacérselo a un policía. ¿Quieres que te detenga?

Johnny negó con la cabeza.

—Debería. *Realmente* debería. Quiero decir, ya has demostrado lo violento que eres. Golpeando repetidamente a Shawn Wilkins en la cara. ¿Quién dice que nunca has golpeado a tu mujer o nunca has hecho daño a tu hermana? Tal vez incluso la mataste.

La frente de Johnny se arrugó mientras su expresión se tensaba.

—Yo... nunca... la... maté...

—Eso dices, pero me cuesta creer cualquier cosa que me digas ahora mismo. Hasta ahora, todo lo que has dicho ha demostrado ser una mentira. Primero estabas fuera por trabajo, luego tenías una aventura, y ahora eres secretamente una drag queen —Tomek se adelantó en su silla y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Por qué no eres honesto conmigo, Johnny? ¿Por qué no empezamos con una fácil: qué hiciste después de terminar tu actuación en Cool Cats and Kittens la noche en que Angelica fue asesinada?

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Kasia estaba esperándole tan pronto como abrió la puerta, con una expresión de preocupación en su rostro.

—Te he visto subir desde la ventana —le dijo.

—Vale...

—Quería darte esto.

En su mano, sostenía un sobre.

Nathan.

—¿Por qué? —preguntó él—. Pensaba que habíamos quedado en dejarlo sobre la mesa, por si acaso...

—Ya lo sé, pero es la tercera en menos de una semana. —Se encogió de hombros—. No sé. Solo quería asegurarme de que la recibieras.

Tomek tomó el sobre con cuidado y lo examinó, dándole vueltas entre las manos. Los bordes del sello estaban ligeramente rasgados. —¿Has intentado abrirlo? —preguntó.

Kasia negó con la cabeza.

—¿Por qué pareces tan preocupada? —le preguntó.

—No me gusta la cantidad que estamos recibiendo —dijo ella—. Me... me hace sentir incómoda. Yo... yo leí una de las otras que recibiste.

Tomek decidió no reaccionar inmediatamente.

Kasia continuó: —Y... y ojalá no lo hubiera hecho. Pero fue muy difícil no abrirla. Lo siento, papá. Sé que no debería haber revisado

tus cosas. Sé que fue una invasión de tu privacidad, pero... sentía curiosidad.

Antes de abrir la boca para responder, Tomek quiso pensar primero. Estaba furioso, enfadado con ella por revisar sus propiedades personales —las cartas del asesino de su hermano, nada menos. Eso lo esperaba de Abigail, pero no de Kasia. Se suponía que a Kasia no debían importarle esas cartas. Se suponía que debía tratarlas con la misma despreocupación con la que trataba una factura de impuestos municipales o una carta de los agentes inmobiliarios. Pero no lo había hecho. Había rebuscado entre sus cosas y traicionado su confianza. Por segunda vez.

Por otro lado, la parte más racional de su cerebro entró en juego ahora; sentía curiosidad. Solo tenía trece años. Inocente, joven, ingenua. Quizás lo había hecho porque sentía que no podía preguntarle sobre ellas, o no sabía cómo, y esta había sido la única manera de averiguar las respuestas por sí misma. El problema era que ahora tenía la verdad completa, con todos sus bordes afilados y cortes, y no la versión suavizada y pulida que Tomek le habría dado.

—Kash... —comenzó, pero ella le interrumpió.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Joder.

—¿Se lo dijiste tú?

—No —respondió Tomek—. Absolutamente no. —Colocó ambas manos sobre sus hombros, calmándola inmediatamente—. No sé cómo sabe tu nombre. He estado intentando pensar en ello, repasando el momento en que le vi, preguntándome si le dije algo sobre ti, pero estoy seguro de que no lo hice. No sé cómo conoce vuestros nombres, el tuyo y el de Abigail. Es algo que estoy investigando. —Entonces la rodeó con sus brazos y la atrajo contra su pecho. No había mucha conexión física entre ellos como padre e hija, pero a Tomek le pareció apropiado. Ahora mismo ella necesitaba tranquilidad, sentirse segura. En el pasado, había sido víctima de un ataque personal que casi la mata. Era algo con lo que vivía cada día, y Tomek quería asegurarse de que no tuviera que enfrentar ninguna ansiedad o preocupación.

—Estás a salvo —le dijo Tomek—. Él está en prisión. No puede hacernos daño. No puede hacerme nada a mí, a ti, a nadie. ¿Vale?

Kasia le miró, con miedo y paranoia, junto con un destello de confianza, nadando en sus grandes ojos marrones.

Mientras se separaban del abrazo, ella preguntó: —¿Estás enfadado?

Tomek le revolvió el pelo. —No, claro que no. Debería habértelo dicho. Debería haber sido más sincero contigo. Eso es culpa mía. No tienes nada de qué disculparte, ¿vale?

—Vale —dijo ella, sin parecer convencida—. Lo siento, papá.

Tomek la atrajo para otro abrazo, la apretó con fuerza y luego la soltó. —Si alguna vez tienes alguna pregunta sobre lo que le pasó a Michał y todo lo demás, simplemente pregunta, ¿de acuerdo? Y... —Respiró hondo, componiéndose para la siguiente parte—. Si alguna vez ves algo sospechoso o algo que crees que debería saber, házmelo saber. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Con eso, Tomek abrió la carta y comenzó a leer.

Querido Tomek:

Espero que veas que mi ortografía ha mejorado significativamiente desde la última vez. Algunas de las personas de aqui intentan ayudarme con mi ortografía pero les digo que me gustaría aprender por mi cuenta. Tengo todo el tiempo del mundo y me gustaría hacer algo por mí mismo al menos una vez en mi vida. A veces pienso en las cosas que he hecho y lo que podría estar haciendo si no hubiera matado a tu hermano. ¿Alguna vez haces eso? ¿Has pensado alguna vez qué podrías hacer si dejaras de ser policía? Creo que me gustaría ser pintor o decorador, hacer algo con mis manos. Tenemos muchas clases de carpintería y manualidades aqui para mantenernos entretenidos. Son algunas de mis favoritas. El otro día construí una pequeña casita para pájaros. El hombre que me enseñó a hacerla dijo que estaba muy impresionado y que la iba a poner en un centro de jardinería

para ver si alguien quiere comprarla. Si lo hacen, el hombre dijo que puedo obtener algo del dinero. Le dije que se asegurara de que la llevara a un centro de jardinería cerca de ti en Essex, pero no sé si lo hará. Me gustan mucho mis aficiones. ¿Tú tienes alguna? El alcaide tiene que asegurarse de que haya muchos guardias alrededor porqe a veces tenemos martillos y otras herramientas. Algunos de los otros reclusos de aquí han intentado iniciar peleas con ellos, pero yo me mantengo alejado. Todo es muy tonto.

Mañana... Pero tal vez ya haya pasado para cuando recibas esto, no creo que el correo aquí sea muy rápido, y quizás tampoco sea muy fiable. Pero de todos modos mañana vienen otra vez y esta vez me van a enseñar a construir algo de hierro. No sé cómo se llama, pero si te interesa, puedo enviarlo a tu dirección. Los guardias de por aqui normalmente no dejan salir cosas de ese tamaño, pero creo que harán una excepción conmigo.

En fin, pensando en ti.

Nathan

PD: Todavía no he tenido noticias tuyas en ninguno de mis números móviles. Los he escrito de nuevo para ti en el reverso por si acaso. Por favor, no lo pierdas.

PD2: He escrito el nombre de Michał en la parte inferior de la casita para pájaros que hice, por si quisieras ir a un centro de jardinería y buscarla.

PD3: ¡Solo aprendí sobre esto de las PD el otro día. Es genial, ¿verdad!

—¿Qué dice?

La voz sonaba distante, como si viniera de fuera, y le sacó de sus pensamientos.

—Papá, ¿qué dice la carta?

—Tonterías —dijo distraídamente.

—¿Qué?

—Tonterías. Él... solo está hablando de una casita para pájaros que hizo.

Una casita para pájaros con el nombre de su hermano.

Tomek no sabía por qué, pero lo único en lo que podía pensar era en esa casita de madera para pájaros. Probablemente eran cuatro trozos de madera pegados con un gran círculo recortado en una de las paredes. Probablemente estaba hecha de un kit: todas las piezas juntas en una caja y lo único que Nathan tenía que hacer era pegarlas con un poco de cola blanca. No requería artesanía, ni habilidad real. Y aun así, Tomek la quería.

He escrito el nombre de Michał en la parte inferior.

Tomek le entregó la carta. Ella la tomó con cuidado y comenzó a leer. Él observó cómo sus ojos se movían de lado a lado al comenzar una nueva línea, frunciendo el ceño, con el rostro contorsionado.

—¿Te ha vuelto a dar su número de móvil? —dijo ella.

—Tiene muchas ganas de que lo tenga.

—¿Le has mandado un mensaje?

Tomek le dijo que no.

—¿Vas a hacerlo?

A eso, no tenía respuesta. La idea había cruzado su mente varias veces. Pero no había actuado al respecto.

Todavía.

Después de que ella se disculpara nuevamente por revisar sus pertenencias, Tomek les preparó la cena. Pizzas de horno. De pepperoni para él. De jamón y piña para ella. Mientras la comida se cocinaba, Tomek se escapó a su dormitorio. Con el pretexto de cambiarse la ropa de trabajo por algo más cómodo, se sentó al borde de la cama, sosteniendo la carta en una mano y su teléfono en la otra.

Tocó la pantalla con el pulgar y esta se encendió, revelando su fondo de pantalla: una imagen predeterminada de la Tierra. El sistema de reconocimiento facial hizo su trabajo y desbloqueó el dispositivo. Todo lo que necesitaba hacer ahora era deslizar hacia arriba, lo que hizo. Luego, cautelosamente, se dirigió hacia la aplicación de Contactos en su teléfono y mantuvo su dedo suspendido sobre el pequeño signo más en la esquina superior de la pantalla. Lo mantuvo ahí. Pensando, contemplando, deliberando.

Y entonces lo hizo.

Pulsó el botón y añadió ambos números de móvil que Nathan le había dado a su agenda de contactos. Antes de que pudiera hacer algo con ellos, el timbre del horno sonó, señalando que las pizzas estaban listas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Los pájaros son lo único que puedo oír. Docenas, cientos, si no miles de ellos cantando su coro, comunicándose entre sí en el cielo. Puedo oírlos por encima del ruido de los coches, del viento, de los niños al otro lado de la calle. Estoy demasiado asustado para mirar hacia arriba, pero me imagino que todos vuelan sobre mí, observándome mientras corro hacia el parque. Quizá intenten comunicarse conmigo. Gritándome que me detenga. Gritándome que me dé prisa. Intentando decirme que Michał ya está muerto, que no hay nada que pueda hacer.

Tal vez sean las voces de los muertos a los que está a punto de unirse.

Cuando por fin entro en el parque, los ruidos desaparecen, silencio por todas partes, salvo por el sonido de un único pájaro volando hacia un árbol cercano. Lo miro de reojo, pero en la oscuridad es invisible, ha desaparecido. Y entonces bajo la mirada unos grados y veo a Nathan Burrows allí de pie. Vuelve a tener cuarenta años, vestido con vaqueros y una fina sudadera color burdeos. Parece normal, como si estuviera a punto de salir a cenar con amigos, y no como si estuviera cumpliendo cadena perpetua por asesinato.

Mi reacción inicial es que ha sido liberado, que de algún modo ha estado observando todos mis movimientos, pero eso no es posible. Sé que no puede ser.

Está allí parado al fondo del campo con los brazos detrás de la espalda. Me dirijo hacia él, quitándome lentamente la mochila mientras avanzo. La dejo caer al suelo, sobre el barro y la hierba. Hasta que me detengo a unos metros de él, con el cuerpo de mi hermano muerto tendido en medio de nosotros, completamente inmóvil.

Antes de que ocurra nada, miro mis manos. Son grandes, musculosas, venosas, cubiertas de vello. Estas no son las manos de un niño de diez años; son las manos de un hombre de cuarenta años. Mis manos. Dos adultos, dos hombres completamente desarrollados, revisitando la escena de un crimen de hace treinta años. Es la primera vez que nos encontramos así. Debería querer saltar por encima de Michał y envolver mis manos alrededor de la garganta de Nathan. Debería querer saltar por encima del cuerpo brutalmente mutilado de mi hermano muerto y golpear a ese cabrón hasta matarlo. Pero no puedo. No puedo moverme. De hecho, no quiero *moverme. Algo me detiene, algo me retiene.*

Miedo, quizás.

Tal vez dolor, culpa.

O quizá sea compasión.

No lo sé, pero sea lo que sea, me mantiene completamente inmóvil.

Pasan unos momentos así. De silencio, de nada más que el viento susurrando entre los árboles.

No hay coches, ni pájaros ahora.

Solo Nathan y yo.

Y entonces me dice: —Siento haber matado a tu hermano, Tomek. Me arrepiento de ello cada día de mi vida.

—No pasa nada —respondo—, lo entiendo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

La carta, al igual que todas las demás, seguía dándole vueltas en la cabeza. Al día siguiente, Tomek concertó una carrera el domingo por la mañana con un viejo amigo del colegio, Warren Thomas. Los dos no se dijeron mucho mientras trotaban por el paseo marítimo de Southend, enfrentándose de cabeza al viento, esquivando a las familias madrugadoras y a los paseadores de perros. No había mucho que decir. En su lugar, Tomek aprovechó el tiempo para aclarar su mente, procesar sus pensamientos, procesar el sueño.

Está bien... Lo entiendo.

¿Qué coño significaba eso?

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no estaba reprendiendo al asesino de su hermano? ¿Por qué básicamente estaba perdonándole y excusando todo lo que le había hecho a Michał y todo lo que le había hecho a su familia desde entonces? No tenía sentido y, en verdad, le desconcertaba un poco. O bien necesitaba contactar con él o bien necesitaba cortar los lazos inmediatamente. Lo primero era su opción preferida, pero le preocupaba que cuanto más insistiera y más atendiese a Nathan, más se le quedaría el hombre en la cabeza y continuaría acechando sus sueños. Si lo dejaba de lado y bloqueaba al hombre de su vida (cómo exactamente, no estaba seguro aún), entonces nunca obtendría las respuestas a sus preguntas, nunca conseguiría el cierre que necesitaba.

Era un callejón sin salida, y no sabía qué hacer.

Como con la mayoría de las cosas (por ejemplo, Abigail) lo relegó al fondo de su mente y lo dejó ahí hasta que llegara el momento adecuado. Era domingo. El día de descanso. Podía esperar otro día.

Después de despedirse de Warren, había conducido de vuelta por Leigh Broadway y visto un espacio vacío de aparcamiento a lo largo de la calle principal —algo raro cualquier día de la semana, y más aún un domingo— y rápidamente se estacionó. Apagó el motor, salió del coche y se dirigió a Whitaker's.

La tienda estaba vacía, un día lento según cualquier criterio, y Rose estaba sentada en la parte trasera del edificio, con un crochet en el regazo.

—¿No interrumpo, verdad? —dijo con sarcasmo—. Pareces ocupada. Puedo volver en un momento más tranquilo.

En cuanto se dio cuenta de que era él, la incipiente expresión de enfado provocada por sus comentarios, inmediatamente desapareció.

—Y tú pareces recién salido de un baño en el mar —replicó ella —. Espero que no estés trayendo arena a mi suelo.

Tomek señaló la gran vitrina que contenía el yate en miniatura que su marido le había comprado. —Añádela a tu escenario de playa —respondió.

—¿Lo quieres? —preguntó ella, tomándole por sorpresa.

—¿Perdón?

—El barco. ¿Lo quieres?

—¿Por qué iba a quererlo?

Y entonces lo entendió.

—Creo que podrías sacar una buena cantidad por él —dijo.

—No quiero una buena cantidad. Me da igual si se quema o si una gaviota se caga encima. Lo quiero fuera.

—¿Solo una gaviota o una bandada? Porque eso es mucha mierda para una sola gaviota.

—No creo que haya escasez de ellas —dijo—. Todo lo que tengo que hacer es dejarlo fuera una hora o dos y o lo roban o lo cagan los bichos de ahí fuera.

Tomek negó con la cabeza mientras se acercaba. —No querrás usar esas gaviotas, son demasiado sensibles. Conozco a un tipo.

—¿Conoces a un tipo?

—Sí.

—¿Un tipo de gaviotas?

—Sí. Tengo un contacto de gaviotas.

Rose dejó caer su crochet en su regazo y estalló en un ataque de risa hasta el punto en que Tomek creyó ver lágrimas formándose en sus ojos.

—¿Quién coño tiene "un contacto de gaviotas"?

—Yo definitivamente no. —Tomek le lanzó un gesto de pistola con el dedo—. Pero apuesto a que es la primera vez que te ríes en lo que parecía mucho tiempo, ¿me equivoco?

—Quizás —dijo ella, volviéndose repentinamente tímida.

—Bien. Entonces mi labor aquí ha terminado.

—Ahora puedes salvar a otra damisela en apuros.

Tomek se rio. Estaba disfrutando del coqueteo casual. Y para su sorpresa, esta vez no se sentía culpable por nada de ello.

—En realidad, esperaba poder hablar contigo sobre algo —dijo.

—Te costará.

—Eso es lo que me preocupa. —Giró sobre sí mismo y se dirigió al expositor en el centro de la tienda. Junto a la ventana, señaló una pulsera de plata con dos dijes verdes: un trébol de cuatro hojas y un pequeño gatito abrazando una bola de hilo contra su pecho—. Busco esto —dijo.

—¿Entonces las cosas con la novia van bien ahora?

Tomek le dirigió una mirada que decía "No seas tonta".

—Estaba pensando más en mi hija. Tiene trece años, lleva un par de meses conmigo, y siento que lo necesita. Ha pasado por mucho, y no sé por qué, pero siento que esto podría ser un bonito detalle para ella.

—Es un gesto *precioso* para ella. Estará encantada.

Rose se puso un par de guantes, introdujo una llave en la parte superior de la vitrina y pescó en el interior la pulsera. Luego la colocó sobre un pequeño cojín de felpa.

—Ahora, antes de seguir, ¿tengo descuento de amigo o al menos descuento de funcionario?

Las mejillas de Rose se acaloraron. —Puedes conseguir algo mejor que eso. Como me has animado, te daré descuento familiar y te rebajaré el cincuenta por ciento.

Tomek se quedó perplejo. —No podría... Eso es demasiado generoso.

Ella le tocó el brazo juguetonamente, aunque había cierta intención detrás. —Tonterías. O lo aceptas o no te lo venderé, y entonces tu hija se quedará triste y decepcionada.

—Chantaje emocional... Eres toda una vendedora.

—Es así como he aprendido a conseguir lo que quiero. —Rose se dirigió hacia la caja y comenzó a embolsar la pulsera. Primero vino la pequeña bolsa de fieltro azul marino, completa con la marca Whitaker's en letras plateadas. A continuación, colocó encima una tarjeta de "Con agradecimiento". Luego transportó los dos artículos sobre una cama de papel de paja y lo envolvió dos veces, antes de finalmente ponerlo en una bolsa de papel de marca. Tomek observó cómo se movía con destreza y elegancia en cada etapa del proceso.

—Has hecho esto antes.

—Esta es solo mi segunda vez. El negocio ha sido escaso.

Tomek sonrió, luego preparó su tarjeta de débito.

Unos segundos después, ella calculó el total, y él pagó. Entonces ella colocó el recibo en la bolsa y dejó su mano allí, esperando que él extendiera la suya y la tocara.

—¿No era este el único motivo por el que viniste aquí, verdad? —preguntó.

Tomek tartamudeó.

—Es sobre mi marido, ¿no?

—¿Has hablado con él? —Tomek extendió la mano para coger el regalo. Finalmente, ella cedió y se lo dejó tomar.

—No desde que le eché, no.

—¿Te gustaría saber dónde está?

—No particularmente. Mientras siga vivo para firmar los papeles del divorcio, no me importa dónde está, qué está haciendo, o cómo le va. Ha estado mintiéndome sobre todas esas cosas durante bastante tiempo de todos modos, debería poder manejarlo. A estas alturas, es un puto experto.

Tomek miró al suelo. —Está en el hospital. Lo encontramos en The Prince Albert, cerca de la casa de Roy y Daphne. Severamente borracho. Casi pensamos que podríamos tener que hacerle un lavado de estómago. No tenía muchas cosas bonitas que decir sobre ti, pero supongo que tú tampoco tienes nada bonito que decir sobre él. En cualquier caso, está en Broomfield por si te apetecía ir.

—Ni de coña. Puede quedarse ahí por lo que a mí respecta, porque desde luego no va a acercarse a este sitio, a la casa, o al piso de arriba. ¿Puedes creer que intentó quedarse allí después de que le echara?

—Puedo creerlo —respondió Tomek sin querer sonar condescendiente y sarcástico.

Si le ofendió, no lo mostró. —Le dije que podía irse a la mierda. Mi nombre está en todos los contratos. Yo asumo todo el riesgo. Son *mis* propiedades. No se le permite acercarse a ellas.

Tomek recordó su conversación con Johnny Whitaker.

—¿Ha sido alguna vez violento contigo?

Rose negó con la cabeza.

—¿Te ha maltratado emocionalmente alguna vez?

Otra negación.

—¿Y qué hay de su padre, Roy? ¿Has visto alguna vez algún comportamiento agresivo en ese hombre?

Esta vez, a Rose le llevó más tiempo responder a la pregunta. Reflexionó sobre ello, dejó que los pensamientos rumiaran en su cabeza mientras buscaba en su disco duro mental.

—Bueno, nunca ha sido físicamente violento conmigo, un poco raro y agresivo a veces, pero solo he oído hablar de un incidente con él y Daphne. Johnny me contó que hubo una vez cuando estaban de vacaciones y él le dio una bofetada en la cara mientras los niños estaban en la piscina. Johnny no estaba seguro de si lo había visto o no. Todo lo que vio fue a su madre sujetándose la cara. Pero nunca dijo nada en ese momento. Creo que tenía diez u once años, así que probablemente no sabía qué hacer.

Tomek cambió su peso de un pie al otro.

—¿Y esa fue la única vez?

Se encogió de hombros. —Que él me contara. No significa que no ocurriera cuando ellos no estaban presentes.

Tomek recordó sus visitas a la casa familiar de los Whitaker; si había visto algo sospechoso. La dinámica entre Roy y Daphne había cambiado múltiples veces. A veces Daphne era la que estaba al mando, cuidando de Roy, y otras veces era al revés. No había una dinámica de poder obvia o un tono amenazante que hubiese podido detectar. De todos modos, tomó nota mentalmente para consultarlo con Anna. Ella había pasado más tiempo con la familia; podría haber visto o notado algo.

Justo cuando Tomek estaba a punto de irse, Rose añadió: —Nunca ha sido físico conmigo, pero...

Tomek le dio todo el tiempo que necesitaba para continuar. Este no era el tipo de cosa que podía apresurarse.

—Él... se me insinuó una vez, lo que me pareció un poco raro. —Inhaló profundamente, como si se preparara para revivir el recuerdo —. Estábamos en una boda familiar, algún primo segundo lejano o algo así. No conocía a nadie, y Johnny tampoco, pero dijo que quería ir porque le encantan las bodas y siempre son una buena excusa para pasarlo bien y emborracharse tanto como quieras. Esto fue cuando estaba pasando por lo peor de su problema con la bebida.

—Daphne y Roy me contaron sobre eso —interrumpió Tomek—. Dijeron que le habían sentado delante de Dios y le habían quitado la bebida de golpe.

Rose se burló. —Eso es lo que querían creer, pero no duró mucho. No me malinterpretes, Johnny seguía bebiendo, pero no bebía tanto. Y cada vez que íbamos a casa de sus padres para una comida o evento, era muy bueno ocultándolo y asegurándose de que no le pillaran, junto con todo lo demás, por lo que parece. —Rose puso los ojos en blanco y continuó con su historia—. En fin, unas dos horas después de empezar la boda, Johnny ya estaba en la pista de baile, bailando, hablando con cualquiera que le prestara atención; creo que le vi hablando con una planta en un momento dado. Pero mientras Johnny estaba bailando, Roy se acercó a mí, se sentó justo a mi lado y me puso el brazo alrededor de la espalda. Al principio pensé, vale, ha venido a decir algo, pero cuando no lo movió,

empecé a preocuparme. Entonces comenzó a acariciarme el brazo, apretándome el hombro. Me sentí super incómoda, y como si no pudiera pedir ayuda. No había nadie cerca que viniera a rescatarme: Angelica y Daphne también estaban en la pista de baile, balanceándose juntas. Y entonces se acercó a mi oído y gruñó.

—¿Gruñó?

—Sí. Como un gruñido de tipo sexual.

—¿Dijo algo?

Asintió.

—Sí. Me llamó ángel por cuidar de Johnny como lo había estado haciendo, y luego se fue. Quiero decir, él también estaba bastante borracho, pero... no sé, simplemente se sintió raro, ¿sabes?

—Sí —dijo Tomek—. Lo sé.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

No tenía ni idea de lo que estaban echando en la televisión. Alguna porquería que había dejado que Kasia pusiera porque tenía un montón de deberes que hacer en su portátil, le había dicho ella, y al parecer no podía concentrarse a menos que tuviera algo de fondo. La mente adolescente de su hija no soportaba el silencio, y su capacidad de atención se había vuelto tan pobre debido al constante bombardeo de dopamina procedente de su móvil que no podía centrarse en una sola cosa durante más de unos minutos, lo que significaba que Tomek también tenía que aguantarlo.

Había intentado mantenerse ocupado con recados y tareas, pero su mente y su cuerpo estaban agotados. Le dolían las piernas por la carrera y la cabeza le daba vueltas por la información que Rose le había dado. Mientras estaba allí sentado, mirando la pantalla del televisor, había estado dándole vueltas a Johnny y Rose Whitaker en su mente. A la piscina, a la ceremonia de boda. A Roy Whitaker, el estimado y condecorado piloto, agrediendo a una mujer y sobrepasándose con otra.

—Papá, ¿puedo tomar un vaso de Coca-Cola, por favor?

Kasia estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, con el portátil apoyado sobre sus rodillas. Colgando de su muñeca estaba la nueva pulsera por la que había dado las gracias a Tomek un centenar de veces. Tintineaba cada vez que movía la muñeca, chocando contra el lateral del portátil, lo que hizo que Tomek se arrepintiera inmediatamente de haberla comprado.

—Sabes dónde está la nevera —le dijo.

Ella le miró con desdén. —Estoy ocupada.

—Yo también.

—¡Tengo deberes de matemáticas que hacer!

—Y yo también. Como calcular cuánto me va a costar asegurar tu pulsera por si alguna vez la pierdes.

Su expresión decayó. —Muy gracioso. Ahora, ¿puedo tomar una Coca-Cola, por favor? Puedes cogerte una también, si quieres.

—Joder, y de paso me preparo yo la bebida, ¿no? —dijo mientras se levantaba del sofá.

—¡Has dicho una palabrota! —exclamó ella.

Tomek gruñó y se metió la mano en el bolsillo, encontró algo de calderilla y la dejó caer en un bote. En las últimas dos semanas, habían introducido un bote para las palabrotas. Era principalmente para Tomek, que a veces tenía poco control sobre su boca, pero había habido algunas ocasiones en las que Kasia se había visto obligada a meter la mano en sus bolsillos (que realmente eran los bolsillos de *él*) y contribuir con algo de dinero (que realmente era el dinero de *él*) al fondo. Al final, cuando estuviera lleno, sin duda se lo gastarían en una pizza a domicilio o en comida china, lo que era más un premio que un castigo, y parecía anular el propósito del bote de palabrotas en primer lugar. Pero ninguno de los dos se quejaba.

Mientras Tomek abría la nevera y cogía la lata de refresco, sintió vibrar su teléfono. Comprobó la identificación de la llamada antes de responder.

—¿A qué debo el placer? —dijo.

—Todo el placer es tuyo, tío —respondió Nick en voz alta.

—Oh.

—Porque no voy a obtener ningún placer de lo que estoy a punto de decirte, chaval.

Tomek miró a Kasia, que le observaba expectante. Sacó una lata de Coca-Cola de la nevera y se la pasó antes de volver a la cocina, donde estaba más tranquilo y había más intimidad.

—Continúa —le dijo a Nick.

—Quería avisarte —continuó el inspector jefe—. Para que lo sepas por alguien conocido antes de que se haga público. A partir de

mañana, Victoria asumirá el cargo de SIO de la Operación Butterfly. Tú seguirás siendo el SIO adjunto, pero ella traerá al resto del equipo para ayudar con la investigación. Ha expresado su preocupación por el tiempo que están llevando las cosas y por la cantidad de presupuesto que se ha gastado innecesariamente en horas extras y análisis forenses. Le preocupa que todo haya sido un desperdicio y que se haya gestionado de manera ineficaz, y en esta ocasión, estoy de acuerdo con ella. Lo siento, es una mierda decirte esto un domingo, pero estas cosas pasan, tío. No es nada personal. Solo estamos haciendo lo que es mejor para la investigación.

Que él había estado dirigiendo. Que él había estado llevando desde el principio. Era imposible no tomárselo como algo personal. Se sintió traicionado, apuñalado por la espalda. Le habían quitado la alfombra de debajo de los pies, y había aterrizado tan fuerte sobre su trasero que ni siquiera había oído a Nick terminar la llamada. No fue hasta que escuchó el tono en su oído cuando finalmente volvió en sí.

—¿Está todo bien? —preguntó Kasia tímidamente desde el salón.

Los ojos de Tomek se posaron en el bote de las palabrotas.

—Sí —mintió—. Todo... todo está bien. Venga, vuelve a tus deberes. Pero por favor no esperes que te ayude con ninguno porque el álgebra era una de mis asignaturas menos favoritas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Lo primero que Tomek notó al entrar en la oficina a la mañana siguiente fueron todas las miradas clavadas en él. Por alguna razón, fue uno de los últimos en llegar, así que tuvo el lujo de enfrentarse a las miradas incómodas y llenas de juicio del equipo mientras se dirigía a su escritorio. También podía sentir sus pensamientos, pulverizándole el cráneo. Lástima, una gran dosis de lástima rellena con una porción extra de culpabilidad.

Tomek no lo necesitaba. No estaba de humor para eso. Y desde luego no estaba de humor para una conversación con Victoria.

La conversación con Victoria.

Pero no tenía elección; un minuto después, ella salió de su despacho y le llamó. Sintiéndose como un niño al que acaban de sacar de clase para llevarlo al despacho del director, Tomek se dirigió hacia su oficina, aunque esta vez no hubo burlas de sus compañeros.

—Buenos días, Tomek —dijo Victoria, manteniéndole la puerta abierta.

Tomek gruñó un saludo.

—Por favor, toma asiento.

Hizo lo que se le pedía.

—Sé que es primera hora de un lunes, pero hay algo que necesito decir...

—Lo sé —respondió él—. Nick me lo contó.

—Ya veo —dijo ella con calma. Si estaba decepcionada y molesta por la traición, no lo demostró. De hecho, había una resignación en su voz que indicaba que sabía que Nick sería quien le daría la noticia primero—. ¿Y Nick te explicó por qué?

Tomek apretó los labios, se prometió a sí mismo que no diría nada y luego asintió.

—Ya veo. Y... ¿mencionó la parte sobre Abigail?

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Abigail?

Suspirando, Victoria puso los ojos en blanco y murmuró:

—Por supuesto que no lo hizo, el cobarde.

—¿Qué tiene que ver Abigail con todo esto?

—Llamó el otro día —explicó Victoria— y habló con Martin. Le pidió detalles sobre el caso y, en lo que solo puede describirse como un estado de pánico moderado, él le proporcionó cierta información.

—¿Martin lo hizo?

Victoria levantó una mano para apaciguarlo.

—No te preocupes. Se está tratando el asunto. Me estoy ocupando de ello.

Él apretó el puño sobre su rodilla, clavándose las uñas en el muslo.

—¿Qué le contó?

—La información sobre las alas de ángel y la ubicación donde se encontró el cuerpo de Angelica Whitaker. También que la secuestraron unos minutos después de que la dejaran en casa.

—¿Todo eso?

—Me temo que sí. Y... —Inspiró bruscamente—. Puede que también se le escapara que ella... ¿cómo lo digo? Que ha tenido muchas parejas sexuales en el pasado.

—Fantástico.

—Algunos de los comentarios en las redes sociales del *Southend Echo* han sido decepcionantes, por decirlo suavemente.

—¿Cuarentones simpatizantes de violadores diciendo que de alguna manera se lo merecía?

Ella bajó la mirada.

—Me temo que sí.

Tomek soltó un largo y profundo suspiro.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—El sábado —respondió ella.

Después de The Nights of Eden. Después de la discusión.

—¿Y Martin?

Ella resopló, negando con la cabeza.

—Como he dicho, me estoy ocupando de ello.

Y ahí quedó el asunto. No había nada más que pudiera hacer. Nada más que añadir. Abigail, la maliciosa zorra, le había evitado, había actuado a sus espaldas y se había aprovechado de un agente claramente inepto e inexperto que no tenía nada que ver con la investigación y le había contado todo lo que había oído y todo lo que ella quería saber. *Esa calculadora y conspiradora*...

Victoria dio una palmada, sacándolo de sus pensamientos.

—Como Nick explicó, supervisaré todo a partir de ahora, así que me reportarás directamente. Muy parecido a como has estado haciendo desde que me incorporé, solo que, ahora...

—Vuelvo a mi antiguo cargo.

—Básicamente.

Tomek salió de la habitación enfadado y se dirigió directamente hacia la pequeña zona de cocina en la parte trasera de la oficina. Allí, se acercó a la cafetera. Mientras la máquina cobraba vida, se apoyó en la encimera, mirando fijamente el desagüe del fregadero cercano. Un segundo después, su teléfono comenzó a vibrar.

Una parte de él esperaba que fuera Abigail para poder lanzarle un ataque verbal y terminar oficialmente su relación por haber reducido su participación en la Operación Butterfly. Una parte de él quería perder los estribos con ella y decirle cuatro verdades. Pero, decepcionantemente, no era ella. Era un número que no reconocía.

Con cautela, respondió a la llamada y se llevó el teléfono a la oreja.

—Sargento detective Tomek Bowen al habla.

—¡Detective, es usted!

El acento francés le delató inmediatamente.

—Buenos días, Florian. ¿Está todo bien?

—Todo lo bien que puede estar. No he podido dejar de pensar en todo esto durante todo el fin de semana.

—A veces puede llevar un tiempo procesarlo.

—Como decía, estuve pensando —continuó el hombre, como si no estuviera escuchando a Tomek en absoluto.

—¿Ah, sí?

—Y recordé lo que dijo sobre llamar si pensaba que algo podría ser importante.

—De acuerdo...

—Y estuve pensando en esto todo el fin de semana, y espero que me perdone por no mencionarlo antes. No creí que fuera importante, pero ahora sí...

—En cualquier momento, Florian —dijo Tomek, mirando su reloj.

—Cierto. Por supuesto. Perdóneme. No he estado tan nervioso en años.

Tomek imaginó al artista caminando por su estudio, rodeado de una docena más de pinturas de Angelica en las paredes.

—Es sobre Angelica... —continuó el hombre.

—Sí, lo suponía.

—En más de una ocasión, ella y yo... nosotros... pasamos la noche con otra mujer. Los tres, en una de las habitaciones. Y... y estoy bastante seguro de que ella se acostó con la misma mujer a solas. No sé si es importante, pero... solo pensé que debía hacérselo saber.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek sí pensaba que era importante. Pensaba que era realmente muy importante. Su mente, después de colgar finalmente el teléfono con Florian, se fue inmediatamente a la escena del crimen de Angelica, a su cuerpo boca arriba en el suelo. El maquillaje, el afeitado, el cuidado y la atención —el cuidado y la atención casi *femeninos*— que habían dedicado a limpiar y preservar su cuerpo tras la muerte. Y luego su mente le transportó a una de las habitaciones. Con Florian, con Rachel, con la cama con dosel en medio de la habitación y los juguetes sexuales dispuestos sobre ella.

El consolador.

Todo este tiempo, habían concluido que había sido violada por un hombre. Un hombre que había usado preservativo y limpiado tras sí mismo. Pero ¿y si no hubiera habido ningún pene? ¿Y si hubiera sido un consolador de goma de treinta centímetros como el que había visto sobre la cama?

No era imposible.

Tras su llamada con Florian, Tomek había enviado a Rachel y a Chey a hablar con las amigas más cercanas de Angelica: Xanthia, Elodie y Zoë. Si la bisexualidad de Angelica iba más allá de la exploración y experimentación de las habitaciones de Melback Manor, Tomek quería saberlo. Si ella tenía otras parejas sexuales femeninas que ellos, y su familia, desconocían, necesitarían localizarlas e interrogarlas porque Tomek estaba convencido de que ahí había una pista. Una pista tenue, casi intangible, pero una pista

al fin y al cabo (y después de su anterior discurso a Victoria sobre haber dado la vuelta a todas las piedras y seguido todas las pistas, no quería que esta viniera a morderle el trasero). Mientras tanto, para tomar ventaja, Tomek se dirigía a la mansión. Le acompañaba Oscar, el único agente en quien confiaba plenamente en ese momento, y uno de los últimos miembros que quedaban de su equipo original. Hasta ahora, ninguno de los dos había dicho nada, ninguno quería ser quien abordara el elefante en la habitación, pero a Tomek no le importaba. A veces disfrutaba del silencio, del vacío de un largo viaje. Le ayudaba a reordenar sus pensamientos. Y cuando llegó a Melback Manor, treinta minutos después, solo tenía una cosa en mente: Micky Tatton.

Tras detener el coche lentamente en el aparcamiento del otro lado del edificio, Tomek fue transportado a aquel viernes por la noche. Qué diferente se veía el lugar a la luz del día, ahora que en su mente se había teñido de depravación y comportamientos lascivos. No podía mirar el edificio de la misma manera, ni al personal que había visto cosas sobre las que habían jurado guardar secreto. Todos ellos llevaban consigo un secreto, y se preguntaba cuántos más podrían tener.

Y en particular, cuántos más podría tener Micky Tatton.

Tomek y Oscar encontraron al propietario fuera, en los terrenos de la mansión. Estaba de pie dentro de un cenador de madera situado en medio de un pequeño lago al sur de la propiedad, enfrascado en una conversación con un miembro del personal. El cenador estaba pintado de blanco luna, con seis columnas de madera que lo sostenían sobre el agua. Pequeños faroles adornaban el paseo, y enredaderas de flores sintéticas se enrollaban alrededor de los pilares del cenador. En el agua, nenúfares y hojas caídas flotaban en la superficie, moviéndose suavemente con la brisa. Alrededor de la orilla había un arboreto de robles, olmos y abedules, cuyas hojas brotaban a medida que las semillas de la primavera empezaban a crecer. A la derecha, una gran fuente enviaba columnas de vapor de agua al aire. Tomek encontró el ruido relajante. Le recordaba a una fuente que habían tenido en su infancia; tumbado en el jardín en verano cuando era adolescente,

dejando que el sol abrasara su cuerpo, escuchando el suave murmullo del agua de la fuente junto a su cabeza como si estuviera en medio de una selva tropical indonesia.

Mientras se acercaban, Micky Tatton, el propietario del hotel, les vio, susurró algo al miembro del personal y luego la despidió. La empleada evitó sus miradas mientras se apartaba por el estrecho paseo.

—Sargento —dijo Micky—. Qué agradable sorpresa.

Extendió su mano hacia Tomek. Tomek la tomó y luego se apartó para dejar paso a Oscar.

—¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó Micky.

—El agente Pérez.

—Un placer —respondió Tatton.

—¿No hay bodas hoy? —preguntó Tomek.

—No en lunes. Nadie quiere casarse en lunes, aunque sea considerablemente más barato.

—Me imagino que aún tendréis mucha limpieza pendiente.

La cara de Micky se arrugó con incomodidad.

—Siempre hay mucho que limpiar. Incluso los huéspedes más educados ensucian más de lo que se dan cuenta.

—Solo puedo imaginar cuánto ensucian los huéspedes que peor se comportan —respondió Tomek. Por el rabillo del ojo, notó que la cara de Oscar se contraía en educada confusión.

Antes de responder, Micky se volvió hacia el agua y señaló los árboles.

—Precioso, ¿verdad? Esta es mi parte favorita de toda la propiedad. Claro, algunos de los elementos originales siguen aquí desde su creación —como las chimeneas, las puertas y algunas de las ventanas— y tenéis los túneles y algunos de los dormitorios principales. Pero aquí fuera... aquí fuera te sientes aislado de todo. Este es el lugar donde creamos recuerdos para la gente, y estando aquí, siento que de alguna manera formo parte de eso.

Así que no solo formaba parte de la desviación sexual de la gente, sino que también intentaba meterse en los recuerdos más felices de las vidas de sus clientes. El hombre era un controlador.

Continuó:

—A veces vengo aquí para reflexionar en silencio. ¡Y también para cazar fantasmas!

—¿Cazar fantasmas? —preguntó Tomek, incapaz de ocultar el cinismo en su voz.

—Si es que crees en ese tipo de cosas, claro. Yo sí, pero no muchos están de acuerdo. Además, es divertido para los niños, los mantiene entretenidos.

—¿Qué fantasma? —preguntó Tomek, decidiendo seguirle la corriente al hombre.

—Se dice que la esposa de mi tataratatarabuelo se suicidó aquí hace unos cientos de años. Según la leyenda, no estaba muy contenta con el matrimonio, y en aquella época no veía otra salida, así que se quitó la vida. Pero la historia cuenta que le gustaban tanto los terrenos que decidió quedarse, y creo que también quería vengarse un poco, ya que su fantasma ha sido visto varias veces. Yo la he visto una vez, pero sé que ha estado por aquí más veces. A veces puedo sentir su presencia en la habitación.

—¿Estuvo por aquí el fin de semana? —preguntó Tomek—. No me imagino que hubiera estado muy contenta con lo que vio.

La cara de Oscar se contorsionó aún más.

—Puede que nunca lo sepamos. No es como si tuviera cámaras de seguridad instaladas en cada una de las habitaciones... —Micky se aclaró la garganta—. En fin, caballeros, me desvío del tema. Supongo que han venido aquí para hacerme más preguntas sobre Angelica, ¿no?

—Sí —dijo Oscar—. Ha llegado a nuestro conocimiento que pasó la noche con una mujer mientras estuvo aquí. ¿Puede recordar quién era?

Micky se inclinó hacia un lado, asomándose por detrás de Tomek para ver si había alguien cerca. Una vez satisfecho de que no había nadie que pudiera oírles, Micky respondió:

—No es inusual. Nuestros huéspedes pasan la noche con quienquiera que deseen.

—Sí, pero había una huésped femenina en particular con la que Angelica pasó la noche a solas, y en más de una ocasión.

Micky cruzó los brazos sobre el pecho.

—Os lo ha dicho Florian, ¿verdad?

—¿Florian? —repitió Tomek, sonando las alarmas—. Creía que no sabía su nombre.

El hombre tartamudeó.

—Yo...

—¿Cuánto más sabe sobre él? ¿Puedo ver su teléfono?

La mano del hombre voló involuntariamente al bolsillo de su pecho.

—No. Absolutamente no.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene que ocultar?

—No puede pedir ver mi teléfono.

—Sí que puedo. No lo estoy tomando por la fuerza. Le estoy permitiendo que me lo entregue voluntariamente. Si me da permiso, no hay nada malo en ello. Sin embargo, el hecho de que no quiera que lo tenga solo me va a hacer pensar que está ocultando algo. Lo cual, dado el hecho de que nos mintió sobre no conocer el nombre del Hombre Burro...

—¿Hombre Burro? —interrumpió Oscar, dejándose llevar por la curiosidad.

—Te lo explicaré más tarde —le dijo Tomek, y rápidamente volvió a dirigirse a Micky—. El hecho de que me mintiera sobre no saber quién es Florian me hace pensar que sí tiene algo más que ocultar. Ahora, voy a preguntarle de nuevo, y esta vez se lo pondré más fácil: ¿conoce a la mujer a la que se refiere Florian?

El hombre dudó, con un conflicto visible en su rostro. Era evidente que sabía la respuesta, pero no quería revelarla.

—Permítame añadir que no proporcionarnos esta información, si posteriormente se descubre que usted sabía lo que buscábamos, significa que está interfiriendo en una investigación y podría acabar en prisión —añadió Oscar.

Eso siempre funcionaba.

—Está bien —dijo el hombre con un bufido, y entonces metió la mano en su bolsillo y le entregó su teléfono a Tomek—. Su nombre es Emilia Solveig. Tiene su propio salón de belleza y peluquería en Southend. Lleva viniendo a Las Noches de Edén desde hace aproximadamente un año. La invité a unirse después de

encontrármela en su salón. Era tarde, y necesitaba un corte de pelo. Era el único sitio abierto.

—¿Y acabasteis hablando de fiestas sexuales desquiciadas y orgías con una completa desconocida? —dijo Tomek en voz alta a propósito. Su voz viajó por el agua, pero fue rápidamente ahogada por el borboteo de la fuente.

—¡Silencio! No lo diga tan alto. No todo el mundo sabe lo que ocurre aquí. —Micky suspiró profundamente—. Ella... ella estaba en un momento difícil, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que os lo contará todo cuando la veáis.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Emilia Solveig tenía treinta y dos años, con un largo cabello rubio que había sido rizado en perfectos tirabuzones. Su rostro estaba cubierto de maquillaje, pero aplicado con tal maestría, como si dedicara dos horas cada mañana a ello y varios años de su vida formándose profesionalmente. Estaba cortando el pelo a una clienta cuando Tomek y Oscar entraron en su salón. El interior era una cacofonía de ruidos: graves contundentes sonando de fondo, secadores expulsando aire caliente, agua cayendo de una alcachofa de ducha y conversaciones a todo volumen, combinados con el sonido de tijeras cortando y papel de aluminio rasgándose. Tomek no tenía ni idea de lo que estaba pasando; estaba acostumbrado a un simple corte corto por los lados y un pequeño recorte por arriba, pero esto era industria a otro nivel. Había cuatro clientes en total, cada uno siendo atendido por un miembro del personal, todos en varias etapas del proceso de corte.

Emilia, al otro extremo de la fila de sillas, les vio en el espejo y se giró para mirar a Tomek.

—¿Todo bien, caballeros? —preguntó—. Solo con cita, chicos. No atendemos sin ella.

—Pero sí lo hizo con Micky Tatton —dijo Tomek.

Ante eso, Emilia se detuvo, dejó las tijeras en el mostrador y se acercó cautelosamente hacia Tomek. Mientras se aproximaba, Tomek estudió su rostro, intentando determinar si la había visto el viernes por la noche, si la reconocía sin disfraz.

—¿Por qué menciona ese nombre por aquí? —preguntó ella, manteniendo la voz baja—. ¿Quiénes sois?

—La policía —susurró Tomek. Mantuvo su placa en el bolsillo para que ninguno de los clientes o colegas de ella la vieran—. Nos preguntábamos si podríamos hacerle algunas preguntas sobre una amiga suya.

—¿Una amiga? ¿Quién?

—Angelica.

El rostro de Emilia se quedó inexpresivo. Sus labios se entreabrieron y su expresión se ocultó tras un muro de profunda reflexión.

—¿Angelica? Ella... ¿qué ha pasado?

—¿Podríamos ir a un lugar más privado?

Emilia miró hacia atrás. —No hay ningún sitio. Yo...

Tomek le dio la oportunidad de terminar con su clienta. Mientras tanto, él y Oscar estaban encantados de tomar asiento. Tomek observaba el proceso con asombro. El corte, el lavado, el champú, el papel de aluminio, el tinte. Todo para que el pelo luciera más bonito. Tomek nunca prestaba mucha atención al suyo. Solo mantenerlo corto, aplicar un poco de gel de vez en cuando, y dejar que la naturaleza y el viento se encargaran del resto. Se dio cuenta de que lo tenía mucho más fácil. Por no mencionar más barato. Se había quedado de piedra ante el precio de un corte completo para Kasia cuando ella se lo había pedido. Más de doscientas libras por un corte completo, tinte y el resto, fuera lo que fuese. A ese precio, bromeó, necesitaría pedir una hipoteca. Al final, había optado por comprar un tinte en caja del supermercado por una fracción del precio y supervisarla mientras ella misma se lo hacía. Más allá de eso, todo aquello le resultaba incomprensible.

Veinte minutos después, Emilia Solveig estaba lista. Cogió su abrigo de la pared detrás del mostrador y les mantuvo la puerta abierta.

—Necesito desesperadamente un café —dijo mientras salían del salón—. Aunque para esto, me temo que podría necesitar algo más fuerte.

Tomek no la contradijo. Afortunadamente, la cafetería a la que los llevó estaba justo al lado, y después de unos minutos de espera, encontraron un pequeño banco en un parque cercano.

—En primer lugar —comenzó Tomek—, gracias por tomarse el tiempo para hablar con nosotros. Entendemos que todo esto es algo inesperado, y probablemente tenga muchas preguntas. Esperamos poder responder a algunas de ellas, pero confiamos en que usted pueda responder a todas las nuestras.

—Por supuesto —respondió ella, con voz débil.

—La semana pasada, Angelica Whitaker, una mujer que creemos que usted conoce íntimamente, fue asesinada.

—¿Asesinada?

—Asesinada, sí. ¿Cómo conoce a Angelica?

—Ella... —Emilia dio un sorbo lento a su bebida, tomándose su tiempo para asimilarlo todo—. Nos conocimos en la mansión, en una de Las Noches.

—¿Recuerda cuándo?

—Creo que era su primera vez. En algún momento de septiembre, quizás. Yo... nos encontramos en la barra. Parecía nerviosa, un poco impactada por todo. Intenté hablar con ella, pero no fue muy receptiva. Creo que estaba un poco fuera de su elemento.

—Pero ustedes dos se acercaron más en los siguientes encuentros, ¿verdad?

Emilia bajó la cabeza. —La segunda vez, me la encontré de nuevo —siempre llevaba el mismo atuendo, así que supe que era ella— y luego pasamos la noche juntas con un hombre disfrazado de burro.

Florian.

Hasta ahora todo encajaba; antes de venir a hablar con ella, Micky Tatton les había explicado los elementos básicos de todo lo que había visto, recogido o escuchado sobre la relación en desarrollo entre Emilia y Angelica. Ahora era el turno de Emilia para dar cuerpo al esqueleto.

—Los tres pasamos la noche juntos. Creo... creo que era su primera vez con una mujer, no estoy segura. Pero lo disfrutó. Fuimos

delicados con ella. Cuidadosos.

Justo cuando Tomek abría la boca para hacer una pregunta, un adolescente en bicicleta pasó rápidamente junto a ellos, con música a todo volumen desde un altavoz enganchado en la parte trasera de su bici.

—¿Ustedes dos pasaron alguna noche juntas a solas? —preguntó él.

—Dos veces —dijo ella—. Fue... ¿Cuánto detalle quiere?

—Todo lo que esté dispuesta a compartir —respondió Tomek, y se preparó mentalmente.

—Fue mágico —contestó ella—. De las mejores relaciones íntimas que he tenido con una mujer. No sé qué era, pero había algo diferente en Angelica. Más experimentada, más lograda, más... experimental. Era completamente diferente de la primera vez que la conocí, y todo en el espacio de unas pocas visitas. No sé si eso significaba que estaba experimentando con alguien más o qué, pero... —Tomó otro sorbo de café mientras su voz se apagaba—. Después, nos sentábamos a hablar, ¿sabe? Conocernos a un nivel más profundo y personal. Ella era... era especial, ¿sabe? Sé que suena tonto decirlo, dado el contexto de cómo nos conocimos y todo, pero...

—¿Empezó a desarrollar sentimientos por ella? —dijo Tomek, intuyendo ya hacia dónde se dirigía esto.

—Sí. Ella era simplemente... tan carismática, ¿sabe? Me entendía, me comprendía a un nivel más profundo. Como digo, no sé si era el alcohol o las drogas, pero las cosas se volvieron más profundas para mí. —Un largo y pesado suspiro salió de sus labios, y su mirada cayó hacia sus pies—. Pero no para ella —continuó—. Conseguí su número e intenté quedar un par de veces fuera de Las Noches, pero simplemente... simplemente no funcionó. Ella siempre estaba demasiado ocupada, y yo estaba dirigiendo este lugar. Me dejó plantada un par de veces. Pero siempre esperaba con ilusión volver a verla, pasar la noche con ella en la mansión, ¿sabe? —Dudó y tomó otro sorbo—. Y entonces la vi con otra mujer, una mujer vestida con un mono negro y una máscara de soldador. No sé su nombre ni cómo era debajo de su disfraz, pero ella y Angelica se

volvieron inseparables. No pasé otra noche con ella después de eso. Se había ido, había pasado a lo siguiente.

Tomek no sabía qué decir. No era realmente el tipo de cosa por la que consolabas a alguien. Y aunque lo fuera, no tenía ni idea de cómo responder. Y a juzgar por la mirada desconcertada y perdida en el rostro de Oscar, él tampoco.

—¿Cómo le hizo sentir eso? —preguntó Tomek al final, mientras los engranajes en su cerebro comenzaban a girar—. ¿Enfadada? ¿Disgustada?

—Traicionada —respondió Emilia.

—¿La amaba?

—Yo... creo que sí. Aunque suene tonto decirlo.

—No lo es si así es como se sentía —comentó Tomek. Decidió cambiar de rumbo—. ¿Cuánto tiempo lleva dedicándose al peinado y maquillaje?

—Toda mi vida. Era lo único que se me daba bien en el colegio, así que obtuve mis cualificaciones y llevo dirigiendo mi local alrededor de cinco años. Antes de eso, estuve haciendo peluquería y maquillaje para algunos programas de televisión en la BBC e ITV.

—Impresionante —dijo Tomek—. Debe tener mucha paciencia para eso. He oído que a veces puede llevar horas hacer un peinado y maquillaje.

Ella se encogió de hombros, asintiendo. —Puede. Pero una vez que sabes lo que estás haciendo, puedes acortar ese tiempo considerablemente.

Ahora era el turno de Tomek de asentir y dar un sorbo a su bebida. Durante un largo momento, nadie dijo nada. Tomek observó a un grupo de madres empujando sus carritos a través del campo. Una de ellas soltó a un perro de la correa y, con la ayuda de una catapulta, lanzó una pelota a cincuenta metros a través del césped. El perro saltó a través del campo para cogerla, finalmente atrapándola en su boca antes de correr de vuelta a su dueña.

—Tenemos que preguntar —comenzó Oscar, rompiendo el silencio—. Pero, ¿qué estaba haciendo el viernes pasado por la noche? No el que acaba de pasar; el anterior.

Emilia comenzó a juguetear con el vaso entre sus manos, recomponiéndose. Treinta segundos después, respondió a la pregunta.

—Estaba fuera con mis amigas. Estábamos en el bar Memo en Southend. Vi a Angelica en la barra, bailando con algunos chicos, pero no creo que me reconociera. Iba a acercarme a hablar con ella, pero para ser sincera, a esas alturas, ya había terminado con ella. No quería tener nada más que ver con ella.

Interesante, pensó Tomek. Quizás Emilia estaba tan harta de ella, tan molesta y traicionada por las acciones de Angelica, que había reaccionado y la había matado.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Tomek había sentido genuina preocupación en muy pocas ocasiones de su vida. Como aquella vez que se encontró cara a cara con el asesino de su hermano, o cuando le colgaron sobre un puente que cruzaba una vía de tren. Pero ninguna de ellas se acercaba a la inquietud que sintió al ver la cara del agente Chey Carter cuando regresó a la oficina. La sonrisa socarrona del agente era amplia, burlona, escalofriante. Y para empeorar las cosas, había una mirada demoníaca en sus ojos, como si algo lo hubiera poseído y Tomek fuera su próxima víctima.

—Dios mío —dijo Tomek—. ¿Qué has hecho? O la has cagado a lo grande o estás a punto de darme las mejores noticias del mundo.

Chey no dijo nada. En cambio, le indicó a Tomek que le siguiera a una pequeña sala. El agente llevaba su portátil en los brazos. Cuando cerró la puerta tras ellos, Tomek dijo:

—¿No estarás presentando tu dimisión, verdad?

—¿Qué? ¿Y perder cualquier oportunidad de convertirme en tu mejor amigo? No lo creo, Sargento. No te librarás de mí tan fácilmente.

—Ni tampoco me libraré de esa jodida sonrisa —respondió Tomek —. Párala ya. Me está asustando.

La cara del agente se ensombreció al instante.

—¿Mejor?

—Mejor. Mucho, mucho, mucho mejor. No vuelvas a sonreír así nunca. Te detendrán.

—No me importaría en absoluto que tú me detuvieras, Sargento. Y después de las historias que he oído del fin de semana, puede que estés encantado de hacerlo.

Tomek contuvo la respiración.

—¿Qué coño se supone que significa eso? ¿Qué historias has oído? ¿Qué te ha estado contando Rachel?

Sabía que había sido mala idea juntarlos. No eran de fiar. Rachel... ella era el problema. Se lo había pasado demasiado bien el viernes por la noche. Sabía que querría contarle a todo el equipo lo que habían visto, y había sido un ingenuo al pensar que podrían mantenerlo en secreto, a pesar de su acuerdo.

—Nada jugoso, señor. Solo que llamasteis bastante la atención —respondió Chey.

Tomek sacó pecho e intentó ocultar su vergüenza.

—No me fue mal, gracias.

—A Rach tampoco. Aunque no fue el tipo de atención que buscaba, por lo que cuenta.

—Estábamos allí estrictamente por asuntos policiales, Chey. No pasó nada.

El agente colocó su portátil en la mesa del centro de la sala y levantó la tapa.

—¿Crees que podrías conseguirme una invitación para una de estas fiestas, quizá?

Tomek no respondió.

—También en un plano estrictamente profesional.

—Menudo golfo —respondió, riéndose entre dientes—. Al organizador no le entusiasmaba mucho tenernos allí para empezar. No me imagino que vaya a estar muy contento cuando empecemos a multiplicarnos y aparezca gente diferente cada mes.

Chey puso los ojos en blanco.

—Aguafiestas —entonces el joven centró su atención en el portátil, y mientras iniciaba sesión, explicó—: Hemos vuelto a hablar con las amigas de Angelica, como pediste. Y una de ellas, Xanthia se llama, bueno, nos dio un poco más de lo que esperábamos.

—Vale.

Chey terminó lo que estaba haciendo en el ordenador y miró a Tomek.

—Resulta que Xanthia y Angelica tuvieron algo —explicó—. Un rollo de borrachera de una noche.

—Sí, lo entiendo.

—Pero fue más bien un rollo de dos o tres noches. Pasaron un par de noches juntas después de salir a tomar algo en grupo. Siempre era después de una noche de fiesta, y nunca se lo mencionaron a nadie más.

—Era su pequeño secreto —dijo Tomek, con la mente zumbando. ¿Podría haber sido esta la otra persona a la que se refería Emilia Solveig? ¿La soldadora?

—Era más que un secreto —continuó Chey—. Para Angelica, según me han dicho, no ocurrió. Siempre lo negaba cuando Xanthia intentaba sacarlo a relucir, pero luego, cuando se emborrachaban juntas, pasaban cosas. Y al día siguiente Angelica no recordaba nada.

Los engranajes comenzaron a girar más rápido ahora.

—¿Podría Xanthia haber drogado a Angelica para que olvidara?

Chey lo consideró por un momento.

—Yo... no había pensado en eso. Pero podemos investigarlo. Quiero decir, trabaja en una farmacia, así que podría saber cómo acceder a ese tipo de cosas —un destello de comprensión cruzó el rostro de Chey, y Tomek pudo ver cómo el joven tomaba nota mental, un marco de referencia para su aprendizaje más adelante. Por fin, Tomek había impartido algo de sabiduría al agente.

—¿Eso es todo? ¿Es por eso que tenías esa sonrisa en la cara, o hay algo más?

La sonrisa volvió. Tomek no pudo mirar al hombre a los ojos.

—Algo más —respondió Chey.

Señalando el portátil, Tomek dijo:

—Venga, enséñamelo. Tu cara me está recordando a algunos de los tíos del viernes por la noche, de pie al borde de la sala tocándose.

Eso pareció eliminarla; Chey presionó la tecla Intro en su teclado y, después de que la pantalla se iluminara, giró la máquina hacia él.

En la pantalla estaba el blog de Angelica Whitaker. «Mi pequeño rincón de Internet» se destacaba en la parte superior de la página, con una pequeña imagen de una playa a la derecha. Debajo había un artículo fechado dos semanas antes, titulado «¿Dónde estaría yo sin ti?»

Tomek tomó el control del portátil y se desplazó por la página, sus ojos escaneando la longitud del artículo.

—¿Tienes la versión resumida, o quieres que lo lea todo?

—Ni una cosa ni la otra, Sargento —dijo Chey, recuperando el portátil—. Quiero que escuches.

Sorprendido y un poco ofendido, Tomek se recostó en su silla, cruzó una pierna sobre la otra rodilla y esperó pacientemente la explicación.

—Me pediste que imprimiera todas las entradas del blog, ¿verdad?

—Sí.

—Lo cual hice. Y se las di a cada miembro del equipo para que empezaran a leerlas, ¿cierto?

—Cierto.

—Pero cuando regresé de mi reunión con Xanthia, me di cuenta de que había un pequeño problema con la impresión. En realidad, era un problema jodidamente grande...

—¿Cuál era el problema?

—...pero lo solucioné, y...

—¿Cuál era el problema, Chey? —insistió Tomek.

El hombre suspiró, se volvió hacia la pantalla y se desplazó hasta la parte inferior de la página web. Mientras giraba el dispositivo, Tomek notó el error. En la parte inferior de la entrada del blog había una sección para comentarios. Un lugar para que desconocidos, o amigos cercanos y familiares, comentaran sus pensamientos sobre lo que habían leído del Pequeño Rincón de Internet de Angelica.

—Esto se omitió en las entradas del blog cuando se imprimieron.

—¿Así que los nuestros han estado leyendo un montón de mierda, básicamente?

Chey se encogió de hombros.

—No del todo. Hay cosas importantes ahí, pero lo realmente jugoso está aquí —el agente golpeó la pantalla con tanta fuerza que casi hizo que el aparato se cayera hacia atrás. Estaba señalando el comentario en la parte inferior de la página web.

—Muy orgulloso de todo lo que has superado, mi ángel. Has recuperado tus alas. Siempre pensando en ti.

Los ojos de Chey se ensancharon con deleite.

—Mi ángel... —continuó Tomek, sus pensamientos disparándose en una tangente—. Mi ángel...

—Y hay muchos más así, todos diciendo cosas similares. A veces Angelica responde, a veces no.

Tomek finalmente reaccionó.

—¿Está comunicándose con la persona?

Chey asintió.

—¿Eso significa que sabe quién es?

Un encogimiento de hombros.

—Posiblemente. No hay forma de saberlo. No es como si pudiéramos preguntarle.

Tomek reflexionó sobre esto por un momento, dejando que sus pensamientos se filtraran en su cabeza. Luego señaló la última palabra del comentario.

—¿Podemos averiguar de dónde vienen los mensajes?

La sonrisa volvió al rostro de Chey.

—Esperaba que me lo preguntaras. Revisé las entradas de los últimos meses y vi unos quince comentarios diferentes, todos diciendo lo mismo, así que lo envié al departamento digital y pudieron rastrear la dirección IP.

Tomek se sintió inclinándose hacia adelante involuntariamente.

—¿Y?

Justo cuando Chey estaba a punto de responder, la puerta se abrió. Entró Rachel. Se quedó flotando en el marco de la puerta.

Chey continuó, sin importarle.

—Los mensajes han estado viniendo de un ordenador público en la biblioteca de Hadleigh.

Tomek luchó por sofocar su entusiasmo. Ahora era su turno de lucir una sonrisa espeluznante.

—Buen trabajo, colega. Me recuerdas cada día más a un joven Tomek Bowen.

—Joder —dijo Rachel, todavía de pie en el marco de la puerta—. Eso es lo último que necesita el mundo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

En el tiempo que tardaron los agentes uniformados en localizar a Shawn Wilkins en la biblioteca de Hadleigh y traerlo, Tomek y el equipo solo habían podido examinar y analizar los últimos ocho meses de publicaciones del blog «El pequeño rincón de Angelica en internet». En total, encontraron más de cien comentarios de su misterioso comentarista, todos diciendo lo mismo: «Mi ángel ha recuperado sus alas». Las mismas palabras exactas que Shawn Wilkins había publicado bajo sus fotos de Instagram. Chey incluso había podido introducir los comentarios en un programa informático que los convertía en una nube de palabras: una representación visual de la frecuencia con la que aparecía cada palabra. Cuanto más grande era la palabra, más veces se había utilizado. Como era de esperar, «mi» y «ángel» estaban en lo más alto de la lista, dominando la mayor parte del espacio en la nube de palabras. Tomek nunca había visto este software antes y había dudado de su utilidad al principio, pero después de ver los resultados, decidió imprimirlos y llevárselos a la sala de interrogatorios.

Desde la última vez que Tomek lo vio, el pelo de Shawn Wilkins se había vuelto despeinado y descuidado, como si no se lo hubiera lavado en toda la semana. Dentro de la sala de interrogatorios, estaba desplomado en la silla, apoyado contra la pared, con la sien descansando contra la superficie. Tenía los ojos enrojecidos, una fina línea de barba incipiente había comenzado a formarse en su

mandíbula, y las evidencias de su encuentro con Johnny Whitaker del otro día aún eran visibles en su nariz.

—Buenas tardes —dijo Tomek al entrar y dejar caer una carpeta sobre la mesa.

El hombre gruñó en respuesta, evitando el contacto visual.

Tomek sacó la silla de debajo de la mesa y cruzó una pierna sobre la otra. La confianza burbujeaba bajo su superficie, y no pudo reprimir la sonrisa en su rostro.

—¿Cómo está hoy, Shawn? —preguntó, con un tono cargado de excitación.

—¿Por qué estoy aquí?

—Solo tenemos algunas preguntas más para usted.

—¿Por qué tuvisteis que venir a buscarme y traerme aquí? —preguntó, sonando como un adolescente petulante—. Ahora todos en el trabajo sabrán que me están interrogando sobre esta mierda.

Eso sonaba como un problema de Shawn, nada que ver con él.

—Espero que no haya montado una escena —dijo Tomek—. De lo contrario, solo aumentaría las especulaciones.

Shawn arrugó la nariz hacia Tomek, haciendo una mueca. —Todavía no me has dicho por qué estoy aquí.

—Todo a su debido tiempo —respondió Tomek mientras tocaba la carpeta en la mesa—. Todo a su debido tiempo. —Tomek arrastró la carpeta lentamente hacia él y la abrió sobre su rodilla, manteniéndola fuera del campo visual de Shawn. Luego miró la primera página. Allí, frente a él, estaba la página principal del blog de Angelica. Tomek la sacó de la carpeta y la deslizó por la mesa—. ¿Reconoce esto, Shawn?

Shawn echó un vistazo de un segundo. —Sí.

—¿Qué es, por favor?

—El blog de Angelica.

—¿Y cómo lo conoce?

—Porque lo he visto antes.

—¿Cuántas veces diría que lo ha visto?

Un encogimiento de hombros. Indiferente, desdeñoso, como si le acabaran de preguntar si quería pagar la siguiente ronda: solo si tuviera que hacerlo.

—Si tuviera que ponerle un número —insistió Tomek—. ¿Cuántas veces? ¿Una docena? ¿Cincuenta? ¿Cien?

—No lo sé.

—Entonces, ¿es seguro suponer que lo ha visto bastante?

—Quizás.

—¿Y cómo llegó a este pequeño rincón de Internet, Shawn? ¿Le envió Angelica el enlace directamente o lo encontró por otros medios?

Shawn suspiró profundamente, pesadamente. Tan profundo que Tomek sintió el aire rozar sus nudillos.

—Lo vi en una de sus publicaciones de Instagram —admitió el acosador—. No hay nada malo en eso. Si ella hubiera querido hacerlo privado, podría haberlo hecho. Si no quería que la gente lo encontrara, entonces no debería haberlo publicado en línea. Ella es quien lo puso ahí. No es como si yo hubiera ido a buscarlo.

—Y eso es absolutamente cierto —dijo Tomek.

—¿Eh? —murmuró Shawn, desconcertado.

—Estoy de acuerdo. Es una web, las webs están ahí para ser encontradas. Al igual que las páginas de redes sociales. No tengo ningún problema con que la mire, pero con lo que sí tengo un problema, y sobre lo que quiero un poco más de claridad, es si alguna vez ha publicado algo en los comentarios. Por lo que entiendo, esta web no recibía mucho tráfico, así que, ¿era esta otra de sus formas de contactar con Angelica, de hacerle saber que la estaba observando, siguiendo su vida?

—¡No! —La voz del hombre llenó la pequeña habitación.

Tomek no estaba escuchando. En su lugar, sacó la siguiente hoja de la carpeta y la colocó sobre la mesa. —Este es uno de los comentarios que hemos visto: «Deseando estar dentro de ti ahora mismo, mi ángel». Publicado a la una y treinta y dos de la tarde del veintitrés de enero. Algo bastante grotesco para la hora del almuerzo, ¿no cree? —Sacó otra hoja, la leyó y la colocó encima de la primera—. Este es un poco más moderado: «Eres lo más precioso del mundo para mí, mi ángel». También publicado a una hora similar. Y luego está este. Y este. Y este.

Y así continuó, cada vez Tomek colocando una impresión encima de la última, hasta que llegó a la última página: la nube de palabras.

—Solía llamar a Angelica ángel, ¿verdad? Es una frase bastante común aquí —dijo, señalando la nube de palabras—. Le he visto publicar lo mismo en sus publicaciones de Instagram y en sus mensajes directos. Esa era una expresión particular suya, ¿no?

—Mucha gente la llamaba así.

—¿Cómo lo sabe?

Shawn no respondió.

—¿Reconoce alguno de estos comentarios? —preguntó Tomek mientras esparcía las hojas por la mesa.

—No —respondió el hombre tajantemente.

—¿Está seguro?

—Sí. —Se inclinó hacia delante en su asiento—. Nunca he visto esos antes en mi vida.

—¿Está seguro? ¿No le parece interesante que todos los comentarios se publiquen a una hora similar? ¿A qué hora suele almorzar cuando está trabajando?

—Sobre la una.

—Interesante. ¿Y cuánto tiempo dijo que lleva trabajando en la biblioteca?

—Un par de años.

—Aún más interesante.

Tomek no dijo nada durante treinta segundos. Estaba esperando que Shawn mordiera el anzuelo de su último comentario, pero cuando no ocurrió, añadió: —¿Le gustaría saber por qué?

—No.

—Bueno, se lo voy a decir de todos modos. Verá, hemos rastreado la dirección IP de estos comentarios, y adivine desde dónde se están publicando.

Shawn no dijo nada. O era increíblemente obtuso y no sabía la respuesta, o sí sabía la respuesta pero tenía demasiado miedo para admitirlo.

Tomek sacó otra hoja. En ella había una impresión de la vista de calle de Google Maps. Deslizó el documento fuera de la carpeta y lo

colocó delicadamente, antes de clavar la uña del dedo en el centro de la página.

—Justo ahí —dijo—. ¿Le resulta familiar?

Shawn no necesitaba ver el documento para saber a dónde se refería Tomek.

—¿Algo que decir al respecto? —preguntó Tomek.

—Yo no publiqué esos comentarios. No fueron míos.

—Usted trabaja en la biblioteca. Es el único con una conexión con Angelica. Es el único que la ha acosado en todas las plataformas imaginables, y cuando ella lo bloqueó en el resto y consiguió una orden de alejamiento contra usted, pensó que la acosaría en su blog, su pequeño rincón de Internet. ¿Suena correcto?

Shawn golpeó la pared con el puño. —¡Yo no publiqué esos putos comentarios!

—¿Cómo puede demostrarlo?

La cara del hombre se contrajo de rabia.

—¿Hay cámaras de seguridad en la biblioteca que podamos revisar?

—Por supuesto que no. Es una jodida biblioteca. Apenas hay suficiente dinero para mantenernos en funcionamiento. Además, nadie quiere robar putos libros.

—¿Entonces no hay cámaras de seguridad?

—No, ¿vale? No, no tenemos ninguna jodida cámara de seguridad. —Otro golpe en la pared—. Pero yo no publiqué esos comentarios, y no tuve nada que ver con el asesinato de Angelica. Porque si lo hubiera hecho, habrían encontrado mi ADN en ella, pero no lo han hecho, ¿verdad? No tenéis ni una sola prueba concreta que me señale. Ahora, si eso es todo lo que tienen, me gustaría volver a mi trabajo, por favor, y no vuelvan nunca más a mi lugar de trabajo. ¿Me oye?

—¿O qué? —preguntó Tomek mientras Shawn tiraba la silla detrás de él y se alzaba sobre él—. ¿Me matará a mí también?

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

La entrevista con Shawn Wilkins no había conducido a ninguna parte. Tomek no había conseguido el resultado que esperaba —una confesión de algún tipo— y al final, Shawn había amenazado con presentar una queja formal ante la Oficina Independiente de Conducta Policial por el comportamiento de Tomek y lo que Shawn había calificado como «acoso». Después de que Rachel le convenciera de lo contrario, acariciándole el ego (y el brazo) un poco, Shawn había salido furioso de la comisaría y regresado a la biblioteca.

Cuando volvió a su escritorio, Tomek encontró a Oscar sentado en su silla. El agente mantenía una conversación profunda con Anna, discutiendo sobre el comportamiento del acosador. Al llegar, Oscar le explicó que los agentes uniformados enviados a la biblioteca para realizar un registro del lugar habían confirmado que las grabaciones de las cámaras de seguridad solo se conservaban durante cuarenta y ocho horas, y que no había forma de descubrir quién había accedido al ordenador ni qué había visto. Parecía entonces que no existían pruebas tangibles y físicas que pudieran utilizarse para acusar a Shawn Wilkins. Había sido así desde el principio. Nada concreto. El asesino había realizado un trabajo tan ejemplar al matar a Angelica y limpiar la escena del crimen sin dejar rastro que había dejado a Tomek y al equipo tanteando en la oscuridad.

Tomek aún cargaba con el peso de la investigación sobre sus hombros. Aunque oficialmente había pasado a manos de Victoria, él

seguía considerándola como suya. La había iniciado y ahora quería terminarla. El único problema era el peaje que estaba cobrando en su cuerpo. No había estado comiendo adecuadamente. Se había saltado varias cenas y almuerzos porque quería trabajar sin descanso. Tampoco había estado durmiendo bien, su mente le mostraba imágenes de las alas angelicales de Angelica cada vez que cerraba los ojos, y cuando se miró en el espejo del baño antes de salir aquel día, se dio cuenta por primera vez del efecto que estaba teniendo en su pelo y barba. Lo que antes era una cabellera impecable, casi negra como la noche y espesa, y una barba oscura e imponente, ahora se había mancillado con algunas canas. Un desastre.

De camino a casa, se detuvo en el supermercado y compró tinte para el pelo y la barba. Así tenía la noche organizada, después de que Kasia se hubiese ido a dormir, por supuesto. No podría soportar la burla y el abuso que sin duda recibiría si ella le viera. ¿Él, un hombre de cuarenta años, tiñéndose la barba y el pelo? ¿Qué le estaba pasando al mundo? Se lo contaría a sus amigas, y luego ellas se lo contarían a sus otras amigas, y finalmente su secreto se extendería a todos los padres y profesores.

Pero sus planes para la noche se vieron amenazados por la figura que esperaba fuera de su casa, vestida con un abrigo largo y fino, y con un cigarrillo en la mano.

—¿Cuándo ha empezado *eso*? —preguntó Tomek, señalando el cilindro de tabaco.

Abigail exhaló una gran bocanada de humo al aire.

—Más o menos cuando me enteré de que iba a ser la editora. Los ascensos no son todo lo que parecen.

No me lo digas a mí.

—¿Qué haces aquí, Abigail?

—Nombre completo, ¿eh? ¿Así están las cosas?

—Responde a la pregunta.

Ella dio otra larga calada al cigarrillo y dejó que el humo saliera de su boca mientras hablaba.

—Quería verte. Esperaba que pudiéramos hablar.

—Ahí no —dijo él, señalando hacia la ventana del salón en el primer piso—. No después de la última vez.

—Vale. ¿Dónde entonces?

Tomek levantó la mano, agitó las llaves del coche y lo desbloqueó. Detrás de él, las luces naranjas parpadearon y sonó un pequeño *bip*. Segundos después, estaban dentro.

—Intenté llamarte —dijo ella, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Ah, sí?

Sabía que lo había hecho. Había visto las innumerables llamadas telefónicas y las había ignorado, al menos algunas. Las otras habían llegado mientras estaba en entrevistas o fuera, en el campo.

—He estado ocupado —dijo.

—¿Así van a ser las cosas? —preguntó ella, con tono acusatorio —. ¿Yo llamo y tú me ignoras? ¿Yo llamo y tú finges que no existo?

—He dicho que estaba ocupado, no que te haya borrado de mi memoria.

—Pues es lo que parece —dijo ella, enfadándose cada vez más. Mientras tanto, Tomek mantenía su voz fría, medida. Estaban en un espacio reducido, y aunque nadie podría oírlos, quería tener suficiente espacio para defenderse si las cosas se ponían... físicas.

—Si mal no recuerdo, fui yo quien pidió espacio, Abi. ¿Cómo es y qué significa el espacio para ti? —Sacó su móvil y abrió el registro de llamadas—. Porque ahora mismo estoy viendo quince llamadas en los últimos tres días y a ti plantada justo delante de mi puerta. Eso no parece darme espacio.

Ante eso, Abigail no tenía nada que decir. El olor a humo se desprendía de su ropa, aliento y piel, y Tomek podía sentir cómo se filtraba en la tela de sus asientos, manchando el interior de su coche. Quería terminar con esto.

—Además —continuó—, ¿qué es eso de que has ido a mis espaldas para pedirle información a Martin, información que no estaba preparado para dar, sobre *mi* caso?

—Tú... tú pediste espacio. Y... y eso fue darle espacio. No quería molestarte con eso.

—No, fuiste un paso más allá y me desacreditaste con Victoria y Nick. Ahora han traído de vuelta a Victoria y me han reducido a SIO

adjunto. Eso es interferir con mi vida a un nivel completamente distinto.

—Pero es mi carrera —dijo ella, sonando casi derrotada.

—Y también es la mía.

Ella miró su regazo y comenzó a clavarse el pulgar en la palma de la mano.

—¿Adónde vamos desde aquí?

—No lo sé.

—Me refiero al trabajo. Todavía voy a necesitar acudir a ti para obtener información, y tú seguirás necesitando mi apoyo.

Tomek inspiró profundamente, recomponiéndose. No podía creer lo que estaba oyendo. Allí estaba ella, sentada, jugueteando con sus pulgares, haciéndose la inocente y tímida, preocupada por cómo afectaría esto a su relación laboral, cómo afectaría a *su* carrera.

—Entonces, déjame que te lo ponga fácil, Abigail. Bien fácil. Tú y yo, se acabó. Hemos terminado. No más visitas para quedarse a dormir, no más cenas, no más sexo. Se terminó. Y en cuanto a nuestra relación profesional, nada cambia. Aunque creo que, en un futuro previsible, deberíamos evitar trabajar juntos tanto como sea posible. Y si alguna vez vuelves a presentarte en mi casa sin avisar, te haré la vida muy difícil. —Tomek se inclinó a través del coche, estirándose por encima de su regazo, y le abrió la puerta—. Buenas noches, Abigail —continuó—. Que disfrutes de tu velada.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Tomek se había quedado en el coche durante otros veinte minutos, respirando, pensando, controlando su temperamento, hasta que el rugido de su estómago se volvió tan fuerte y tan agresivo, y los dolores de estómago tan intensos, que se vio obligado a subir en busca de comida. Afortunadamente, encontró a Kasia en medio de la preparación de alubias con tostadas, y cuando le preguntó si quería un poco, le dijo que mataría por un plato. Había algo tan deliciosamente simple en las alubias con tostadas que le entusiasmaba a él y a su estómago. Quizás le recordaba a su infancia. O quizás era el crujido del pan ligeramente tostado, la dulzura de la poco saludable dosis de salsa de tomate y el toque salado del cheddar derretido espolvoreado por encima. De cualquier manera, fue una de las mejores comidas que había tenido en mucho tiempo, superando con creces la comida que habían tenido para celebrar el ascenso de Abigail.

Tomek seguía pensando en ello mientras entraba en la oficina a la mañana siguiente. De hecho, incluso había pensado en tomar lo mismo para desayunar. El único problema era que, ahora que su café favorito, Morgana's, había cerrado recientemente tras una investigación de tráfico de personas, Tomek estaba buscando un nuevo establecimiento donde disfrutar de las deliciosas delicias del bacon grasiento y los especiales de doble infarto. En cambio, al entrar en la oficina, le recibió un deprimente sobre de copos de avena Quaker en el cajón de su escritorio, una reliquia de una fase

histórica de dieta por la que había pasado varios años atrás. No importaba cuántas veces intentara comer de forma saludable, nunca funcionaba. Lo único que le impedía ganar peso seriamente era su carrera diaria por el paseo marítimo y las actividades deportivas recreativas del fin de semana, aunque la mayoría de estas habían quedado relegadas en los últimos meses.

—Qué triste aspecto tiene ese bol de gachas —dijo Chey cuando Tomek regresó a su escritorio, a regañadientes, con el bol de comida quemándole las manos—. Parece que un perro acaba de vomitar.

Tomek miró el bol, luego a Chey, y de nuevo al bol. —Joder. ¿Por qué tenías que decir eso? Ahora solo quiero tirártelo todo encima.

Tomek fingió lanzar el bol hacia Chey, y el joven agente se apartó asustado. Mientras se tambaleaba, su pie se enganchó en el lateral de una silla de escritorio y trastabilló hacia atrás, cayendo al suelo. La oficina estalló en un coro de risas.

—Eso te enseñará a no burlarte de mi comida —dijo Tomek mientras se dirigía a la cocina y comenzaba a verterla en la basura.

Un momento después, Oscar entró tras él, parándose en el umbral para impedir que entrara alguien más.

—Buenos días, sargento —dijo, con cautela en su tono.

—Buenos días, capitán.

—¿Has oído lo último?

—¿Que pisar tres grietas le romperá la espalda a mi madre? Sí.

—No. Sobre el ADN.

Tomek dejó lo que estaba haciendo y colocó el bol en la encimera de la cocina.

—¿ADN? ¿Qué ADN?

Tomek contuvo la respiración.

—El ADN que se encontró en la escena del crimen de Angelica.

Los ojos de Tomek se agrandaron. Contuvo la respiración. —¿Tenemos los resultados?

—A las siete de esta mañana.

Tomek se acercó al agente.

—¿Y?

—Tenemos una coincidencia.

Por fin. Después de toda su persistencia.

Que os jodan, Nick. Y que te jodan, Victoria.

—¿Y? —dijo—. ¿De quién es? ¿De Shawn?

Oscar negó con la cabeza. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—El ADN encontrado pertenece a Johnny, sargento. Johnny Whitaker.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Tomek detuvo el coche en la entrada de Daphne y Roy Whitaker. Saltó del vehículo antes de que terminara de detenerse en modo aparcamiento y, cerrando la puerta de un portazo tras él, corrió por el patio delantero hacia la puerta principal de los Whitaker. Golpeó con los puños. Tres, cuatro veces. Sin respuesta.

Lo intentó de nuevo, esta vez inclinándose hacia un lado y pegando la cara a las ventanas del salón. Ningún movimiento.

Primero el hospital, y ahora esto.

Tomek no sabía dónde estaba Johnny Whitaker, y el hospital tampoco. Según la enfermera del distrito, Johnny había sido dado de alta varias horas antes, sin dirección de destino ni comunicación alguna a sus familiares más cercanos, que resultaban ser sus padres. Tomek había reunido a un equipo y les había ordenado visitar The Prince Albert, por si el hermano de Angelica había vuelto a su lugar habitual, pero no habían encontrado nada, y ahora estaban de camino para reunirse con él.

Tomek se volvió hacia la puerta principal y la golpeó de nuevo con los puños. Seguía sin respuesta.

Justo cuando se agachó y abrió el buzón para gritar a través de él, la puerta se abrió de golpe. Tomek entró sin permiso y sin esperar a que su presencia fuera registrada.

—¿Qué coño? —gritó Daphne mientras era obligada a retroceder por la repentina y enérgica intrusión de Tomek.

—Johnny —dijo él, casi sin aliento—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—Su hijo.

Por un momento, un largo y doloroso momento, Daphne no dijo nada, simplemente le miró como si le hubiera pedido la raíz cuadrada de un millón.

—¿Dónde está su hijo? —repitió Tomek—. Necesitamos hablar con él.

Seguía sin responder. Quizás fuera por la conmoción de su repentina presencia. O quizás por la paulatina comprensión de lo que Tomek estaba preguntando: que la única razón por la que Tomek podría estar buscando a su hijo —*otra vez*— era porque habían encontrado algo, algo que le relacionaba con la muerte de su hermana.

—Hospital... —murmuró ella, con la mente a cientos de kilómetros de distancia.

—Dado de alta. Hace tres horas. Ahora no sabemos dónde encontrarle. ¿Le ha visto usted?

Lentamente, mirando al vacío negro detrás de él, Daphne negó con la cabeza.

—¿Dónde está su marido?

—Fuera. En el jardín.

Casi como si fuera una señal, Roy Whitaker apareció en el pasillo, con un par de guantes de jardinería y un chaleco de forro polar verde claro.

—Sargento... —comenzó—. ¿Qué está...?

—Quiere saber dónde está Johnny —respondió Daphne.

—¿Johnny? ¿Otra vez? ¿Por qué?

—Porque tenemos más preguntas que hacerle.

—¿Sobre qué?

Tomek no quería entrar en ese tema ahora, pero rápidamente se dio cuenta de que sería la única manera de agilizar el proceso.

—Pruebas —dijo con claridad, ya con la respiración normalizada —. Hemos encontrado su ADN en la escena del crimen de Angelica. Solo queremos saber cómo llegó allí.

Las manos de Daphne volaron inmediatamente a su boca. La expresión de consternación y preocupación de Roy se transformó en

una de terror e incredulidad.

—Johnny... Angelica... No... No puede ser...

—Puede —dijo Tomek.

Y no me llame Shirley.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—No lo sé, pero espero que su hijo pueda responder a esas preguntas. ¿Cuándo fue la última vez que lo vieron?

Roy se quitó los guantes y los dejó en una superficie cercana. —No desde que se marchó el otro día. Como le dije. ¿Le encontraron en el pub?

Tomek asintió y explicó que posteriormente le habían llevado al hospital.

—¿Han probado allí? —preguntó Roy.

Joder, estaban dando vueltas en círculos.

Tomek confirmó que lo habían hecho y luego preguntó: —¿Tienen alguna idea de dónde podría estar? ¿Alguna idea, por mínima que sea?

Los padres de Johnny se miraron el uno al otro, con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

Luego ambos negaron con la cabeza y dijeron que no, que no tenían ni idea de dónde podría estar su hijo.

Pero Tomek sí. En ese momento, sabía exactamente dónde encontrarle.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

—Así que este, este es uno de mis favoritos —explicó ella—. Está tallado de mi piedra favorita, el zafiro.

—¿Hecho a mano?

Asintió educadamente. —Sí. Todo lo que ve aquí está hecho a mano por mí. Tengo un pequeño taller en la parte de atrás donde elaboro mis pequeñas creaciones.

La mujer se colocó el anillo en el dedo y lo levantó hacia la luz, admirándolo por un momento. —Es usted muy talentosa.

—Gracias.

Rose ya había oído suficiente. Esta mujer era una perdedora de tiempo. Simple y llanamente. Interesada en una cosa y solo en una cosa: hacerle perder el tiempo a Rose. A lo largo de los años, había desarrollado un talento, una astuta capacidad para distinguir la mierda de los "¡Pagaré lo que sea por esta mierda!" y normalmente podía detectarlos a kilómetros de distancia. Esta mujer, sin embargo, le había dado motivos para concederle el beneficio de la duda. Había algo en ella que había hecho que Rose cuestionara sus instintos. Quizás había sido la ropa de diseñador, o el pelo recién teñido de rubio, o el marido que claramente estaba por encima de sus posibilidades, babeando detrás de ella a cada paso, pero en cuanto había mostrado sus dientes ante la etiqueta del precio del anillo y comenzado a hacer sus puñeteras preguntas insulsas, Rose había decidido que se le había acabado el tiempo a la mujer. Era momento de que se marchara y volviera cuando pudieran permitirse sus joyas.

Le quitó el anillo y comenzó a tratarlos con desprecio, para asegurarse de que supieran que los había calado. Después de algunas interacciones más, finalmente captaron la indirecta y empezaron a marcharse. Rose les mostró la salida.

—Si necesitáis algo más, ya sabéis dónde encontrarme —dijo Rose detrás de una sonrisa forzada. La pareja se adentró rápidamente en la concurrida calle principal, fundiéndose con el telón de fondo de otros peatones. Mientras cerraba la puerta tras ellos, susurró para sí misma: —Malditos idiotas —y regresó a su ganchillo.

Había terminado la muñeca ángel que había hecho en memoria de Angelica, y ahora estaba avanzando en su siguiente creación: un pequeño policía, completo con gorro azul y uniforme azul, aunque la imagen que estaba utilizando se parecía más a Pato el Cartero que al Señor Plod.

Estaba en medio de sacar su equipo cuando la puerta de la tienda se abrió. Antes de saludar al cliente, inspiró profundamente, activó la agradable sonrisa de cara al público que le resultaba cada vez más difícil de mantener, y luego se giró para enfrentarse al recién llegado.

Se quedó paralizada.

Allí, de pie en el umbral de la puerta, estaba su marido. El hombre que sentía que apenas conocía, con los hombros encorvados, imponente, dominante.

El primer pensamiento de Rose no fue por su seguridad, sino por la seguridad de sus creaciones. El hombre era como un simio andante, y por las mejillas pálidas, demacradas, ligeramente amarillentas de su rostro —sin mencionar el hedor a alcohol que emanaba por sus poros— seguía borracho.

—*Tú* —dijo él.

No creía que fuera posible arrastrar una palabra de una sola sílaba, pero de alguna manera él encontró la forma de hacerlo.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —replicó ella—. Lárgate de mi tienda. No eres bienvenido aquí.

Pero él no hizo caso a la advertencia. En lugar de eso, cerró la puerta tras de sí, metió el pestillo en su sitio, y luego cerró con llave

la cerradura. Los sonidos resonaron por toda la tienda como disparos, rebotando en sus oídos.

Y entonces se detuvo.

Los dos estaban separados por solo unos pocos metros. Él, triplicándole el peso. Ella, sin un teléfono a mano ni los reflejos para moverse más rápido que él.

Johnny hizo el primer movimiento. A pesar de su estado de embriaguez, cruzó el suelo de la tienda casi de una zancada, chocando con las vitrinas en el camino, y se abalanzó sobre ella en un instante. Sin vacilación, la agarró de la camisa por el cuello, la arrancó de su silla y la arrastró fuera de la parte trasera de la tienda por el pelo. Rose gritó mientras un dolor abrasador ardía en su cuero cabelludo. No había nada que pudiera hacer, nada que pudiera pensar en hacer aparte de sujetar la mano de Johnny para disminuir el dolor ardiente.

Después de forcejear con los pomos de las puertas en la parte trasera de la tienda, entraron a un pequeño pasillo. La puerta a su derecha conducía al piso de arriba, donde Rose había pasado casi todas las noches durante los últimos meses. Y sin embargo, tenía muy poco que mostrar por ello. Todavía no había moqueta. El suelo estaba desordenado y cubierto de herramientas y serrín. Las paredes necesitaban lijado, instalación de rodapiés, y raspado de yeso sobre las superficies. Las luces, radiadores y electrodomésticos de cocina necesitaban todos la visita de un electricista, al igual que los enchufes de pared y el extractor. Lo único que sí funcionaba, sin embargo, era el agua. Tenía agua corriente en abundancia, y la habitación más avanzada del piso era el baño.

Pero Johnny no parecía importarle eso. No parecía importarle nada más que hacerle daño a Rose.

Tan pronto como la puerta principal del piso golpeó contra la pared adyacente, la arrojó al suelo y se puso a horcajadas sobre ella. Su inmenso peso la presionaba hacia abajo y la mantenía allí. Era demasiado fuerte para ella.

Y entonces le rodeó el cuello con las manos. Inmediatamente, sintió cómo el aire era expulsado de su garganta y pulmones. Luego

sintió cómo su respiración se tensaba, su garganta se aplastaba, sus pulmones colapsaban.

—¡Maldita zorra! —gritó Johnny—. ¡Tenías que joderlo descubriendo todo, ¿verdad?! ¡Tenías que arruinarme la vida! ¡Nunca te lo perdonaré!

Había una mirada demoníaca en sus ojos. La misma que ella había visto una vez antes. Cuando se conocieron y Johnny la había protegido de un pervertido en el tren después de un día en Londres. La ira y la furia habían sido dirigidas a otra persona aquella vez, pero habían estado allí de todos modos. En aquel momento, tontamente lo había confundido con seguridad, una forma de protección. Ahora se daba cuenta de que ese mismo nivel de protección la estaba matando, asfixiándola rápidamente. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Si había algo que Tomek odiaba más de su ciudad natal, Leigh-on-Sea, era el aparcamiento. Estaba absoluta, inequívoca y cien por cien seguro de que había perdido más de un día de su vida intentando encontrar un maldito sitio para aparcar, especialmente a lo largo de Leigh Broadway. Y ahora, precisamente hoy, no había nada. Había dado vueltas, arriba y abajo, dentro y fuera, durante cinco minutos, tratando de encontrar un lugar adecuado. Hasta que finalmente, haciendo uso de su autoridad, había subido el coche a la acera frente a la tienda. Salió del vehículo en un instante y se apresuró hacia la puerta principal de la joyería.

Estaba cerrada.

En las dos ocasiones en que había estado allí, nunca había estado cerrada. Comprobó la hora: 13:37.

Plena tarde. Whitaker's debería estar abierta. Los escaparates seguían completos en las ventanas, así que, ¿dónde estaba Rose?

Tomek golpeó una y otra vez, pero sabía que era inútil. Que había llegado demasiado tarde. Que Johnny estaba en algún lugar dentro. Pegó la cara al cristal, pero no vio nada, solo una tienda vacía.

Y entonces recordó el piso de arriba. Tomek estiró el cuello hacia el cielo, con la esperanza de verlos a ambos charlando amigablemente a través del cristal, pero sabía que eso no era una posibilidad.

Johnny estaba enfadado, furioso incluso. Había matado antes, y bien podría volver a matar.

Detrás de Tomek había un grupo de agentes uniformados que habían seguido sus movimientos. Dos de ellos acababan de aparcar a su lado y estaban en medio del desembarco de su vehículo cuando les ordenó que probaran por la parte trasera de la tienda. Mientras tanto, otra pareja de agentes había llegado a pie. Uno de ellos llevaba un ariete, una gran maza de demolición diseñada para destruir incluso las puertas más resistentes. El agente la levantó en alto y, con la ayuda de la práctica y un buen conjunto de músculos, dejó que la gravedad hiciera el resto. La puerta solo necesitó un golpe antes de ceder y abrirse.

De inmediato, Tomek y el resto de los agentes irrumpieron en la tienda, apretujándose unos contra otros, luchando por entrar primero. El interior estaba vacío, desolado. En la parte trasera de la sala, Tomek notó una puerta abierta. Se dirigió directamente hacia ella y entró en un pequeño pasillo que le recordó a su propio piso: estrecho, viejo y con olor a humedad. La puerta a su derecha inmediata estaba abierta, y allí, en el pasillo, escuchó sonidos de incomodidad y forcejeo.

—¡Por aquí! —gritó a los agentes.

Tomek fue el primero en ir. El primero en lanzarse y subir corriendo los escalones. Los subió de dos en dos hasta llegar arriba e irrumpir por la puerta en lo alto de la escalera.

Allí estaba, Johnny Whitaker a horcajadas sobre su mujer, inmovilizándola, ahogándola hasta la muerte.

Tomek no dudó. Se acercó al hombre por detrás, le rodeó el cuello con un brazo, luego lo aseguró con el otro brazo y comenzó a apretar. Fuerte. Dándole una cucharada de su propia medicina. Sorprendentemente, el hombre resistió más de lo que Tomek esperaba —diez segundos en lugar de cinco— antes de que finalmente soltara su agarre de la garganta de Rose y cayera al suelo. Tomek lo sostuvo hasta que el hombre se desmayó y los músculos de la parte superior de su cuerpo se relajaron.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Cuatro horas más tarde, Johnny Whitaker estaba finalmente listo para ser interrogado. Una rápida prueba de sus niveles de alcohol en sangre y un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad habían mostrado que desde que recibió el alta del hospital, el artista drag había entrado en The Broadway, un pub situado justo enfrente de la joyería de Rose. Allí, había encontrado una mesa junto a la ventana, pedido cinco pintas y las había bebido pacientemente, esperando su momento, manteniendo la mirada fija en la entrada de la tienda. Cuando Rose se deshizo de su último cliente, y Johnny había acumulado suficiente desdén y frustración hacia su esposa, cruzó la calle tambaleándose, entró en la tienda y cerró con llave, dejándolos a ambos encerrados.

Tomek sabía el resto.

Con él en la sala de interrogatorios estaba Rachel, Johnny, que tenía peor aspecto que la última vez que Tomek le había visto, y su abogado, sentado en una silla individual al fondo de la sala. En las esquinas de la habitación, cámaras de vídeo grababan la reunión, y una grabadora digital descansaba sobre la mesa contra la pared. Rachel pulsó el botón de encendido y comenzó a grabar. Después de completar las formalidades, fue el turno de Tomek de interrogar a Johnny.

—¿Qué estaba usted haciendo en la joyería Whitaker esta tarde? —dijo Tomek, luchando por contener un bostezo que había

aparecido de la nada. Había sido un día largo y necesitaba una copa al final de todo esto.

—Sin comentarios.

—¿Qué ocurrió dentro de la tienda de su esposa, Johnny?

—Sin comentarios.

—¿Por qué cerró la puerta con llave?

—Sin comentarios.

—¿Cómo consiguió acceder al piso de arriba de la tienda?

—Sin comentarios.

—¿Qué ocurrió en el piso de arriba de la tienda?

—Sin comentarios.

El rostro de Johnny era de resolución, contraído en una apretada bola de indignación y desprecio. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los hombros encogidos hacia arriba, casi hasta el cuello. El hombre había cambiado significativamente desde que Tomek le conoció por primera vez. Se había convertido en una cáscara, roto. Parecía como si no hubiera comido en semanas y hubiera dependido únicamente del alcohol como fuente de sustento.

—¿Por qué estranguló a su esposa, Johnny?

El hombre ni se inmutó.

—Sin comentarios.

Tomek suspiró internamente. Iba a ser una noche larga.

—Tenemos pruebas que demuestran que lo hizo. Declaraciones de varios agentes de policía como testigos. Lo vi con mis propios ojos. ¿Por qué no responde a la pregunta? ¿Por qué intentó matar a su esposa?

Johnny estiró el cuello y siseó: —Sin comentarios —para luego retraerse hacia atrás.

—¿Es porque ella le desenmascaró, descubrió su secreto?

—Sin comentarios.

Tomek miró sus notas y encontró la conversación que había tenido con Johnny en la cama del hospital.

—Usted me dijo el otro día, y cito: "Te juro por Dios que la próxima vez que la vea...". ¿Qué quería decir con eso, Johnny? ¿La próxima vez que la viera, iba a matarla? ¿Quería matarla porque piensa que ella arruinó su vida?

Nada. La expresión del hombre estaba en blanco.

—Porque desde donde estoy sentado, parece que usted hizo todo eso por sí mismo. —Tomek se acomodó en el asiento, imitando la postura de Johnny—. Usted es quien le mintió todos estos años. Usted es quien les mintió a sus padres... a su hermana. —Tomek dejó que el último comentario quedara en el aire antes de continuar —. Cuénteme sobre el momento en que ella descubrió que usted era un artista drag.

Antes de responder, Johnny se volvió lentamente hacia su abogado, le dirigió una mirada, y luego volvió a centrar su atención en Tomek.

—Ella fue a uno de mis espectáculos —dijo—. Fue una completa casualidad, una total coincidencia. Ella no sabía que yo iba a estar allí, y yo no tenía absolutamente ninguna idea de que ella estaría allí tampoco. Fue... fue un shock.

—¿Quién vio a quién primero?

—¿Por qué es eso relevante?

Tomek se encogió de hombros.

—Curiosidad.

—Ella me vio a mí —respondió Johnny con un suspiro. Empezó a frotarse los nudillos con el pulgar—. Vino a buscarme detrás del escenario cuando había terminado. Afortunadamente, me ahorró la vergüenza de aparecer entre bastidores con sus amigos.

—¿Qué le dijo?

Más frotamiento. Más agresivo esta vez, mientras revivía los acontecimientos en su cabeza.

—Esperaba más de ella, ¿sabe? Era la más joven, la más libre. La que había conseguido escapar de todas las tonterías de mamá y papá, a pesar de que prácticamente la odiaban por ello. No tenía las mismas ataduras religiosas que ellos habían intentado imponerme. No tenía que ir a la iglesia todos los domingos como yo. No tenía que lidiar con nada de eso, y pensé que, de entre todas las personas, ella sería más comprensiva. Pero estaba asqueada conmigo. Dijo que lo que estaba haciendo era inmoral y poco ético. Que iba a contárselo a mamá y papá. Que iba a contárselo a Rose.

Había una dureza en su voz, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¿Y lo hizo?

Johnny negó con la cabeza.

—Porque usted se aseguró de que no pudiera, ¿verdad?

—¡No! ¡Absolutamente no! —El hombre golpeó la mesa con la mano. Tomek había visto suficientes cretinos para saber cuándo un movimiento como ese era inminente, así que no se inmutó—. Sé adónde quiere llegar con esto, pero yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a Angélica. La convencí para que no dijera nada a nadie —dinero, siempre era el dinero con ella, y mucho— pero siempre lo usó en mi contra. Como hacen los hermanos. Me prometió que no diría nada, y la creí. No tenía ninguna razón para matarla.

Tomek sacó una hoja de papel y la deslizó por la mesa. Curioso, Johnny se inclinó e inspeccionó el documento. Tomek señaló la hoja con su dedo índice.

—Eso dice lo contrario —explicó.

—¿Qué es?

—Eso de ahí es una prueba que vincula su ADN con la muestra de ADN que se encontró en la escena del crimen de su hermana.

—*¿Qué?*

—¿Qué parte necesita que le aclare? ¿Cuánto podría durar su condena? porque...

—¡Ese no es mi puto ADN! —gritó Johnny—. No es mío. Me han tendido una trampa. Yo...

—¿Entonces no estaba usted en Park Road la noche de su asesinato?

—¡No!

—Pero esto dice que sí estaba...

—¡No! ¡No estaba!

—Entonces, si no estaba allí, dígame qué estaba haciendo.

Johnny no dijo nada.

—Todavía no puede decírmelo, ¿verdad? Según mis notas, usted terminó en el club alrededor de la una de la madrugada. En ese momento, Angélica todavía estaba en Memo. No la dejaron hasta las dos y media, y no se marchó hasta aproximadamente las dos menos

diez, lo que le habría dejado tiempo de sobra para salir de Cool Cats and Kittens y conducir hacia su casa para recogerla.

—Yo... yo... yo... ¡le he dicho que me han tendido una trampa! No era yo. No estaba allí, se lo prometo. Estaba...

Tomek esperó, asintiendo lentamente.

—Continúe.

Johnny dejó escapar una respiración larga y constante.

—Estaba con alguien. Un chico. Un cliente del club. Él... estuvimos hablando después de que terminara y fuimos a su casa. Él... tiene un lugar a lo largo del paseo marítimo en Westcliff. Nosotros... pasamos la noche juntos. Su nombre... su nombre es James Fry. Puedo darle todos sus datos. Pero... le juro que no era yo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

El Fork and Spoon apestaba a hombres sudorosos y cerveza rancia. El dueño, Jim, un viejo amigo de Tomek, había dejado que los estándares se deterioraran desde su última visita. Los muebles estaban sucios y desgastados, la moqueta manchada y descuidada, y la selección de cervezas mal surtida. El único signo de renovación e innovación era la máquina expendedora en la esquina que emitía una luz tan brillante y dañina para la piel como el sol. Se suponía que la máquina era una fuente adicional de ingresos para el dueño, pero Tomek estaba seguro de haber visto ese mismo paquete de Walkers de Sal y Vinagre colgando ligeramente del borde, en la misma posición, desde que la habían instalado por primera vez. En la barra estaban Sean, Rachel, Oscar y Chey. Tomek había necesitado desesperadamente una copa, así que todos los demás del equipo le habían acompañado. No había motivo para celebrar, aún no, al menos; todavía había que comprobar la coartada de Johnny, pero pintaba bien. Tenían el ADN que lo conectaba con la escena del crimen. De eso no había escapatoria. Además, encajaba en el perfil: lo sabía todo sobre Angelica; conocía el significado de la iglesia; sabía que su apodo era Angel; sabía cómo aplicar maquillaje; estaba en posesión de un pene, por lo que habría podido violarla con facilidad. La única preocupación que Tomek tenía, y que había crecido rápidamente desde que Johnny había presentado su nueva coartada, era que su problema de ira no coincidía con el perfil del asesino. Johnny ya había demostrado ser agresivo y violento, como

confirmaban los moratones alrededor del cuello de su esposa, pero no había pruebas físicas en el cuerpo de Angelica. Nada. Ni moratones, ni traumatismo contundente. Nada que sugiriera que había actuado salvajemente. Tomek tenía que admitir que le costaba imaginar al mismo hombre que había visto a horcajadas sobre su esposa con las manos alrededor de su garganta, drenando la sangre de su hermana y luego limpiando suavemente su cuerpo.

Le desconcertaba.

Antes de que pudiera seguir pensando en ello, el equipo llegó de la barra. Sean puso la bebida de Tomek frente a él y se acomodó a su lado en una silla tambaleante.

—Gracias por la ayuda, tío. De verdad que aprecio que hayas cargado con las bebidas —bromeó Sean.

—Ya llevé a este equipo a cuestas durante toda la investigación. Ya era hora de que hicieras lo mismo.

—¿Llevarnos a cuestas? —respondió Anna mientras daba un sorbo a su gin-tonic—. No eras tú quien pasaba todo el tiempo con Roy y Daphne. Nunca antes había visto a una pareja tan distante y separada. Y eso que mis padres están divorciados.

Tomek bajó su vaso a la mesa.

—¿Tan evidente era?

—No te lo puedes ni imaginar. Un par de veces llegué y Daphne no tenía ni idea de dónde estaba Roy. Dijo que simplemente se había marchado sin decir nada.

Los engranajes comenzaron a girar.

—¿Lo hace a menudo?

—Sí. Un par de veces a la semana durante los últimos treinta años, al parecer. A todas horas.

—¿Sabe ella qué hace o adónde va?

Anna se encogió de hombros.

—Sale a pasear, principalmente.

—¿Pasear?

—Sí, eso de poner un pie delante del otro —interrumpió Chey entre risas.

Tomek le hizo un corte de mangas y luego volvió a su conversación con Anna.

—¿Simplemente sale a dar largos paseos?

—Sí —dijo ella—. Todo estaba en mis informes. ¿No los... no los...?

No, no lo había hecho. No había encontrado tiempo para leer los resúmenes diarios del equipo, gracias a la distracción mental que Abigail le había causado durante los últimos días. Eso, y la sensación de estar completamente fuera de su elemento. Dar el paso a inspector, ahora se daba cuenta, había sido un choque cultural que no esperaba. El foco que se ponía sobre él, la laboriosa administración, la sensación de pavor que se apretaba en su estómago de manera exponencial con cada día que pasaba sin éxito. Y por si fuera poco, estaba el tiempo que le quitaba de estar en casa y con Kasia.

Su hija se había convertido en una nueva responsabilidad en su vida, y no estaba seguro de estar preparado para otra.

—¿Estamos seguros de que este tipo no es un acosador o un asesino en serie? —preguntó Rachel con sinceridad.

Pasó un segundo antes de que Tomek volviera en sí. Negó con la cabeza.

—No. No, no lo estamos.

Justo cuando Rachel abrió la boca para responder, Martin interrumpió.

—Basta de hablar de trabajo —dijo—. Eso es lo que hacemos todo el día, todos los días. —Dio un primer sorbo a su cerveza, la dejó y luego se volvió hacia Tomek—. Vi a tu joven amiga el otro día.

—¿A cuál? —respondió Sean—. Ha habido bastantes a lo largo de los años.

—La que escribe para el *Echo*.

—Ya no es mi amiga.

El equipo de repente se volvió hacia él, con expresiones de asombro en sus rostros.

—¿Desde cuándo? —preguntó Rachel.

—Desde el otro día. Las cosas se volvieron demasiado... transaccionales, digamos.

Rachel puso una mano en su hombro.

—No digas más.

—Quería disculparme por ello —continuó Martin, aunque nadie le prestaba atención—. Me pidió información y...

—Lo sé —respondió Tomek.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Porque es una de las razones por las que Victoria volvió a ocupar el puesto de inspectora.

—Joder. —La expresión del hombre se volvió vacía, y se quedó mirando al vacío—. Culpa mía.

—No pasa nada. Estoy bien con eso, sinceramente. Un momento de epifanía, si quieres. —Dio otro sorbo rápido a su bebida, sorprendido de ver lo poco que le quedaba ya—. Pero yo me mantendría alejado de Abigail, si fuera tú. Te quiere para una cosa y solo para una.

—¿Su pelo largo irritantemente hermoso que es mejor que el de cualquier mujer que haya visto? —bromeó Rachel—. Sin ofender, Anna.

—No me ofendo. Me lo afeitaría todo y me lo pondría yo si pudiera.

—Es curioso que digas eso —comenzó Martin, aclarándose la garganta—. Porque la chica con la que estoy saliendo quiere que me lo afeite.

—¡¿Qué?! —fue el eco resonante de toda la mesa.

—¿Por qué quiere hacer eso? —preguntó Chey.

Pero antes de que Martin pudiera responder, Rachel intervino y dijo:

—Un momento, un momento. Hay un par de puntos que tenemos que comentar. Primero: ¿*novia*? ¿Desde cuándo?

—No. No novia. Chica con la que estoy saliendo.

—Déjate de tonterías. Es lo mismo. ¿Cuánto tiempo lleva esto pasando, y por qué no nos lo has dicho?

—Porque... supongo que simplemente no he pensado en ello.

Tomek creyó saber por qué. Martin era una de las incorporaciones más recientes al equipo, habiendo entrado al mismo tiempo que Victoria, y una parte de él se había sentido excluido, ligeramente marginado por el equipo mientras luchaba por abrirse paso en un grupo ya muy unido. Era natural que aún no se sintiera

lo suficientemente cómodo como para compartir detalles íntimos de su vida personal con ellos.

—Tienes que contárnoslo —continuó Rachel—. Tenemos derecho a saber. Somos una familia laboral.

Por primera vez en mucho tiempo, Tomek vio una sonrisa en el rostro del hombre.

—Cuéntanoslo todo —insistió Anna.

—Se llama Lauren. Trabaja en marketing digital, vive en Leigh-on-Sea, y nos conocimos... nos conocimos en internet.

—Qué bonito —dijo Rachel mientras se inclinaba sobre la mesa y le acariciaba el brazo con cariño—. Me alegro por ti. ¿Te gusta?

Martin se volvió tímido, como un colegial.

—Creo que sí.

—¿Has conocido a la familia?

—Sí.

Un coro de "*ooohs*", muy enfatizados y exagerados, surgió de toda la mesa.

—Debe ser serio —dijo Chey.

—Sí, pero su padre es un capullo.

—Eso es porque los padres *son* capullos —dijo Tomek—. Yo soy igual con Kasia. Sobreprotector. Y mi trabajo es avergonzarla a ella y a todos los que entren en su vida.

Pensamientos sobre Roy Whitaker aparecieron en su mente.

—Gracias por el consejo —dijo Martin.

—Hablando de consejos —comenzó Rachel—, ¿qué es eso del pelo? ¿Por qué quiere que te lo cortes?

Martin miró a la mesa y comenzó a dibujar un círculo con el dedo en un posavasos, mientras su coleta caía serendípicamente sobre su hombro izquierdo.

—Simplemente no le gusta. Dice que es demasiado largo. Que solo estaba de moda en los setenta. Piensa que debería afeitármelo todo y enviarlo a una organización benéfica.

El desánimo en los hombros de Rachel era visible. Puso ambas manos sobre las de Martin y lo miró a los ojos.

—¿Sabes lo que digo a eso?

—¿Qué?

—Me duele decirlo, pero creo que deberías saberlo. Eso es lo que hacen las familias. Te dicen cuando las cosas van bien y cuando van mal. Pero que le den a esa zorra. Nadie debería hacerte sentir menos por ser como eres. Si no le gusta, que busque la puerta. Necesitas a alguien que te quiera tal como eres. Y no solo a alguien que vaya a moldearte a su imagen. Ni hablar.

—Que le den a esa zorra —repitió Martin. Lo dijo tan tranquilo, tan calmado, que Tomek casi no lo oyó—. Sí. ¿Sabéis qué? Tenéis razón. Que. Le. Den. A. Esa. Zorra. —Entonces se bebió el resto de su pinta, golpeó el vaso sobre la mesa y dijo—: Bien. ¿Quién quiere otra? La siguiente ronda la pago yo. Y tengo ganas de dobles.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Tomek se sentía avergonzado por lo mucho que le martilleaba la cabeza al día siguiente. Ahora sabía cómo se había sentido Johnny Whitaker durante la última semana, ahogando sus penas al final de una serie interminable de copas. Tomek se había dicho a sí mismo que solo se quedaría para una —la ronda de Martin— pero una se convirtió en dos, dos en tres, y para la quinta se había visto obligado a volver a casa caminando. Kasia, para su mérito, no le había mostrado ninguna compasión cuando entró tambaleándose por la puerta a la hora aún respetable de las nueve, ni cuando salió de su dormitorio tras quedarse dormido a la mañana siguiente. Ya no tenía veintiún años, y no engañaba a nadie si creía que podía seguir el ritmo de Chey y Rachel, que eran considerablemente más jóvenes que él. El paseo hasta el aparcamiento del pub esa mañana había sido como un paseo de la vergüenza, cada paso le recordaba la resaca ansiosa, la angustia y el arrepentimiento. Sin embargo, al entrar en la oficina, su ánimo se alegró ligeramente al darse cuenta de que todos los demás estaban igual de destrozados. Rachel llevaba el pelo suelto y despeinado, y el maquillaje aún más. Chey estaba desplomado en su silla con una gran botella de dos litros de agua apoyada bajo la barbilla, esperando a ser consumida en cualquier momento. Martin llevaba puestas unas gafas de sol, y Sean tenía un paquete de paracetamol junto a su ratón que, por lo que se veía, había sido vaciado por el resto del personal.

—¡Buenos días, equipo! —gritó Tomek a propósito, provocando un coro de gemidos.

De repente se sintió mucho mejor. Y haciendo balance, probablemente era el menos resacoso de todos. Quizás podía fingir que volvía a tener veintiún años después de todo.

—Confío en que todos hayamos dormido bien, pero no podemos bajar la guardia. Nosotros...

—Tomek —interrumpió Sean débilmente—. Te quiero y todo eso, pero cierra la puta boca.

Antes de que Tomek pudiera responder, sonaron los teléfonos fijos de la oficina. Por el rabillo del ojo, vio a Rachel y a Chey cubrirse los oídos y alejarse de los teléfonos. Después de unos momentos, nadie había contestado, y nadie parecía dispuesto a hacerlo.

—Ya lo cojo yo, ¿no?

Tomek alcanzó el teléfono más cercano y contestó.

—¿Diga?

—Hola —dijo la voz—. Soy Sharon. ¿Puede bajar alguno de ustedes? Hay una mujer aquí que quiere hablar con alguien sobre el caso de Angelica Whitaker.

—¿Ha dicho de qué se trata?

Tomek pudo percibir que Sharon negaba con la cabeza.

—No, lo siento.

—No hay problema. Ya bajo yo ahora mismo. Dígale que tardaré dos minutos.



Lo primero que pensó Tomek fue que la mujer que había robado el corazón de Angelica apartándola de Xanthia y Emilia Solveig había entrado por las puertas —hasta ahora no habían podido encontrar a la misteriosa soldadora de las fiestas The Nights of Eden— pero no era eso en absoluto. La mujer que había entrado en la comisaría esa mañana tenía unos sesenta años. Sylvie. Pequeña, menuda, con el pelo teñido de rubio y peinado profesionalmente. Llevaba un

maquillaje ligero en el rostro y vestía con elegancia. Parecía haber sido atractiva en su juventud y, después de años cuidándose, seguía viéndose atractiva ahora.

—Espero no haberle interrumpido en nada —dijo.

—En absoluto —respondió Tomek—. Siempre estamos dispuestos a ayudar. ¿Para qué ha venido?

Tomek había preparado una caja de pañuelos sobre la mesa por si lo que quisiera discutir fuera reciente y doloroso y sacara a la superficie multitud de emociones. Ella sacó un pañuelo de la caja y comenzó a juguetear con él, más como forma de consuelo que para eliminar alguna lágrima.

—Tengo entendido que una joven llamada Angelica Whitaker fue asesinada hace unas semanas —dijo suavemente.

—Así es.

—¿Han realizado ya alguna detención?

—Sí —respondió Tomek tras una breve pausa.

—Me preguntaba si podría decirme a quién han detenido.

Tomek se tomó otro momento. Esta vez para evitar revelar accidentalmente el nombre de Johnny Whitaker a una completa desconocida.

—No puedo compartir esa información con usted. Es un asunto privado y confidencial.

—Ah. Ya veo. Bueno... —Hizo un pequeño roto en el pañuelo—. Si digo su nombre, ¿lo anotará?

Tomek confirmó que no tenía problema con eso.

—¿Le dice algo el nombre de Roy Whitaker?

Tomek empezó a escribir el nombre mientras ella lo decía, pero se detuvo de nuevo.

—Eso no formaba parte del acuerdo. No ha sido muy justo.

—Lo sé —dijo ella—. Por favor, perdóneme.

Tomek dejó su bolígrafo sobre la mesa.

—¿Por qué menciona ese nombre?

—Porque... —Ahora empezaron las lágrimas. Lentas, constantes, al principio solo una lágrima. Acercó suavemente el pañuelo debajo de su ojo anticipándose—. Porque, hace unos treinta y cinco años,

trabajábamos juntos. Él era piloto de British Airways y yo era azafata en varios de sus vuelos.

Eso explicaba su buen aspecto.

—Hicimos muchos vuelos de larga distancia juntos. Bali, Indonesia, el Caribe. Y a menudo teníamos que pasar un par de noches en los hoteles para recuperarnos del jet lag antes de volver a volar. Una noche, estábamos bebiendo en el bar del hotel en Barbados y, bueno, se aprovechó de mí.

Tomek asintió lentamente, haciéndole saber que la estaba escuchando.

—¿Se aprovechó de usted cómo?

—Él... Violación. Me violó. En la habitación del hotel. No lo recuerdo del todo, pero sé que ocurrió. Había bebido un poco, pero no lo suficiente como para olvidar lo que había sucedido la noche anterior.

—¿Se enfrentó a él por esto?

Ella negó con la cabeza.

—¿Se lo contó a alguien?

—Solo a algunas antiguas compañeras de trabajo, muchos, muchos años después.

—¿Alguna de esas personas había trabajado con Roy? ¿Alguna experimentó algo similar a usted?

Sylvie asintió débilmente.

—Seis de ellas dijeron que también las había violado. No estoy sola. No sé qué le pasó a esa pobre mujer, y lo siento mucho por su familia, pero no por ese hombre. Ese hombre es malvado y peligroso. Y deben investigarlo porque temo que ha hecho algo mucho peor que cualquier cosa que haya hecho antes.

CAPÍTULO
SESENTA

Roy Whitaker había entrado sin causar problemas. No había protestado. No se había resistido ni había intentado escapar. Se había comportado correctamente, desde su puerta hasta la sala de interrogatorios donde se encontraba ahora.

—Seré breve —comenzó Tomek. Pero no tenía ninguna intención de ser breve. Quería que el hombre permaneciera sentado y se pusiera cada vez más nervioso cuanto más tiempo lo retuviera—. ¿Le dice algo el nombre de Sylvie Weiss?

—¿Sylvie...? ¿Weiss?

—Quizás la conozca por su apellido de soltera: Greene.

—¿Sylvie Greene? Sí, me suena... —La reticencia en su voz era palpable.

—¿Puede decirme de dónde la conoce?

Roy dudó, se pasó la mano por el pelo hacia atrás, y luego lo palmeó varias veces para asegurarse de que quedaba bien colocado. —Trabajamos juntos. Era una de las azafatas. Hicimos muchos vuelos transoceánicos juntos, al otro lado del mundo.

—¿Os alojabais en hoteles cuando estabais en el otro lado del mundo?

—Todos lo hacíamos. Era una exigencia de la aerolínea. Acabábamos de volar diez, once, doce horas. No iban a hacernos volver directamente. Necesitábamos descansar, así que nos quedábamos un par de noches y luego regresábamos.

—¿Recuerda mucho sobre la primera vez que conoció a Sylvie?

—¿Por qué?

El tono de Roy fue elevándose gradualmente, al igual que el nivel de preocupación en su voz.

Tomek ignoró la pregunta y continuó. —¿Ya había conocido a Daphne en ese momento, o Sylvie apareció antes de que conociera a su mujer?

—No veo qué tiene que ver esto con nada.

—¿Recuerda haberse alojado en el Hilton de Barbados?

—¿Qué?

—El verano del ochenta y ocho.

Roy negó con la cabeza con incredulidad, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—¡No tengo ni puta idea de lo que estás hablando!

—Entonces, ¿no recuerda haber estado en el bar con Sylvie en el Hilton de Barbados durante el verano del ochenta y ocho?

Un largo suspiro vacío salió de los labios de Roy. —Creía que me habías traído aquí para hablar de Angelica.

—Así es, pero primero quiero descubrir qué ocurrió entre usted y Sylvie la noche del quince de julio de 1988.

Y entonces la actuación cesó. La expresión de confusión e incredulidad desapareció de su rostro y fue reemplazada por una mirada siniestra.

—Ha venido a verte, ¿verdad? —preguntó.

—Eso no es relevante. Responda a la pregunta: ¿qué ocurrió entre vosotros dos la noche del quince de julio?

Roy soltó una risita y cruzó los brazos sobre el pecho. —Seguro que ha venido, ¿no? Probablemente tenga cosas que decir, imagino. Probablemente ya te las ha contado, porque si no, ¿por qué ibas a preguntarme sobre esto? —Negó con la cabeza, riéndose ligeramente—. Nunca hice nada de lo que me acusa. No sé qué es lo que cree que he hecho, pero no lo hice.

—¿Y qué hay de lo que dicen que ha hecho otras seis mujeres?

—¿Cómo dice?

Tomek continuó con la conversación.

—Tengo entendido que le gusta desaparecer y salir de casa al azar durante un par de horas seguidas, ¿es correcto?

—¿También has estado hablando con mi mujer?

Tomek hizo una mueca. —No hay ningún problema con eso, ¿verdad? A menos que le preocupe que haya algo que ella pueda contarnos.

Las defensas de Roy volvieron a alzarse.

—Sin comentarios —dijo.

—¿Adónde va cuando sale de casa solo?

—Sin comentarios.

—¿Qué hace?

—Sin comentarios.

—¿Con quién se reúne?

—Sin comentarios.

—¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo?

—Sin comentarios.

—¿Empezó después de su noche con Sylvie? Merodeando por las calles de noche...

—Yo no *merodeo por las calles*. No soy un puto asesino en serie, si es lo que estás intentando insinuar. —Las defensas del hombre de sesenta y un años volvieron a derrumbarse. Y Tomek tenía dificultades para encontrar el equilibrio para mantenerlo donde quería.

—¿Qué hace, entonces?

—Caminar. Despejar mis pensamientos. A veces miro al cielo y observo los aviones pasar.

¿Observar aviones? ¿Eso era lo que hacía en medio de la noche y durante el día, durante horas? Tomek estaba escéptico.

—¿Y la noche del asesinato de Angelica? —preguntó.

—¿En serio? —siseó Roy, conmocionado—. ¿Quieres ir por ahí? Ya le he dicho a tu equipo que estaba en casa, durmiendo con mi mujer en ese momento. No tuve nada que ver con su asesinato. No puedo creer que me acuses de tener algo que ver con lo que le sucedió. Ya es bastante malo que Johnny haya sido arrastrado a todo esto.

—Tienes razón, dijiste que estabas durmiendo. Pero dado lo que ahora sabemos sobre tus desapariciones aleatorias y a veces inexplicables, pensé que debía preguntarte de nuevo sobre tu

paradero la noche de la muerte de tu hija. ¿Hay algo más que quieras contarme?

El hombre se desplomó en su silla y volvió a cruzar los brazos. —Absolutamente nada. No tuve absolutamente nada que ver con la muerte de mi querido ángel. Encuentro la insinuación abominable. En primer lugar, estaba durmiendo cuando ocurrió. En segundo lugar, vivo a media hora de distancia, así que habrías visto mi coche pasando por los semáforos y las cámaras de control de velocidad. Compruébalo. Puedes verificarlo.

Tomek no dijo nada. Esperó.

—En segundo lugar, y esto debería haber sido el primer punto, siendo sincero: *¿por qué?* ¿Por qué le haría eso a mi hija? La quería más que a nada. Adoraba el suelo que pisaba. ¿Por qué la mataría?

—Porque usted, un metodista extremadamente devoto, no estaba de acuerdo con varios de sus hábitos. No soportaba el hecho de que se hubiera quedado embarazada otra vez, que mantuviera relaciones tanto con hombres como con mujeres, que consumiera drogas y abusara del alcohol. No soportaba que estuviera en un lugar oscuro y que hiciera todas las cosas que usted despreciaba.

Tomek no podía creer lo que acababa de decir. Pero podía percibir la dirección que estaba tomando la conversación —cuesta abajo— y por eso había querido ponerlo todo sobre la mesa.

—¿Se acostaba con mujeres? ¿Tomaba drogas? ¿Mi Angelica?

—¿Está fingiendo que no lo sabía?

—Te *estoy diciendo* que no lo sabía.

Tomek tragó saliva. La pendiente se hacía cada vez más pronunciada.

—Pero aun así... —continuó Roy—. Yo... Eso no me habría molestado. En absoluto. No tengo ningún problema con ninguna de esas cosas.

Por su tono, era evidente que no creía ni una palabra de lo que acababa de decir.

—Ni tampoco tiene problema con la violación, por lo que parece —dijo Tomek. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas, y se arrepintió inmediatamente.

—¿Perdona? ¿De eso se trata? ¿Es eso lo que Sylvie ha estado diciendo de mí? En absoluto. ¿Y tú la crees? No tienes ninguna prueba contra mí por sus acusaciones. Y no tienes ninguna prueba contra mí por lo que le pasó a Angelica.

—¿Eso es una confesión?

Roy se contuvo antes de responder. —En absoluto. No maté a mi hija. No solo no tengo motivos suficientes, sino que también estaba durmiendo mientras ocurría, y no puedo hacer la mitad de las cosas que dijiste que le sucedieron.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tomek.

Roy suspiró y se remangó. —No sé maquillar. En absoluto.

—Ha trabajado toda su vida con mujeres hermosas que usaban maquillaje constantemente. Su esposa e hija hacían lo mismo. Es posible que lo haya aprendido por osmosis.

—¿Por *osmosis*? ¿Estás loco?

—Usted sabe pintar —dijo Tomek, dándose cuenta rápidamente de que estaba perdiendo el control, que la pendiente se había vuelto casi vertical y no había forma de detenerse.

—¿Que sé pintar? ¿Qué coño tiene eso que ver con nada? Ah, ¿te refieres a las *alas*? Por favor. Pinto maquetas de aviones en miniatura, no es lo mismo.

—Requiere pulso firme y paciencia, todas cualidades que poseía el asesino.

—¿Te estás escuchando ahora mismo? ¿Estás oyendo las palabras que salen de tu boca? ¿Realmente crees que maté a mi hija, y la única razón por la que me lo estás adjudicando es porque sé usar un puto pincel? ¿Eres inepto?

Tomek no dijo nada. Se sintió caer en picado.

Roy continuó: —Además, nunca me he afeitado el cuerpo; las axilas, los brazos, las piernas, los muslos. Solo la cara, y aun así nunca he podido dejar crecer mucho. Nunca he usado la droga de la violación o lo que sea que encontrasteis en su sistema. Y *nunca* he violado a nadie en mi vida. ¿Cómo te atreves a intentar cargarme esto cuando sabes perfectamente que no tienes ninguna prueba para sustentar ninguna de estas acusaciones absurdas y descabelladas?

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Tomek había dejado que el hombre se marchara, aunque no sin oponer resistencia. Mientras Tomek lo escoltaba fuera de la sala de interrogatorios y del edificio, Roy Whitaker le había susurrado amenazas vacías e insultos al oído: que era un detective terrible, que iba a acabar en una cuneta algún día por cabrear a la persona equivocada, que no merecía ser detective y que iba directo a hablar con su abogado. Tomek encajó los insultos con entereza; los había escuchado todos antes, y más. Pero eso no impedía que le hirieran profundamente, muy por debajo de la superficie. Podía sentirlos, cortando su identidad, su ego, su confianza en sí mismo. Pero el dolor estaba tan atenuado, tan amortiguado después de todos estos años que había aprendido a ignorarlo, a descartarlo hasta que ya no fuera un problema. Hasta que, quizás un día, pudiera aflorar a la superficie como un cadáver flotando en el agua.

Al cerrar la puerta tras él, Tomek exhaló un profundo suspiro, liberando la tensión y presión en sus hombros, espalda y cuello. Las últimas horas, escuchando las acusaciones de Sylvie, investigándolas con el equipo y hablando con Roy Whitaker, lo habían dejado agotado mental, emocional y físicamente. Y el palpitante dolor de cabeza tampoco había ayudado.

Contó hacia atrás desde diez antes de volver a subir a la sala de incidencias, de vuelta a la locura. El trayecto fue lento y laborioso mientras deambulaba por los pasillos, tomándose su tiempo, pensando en qué podría haber hecho de manera diferente, qué

podría haber hecho mejor. Pero, al final, decidió que no había nada. Su corazonada sobre la implicación de Roy Whitaker en la muerte de Angelica estaba equivocada. Las pruebas contra su hijo, Johnny, eran irrefutables —el ADN encontrado en la escena del crimen y la coartada de último momento que resultó ser una mentira— y Tomek había intentado convencerse de lo contrario.

Cuando finalmente regresó a la sala de incidencias, unos dos minutos después, llamó a Oscar y le pidió que trajera a Johnny Whitaker de la celda de detención. Todavía les quedaban algunas horas en el reloj de custodia, pero Tomek no veía razón para mantenerlo allí por más tiempo. Mientras Oscar se apresuraba a bajar, Tomek llamó a la puerta de Victoria y entró sin esperar respuesta. La encontró en medio de una llamada telefónica. Ella se disculpó con la persona al teléfono y colgó.

—Esto mejor que sea importante —dijo—. ¿Algún avance con Roy?

Tomek negó con la cabeza.

—¿Y la ropa?

—Aún nada. —Tras el descubrimiento del ADN y el arresto de Johnny, Tomek había ordenado al equipo inspeccionar la casa de los Whitaker, buscando la ropa desaparecida y el móvil de Angelica. La búsqueda había sido infructuosa—. Supongo que se deshizo de todo en algún lugar.

—Vale. ¿Para qué has venido?

—Para decirle que me gustaría acusar a Johnny Whitaker del asesinato de Angelica.

Victoria lo consideró por un momento. —¿Has completado todo el papeleo?

Tomek asintió.

—¿Y has llamado a la Fiscalía?

—Estoy a punto de hacerlo.

—De acuerdo. ¿Y las pruebas?

—A prueba de agua. A menos que tenga más aventuras de una noche imaginarias.

—Entonces es todo tuyo.

Tomek se sentía desolado. No había satisfacción en él, ni entusiasmo. Parecía habérsele drenado de la misma manera en que Johnny Whitaker había drenado la vida del cuerpo de su hermana. Tenían a su hombre. Tenían a su asesino. ¿Entonces por qué se sentía así? ¿Era porque había metido tanto la pata con Roy que seguía sintiéndose culpable, o era esta la madre de todas las resacas dándole un monumental caso de resacangustia, llenándolo de un interminable sentimiento de pavor y duda? No lo sabía. Pero al menos no se sentía tan mal como Johnny Whitaker. Después de explicarle al hombre que estaba siendo acusado del asesinato de su hermana, y que sería enviado en prisión preventiva a algún sitio, el hombre se había derrumbado en un incontrolable ataque de lágrimas, rogando, suplicando a Tomek que reconsiderara. No había posibilidad, le había dicho Tomek. Era demasiado tarde, el daño estaba hecho. No había forma de esconderse; tendría que vivir con sus acciones por el resto de su vida. Al principio, Tomek había esperado que el hombre estallara en un ataque de ira, que se abalanzara sobre él, que lo agrediera e intentara convencerlo de cambiar de opinión con la punta de su puño, pero la reacción de Johnny Whitaker había sido diferente. Una de remordimiento. En ese momento, su opinión del hombre cambió.

—¿Hay alguien a quien le gustaría llamar? —le preguntó Tomek en el mostrador de custodia—. Última oportunidad.

Johnny Whitaker permaneció de pie con el chándal policial, con los ojos enrojecidos y destrozado. Miró fijamente a la pared, su mente completamente vacía de pensamientos.

—¿Le gustaría llamar a sus padres?

Nada.

—¿Rose?

Johnny giró lentamente la cabeza hacia Tomek. —Absolutamente no, joder.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Tomek no culpaba al hombre. Él tampoco habría estado de humor para charlar. Pero había detenido a suficientes personas como para saber que más tarde se arrepentirían, que harían cualquier cosa por tener la oportunidad de hacer una última llamada telefónica como persona libre otra vez.

Poco después de que Johnny hubiera sido registrado, Tomek se había marchado para darle la noticia a Rose. Primero, había ido a casa de Rose y Johnny, pero no había encontrado a nadie. Y entonces recordó que ella estaría en el piso, realizando más de esas agotadoras e interminables obras de renovación. Tras el incidente que involucró a Rose y a su marido, el lugar había sido examinado en busca de pruebas, pero se había despejado rápidamente. Las numerosas declaraciones de testigos a la policía habían eliminado la necesidad de quedarse allí más tiempo del necesario. Tomek no había hablado con ella desde aquella noche, pero quería ser él quien le contara en persona lo que estaba pasando con su marido.

Afortunadamente, como si los dioses lo miraran con amabilidad, encontró un espacio para aparcar en Broadway, justo enfrente de la joyería Whitaker, al primer intento. Saltó a la acera y se dirigió a la parte trasera de la tienda, entrando por la puerta trasera que, para su sorpresa, estaba abierta, y se detuvo en el pasillo. Inmediatamente frente a él estaba la entrada a la parte trasera de la joyería. Tomek la recordaba de la otra noche. A través del hueco, vio el pequeño espacio de oficina y el guardarropa. Los abrigos y

pertenencias de Angelica Whitaker seguían allí, colgados de un par de perchas en la pared. Tomek asomó la cabeza con cautela, por si activaba algún detector de movimiento o alarma como en una película de *Misión Imposible*. El interior de la joyería estaba vacío, inmóvil. Inquietantemente inmóvil, como entrar en un museo en plena noche. Y entonces lo oyó: los suaves sonidos de música que salían de un altavoz, ahogados por el ruido de golpes y taladros.

Tomek giró sobre sí mismo y se dirigió hacia las escaleras.

—¿Rose? —llamó desde el primer escalón, anunciando su presencia—. ¿Rose?

No hubo respuesta.

Chey no deseaba otra cosa que irse a casa. No se había sentido tan resacoso desde aquel fin de semana en Zante con sus compañeros del colegio. Allí había tenido el sol, abundante comida grasienta, bebidas azucaradas para hidratarse y una gloriosa playa que le hacía olvidar la resaca. En cambio, aquí estaba rodeado de gente que consideraba mucho mayor que él, en una oficina sofocante que circulaba aire viciado, y una máquina de café que, a pesar de todos los elogios que el resto del equipo le daba, solo echaba café aguado. Lo único que quería era irse a casa y tener un largo y merecido sueño. Pero el Ayuntamiento del Condado de Castle Point había frustrado eso. Acababan de enviar varias resmas de grabaciones de las cámaras de seguridad del aparcamiento de la biblioteca de Hadleigh. Le había llevado una eternidad a algún pobre funcionario encontrar las imágenes, y aun así, solo habían podido remontarse a dos semanas atrás, justo en la época del último comentario en El Pequeño Rincón de Internet de Angelica. Sí, quería irse a casa, pero también quería terminar esto, tacharlo de su lista para tener una cosa menos de la que preocuparse a la mañana siguiente, ya que seguro habría algo nuevo cuando llegara. O dos, o tres.

Con lo que se dijo a sí mismo que sería su última taza de café del día, Chey volvió a su asiento y desbloqueó el ordenador. En la

pantalla había una imagen fija del aparcamiento de la biblioteca de Hadleigh. Detrás estaba la transitada London Road, y más allá el supermercado Morrisons. La hora en la pantalla era 13:18, aproximadamente cinco minutos antes de que se publicara el comentario desde dentro de la biblioteca.

Chey pulsó play y observó cómo docenas, cientos de coches, corrían por la carretera, apresurándose para alcanzar el semáforo más cercano. Hasta que un coche que se parecía notablemente al de las borrosas imágenes del exterior de la casa de Angelica Whitaker entró desde la carretera y giró hacia un espacio vacío.

—Me cago en la hostia —murmuró al ver al conductor saliendo del vehículo—. ¿¡Tomek!?

Chey miró alrededor de su monitor, buscando a Tomek, pero el sargento no estaba allí.

—¿Alguien sabe dónde está Bowen? —gritó a la oficina medio vacía, poniéndose de pie.

—Ha salido, creo —respondió Rachel.

—Creo que ha ido a darle la noticia a Rose Whitaker sobre su marido —añadió Martin.

—Joder, qué fuerte.

Tomek contuvo la respiración al llegar al último escalón. Con cautela, asomó la cabeza por la puerta abierta y golpeó fuertemente, pero el ruido quedó ahogado por el sonido de los golpes. Rose, vestida con un mono blanco cubierto de pintura, estaba de espaldas a él y en plena demolición de una estantería con un martillo.

—¡Rose! —gritó Tomek.

Seguía sin responder.

No quería acercarse a ella. No mientras empuñaba un martillo. Solo podía imaginar el daño que podría hacerle si pensaba que era un atacante. O, peor aún, su marido volviendo para un segundo asalto.

En vez de eso, cogió un trozo de madera contrachapada rota y lo lanzó suavemente en su dirección. Chocó con su pierna izquierda, y ella giró sobre sí misma, empuñando el martillo con ambas manos, lista y dispuesta a usarlo. En cuanto reconoció a Tomek, la tensión en su cuerpo se disipó y bajó el objeto a un lado. Antes de decir nada, corrió hacia el altavoz y apagó la música.

—Tomek —dijo, acercándose despreocupadamente mientras se apartaba el pelo de los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Siento interrumpir —dijo él—. No quería acercarme a ti, no mientras tuvieras eso en la mano.

Rose miró el martillo y luego lo dejó sobre una caja de herramientas.

—¿Has venido a ayudar?

—No realmente —dijo—. Este tipo de cosas nunca ha sido lo mío. Mi padre solía construir casas para ganarse la vida, tenía su propia empresa de construcción, así que esto sería perfecto para él.

—Deberías invitarle. Quizás podría echarme una mano.

—Veré si está disponible. —Tomek puso las manos en las caderas y examinó la habitación. En el día transcurrido desde la última vez que estuvo allí, Rose había logrado vaciar la cocina por completo y derribar un muro que la conectaba con la sala de estar, dejando un bonito espacio de planta abierta—. Has estado ocupada.

—He pasado por mucho —respondió ella—. Resulta que destruir cosas es bueno para el alma y para el sistema inmunológico.

Tomek se rio.

—¿Has venido a elogiar mi trabajo?

—No.

—Si no has venido a ayudar —empezó—, y si no has venido a elogiar mi trabajo, entonces ¿a qué has venido?

—Es sobre Johnny.

Al mencionar el nombre de su marido, la alegría desapareció de su rostro.

—Oh.

—Lo hemos acusado del asesinato de Angelica y del intento de asesinato contra ti esta tarde. Lo están enviando a la prisión de Chelmsford, donde permanecerá en prisión preventiva hasta el

juicio. Aún no tenemos fecha, pero imagino que se esperará que comparezcas en el tribunal, especialmente después de lo que te hizo.

Rose cogió una toalla de la caja de herramientas y comenzó a secarse las manos. Luego, sin decir nada, le dio la espalda y se dirigió hacia la zona de la cocina. Tomek la siguió. A su derecha, vio un enorme agujero en la pared.

—¿Te caíste a través de él por accidente? —bromeó.

Rose señaló un mazo al otro lado del suelo de la cocina—. No, pero ese grandullón lo hizo.

De pie en lo que una vez fue el marco de la puerta, Tomek observó el resto del esqueleto de la cocina. Círculos marrones salpicaban el suelo por los derrames a lo largo de los años. Cables asomaban de las paredes en el lugar donde antes habían estado el horno y la lavadora. Herramientas y escombros cubrían el suelo de linóleo, y había una gran caja al otro lado de la cocina.

Rose dejó caer la toalla sobre ella. Tomek observó cómo caía sobre la caja, y luego deseó inmediatamente no haberlo hecho.

Allí, escondido bajo la toalla, había un objeto que le dio motivos para contener la respiración: una máscara de soldador y un mono negro. El atuendo de la misteriosa mujer de las fiestas de Las Noches de Edén. El atuendo de la mujer con la que Angelica había pasado varias noches. La mujer que la había alejado de Emilia Solveig. Debajo, sobresaliendo del material, había algo que Tomek reconoció al instante. Otra invitación de Micky Tatton para Las Noches de Edén. Dirigida a Angelica.

Tomek abrió la boca, pero tartamudeó.

—¿Está todo bien? —preguntó Rose.

Titubeó. En su bolsillo, su teléfono comenzó a vibrar.

—Tú... —Sus pensamientos se le escapaban—. Dijiste... Dijiste que el baño estaba terminado, ¿verdad? ¿Puedo usarlo?

—Ni siquiera me has ofrecido una bebida todavía —respondió ella.

—Ja. Lo siento. Yo...

—Por supuesto que puedes. ¿Crees que puedes encontrarlo?

El teléfono dejó de sonar.

—Sí, creo que podré.

Lentamente, Tomek salió arrastrando los pies. Mientras se dirigía hacia el baño, la habitación, las paredes, el suelo, todo se había vuelto negro, fundiéndose en uno solo. Su cabeza se sentía mareada, ligera. El pulso le retumbaba en los oídos, y por un momento pensó que Rose había vuelto a poner la música. Sintió como si lo hubieran arrancado de su cuerpo, sus extremidades moviéndose libre e independientemente unas de otras, como si él no estuviera al mando.

Finalmente, después de lo que había parecido el paseo más largo del mundo, Tomek entró en el baño y cerró la puerta tras él. Ella tenía razón. El baño estaba terminado. Los azulejos blancos en el suelo, el inodoro y el lavabo de porcelana uno al lado del otro, la ventana sobre él, la bañera encajada en la esquina, el mueble de mimbre en la otra esquina. Era como entrar en otro mundo. Un mundo que confundió y desorientó aún más a Tomek.

Entonces su teléfono volvió a sonar, sacándolo de sus pensamientos.

Lo sacó y respondió.

—Era Rose —gritó Chey en su oído—. Rose era la que publicaba en el blog de Angelica desde la biblioteca. Tienes que salir de ahí ahora mismo. Los agentes uniformados están en camino.

Justo cuando Tomek estaba a punto de responder, oyó el sonido de una puerta cerrándose.

La puerta principal.

¡Estaba escapando!

Tomek metió el teléfono en su bolsillo y abrió la puerta del baño de golpe.

La luz que rebotaba en la cabeza metálica del martillo captó su mirada primero, y reaccionó instintivamente, agachándose bajo el golpe, evitando el impacto mortal en el cráneo. Rose, que llevaba su máscara de soldador, rugió mientras levantaba el martillo para dejarlo caer sobre él nuevamente. Pero él fue demasiado rápido. Alargó la mano, la agarró y luego lo lanzó lejos de ellos. La herramienta metálica voló por el aire y se estrelló contra la pared del otro lado del baño, creando un gran agujero. Bajo su agarre, Rose

usó su otra mano para golpear y arañar sus costillas y cara. Era sorprendentemente fuerte, y sus uñas desgarraron la piel de su mejilla y cuello. A regañadientes, Tomek soltó su agarre del brazo de ella, y cuando la soltó, ella le rodeó con ambos brazos y lo empujó hacia atrás, clavándole las uñas en la carne. Antes de darse cuenta, estaba en la bañera, golpeándose la parte trasera de la cabeza contra la pared. Entonces Rose abrió el agua. El chorro de agua lo desorientó, ahogándolo. Ella mantuvo su cabeza bajo el agua durante unos segundos antes de darse la vuelta y salir corriendo. Usando sus manos, cegado por el agua en sus ojos, Tomek encontró un punto de apoyo en el borde de la bañera y se sacó a sí mismo. Rose estaba intentando huir, pero Tomek tenía otros planes. Estiró una mano, agarró su mono, envolvió sus brazos alrededor de su cintura, atrapándola en un abrazo de oso, y la levantó del suelo. Los brazos y piernas de Rose se agitaban en el aire. Luego encontraron apoyo en el inodoro, y usando toda la fuerza de sus piernas, lo empujó hacia atrás. Juntos, como si estuvieran en una escena de *Titanic*, trastabillaron hacia atrás, la parte superior de la espalda de Tomek estrellándose contra el yeso, creando un gran agujero. Mientras caía al suelo, sin aliento y aturdido, fueron bañados en yeso y astillas de pintura, Rose se liberó de él y se dirigió hacia la salida.

Volviendo en sí, con las manos recorriendo la superficie del suelo, encontró el martillo. Envolviendo sus dedos alrededor de su empuñadura, lo levantó, apuntó y lo lanzó. El martillo dio vueltas en el aire hasta entrar en contacto con la parte trasera de la cabeza de Rose y la envió volando contra el lavabo, que se rompió bajo su peso. Cuando su cuerpo cayó al suelo, el agua estalló desde dentro del lavabo y comenzó a rociar en el aire, cubriendo rápidamente el suelo y las paredes. En unos segundos, Tomek recuperó el aliento y se tambaleó hacia ella a gatas. Primero, agarró el martillo y lo lanzó a la sala de estar, luego volteó su cuerpo y buscó el pulso.

Estaba viva. Respirando, pero inconsciente.

Tomek se desplomó en el suelo, apoyándose contra el lado de la bañera, mientras el agua de la tubería rota del lavabo continuaba empapándolo. Se sentó allí durante unos momentos, recuperando el aliento, jadeando. Se volvió para mirar la destrucción que su

altercado había causado. La porcelana rota en el suelo. El charco de sangre de la herida en la parte posterior de la cabeza de Rose mezclándose y arremolinándose con el nivel de agua que subía. El martillo, cubierto de escombros del yeso detrás de él. Y entonces lo vio, brillando bajo la luz.

Lentamente, se puso de pie y se acercó, sujetándose las costillas y masajeando el lado de su cara.

En el asalto, Tomek había hecho un agujero enorme en el yeso al lado de la bañera, y enterrada dentro había una gran bolsa Ziplock de plástico. La sacó y observó el contenido. Dentro estaban el vestido y la ropa interior que Angelica llevaba la noche en que murió. Su teléfono móvil. Un dildo de treinta centímetros que había sido utilizado para violarla. Un disfraz de ángel blanco y un par de alas. Un pincel todavía cubierto de sangre. Un tubo largo y delgado de plástico, y una gran lata de pintura, cubierta de sangre seca.

Evidencia del asesinato que había tenido lugar aquí.

Evidencia de que Rose había matado a Angelica, presumiblemente en esta misma habitación, había drenado la sangre de su cuerpo, la había violado, limpiado y luego aplicado una capa de maquillaje en su rostro.

Mientras continuaba mirando la bolsa, la puerta principal del piso se abrió de golpe y, poco después, varios agentes irrumpieron en el lugar. Chey fue el primero en llegar al baño. Se detuvo bruscamente en el marco de la puerta y observó la escena.

—¿Está muerta? —preguntó sin rodeos.

—No —respondió Tomek—, pero Angelica lo está por su culpa.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Después de dos días de intensos interrogatorios y preguntas, Rose finalmente había cedido y les había contado todo. Desde que vio por primera vez a su cuñada, se había encaprichado con ella, obsesionada por su belleza y la bondad de su alma. Con los años, ese deseo y esa lujuria habían aumentado y, al sentir que se alejaba de Johnny, sus sentimientos solo se habían intensificado. Pero no fue hasta que Angelica le habló de las fiestas de Las Noches de Edén cuando Rose encontró una excusa para llevar su relación al siguiente nivel. Le había robado una invitación del abrigo a Angelica una tarde y la había utilizado para acceder a la fiesta. Desde allí, bajo el disfraz de soldadora, se había acercado a Angelica y juntas habían compartido cama por la noche. Para Angelica fue una sorpresa ver a su cuñada allí, pero no le molestó en absoluto. Como resultado, su relación se desarrolló en secreto, reuniéndose cada mes para tener sexo, pasar tiempo juntas y disfrutar de la compañía de la otra. Angelica había albergado el mismo intenso sentimiento, explicó Rose, pero tan pronto como se enteró del bebé, Rose decidió que su relación no podía continuar. Angelica le había mentido, la había traicionado. El bebé lo cambiaría todo, lo arruinaría todo, y Rose no podía tolerarlo. Si no podía tenerla, nadie podría. Y así, la noche de la muerte de Angelica, Rose le había enviado un mensaje por WhatsApp, cuando sabía que estaría intoxicada, la había recogido, la había llevado al piso y luego la había matado. Afortunadamente, al menos en su opinión, había recibido la ayuda de Adam Egglington,

quien había conseguido darle a Angelica la droga de violación cuando ella no estaba mirando, cuyos efectos ya habían comenzado a apoderarse de ella a los pocos minutos de su llegada al piso. El resto de la velada había transcurrido con delicadeza y el afecto que Angelica merecía, les había dicho Rose.

Tomek pudo reconstruir el resto, por lo que dejó de ver la transmisión en directo en la sala de incidentes. Salió de la habitación y se dirigió a su escritorio, con la culpa devastando su cuerpo y su mente. Llevaba unos momentos en su escritorio cuando Victoria lo llamó desde el otro lado de la oficina.

—¿Tienes un momento? —preguntó ella.

Tomek confirmó que sí, y luego se acercó lentamente.

—Siéntate —dijo Victoria cuando él cerró la puerta tras de sí.

Tomek hizo lo que se le ordenó.

—¿Cómo te sientes?

Él notó la suavidad y sensibilidad en su tono.

—He estado mejor —respondió.

—¿Qué te preocupa?

—Casi envío a un hombre inocente a prisión.

Victoria se mordió el labio inferior.

—Estas cosas pasan —dijo—. Solo tienes que agradecer haber atrapado a la persona correcta en el momento adecuado.

Tomek encontró poco consuelo en eso.

—¿Necesitas tiempo libre? —preguntó Victoria.

Él hizo una pausa para reflexionar sobre ello. ¿Tiempo libre? ¿Para dejar que los pensamientos y la culpa se enquistaran? No, gracias.

—Estaré bien.

—Bueno, si alguna vez necesitas a alguien o algo, ya sabes con quién hablar.

—¿Nick?

—Que te den —dijo ella, conteniendo una risita—. *Yo*. Estoy dispuesta a hablar si necesitas cualquier cosa. También estoy aquí para ayudarte a trabajar en las mejoras que puedes hacer para ser un mejor inspector.

La mirada de Tomek cayó sobre la mesa.

—Sobre eso... —comenzó—. He estado pensando.

Sobre eso y sobre todo lo demás.

—¿Y?

—Y no creo que esté preparado para ser inspector. No me malinterpretes, agradezco la oportunidad que me diste, pero de momento tendré que rechazarla. Casi metí a una persona inocente en la cárcel, y no creo que pudiera vivir con la posibilidad de cometer el mismo error otra vez.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Tomek estaba sentado en un rincón de El Tenedor y la Cuchara, haciendo girar su vaso de cerveza en la mano mientras miraba el partido de fútbol en el televisor. En la barra, dos tíos con vaqueros que parecían no haberse lavado en años sorbían lentamente sus bebidas, gritando e insultando a los jugadores en el campo, como si pudieran oírles desde cientos de kilómetros de distancia.

Tomek apuró el último trago de su bebida y se dirigió a la barra.

—¡Pasa la puta pelota, cabrón! —gritó el hombre más cercano a él. Y un momento después—: ¡Pásala, coño! ¡Ganas cien mil libras a la semana y no puedes pasar la puta pelota!

Tomek le ignoró y esperó a que el dueño, Jim, se acercara. Unos segundos después, apareció extendiendo la mano hacia el vaso de Tomek.

—¿Lo mismo de antes, colega?

—Por favor, Jim.

Jim cogió el vaso y empezó a servirle la pinta. Tomek observó cómo el líquido espeso y amarillo subía lentamente en el vaso, con burbujas que ascendían hasta la superficie.

—¿Un céntimo por tus pensamientos? —preguntó Jim mientras colocaba la bebida frente a él.

Junto a Tomek, el aficionado al fútbol continuaba gritando obscenidades a la pantalla.

—No querrías saberlo —respondió, y luego miró hacia el espacio en el pub donde una vez estuvo la máquina expendedora—. ¿Una

inversión empresarial fallida, verdad?

—No te lo puedes ni imaginar —contestó Jim—. Te juro por Dios que si alguna vez pillo al cabrón que me la vendió, le rompo las putas rodillas.

—No es el tipo de cosas que se le confiesan a un poli, Jim. Pero por esta vez te perdono.

—¿Eres poli? —chilló el aficionado al fútbol mientras giraba la parte superior de su cuerpo hacia Tomek.

—Por desgracia, sí —respondió Tomek—. Alguien, en algún momento, decidió que era buena idea hacerme policía.

Al principio, Tomek esperaba que el hombre le soltara un puñetazo o iniciara una pelea, pero la realidad fue muy distinta. El hombre dejó su cerveza en la barra y le dio una palmada en la espalda a Tomek.

—Buen trabajo. Mi padre trabajó con los perros policía en los setenta y ochenta. Os tengo mucho respeto a vosotros y al trabajo que hacéis.

—Gracias —respondió Tomek, sintiéndose algo perplejo.

—¿Has estado trabajando en ese asesinato de la chica joven en la iglesia?

—Sí.

—Vi que detuvisteis a alguien. Bien hecho. Joder, horrible lo que le pasó a esa chica.

—Gracias —dijo Tomek—. Fui el investigador principal durante un tiempo.

El hombre le tendió la mano. Estaba sudada y húmeda, pero a Tomek no le importó.

—Buen trabajo. El mundo necesita más gente como tú.

Tomek sonrió torpemente. No sabía qué decir. No era frecuente que recibiera elogios, y menos aún de alguien ajeno al cuerpo.

Un momento después, Jim colocó el datáfono frente a Tomek.

—Cuando quieras —dijo.

Cuando Tomek metió la mano en su cartera para sacar su tarjeta, el hombre le detuvo y le dijo:

—Esta corre de mi cuenta, ¿vale?

—No, no podría aceptarlo.

—Tonterías. Es lo mínimo que puedo hacer.

En ese momento, Tomek se sintió verdaderamente conmovido. Que un completo desconocido apreciara su trabajo, que entendiera y reconociera el desgaste que le suponía, era algo que nunca había experimentado antes. Y después de dejar que el hombre metiera la mano en su bolsillo y entregara algo de dinero, Tomek se quedó en la barra, viendo el fútbol con él. Se unió a las frustraciones del hombre por la total incapacidad de los jugadores para pasar el balón, y juntos gritaron al televisor durante diez minutos hasta el descanso.

Justo cuando sonó el silbato, Tomek sintió que su teléfono vibraba en el bolsillo.

Levantó un dedo hacia su nuevo amigo, se disculpó y se apartó. Respondió a la llamada sin comprobar quién llamaba y se llevó el teléfono a la oreja.

Durante unos segundos, no hubo más que silencio.

Luego se escuchó una respiración pesada.

Y después:

—Hola, Tomek. ¿Por qué no has intentado llamarme? Llevo semanas esperando junto a mi teléfono. ¿Cómo estás? Tengo una pequeña sorpresa para ti cuando llegues a casa. Debería haber llegado hoy por correo.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

